

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MALAGA



F  
B 1807 COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA

DE TODAS LAS NACIONES,

SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA  
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias  
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,  
*Clérigo Reglar de San Cayetano.*

TOMO XVII.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1807.



# COMPENDIO

## DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

*CONTINUACION DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.*

Restablecido ya Don Felipe V en la posesion de sus dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia, reparando quanto era posible los daños que las turbulencias y excesivos gastos de la guerra habian ocasionado; pero su excesiva deferencia á la Princesa de los Ursinos, Camarera de la Reyna, que habia llegado á hacerse árbitra de la voluntad de ambos esposos, y á manejar despóticamente los negocios de la monarquía, hubiera sin duda malogrado tan bellas disposiciones, si un accidente imprevisto no hubiese desconcertado los planes de aquella muger astuta y ambiciosa. Murió la Reyna en 1714; y aunque habia dexado asegurada la sucesion del reyno en sus dos hijos Don Luis y Don Fernando, la robusta edad de treinta y un años en que habia enviudado Don Felipe, y su bien complexionada salud, indicaban, al pa-

recer, la necesidad de un nuevo enlace, cuyas dulzuras le hiciesen mas soportable el peso del gobierno. Su abuelo Luis XIV le propuso, entre varias Princesas muy recomendables á Doña Isabel Farnesio, heredera de Parma y de Plasencia, cuyo elevado espíritu y talento, cultivados con el estudio, la constituian una de las Señoras mas distinguidas de su tiempo; y Alberoni, Eclesiástico placentino, que habiendo venido á España con el Duque de Vandoma, quedó en ella en calidad de agente de su Soberano el Duque de Parma, y por este medio habia logrado introducirse en la Corte, manejó con tal destreza la intriga, que la eleccion de Don Felipe recayó sobre la Parmesana. Esta Señora, informada, apénas puso el pie en España, de la preponderancia de la de los Ursinos, y de la necesidad de poner remedio á tal desórden, no pudo sufrir la imprudencia de la favorita, que saliendo al camino á recibirla, se permitió la libertad de hacerla ciertos cargos muy fuera de propósito; y mandando la Reyna arrojarla de su presencia, dió las disposiciones convenientes para que en el momento fuese conducida fuera de sus dominios. Al punto mudáron de semblante las cosas; fuéron removidos de sus empleos todos los

favoritos de la de los Ursinos; Mr. Orri, venido de Francia con Don Felipe para la administracion de las rentas Reales, y cuyo desmedido zelo habia chocado con la moderacion española, fue depuesto de su cargo, y extrañado tambien; y Alberoni, elevándose con el favor de la Reyna sobre las ruinas de todos estos, se fue proporcionando poco á poco para el Ministerio de Estado, que al fin recayó en él. Este hombre, bastante capaz para restablecer el órden en la administracion, en las rentas y en la milicia, y para restituir al Estado toda la energía de que era susceptible, en vez de circunscribirse á tan útiles trabajos, quiso trastornar la Europa, y se labró su propio precipicio. Arrebató al Emperador lo que el tratado de Utrech le concedia en Italia, y hacer pasar á Felipe V la Regencia de Francia, que por muerte de Luis XIV exercia el Duque de Orleans durante la menor edad de Luis XV, tales fuéron los designios de Alberoni; y ciertamente á haberlos coronado un feliz éxito, se hubiera grangeado la reputacion de un Ximenez ó de un Richelieu. Recorramos la serie de estos acontecimientos, observando al mismo tiempo el modo con que la ambicion personal de un Ministro dirige los negocios del Estado.

Alberoni, que con ansia, aunque por medios indirectos tenia hechas solicitudes á un capelo, ocultó con el mayor cuidado sus proyectos sobre la Italia, temeroso de disgustar al Papa, el qual contaba con los auxilios de España para rechazar al Turco, que amenazaba á sus Estados. Expidió con efecto una esquadra, que ahuyentó de Corfú á la mahometana, y tomó á su cargo la composicion de las diferencias que mediaban entre esta Corte y la de Roma sobre asuntos de la Nunciatura: de suerte que Clemente XI, seducido por tan bellas apariencias, se rindió á las instancias de sus negociadores, y en 1717 fue Alberoni revestido de la púrpura cardenalicia. Apénas vió este asegurado el objeto de sus deseos, se hizo á la vela una poderosa esquadra surta en Barcelona, cuyo armamento habia sobresaltado á las Potencias garantes del tratado de Utrech. La expedicion, compuesta de poco mas de ocho mil hombres, aportó en la isla de Cerdeña; desembarcaron las tropas en el puerto de Caller, y en poco mas de un mes quedó Don Felipe dueño de unos Estados que habia cedido al Emperador, únicamente por el bien de la paz, y en el supuesto de que este cumpliria por su parte con el tratado, eva-

cuando enteramente á Cataluña, sin favorecer directa ni indirectamente á los rebeldes de esta provincia. Pero estos pactos habian sido pérfidamente eludidos; las tropas imperiales no solo no evacuáron del todo á Cataluña, sino que una gran parte de ellas quedáron, baxo el especioso concepto de reformadas, al servicio de los insurgentes; y el Gobierno Español, justamente quejoso, se hallaba suficientemente autorizado para intentar el recobro de lo que habia cedido sin fruto.

La rapidez y felicidad de esta jornada alentó al Ministro español para llevar á efecto la segunda parte de su plan. Habia sobrados fundamentos para creer que se trataba de la reunion de la Sicilia á los dominios de la Casa de Austria, mediante cierta indemnizacion que se prometia al Duque de Saboya en Lombardía. La Corte de España se interesaba en impedir semejante incorporacion, como que ademas de aumentar la prepotencia de un enemigo suyo, destruia el equilibrio de fuerzas, bien ó mal establecido por el tratado de Utrech; y no hallándose el Duque de Saboya en estado de resistir á las violencias de las Potencias mediadoras en aquel concierto, ó por mejor decir, debiendo temerse todo de su exce-

siva deferencia, parecia indispensable que el Gobierno español se encargase del empeño. En esta ocasion hizo conocer Alberoni á la Europa entera los prodigiosos recursos de esta monarquía. Quando todos la creian abatida, aniquilada, incapaz de hacer el menor esfuerzo despues de una guerra tan larga y dispendiosa, quedáron sorprendidos de ver en sus puertos preparada en ménos de tres meses, y sin extraordinario gravámen de los pueblos, otra nueva expedicion de mas de treinta naves perfectamente tripuladas y equipadas. Tan formidable armamento, y el inviolable secreto con que ocultaba Alberoni sus designios, no podian ménos de acrecentar los rezelos de las demas Potencias; y cada una se creyó con derecho á exírger una declaracion formal y positiva sobre el verdadero objeto. Inglaterra y Holanda, poco satisfechas de las explicaciones del Ministerio español, se unióron con la Alemania para prevenir las conseqüencias de la misteriosa política de aquel; pero ni tan poderosa coalicion, ni sus apresurados aprestos militares, ni sus amonestaciones, ni sus amenazas, fuéron bastantes á impedir que la esquadra preparada desembarcase en Sicilia treinta mil hombres, ni que estos se apoderasen

de casi toda la isla en poco mas de dos meses. El suceso hubiera sido completo á no haber sido destruida la esquadra española por una inglesa, que la sorprendió delante de Siracusa; si el Duque de Saboya, sin fuerzas para defender sus dominios, no hubiese accedido á la triple alianza; y si la Francia no se hubiera declarado tambien por ella contra los intereses de un nieto de Luis el *Grande*, que á tanta costa habia ella misma establecido sobre el trono de Cárlos V.

Pero la política del Duque de Orleans era muy diferente de la de Luis XIV, y su conducta pareció desde luego tan sospechosa al Gabinete español, que Alberoni concibió la idea de despojarle de la regencia, extendiendo sus miras á que recayese en Don Felipe como pariente mas inmediato al Príncipe reynante. El proyecto no podia ménos de lograr aceptación donde eran muchos los que sufrían con impaciencia el despotismo del Duque. Con el mayor secreto se fraguó una conspiracion, á cuya frente se viéron personas de las mas distinguidas por su clase y por su carácter; y los planes fuéron con tal destreza combinados, que con dificultad hubiera podido traslucirse cosa alguna, á no haberse extra-

viado unos pliegos muy importantes, que dirigia á Madrid el Embaxador de España Príncipe de Celamare. Esta fatal casualidad hizo conocer al Regente la intriga en toda su extension; fácilmente descubrió su autor, y tomó de aquí un pretexto para abrazar sin rebozo las intenciones de la liga, declarando á España la guerra.

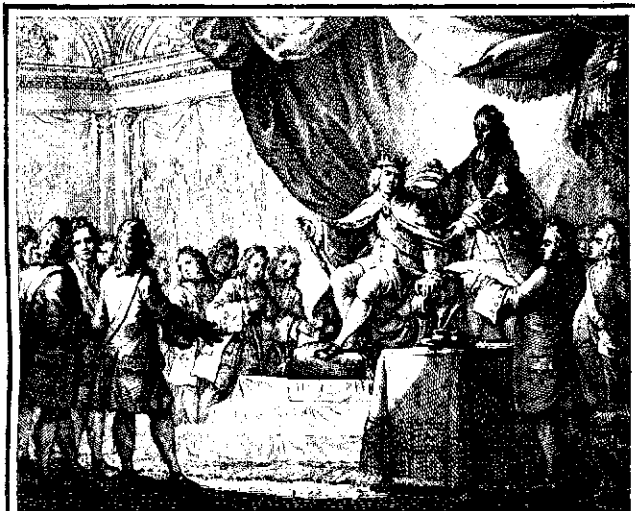
Por fortuna no fue larga; pero tampoco feliz. Los Franceses, baxo las órdenes del Mariscal de Berwick, penetráron en Navarra, se apoderáron de Fuenterrabía, de San Sebastian, y aun se hubieran hecho dueños de toda la Navarra y Vizcaya, á no haber convertido sus armas contra Cataluña. Una esquadra española, destinada á hacer un desembarco en Escocia, fue dispersada y destruida por los vientos; pero los Ingleses, mas afortunados, lograron saquear y destruir el puerto de Vigo. En Sicilia fuéron deshechos los Imperiales en repetidas ocasiones, y singularmente en la batalla de Francavila; pero ninguna de estas victorias fue bastante para impedir sus progresos, y que en brevísimo tiempo recobrasen una gran parte de la isla. A vista de semejantes desgracias el Cardenal Alberoni, estimado poco antes como un genio benéfico, que

habia sabido sacar á la España del letargo en que yacía , é inspirarla nuevo vigor , mereció únicamente el concepto de un maquinador imprudente. El Rey empezó á disgustarse de su conducta ; y dando oídos á las reclamaciones de las Cortes , á quienes su política llenaba de rezelos , le retiró del Ministerio , le desterró de sus dominios , y no trató sino de salir con el honor posible de tan apuradas circunstancias. Al momento empezáron las negociaciones para la paz. Felipe V accedió á la quádruple alianza , y aceptó el tratado hecho en Lóndres en 1717 por las Potencias beligerantes , en virtud del qual debia la Corte de España restituir la Cerdeña y la Sicilia , convenir en el cambio de una por otra entre el Emperador y el Duque de Saboya , quedando asegurada al Infante Don Cárlos , habido en el segundo matrimonio del Rey Don Felipe , la sucesion inmediata á los Estados de Parma y de Toscana.

Por este medio se concluyó en 1720 esta guerra de dos años. En el siguiente se ajustó el casamiento del Príncipe de Astúrias Don Luis con Doña Isabel de Orleans , hija del Duque Regente ; y en 1724 admiró á toda Europa la inopinada resolucion que tomó el

Rey Don Felipe de renunciar la corona en el mismo Don Luis, retirándose con su esposa, y una reducida servidumbre al Real Sitio de San Ildefonso, donde habia construido un palacio con magníficos y deliciosos jardines. Pero Luis I, cuyas bellas qualidades anunciaban un venturoso reynado, falleció de viruelas antes de cumplirse un año, y á los diez y siete de su edad; y Felipe V, estrechado por la Reyna, la nobleza y los Tribunales, que en nombre de la Nacion le suplicaban volviese á tomar las riendas del Gobierno, tuvo la generosidad de rendirse á sus instancias, abandonando la tranquilidad de su apreciable retiro por las agitaciones de la Corte, y las inquietudes inseparables del trono.

Entónces tuviéron fin las contestaciones, que en medio de la paz, y desde el año de 1720, traian agitados á los Gabinetes de la Europa. La Corte de España, accediendo al tratado de Lóndres, no pudo ménos de reclamar el gravámen, que por él se pretendia imponer á los Estados de Parma y de Toscana, haciéndolos feudatarios y dependientes del Imperio, que para esto alegaba sus antiguos derechos á la corona de Lombardía; y las Potencias mediadoras en este concierto, á saber,



Felipe V renuncia la corona.

*Quando, suscitadas las discordias políticas, y caya de el Príncipe D. Luis, parecia que Felipe V podia disfrutar ya de un trono que casi habia conquistado, sorprendió al mundo cediendo la corona en el Príncipe para hacer vida retirada. Dexar esta corona quando intentaron arrebatársela alia en el despacho; pero defenderla, y cederla despues de avergüenza, solo es de almas muy grandes.*



la Inglaterra, la Francia y la Holanda, creyeron conveniente remitir la conciliacion de las respectivas pretensiones á un congreso, que en 1721 se convocó en Cambray. Jamas se viéron tantas intrigas, tantos zelos, ni tanta desconfianza. Parecia que los intereses de los particulares habian hecho mudar de aspecto aun á los intereses de todas las Naciones. En vez de convenirse, se aumentáron las discordias y las contradicciones; y claramente se reconoció que las Potencias solo aspiraban á engañarse recíprocamente. La Corte de España, constante en pretender la exêncion de toda feudalidad, y el Emperador por otra parte igualmente constante en no ceder un punto de sus supuestos derechos, proporcionaban á los demas contratantes ocasion favorable de apurar todos los recursos de su artificiosa política para sacar de esta contienda un ventajoso partido. Por otra parte los intereses de la Gran Bretaña no eran conciliables con los de su Soberano. Las utilidades de un comercio activo hacian desear á los negociantes ingleses la sincera correspondencia con los Españoles; pero la conservacion del Hannóver, y la esperanza de conseguir la investidura de Brena y Werden con que lisonjaba el Em-

perador al Rey Jorge I, le obligaban á guardar con él toda consideracion. Francia, como la ménos interesada en esta negociacion, procedia con una lentitud, que se hizo sospechosa; y el matrimonio de Doña Isabel de Orleans con el Príncipe Don Luis aumentó los rezelos y la desconfianza de la Inglaterra y del Imperio, que veian con temor restablecerse entre las dos Casas de Borbon la armonia que habia reynado en tiempo de Luis XIV, y que haria preponderarse hácia esta parte la balanza del equilibrio. Poco satisfecha la España de las Potencias mediadoras, hacia los mayores esfuerzos para entablar directamente con el Duque de Parma y el de Toscana una convencion particular sin el concurso de los demas Soberanos; y estaba ya nombrado para pasar á estas dos Cortes el Marques de Monteleon, quando la inopinada muerte de Luis I suministró á los Gabinetes motivo de nuevas combinaciones.

El Infante Don Cárlos se habia acercado mas á la sucesion de España, y nada tenia de repugnante que algun dia pudiese la corona recaer en su cabeza, á pesar de hallarse precedido por su hermano mayor el Príncipe Don Fernando. Este acontecimiento sirvió á las Cor-

tes mediadoras de pretexto para subir el tono; y aun los Españoles manifestaron alguna repugnancia á que se alejase del reyno á un Príncipe, que fácilmente podría llegar á ser su Soberano. Obraban por consiguiente los Gabinetes de Viena y de Madrid con una política rezelosa, que sin lograr sus intenciones, los hacia insensiblemente esclavos del que pretendia dar la ley; pero últimamente, sucediendo á las intrigas la reflexión, y conociendo la Corte de España que sin la intervencion de la Casa de Austria no era posible asegurar al Infante la sucesion á que le llamaban los derechos de su madre, y á que le habia destinado la quádruple alianza, resolvió dirigir á este efecto todas sus operaciones directamente, y sin ninguna mediacion. Las cosas estaban tan fuera de su centro, que la Corte de Madrid se puso en manos de la de Viena, su competidora, con cuyo objeto pasó secretamente á esta capital el Baron de Riperdá.

Este era un Holandes de bastante talento y actividad, que habiendo residido en España en calidad de Embaxador de los Estados Generales, fue despojado de este carácter por haber abrazado la Religion Católica Romana. El Cardenal Alberoni le tomó baxo

su proteccion, le admitió en su confianza; y las luces que habia manifestado en diversas ocasiones le hicieron parecer á propósito para desempeñar la importante comision de transigir las diferencias de las Cortes de España y de Alemania. Baxo el pretexto de buscar buenos texedores de paños, en cuyas manufacturas era sin duda muy inteligente, se presentó en Viena; y sin que ninguno de los Ministros de las demas Potencias pudiese traslucir cosa alguna del proyecto, concertó en 1725 con el Príncipe Eugenio de Saboya un tratado de paz entre Felipe V y Cárlos VI, que si bien tenia por basa al de Lóndres, le modificaba en algunos puntos. Riperdá, considerado á su vuelta como un genio benéfico y numen tutelar, que habia sabido poner fin á una enemistad de veinte y cinco años, fue colmado de honores, creado Duque, Grande de España, y habilitado para despachar como primer Ministro todos los negocios de la guerra, de la Marina y de la Real Hacienda. Su conocido talento para la direccion de las fábricas y manufacturas le proporcionó igualmente la inspeccion de todos los ramos de la industria nacional; y los adelantamientos y mejoras, que se advirtiéron desde luego, anun-

ciaban como muy próxima la época en que la España redimiria la servil dependencia en que la tenian las fábricas extranjeras.

Es creible que se hubiera cumplido tan lisonjero pronóstico, si Riperdá hubiese podido conservar por largo tiempo su privanza; pero el mismo favor que disfrutaba le granjeó infinitos y poderosos enemigos, que supieron aprovechar las ocasiones de desconceptuarle con el Rey y con la nacion. Por otra parte es preciso confesar que su capacidad no era proporcionada á una administracion tan vasta; y que poco instruido del carácter nacional, del de el Gobierno, y de sus relaciones políticas, era preciso que incurriese en desaciertos que podrian ser de consecuencia. Fue pues separado de los negocios, retirado de la Corte, y conducido preso al alcázar de Segovia, donde, no ofreciendo su conducta materia para hacerle causa, permaneció algun tiempo, hasta que una jóven española le facilitó la evasion. Con ella pasó á Portugal, de allí á Inglaterra, y últimamente se retiró á Holanda, huyendo de la envidia que le perseguia por todas partes; pero ni aun aquí se consideró seguro, pues España le reclamaba como reo de Estado; y temiendo ser víctima

de la política ó del interes, solicitó un asilo en Rusia. Entre tanto se le proporcionó un establecimiento en Marruecos por medio del Embaxador residente en la Haya; y viendo que en Europa se le negaba un miserable retiro, pasó á aquella Regencia, donde despues de infinitas aventuras, dignas de una novela, murió en Tetuan, víctima de sus pesares y melancolía.

La novedad del secreto é imprevisto concierto de Viena, sorprendió á las Cortes mediadoras; y llegó á rezelarse que esta repentina conciliacion entre unas Potencias por tanto tiempo enemigas, tenia por objeto algun proyecto de importancia contra la independencia y seguridad de todas las demas. Francia é Inglaterra, para contrarrestar á la estrecha union que empezaba á manifestarse entre los dos Gabinetes, español y austriaco, hicieron en Hannóver un tratado de alianza defensiva con la Holanda y la Prusia. Casi á un mismo tiempo zarpáron de los puertos de la Gran Bretaña tres esquadras con direccion al Báltico, á la América y á las costas de España. Los Franceses cometiéron la groseria de devolver á la Infanta Doña Mariana Victoria, hija de Felipe V, que habia pasado á Paris,

destinada á ser esposa del joven Luis XV, con el pretexto de que aun era muy niña, y de que no podia el reyno esperar mucho tiempo un heredero entre innumerables contingencias; y por via de represalias devolvió igualmente la Corte de España á Madamoiselle Beauje-lois, hija del Duque de Orleans, tratada de casar con el Infante Don Cárlos. Los Ingleses bloqueáron á Portobelo, y los Españoles emprendiéron el sitio de Gibraltar. En una palabra, la Europa entera se veia amenazada de nuevas calamidades; pero el pacífico carácter del Cardenal de Fleuri, primer Ministro de Luis XV, suspendió la guerra quando parecia mas inevitable; conservó la gloria de los Españoles, haciendo que voluntariamente levantasen un sitio en que era de temer quedase obscurecida; y despues concilió los intereses respectivos por via de convenciones amistosas, manejándose de modo que poco á poco se disolviese la estrecha alianza entre Madrid y Viena, y que se renovase la desconfianza de la Casa de Austria con el temor de perder sus Estados de Italia, si permitia la introduccion de tropas españolas en los Ducados de Parma y de Toscana, como la España solicitaba desde mucho tiempo. Ul-

timamente, el tratado de Sevilla, ajustado por los años de 1729 entre la España, Francia é Inglaterra, acabó de estrechar mas las relaciones de estas Potencias, y de aumentar el desabrimiento de la Corte de Viena. Transcribiremos los principales artículos de que consta por su influencia en los acontecimientos posteriores.

Se permitia al Rey Católico la introduccion de seis mil españoles de guarnicion en las plazas de Liorna, Porto Ferrayo, Parma y Plasencia, los quales serian mantenidos á su costa, para seguridad de la inmediata sucesion del Infante Don Carlos en aquellos Estados, y poder resistir á qualquiera que intentase contradecirla.

Se obligaban las Potencias contratantes á mediar con los actuales poseedores de dichos Estados para que admitiesen las guarniciones sin repugnancia, conservando estos su dignidad y soberanía. Las tropas prestarian juramento de defender las personas de los mismos poseedores, sus bienes y súbditos, en quanto no contrariase la sucesion del Infante Don Carlos, y de no mezclarse en cosa alguna del Gobierno político, civil ó militar, baxo de ninguna forma ni pretexto.

El Rey Católico se obligaba á retirar de

dichas plazas sus tropas, asegurada que fuese en su hijo la sucesion en aquellos Estados.

Las Potencias contratantes promerian mantener al Infante en la sucesion referida, despues de lograda, y defenderle de qualesquiera insultos, contra qualesquiera Potencias que intentasen inquietarle, declarándose garantes perpetuos del derecho, sucesion y posesion del mismo Serenísimo Señor Infante y sus sucesores.

Se permitia lugar y tiempo para que los Holandeses y demas Potencias accediesen á este tratado, si lo estimasen de su interes.

Las Provincias Unidas accediéron sin dificultad; pero el Emperador, no solo se negó abiertamente, sino que para impedir la introduccion de los seis mil Españoles en los Estados de Parma y Toscana, hizo pasar á Italia mas de ochenta mil hombres, reforzó las guarniciones de sus plazas, é intimidó á la Europa con la actividad de sus preparativos. Las Potencias aliadas, al ver sus disposiciones, procuráron tambien ponerse en estado de obligarle á admitir las capitulaciones del concierto de Sevilla; pero como unos y otros temian comprometerse en una nueva guerra sin esperanza de ventaja conocida, ninguno se atrevia á ser el agresor, y todos deseaban una

composicion amigable. Por todas partes cruzaban correos con propuestas, se multiplicaban las memorias y justificaciones entre las Cortes; pero ya estaba para espirar el término prescrito para la execucion del tratado, y la paz de la Europa aun se mantenía en tan dudosa situacion. Probablemente aquel concierto hubiera sufrido la misma suerte que los que le habian precedido, sin llegar el caso de observarse, á no haber ocurrido en 1731 la muerte del Duque de Parma Antonio Farnesio, último varon de su familia. No dexaba sucesion; pero suponiendo que quedaba en cinta su esposa la Duquesa, nombró por heredero al pósthumo, y en su defecto al Infante Don Carlos su sobrino segundo, hijo de la Reyna de España su sobrina tambien. El Conde de Stampa, General austriaco, introduxo inmediatamente seis mil hombres en aquel Estado, y tomó posesion de él en nombre de Carlos VI, declarando que le restituiria al Infante, en caso de que no se verificase el preñado de la Duquesa, ó naciese una hembra. Semejante invasion puso en consternacion á todos los pueblos de Italia, y particularmente á los de Toscana, que se consideraban expuestos á la misma suerte en el punto en que falleciese el

Gran Duque Juan Gaston, dexándoles en tal incertidumbre. Los Alemanes eran generalmente aborrecidos por las vexaciones que habian exercido en mucha parte de la Italia, durante la guerra que sostuviéron desde 1688 hasta 1697, y en la de la sucesion de España: pues exígian por fuerza víveres, dinero y forrages, gravando á los miserables pueblos y á los Príncipes con exôrbitantes imposiciones á la sombra de los antiguos títulos de feudalidad, y del supremo dominio de los Césares de Germania sobre la Italia. Pero al fin la preñez de la Duquesa viuda se desvaneció, qual se rezelaba; y mediante un tratado, hecho en Viena á fines de Setiembre del mismo año, surtió de Barcelona una esquadra española combinada con otra inglesa, que conduxo la persona del Infante á Liorna, le puso en posesion de su nueva herencia, y le hizo reconocer sucesor inmediato en el Ducado de Toscana.

Las públicas demostraciones de júbilo con que en Parma y Florencia fue recibido el Infante, causáron no pequeños disgustos é inquietudes al Emperador, que casi estuvo para retractarse del concierto que acababa de firmar. Creciéron sobremanera sus rezelos con la noticia que empezó á extenderse por la Europa

de que España aprestaba una escuadra formidable, cuyo objeto se ocultaba baxo un impenetrable secreto. Temió por sus Estados italianos; y no dudando que contra ellos se dirigia el golpe, procuró prevenirle poniéndolos en el mejor estado de defensa; pero la escuadra española, surta en Alicante con mas de cincuenta mil hombres de desembarco, estaba destinada á empresa mas gloriosa: al recobro de Oran, ocupado por los Moros miéntras las armas de Don Felipe se empleaban en arrojar á los aliados de lo interior de sus dominios. Confió el Rey la execucion al Duque de Montemar; y este valeroso General correspondió dignamente á tan honrosa confianza. Presentarse delante de Oran, desbaratar un ejército de Africanos, y hacerse dueño de la plaza fue obra de solos tres dias.

Empezaba la Europa despues de tantas agitaciones y calamidades á repararse de las pasadas quiebras, gustando los saludables frutos de una paz tan deseada, quando un acontecimiento inesperado volvió á encender la antorcha de la discordia. Federico Augusto II, Rey de Polonia, destronado por Cárlos XII, y restablecido por Pedro el Grande, murió en 1733. El trono vacante no solo excitaba la ambicion

reputada por Felipe Tal al señor Duque de Montemar ha arduo empresa del recibir de Vm. correo-  
ponde con respecto y valeroso General tan conple-  
tamente á las espaldas del enemigo que presen-  
tase delante de Vm. desbaratar un formidable  
ejército de africanos, y hacerle dueño de la plaza.  
Este otro todo de estos tres días. La partida del  
General es para una anticipada seguridad de la  
victoria

Recebro de Oram.





de los pretendientes, sino que tambien llamaba la atencion de los confinantes interesados en la quietud de sus Estados; y los Polacos, siguiendo los movimientos de su turbulenta constitucion, se dividiéron en facciones, bien que la mayor parte se declaró por su compatriota Estanislao Lentzinsk, que ya en 1704 se habia ceñido aquella corona con la desgracia de ser despojado de ella por la Rusia en 1709. Lo Rusos y los Alemanes hicieron sin embargo al mismo tiempo, que otro partido procediese á nueva eleccion; y el hijo del difunto Augusto, sobrino del Emperador Carlos VI, sostenido por un grueso cuerpo de Saxonos, prevaleció á su concurrente. Diez mil Rusos bien disciplinados, descendiendo á la Silesia y fronteras de Polonia, abatiéron los brios del desgraciado Estanislao y de aquella Nobleza guerrera, pero sin disciplina, que un exceso de libertad hacia juguete de los acontecimientos. Augusto III triunfó como su padre; y Estanislao se vió sitiado en Dantzik, de donde tuvo la fortuna de salvarse por entre mil peligros. Una casualidad le habia hecho suegro del Rey de Francia; y por muy amigo de la paz, que fuese el Cardenal de Fleuri, Ministro de Luis XV, el honor del Rey y el del

Estado le imponian en la opinion pública la obligacion de sostenerle sobre el trono. Encendióse pues de nuevo en 1733 una sangrienta guerra, en que tomó parte el Rey Don Felipe, declarándose el de Cerdeña á favor de la Casa de Borbon, y manteniéndose neutrales Inglaterra y Holanda.

No es de nuestra inspeccion referir los progresos de las armas francesas por el Rhin y por la Lombardia; mucho ménos quando victorias mas interesantes nos llaman la atencion. Pasáron á Italia treinta mil Españoles baxo la conducta del Duque de Montemar, y á las órdenes del Infante Don Cárlos, Duque de Parma, nombrado por su padre Generalísimo de las tropas españolas; y este florido y animoso ejército se dirigió contra el reyno de Nápoles, penetrando sin obstáculo hasta la misma capital, cuyos habitantes recibieron con el mas vivo entusiasmo al jóven vencedor. Su júbilo creció al extremo, quando á pocos dias recibió el Infante un decreto de su padre, por el que le cedia todos los derechos que pudiese tener la corona de España sobre el reyno de las Dos-Sicilias, con la facultad de coronarse y de constituir monarquía independiente. Habia ya cerca de doscientos y treinta años que el Estado Napo-

litano se hallaba reducido á ser una provincia de Potencia extranjera, y á estar á la merced de unos Vireyes, que se mudaban á menudo, y que no pocas veces preferian sus propios intereses á los de una nacion, cuyo idioma apénas entendian, y que era forastera para ellos. De aquí proviniéron tantas revoluciones acaecidas en el discurso de este tiempo, como tambien la decadencia de las ciencias, de las artes, de la cultura, del ingenio y del comercio.

Entre tanto se habian reunido siete mil Alemanes en el territorio de Bari; y habiéndose divulgado que presto debian incorporarse á ellos seis mil Croatos, creyó necesario Montemar desalojarlos antes que se verificase tan peligrosa reunion. Partió pues inmediatamente con quince mil hombres hácia aquel parage, halló á los enemigos atrincherados en las inmediaciones de Bitonto, y atacándolos con singular denuedo, quedó dueño del campo despues de una breve resistencia, que costó á los Imperiales mas de dos mil hombres. Banderas, tiendas, artillería, municiones, todo quedó en poder del vencedor; y los pocos Alemanes que se libraron de la muerte, quedaron prisioneros, ó tuvieron que salvarse huyendo. A esta señalada victoria se siguió inme-

diatamente la rendicion de Gaeta, Cortona y Cápua, únicas plazas que habian opuesto alguna resistencia, y que faltaba conquistar; y quedando por este medio allanado todo el reyno de Nápoles, se emprendió sin demora la ocupacion de Sicilia. Una esquadra española, compuesta de cinco navíos de línea, otras tantas galeras, trescientas naves de transporte, varias balandras y otros buques menores, con veinte mil hombres de desembarco al mando del Duque de Montemar, se presentó delante de Palermo, que hallándose indefensa, reconoció inmediatamente por su Rey á Don Carlos. El General español pasó despues á Mecina, cuyos habitantes siguiéron el exemplo de los de Palermo, pues su Gobernador habia retirado las guarniciones de todas las fortalezas de esta plaza con el fin de defender la ciudadela, que no se entregó hasta el año siguiente de 1735. Trapaná y Siracusa se rindiéron pocos dias despues que esta ciudadela; de modo que en toda la isla apénas quedó ni un solo Aleman.

Una revolucion tan repentina inquietó á la Inglaterra y á la Holanda, y empezáron á manifestar rezelos del engrandecimiento de la Casa de Borbon. Jorge II insinuó á las Cortes beligerantes que ya era tiempo de dexar las

armas, se constituyó mediador en sus querellas; y corroborando sus instancias con un considerable armamento, declaró que si España y Francia rehusaban convenirse en un tratado de paz general, atacaría unido con la Holanda, en fuerza de sus empeños con la Casa de Austria, sus establecimientos en ambas Indias. Del Emperador no se dudaba que admitiría desde luego esta mediación, pues despojado, estrechado por todas partes, y reducido al mayor apuro, era consiguiente que desease poner fin á una guerra que no le ofrecía sino pérdidas y desastres. Francia por su parte también se mostraba dispuesta á entrar en negociación, pues la edad avanzada del pacífico Fleuri, y el vivo deseo de dexar en la nación un monumento glorioso de su ministerio, adquiriéndola alguna posesion nueva, le estimulaban á aprovecharse en un concierto de la superioridad de las armas francesas, mas bien que á exponerlas á nuevos riesgos con una nación tan fuerte como Inglaterra. Pero España se hallaba muy distante de dar oídos á ninguna proposicion ínterin no se la asegurase la posesion de todos los dominios austriacos en Italia. Ya tenía destinado un cuerpo de veinte mil hombres contra la Lombardía; y el Duque de Montemar,

animado con la rapidez y felicidad de sus conquistas, amenazaba llevar sus armas hasta las puertas de Viena. El talento y energía de la Reyna Doña Isabel habian puesto á la nacion en estado de hacer nuevas tentativas; y el Gabinete de Madrid se mantenía en la firme resolución de arrojar totalmente al Emperador de los términos de Italia. Con este designio se habia puesto en marcha el ejército español desde Nápoles, y pasando por los Estados eclesiásticos y la Toscana, se unió con el combinado Galo-Sardo, que ocupaba á la sazón la Lombardia; pero mientras se empleaban estos guerreros en la toma de Mantua, empezáron las negociaciones entre las Cortes de Viena y de Versalles, y en 3 de Octubre del mismo año de 1735 se concluyó un tratado, á que hubo de acceder la de Madrid por no quedarse aislada y expuesta al resentimiento de todos. En él se concertó que Estanislao habia de renunciar por segunda vez el trono de Polonia, aunque conservando el título y prerogativas de Rey, indemnizándole con los Ducados de Bar y de Lorena, que despues de sus dias deberian reunirse á la corona de Francia. Que en cambio se cederia la Toscana al Duque de Lorena; pero que esta cesion no surtiria sus efec-

tos hasta despues de la muerte del Gran Duque Juan Gaston, último vástago de la Casa de Médicis. Que el reyno de Nápoles y el de las Dos-Sicilias quedarian para Don Cárlos, con la obligacion de renunciar sus derechos á Toscana y Parma, cuyo último Estado con el Ducado de Plasencia, pasarian á la Casa de Austria, la qual podria incorporarlos á sus dominios en la Lombardía. Y por último que al Rey de Cerdeña se le adjudicarian los territorios del Tesino, y los feudos de la Lonhga, del Novarés, del Tortonés, ó del Vigevanasco á su eleccion.

Así se concluyó esta guerra de dos años con grave sentimiento de Parma y de Toscana, que se veian privadas de un Príncipe cuyas bellas qualidades prometian las esperanzas mas lisonjeras, para caer baxo un gobierno que no les anunciaba sino miseria y esclavitud.

Felipe V parecia un Príncipe destinado á vivir en continua lucha, pues aun estaban sin cangear las condiciones del tratado anterior, quando se vió forzado á tomar de nuevo las armas. La Inglaterra, esa Potencia cuya política ha sido constantemente abrogarse el imperio del mar, extender un comercio inmenso, y arruinar ó debilitar el de las demas na-

ciones, provocó el resentimiento del Gobierno español, que vuelto ya de su letargo, no podia mirar con indiferencia el descaro con que á la sombra de ciertos tratados de comercio exercian los Ingleses en los puertos de la América el mas considerable contrabando. Se quejó la Corte de España, pero en vano; se multiplicáron los guarda-costas para cortar los progresos del desórden; se apresáron con efecto algunos buques, en lo qual se excederian quizá los límites de la moderacion y de la justicia, inconveniente casi inevitable en semejantes circunstancias; pero de aquí empezáron á agriarse las contestaciones entre uno y otro Gabinete. Felipe V fue sin embargo bastante generoso para ofrecer á la Gran Bretaña, por un tratado concluido en el Pardo, la indemnizacion de noventa y cinco mil libras esterlinas por los daños que pudiese haber sufrido injustamente; pero aun así no fue posible contener el orgullo que transportaba á los Ingleses; y la querella, que habia tenido principio del apresamiento de un barco, se extendió luego á otros objetos de mayor importancia. Empezó á disputarse sobre los limites de la Florida y de la Carolina; los Ingleses levantáron el grito, cometiéron hostilidades, y como ellas

imposibilitaban á Felipe V para satisfacer la suma prometida , tomáron de aquí un pretexto para declarar la guerra en 1739.

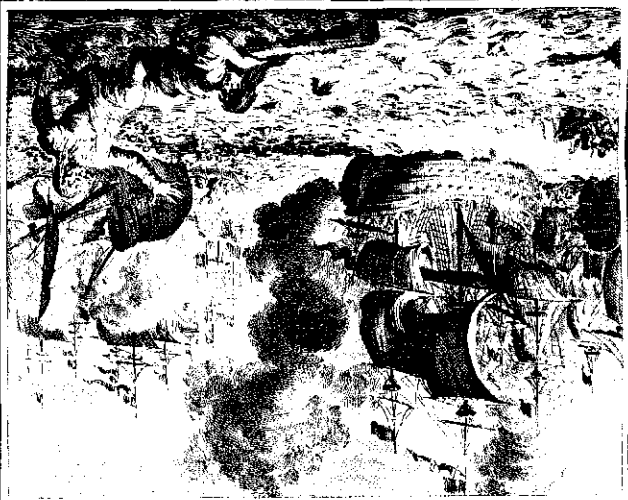
Quanto mas se exâmina la naturaleza del comercio , que debería unir las naciones entre sí , y que no florece sino á la sombra de la paz , ménos puede comprehenderse esta manía de encender , por un objeto de comercio , guerras dispendiosas , cuyas ventajas nunca pueden compensar las pérdidas que ocasionan. Nadie puede extrañar que sobre el particular ocurran algunas disputas ; pero que en lugar de terminar amigablemente estas diferencias , sean para las naciones un motivo de recurrir á las armas , parece cosa muy difícil de conciliar con los principios de la razon , de la humanidad , y de la política. En esta guerra el Almirante Vernon invadió con un poderoso armamento las costas americanas , se hizo dueño de Porto belo , y arrasó sus fortalezas. Creyó serle igualmente fácil apoderarse de Cartagena de Indias ; pero las tropas españolas , acaudilladas por su Gobernador Don Sebastian de Esloba , rechazáron sus ataques con singular denuedo , y le obligáron á abandonar la empresa. Igual suerte sufrió en la isla de Cuba , donde tuvo que reembarcarse precipi-

tadamente con pérdida considerable. No experimentó mejor fortuna otra esquadra inglesa, que se presentó delante de la Guayra y de Puerto-Cabello en la provincia de Venezuela, de donde hubo de retirarse bien escarmentada; y en una batalla naval, que en 1744 se dió en las costas de Provenza, solos doce navíos españoles humillaron la arrogancia de la Gran Bretaña, haciendo frente á quarenta y cinco ingleses, que hubiéron de retirarse muy maltratados dexando indecisa la victoria.

Durante esta guerra, que casi toda fue marítima, empezó otra por tierra en Italia contra los Imperiales. Murió en 1740 el Emperador de Alemania Cárlos VI, último varon de la Casa de Austria, dexando por heredera á su hija María Teresa, Gran Duquesa de Toscana, que inmediatamente tomó posesion de su patrimonio, y fue reconocida Reyna de Hungría; pero al momento aparecieron dos competidores, que poniendo en combustion la Europa, reduxéron á aquella Princesa á la situacion mas crítica. El Elector de Baviera pretendia la sucesion en virtud del testamento de Fernando I, y en representacion de su quarta abuela, instituida en defecto de varones de la Casa de Austria. La pretendia tambien el Rey

En las costas de Provenza se arde en el año  
de 175 una española española de 12 navios con  
otra milera de Rey nado con fuerza tan de  
tanto el conate, aunque la victoria queda in-  
fanta, quando dexo las aguas la española in-  
glesa no humillado el orgullo de sus marinos con  
la necesidad de retirarse muy maltratados. Para  
ser apresada la fuerza al almor cuando fedia  
con el pudentese.

El Ingles humillado.





de Polonia, Elector de Saxonia, alegando los derechos de su muger, hija mayor del Emperador Josef, hermano de Cárlos VI. Tomó Francia las armas favoreciendo las pretensiones del Elector de Baviera; el Rey de Cerdeña se declaró por la Reyna de Hungría; y aunque Felipe V aspiraba tambien al todo de la herencia por descendiente de la Reyna Doña Ana de Austria, quarta muger de Felipe II, é hija del Emperador Maxîmiliano II, el temor con que verian las Potencias europeas á una rama de la Casa de Borbon pretender toda la herencia de la de Austria, le obligó á modificar sus pretensiones, limitándose á las provincias que María Teresa poseia en Lombardía, y á establecer en ellas al Infante Don Felipe, hijo segundo de su segundo matrimonio, así como lo habia hecho en Nápoles con el Infante Don Cárlos.

A fines del año de 1741 partiéron á Italia baxo las ordenes del célebre Duque de Montemar quince mil hombres, los quales se incorporáron en Orbitelo con igual número de auxiliares, que proporcionó el Rey de Nápoles; pero precisado aquel digno General á seguir unos planes mal concertados y peligrosos, no pudo impedir que los Austro-Sardos ocupasen

los Ducados de Módena y Reggio, quando á haber tenido libertad para obrar, en una sola campaña, y quizá sin disparar un fusil, hubiera podido apoderarse de toda la Lombardia. Su prudente conducta, que mereció el elogio aun de los mismos enemigos que estaba acostumbrado á vencer, se interpretó siniestramente; y desfigurada por la envidia con los mas feos coloridos, sirvió de pretexto para desgraciarle con la Corte, y quitarle el mando del ejército. Tampoco fue mas afortunado el Infante Don Felipe, pues debiendo penetrar en Italia por la Saboya, que habia abandonado el Rey de Cerdeña por cubrir otros puntos mas importantes, tuvo que contentarse con pasar el invierno en la capital de aquel Ducado. El Rey Don Cárlos se mantenía neutral, pues no habia creído que enviando un cuerpo de tropas auxiliares al ejército de su padre, se le habia de considerar como Potencia beligerante; pero los Ingleses, á la sazón en guerra con la España, y declarados por la Reyna de Hungría, se presentáron con una esquadra delante de Nápoles, y amenazáron de bombardear esta capital si el Rey no prometia retirar sus tropas del ejército español. Una hora de término se le concedió para deliberar; y no hallándo-

se Don Carlos en estado de defensa, se vió precisado á tolerar este insulto, y á firmar la promesa de retirar sus tropas. Tal es la superioridad inherente al imperio de los mares.

En 1743, el Conde de Gages, sucesor de Montemar, en cumplimiento de las órdenes de la Corte de España, pasó tranquilamente el Tarnaro con ánimo de atacar á los Austro-Sardos, llamar por este lado la atencion del Rey de Cerdeña, y facilitar la entrada en el Piamonte al Infante Don Felipe. Noticiosos los enemigos de este movimiento, le esperáron á pie firme en las inmediaciones del lugar de Campo-Santo; y allí se dió una sangrienta batalla, que costó muchos guerreros á los dos exércitos, los quales ambos se atribuyéron la victoria; pero lo cierto es que los Españoles volviéron á Bolonia con las compañías disminuidas y sin Oficiales, con carros llenos de heridos, y los equipages desordenados, funestos testimonios del sangriento combate. Conociendo Gages que con las débiles fuerzas á que habia quedado reducido su exército, ya por esta accion, ya por la retirada de las tropas napolitanas, ya por la desercion, ya finalmente por las dolencias, no estaba seguro cerca de un enemigo que, por el contrario, se enrobustecia diariamente con considerables re-

fuerzos, anduvo casi todo un año retirándose, haciendo alto, marchando, y combatiendo por el Boloñés, Ferrarés y Marca de Ancona, hasta que estrechado por el General Lobkowitz á la frente de treinta mil hombres, hubo de refugiarse en el reyno de Nápoles, manifestando á Don Cárlos los motivos que le habian precisado á violar la neutralidad de sus dominios. El compromiso era de los mas fuertes para este Soberano, y dudó por algun tiempo del partido que deberia tomar; pero últimamente, convencido por los movimientos del ejército austriaco de que las intenciones de María Teresa eran apoderarse igualmente de las Dos-Sicilias, pensó sin dilacion en prevenirlas, y resolvió pasar en persona á auxiliár al ejército español, reuniendo el suyo para la comun defensa.

Incorporadas las tropas napolitanas con las españolas, y deseando Don Cárlos liberrar á sus pueblos de las calamidades de la guerra, se introduxo en los Estados pontificios con ánimo de esperar al enemigo en ellos, é impedirle la entrada en el reyno, que al parecer proyectaba. A este fin recogió toda su gente hácia Veletri, estableciendo su quartel general en aquella ciudad, situada sobre una eminencia á seis

leguas de Roma, extendiéndose por aquellos contornos y el monte de los Capuchinos. Lobkowitz se dirigió también hácia este punto con resolución de desalojar al Príncipe; pero reconociendo su ventajosa situación, no se atrevió á embestirle en sus mismas trincheras, y tuvo que contentarse con acampar á la vista, quedando separados ambos ejércitos por un valle profundo. Las escaramuzas eran frecuentes, pero nada decisivas; sí bien para Don Carlos no dexaba de ser ventajoso contener al enemigo, y conservar, á pesar de sus esfuerzos, la comunicación con los países, que tenía á sus espaldas. Así permanecieron por algun tiempo, quando de improviso Lobkowitz, sugerido por el General Brown, determinó efectuar en Veletri la misma sorpresa que en Cremona habia executado el Príncipe Eugenio por los años de 1702; y no hay duda que á haber correspondido el éxito, hubiera concluido gloriosamente la campaña y aun la guerra, quedando dueño del reyno de Nápoles y de su Soberano. Al amanecer del día 11 de Agosto de 1744 acometieron la ciudad por diferentes puntos seis mil Austriacos, conducidos por el mismo Brown; fueron muertas las descuidadas centinelas, pasados á cuchillo quantos intenta-

ban defenderse, y los que no se salvaban por la fuga, caían en poder del vencedor. Todo era consternación, todo terror; solo un momento faltaba para decidir de la suerte; las tropas alemanas inundaban las calles y las plazas, é iban ya á asaltar la morada del Príncipe Don Carlos, quando este, apénas despierto y mal vestido, tuvo la fortuna de ponerse en salvo por entre los arcabuces enemigos, y refugiarse con el Duque de Módena en el monte de los Capuchinos. Perdido este golpe, todo lo demas era de ménos importancia; y por otra parte los Austriacos, en vez de perseguir á los fugitivos, se entregáron al pillage tan prematuramente, que volviendo en sí los Españoles y Napolitanos, diéron sobre ellos con singular denuedo, sembráron las calles de cadáveres, arrojáron á los agresores, y recuperáron la ciudad. Entre tanto Lobkowitz asaltó con nueve mil hombres los atrincheramientos del monte de los Capuchinos; pero la gente estaba ya sobre las armas, y todas sus ventajas se reduxéron á ocupar algunos puestos. El fuego de los Españoles fue tan vivo y tan bien dirigido, que quantos Alemanes avanzaban, rodaban muertos hasta el fondo del valle, en términos que, despues de una porfiada lucha, se vió

obligado Lobkowitz á retirarse abandonando los puestos ocupados. Concluida la escena, cada una de las partes ensalzaba desmesuradamente las pérdidas de la otra; pero los mas convienen en que los Austriacos perdiéron dos mil hombres, y el ejército combinado quatro mil, con once banderas, muchos bagages, utensilios y caballos. La gloria fue igual, porque si no puede negarse á los Austriacos el honor de haberse aventurado á una de las mas árduas y memorables hazañas, es preciso conceder tambien á los Españoles y Napolitanos el de haber sabido defenderse con el denuedo y bizarría correspondientes á tan apurado lance.

Sin embargo las cosas no por eso mudáron de semblante. Ambos ejércitos permaneciéron, por espacio de mas de dos meses, observándose recíprocamente; pero sin intentar accion de conseqüencia, hasta que convencido Lobkowitz de la imposibilidad de penetrar en el reyno de Nápoles, como vanamente se habia lisonjeado, levantó el campo; y enviando á Liorna los enfermos con dos crecidos cuerpos de tropas, tomó aceleradamente el camino de Roma. El Rey de Nápoles, que con tanta constancia habia sufrido tantas incomodidades, léjos de ceder á sus enemigos el lauro, se puso en se-

guimiento suyo con diez y ocho mil hombres; y aunque se le huyéron de las manos, consiguió ahuyentarlos de los Estados pontificios.

Entre tanto el Infante Don Felipe, á quien el Rey de Cerdeña habia arrojado de la Saboya, sostenido por un ejército frances á las órdenes del Príncipe de Contí, pasó el Var, rio que divide la Italia de la Francia, sometió el Condado de Niza; y forzando los fuertes y terribles atrincheramientos, que en los Alpes se oponian á sus progresos, franqueó el paso de Villafranca, considerado como una de las mejores barreras del Piamonte, y se introduxo hasta Montalban por entre mil peligros. Allí asaltando con singular denuedo unas fortificaciones situadas sobre una escarpada roca, consiguió desalojar al Rey de Cerdeña, que detras de este puesto animaba con su presencia á las tropas; se apoderó despues de Castel-Delfin, penetró hasta Dumont en el valle de Stura, se hizo dueño de esta fortaleza respetable por su situacion, y bien defendida por el arte, desembarazó las llanuras del Piamonte, y puso sitio á Coni.

Tan rápidos progresos por entre obstáculos casi insuperables, y tantos sucesos brillantes, inspiraban una engañosa confianza, que se

aumentó con una victoria. La guarnicion de Coni, haciendo una salida, atacó á los sitiadores dentro de sus mismas trincheras; y aunque la acertada combinacion de sus planes la aseguraba al parecer la victoria, halló una resistencia, que no habia podido figurarse, y se vió en la precision de refugiarse apresuradamente en la plaza, dexando mas de cinco mil hombres en el campo. A pesar de todo, los rigores de la estacion (era por el mes de Octubre) las inundaciones y las dificultades, que hacen tan peligrosa la guerra de Italia, quando se tiene por enemigo al Señor de los Alpes, obligáron al ejército combinado á levantar el sitio y á repasar los montes.

Si pudo semejante contratiempo malograr las ventajas de tan gloriosa campaña, no por eso fuéron ménos rápidos los progresos de la siguiente de 1745. Génova, que hasta entónces habia observado una escrupulosa neutralidad, precisada á abandonarla por conservar su independendencia política y la integridad de su territorio, hizo un tratado con la España; y las tropas que mandaba el Infante, sostenidas por diez mil Genoveses, halláron el paso franco por los Estados de esta república para penetrar en Lombardía. El Conde de Gages,

con orden de la Corte de Madrid, despues de haber perseguido á los Austriacos hasta Módena, pasó el Apenino, se introduxo tambien en el Estado de Génova, y cerca de Alexandria de la Palla se incorporó con el ejército del Infante, que ascendió entónces á cerca de noventa mil hombres. Con tan respetables fuerzas rompió Don Felipe por el Tortonés, que en breve quedó reducido á su obediencia. Por otra parte, un destacamento de diez mil Españoles, entrando en Plasencia sin oposicion, rindió la fortaleza, pasó á Parma, y con la misma felicidad se hizo dueño de esta plaza. Las guarniciones austriacas quedaban prisioneras, ó se ponian en fuga sin aguardar á los vencedores; y los naturales de aquellos Ducados, viéndose restituidos á la Casa de Farnesio, se entregaban al mas vivo placer. El Rey de Cerdeña, fortificado sobre el Tanaro junto á Bisignano, intentó disputar el paso al ejército combinado, y se trabó una accion muy sangrienta; pero al fin fuéron forzados los atrincheramientos, y perseguidos los enemigos hasta Casal y Pavía. Estas dos plazas, la de Valencia, la ciudad de Asti, y el Monferrato cayéron en poder de Don Felipe, quien despues de arrojar á los Austro-Sardos de casi toda la

Lombardía, entró en Milan sin resistencia. Era la tercera vez que esta ciudad había mudado de dueño en el corto espacio de nueve años.

Por desgracia en la campaña siguiente de 1746 la Reyna de Hungría, habiendo hallado medio de desembarazarse de los enemigos que habían tenido ocupadas sus fuerzas por la parte de Alemania, hizo refluir á Italia un considerable número de tropas aguerridas, y ocasionó una nueva revolucion de sucesos. Su primer golpe fue la sorpresa de Asti, en la qual quedáron prisioneros cerca de seis mil Franceses; y el ejército combinado, que por cubrir una extension de terreno desproporcionada á sus fuerzas, se encontraba sumamente enflaquecido, no pudo resistir al torrente impetuoso de enemigos, que inundáron toda la Lombardía. Fue preciso evacuar aceleradamente á Milan, Casal, Parma, Guastala; y quanto en la campaña anterior había conquistado Don Felipe con tan crecidos gastos, y tanta efusion de sangre, todo cayó en poder de los vencedores, poniendo el colmo á los infortunios la desgraciada batalla de Plasencia. Los Austriacos, mandados por el Principe de Lichtenstein, tuvieron la osadía de sitiar al Infante, que con las reliquias de sus tropas se había hecho fuer-

te en aquella plaza; y como para salir de esta apurada situacion era preciso abrirse paso con la espada, se trabó una sangrienta batalla, en que quedáron dueños del campo los Austriacos, perdiendo el ejército combinado muy cerca de nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Ya entónces no quedó otro recurso que una retirada pronta, cuyas disposiciones se diéron; pero estaba tan declarada ya la suerte, que aun la retirada costó una segunda batalla. Cerca del rio Tidona atacáron vivamente los Austro-Sardos al ejército de las tres coronas, y consiguieron una de las mas ruidosas y completas victorias.

En medio de estos desastres recibió el Infante la inesperada y dolorosa nueva de la muerte de su padre Don Felipe V. Un accidente apoplético acabó sus dias casi repentinamente en los brazos de la Reyna su esposa en 11 de Julio de 1746, á los sesenta y dos años de edad, dexando penetrada á la nacion del mas vivo sentimiento. Era á la verdad un Príncipe bien digno del amor de sus vasallos. Siempre se le encontró dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todos ra-

mos. Restableció la disciplina militar; creó una marina, de que absolutamente carecía á fines del reynado de Cárlos II la Potencia que mas la necesita; reformó varios tribunales, y fundó establecimientos no ménos conducentes á la utilidad que al lustre de la Monarquía. La Real Biblioteca de Madrid, el Seminario destinado á la educacion de la nobleza, la Academia de la Historia, y la Española, cuyo instituto es la conservacion del puro lenguaje castellano, son otros tantos insignes monumentos de su piedad, providencia, y liberalidad verdaderamente regia.

Entró inmediatamente á sucederle su hijo primogénito Don Fernando VI, que desde 1729 se hallaba casado con Doña María Bárbara de Portugal, Princesa del Brasil. Este Soberano, naturalmente propenso á la paz, y persuadido de que España la necesitaba, se dedicó desde luego á proporcionar á sus pueblos tan importante beneficio; sí bien no pudo conseguirlo hasta el año de 1748, en que por el tratado de Aquisgran ó Aix-la-Chapelle, se completó la grande obra de la pacificacion general.

Entre tanto el Marques de la Mina, nombrado sucesor en el mando al Conde de Ga-

ges, conociendo que el ejército del Infante no podia subsistir en Italia sin evidente riesgo de perderse todo, le fue poco á poco retirando al Genovesado, al Condado de Niza, y á la Provenza, sin poder evitar que la república de Génova, que como ya hemos visto, se habia manifestado aliada de la Casa de Borbon, quedase al descubierto. El Rey de Cerdeña se hizo inmediatamente dueño de todas sus riberas de poniente; los Austriacos se acercaban apresuradamente á las murallas de la capital; y sus habitantes consternados se viéron en la necesidad de implorar la clemencia de los vencedores, sometiéndose á las condiciones mas duras. Orgullosos aquellos por su situacion, abusáron con demasiado rigor del derecho de la victoria; y el pueblo oprimido, y tratado como esclavo, entró en furor, tomó las armas, y con los brios que infunde la desesperacion, se hizo temible en pocos dias á los mismos opresores que le despreciaban. El Marques de Botta-Adorno, General de los Austriacos, que hubiera podido sofocar la rebellion desde sus principios, dió lugar con su inaccion á que un Príncipe Doria, poniéndose á la frente de aquella multitud enfurecida, diese con intrepidez sobre su gente, la desbaratase, haciendo

mas de quatro mil prisioneros, y la obligase á pasar rápidamente el puerto de la Bochetta.

Este inesperado acontecimiento influyó no poco en la invasion de la Provenza, en donde ocupáron los Austro-Sardos mas de quarenta leguas de pais, y en donde los Españoles y Franceses, unidos por el peligro comun, y reforzados con varios socorros, mostráron con denuedo el rostro á los invasores, y los precisáron á repasar el Var contra su voluntad y con bastante pérdida. Los Austriacos entónces se arrojáron de nuevo sobre Génova, mandados por el General Scherlemburg, que tenia órden de su Soberana para restablecer á toda costa el honor de las armas Imperiales. El Rey Don Carlos, que creyó ser decoro suyo sostener á aquella República moribunda, la socorrió inmediatamente con hombres, víveres, municiones y dinero; y tanto el desesperado valor de los Genoveses, como la fuerte situacion de aquella capital, inexpugnable mas por naturaleza que por arte, obligáron á los Austriacos á levantar el sitio, y á retirarse al Piamonte.

Llegó por fin el tiempo en que las Potencias europeas, cansadas de una guerra en que

despues de tantas vicisitudes, con increible efusion de sangre y de inmensos tesoros, se veian cada vez mas distantes de su objeto, trataron de poner fin á unas hostilidades, que arruinaban á los pueblos sin utilidad conocida. Ocupado el trono Imperial por el Gran Duque de Toscana, esposo de María Teresa, y siendo por la misma razon mas difícil privar á esta Princesa de la herencia paterna, parecia que las Potencias debian abandonar unas pretensiones irrealizables, y contentarse con aquellas ventajas que pudiesen reportar de una amistosa transaccion. Así, pues, á principios del año de 1748 se convocó un congreso en Aquisgran, en que despues de varias contestaciones, quedó reconocida Emperatriz de Alemania la Reyna de Hungría, recobrando el Ducado de Milan; se cediéron al Infante Don Felipe los de Parma, Plasencia y Guastala, con la cláusula de reversion á dicha Princesa, en caso de que algun dia recayese en él la corona de Nápoles, por pasar Don Carlos á la de España; y se concertáron con la Inglaterra ciertas diferencias que se habian suscitado sobre varios puntos de comercio.

Apenas empezó la España á descansar de las agitaciones y calamidades de la guerra an-

tecedente, convirtió el pacífico Monarca toda su atención á restablecer el comercio, á aumentar la marina, y extender la navegación; á fomentar las manufacturas, á emprender la construcción de algunos caminos públicos y canales; y en suma á promover las artes y todo lo perteneciente al gobierno económico: tareas propiamente dignas de un Soberano, que no perdía de vista la felicidad de sus pueblos, y que hacen mas honor á su reynado que al de otros Príncipes muy celebrados sus brillantes conquistas y gloriosas expediciones. Los Franceses é Ingleses volviéron á encender la guerra en 1756; pero constante Don Fernando en su saludable sistema, se abstuvo prudentemente de tomar en ella parte, empleando sus esquadras únicamente en proteger el comercio.

Débase á este benéfico Monarca el concordato, obtenido en 1753 de la Corte de Roma, que terminando las antiguas altercaciones sobre el Patronato Real, le dexó perpetuamente anexo á la corona; y desde entónces quedó asegurado al Rey el derecho de presentar para las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España; á excepcion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la santa Se-

de. Se le debe tambien el establecimiento de la Real Academia de San Fernando, destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes pintura, escultura y arquitectura, como tambien la del grabado; pues aunque desde el año de 1744 habia ya aprobado su augusto padre Don Felipe V una junta preparatoria, no se erigió en formal academia hasta ocho años despues, enviándose á Roma algunos discípulos de ella para adiestrarse, así como á Paris algunos jóvenes pensionados por el Real erario para perfeccionarse en el grabado de láminas y sellos, y en la delineacion de mapas geográficos. La salud pública le debe el establecimiento de un jardin botánico ó de plantas medicinales para la enseñanza de la juventud dedicada á tan interesante estudio; y por último, no omitiendo su zelo, verdaderamente paternal, medio alguno de fomentar la instruccion de sus vasallos, hizo viajar fuera de España, á sus expensas, sugetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones, que adquiriesen nuevas luces, y se hiciesen por este medio mas útiles á la patria.

Tales eran las ocupaciones de tan digno Monarca, quando de resultas de la pena que le causó la pérdida de la Reyna su esposa,

que falleció en 27 de Agosto de 1758, le sobrevino una larga y penosa enfermedad, de que murió en 10 de Agosto de 1759 sin sucesion alguna. Las lágrimas de sus vasallos, que le habian considerado siempre como un número tutelar destinado á hacer la felicidad de la España, solo hubieran podido enxugarse con el consuelo de que habia de sucederle un hermano igualmente benéfico y amable, que en Nápoles habia ya sabido acreditarse verdaderamente digno del cetro.

Cárlos III convencido por el escrupuloso exámen de varios Médicos y Ministros de su Corte de la absoluta incapacidad de su hijo primogénito el Infante Don Felipe, que afligido desde la infancia de continuos insultos de epilepsia, se hallaba sumergido en la mas lamentable estupidez, cedió con pública solemnidad la corona de las Dos Sicilias á su hijo tercero Don Fernando, en quien por consiguiente se habian traspasado los derechos de segundo; y ciñéndole la misma espada que habia recibido del Rey Don Felipe al subir á aquel trono, le dixo estas notables palabras: „Luis XIV, Rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo y mi padre. Este me la dió á mí, y yo os la entrego para que

os sirvais de ella en defensa de la religion y de vuestros vasallos.”

Hízose á la vela de Nápoles para España la esquadra que conducia al nuevo Soberano con la Reyna su esposa Doña María Amalia Walburg, al Príncipe de Asturias Don Carlos Antonio, baxo cuyo feliz dominio vivimos en el dia, y á la demas familia Real, quienes desembarcáron felizmente en el puerto de Barcelona, entre los alegres y festivos aplausos de los moradores de esta populosa ciudad. En ella apénas se detuvo el Rey mas tiempo que el necesario para hacer como el primer ensayo de su clemencia, de su bondad y de su beneficencia, confirmando á aquellos naturales una gran parte de los privilegios que habian gozado antes de la rebelion de 1640, y de las guerras de sucesion. Continuó su viage por Zaragoza á Madrid, y las públicas demostraciones de gozo y de ternura con que fue recibido en la Corte, acreditáron bien las justas esperanzas que habian fundado sus nuevos vasallos en la sabia administracion y admirable conducta del Monarca.

En efecto, luego que empezó á dirigir los negocios políticos, hizo comprehender quan vivamente deseaba desterrar la perniciosa lan-

guidez, que casi sin poder evitarlo se habia difundido durante la dilatada enfermedad de su difunto hermano. Dexó en sus respectivos cargos á todos los antiguos empleados, que no desmerecian su confianza; y para consolidar mejor la de sus vasallos, mandó publicar un decreto arreglando el modo con que queria se pagasen las deudas de Felipe V su padre, y consecutivamente una nueva declaracion sobre el pago de las de la corona, que debia servir de norma para liquidar enteramente las de Cárlos I, Felipes II, III y IV, y de Cárlos II, las quales ascendian á sumas inmensas, que en gran parte absorbian las mejores rentas. Una economía sabia y bien arreglada es tan útil á los Estados como á las familias. Varias tierras las mas pingües y feraces yacian incultas á consecuencia de la dura calamidad de unos años demasiado escasos, que habian privado á los labradores, particularmente de Andalucía, Murcia y Castilla la Nueva, hasta de lo necesario para sembrar; pero el pródigo y magnánimo Cárlos, persuadido de que la agricultura es la fuente de la verdadera riqueza de los pueblos, no solo perdonó á aquellos colonos la considerable suma con que debian satisfacer al Real erario los empréstitos de granos

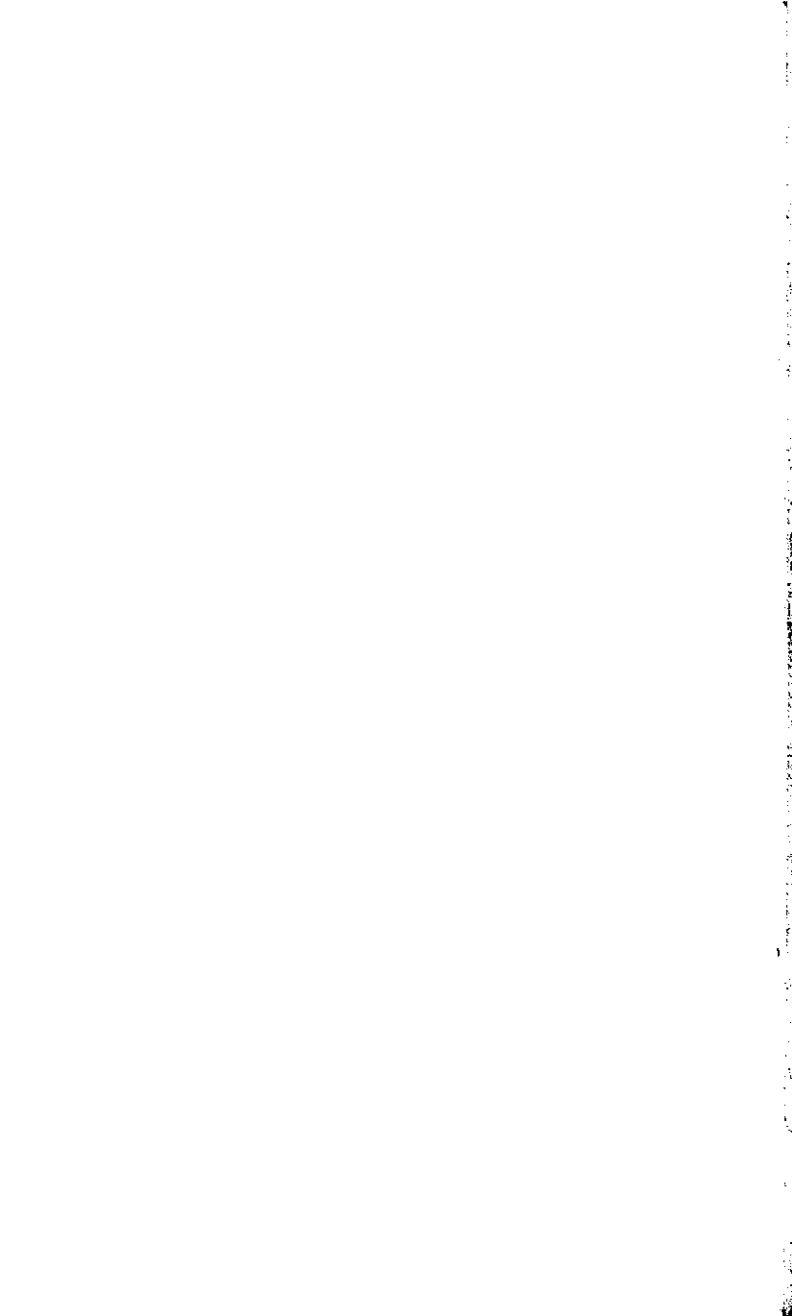
y dinero que habian recibido desde el año de 1648 hasta el de 1754, sino que á sus expensas hizo conducir de paises extranjeros gran cantidad de granos, que distribuyó con generosa mano, para que pudiesen continuar y acrecentar sus sementeras. Convirtió despues sus cuidados al fomento de la marina, que habia encontrado en un pie bastante floreciente; y la nacion aplaudia las justas disposiciones de su Monarca, constantemente atento á restituir á la España aquel poder é influencia que habia tenido en los tiempos mas floridos.

Entre tanto la guerra suscitada en 1756 continuaba con furor increíble de la una á la otra extremidad del orbe. Los Ingleses y Franceses se combatian desesperadamente en el vasto espacio de los mares; pero habian conseguido los primeros tal superioridad sobre estos, que la marina francesa se hallaba casi aniquilada por repetidos descalabros y multiplicadas desgracias; y ademas del Canadá, Cabo-Breton y la Martinica, casi todos los establecimientos del Rey Christianísimo en América estaban para caer en manos de los afortunados Bretones. Esta nacion, altiva y orgullosa con sus victorias, parecia haber olvidado toda moderacion, y amenazaba tambien á los esta-



### El Monarca benéfico.

*Después de perdonar Carlos III quanto debian á su Real erario por empréstitos recibidos en 106 años los labradores de Castilla la nueva, Murcia y Andalucía, para que acrecentasen sus sementeras, les proveyó de granos que hizo conducir de países extranjeros á sus expensas. Se atraxo así las bendiciones del pueblo agradecido, y en ellas recibió aquella corona reservada solo para monarcas dignos.*



blecimientos españoles, pretendiendo disponer despóticamente del comercio de los vasallos del Rey Católico. Ya las naves españolas habian sufrido repetidas veces la vexacion de ser detenidas, registradas, y en ocasiones despojadas por aquellos atrevidos isleños con un pretexto ú otro; y Don Cárlos, sin embargo de que hubiera deseado conservar la neutralidad que habia observado religiosamente, se vió en la precision de tomar las armas para vengar los insultos hechos á su pabellon, reprimir la insolencia de aquellos agresores, y poner á cubierto sus dominios de América de la ambicion de una Potencia, que no habia tenido reparo en atropellar los mas sagrados derechos de las naciones. A consecuencia en 1761 se firmó en Madrid un tratado de amistad y union llamado *pacto de familia*, que tenia por objeto una recíproca defensa entre la Francia y la España; en el año siguiente se declaró formalmente la guerra á la Inglaterra; se expidiéron las órdenes correspondientes para hacer salir al mar con la brevedad posible todas las fuerzas navales; se fortificáron los puertos mas importantes de la península; y últimamente, para quitar á los Ingleses el abrigo de los de Portugal, sobre cuyo gobierno exercia el Gabinete de

Lóndres una influencia ilimitada, se le convidó á entrar en la liga, baxo el supuesto de que se le trataria como enemigo á no acceder á ella.

Sin embargo nada pudo obligar al Rey de Portugal á que abandonase los intereses de su aliada la Gran Bretaña, aunque procuró deslumbrar al Gabinete de Madrid con frívolos pretextos; pero finalmente, convencido Cárlos III de quan infructuosos eran sus amistosos oficios, ordenó á sus tropas que invadiesen aquel reyno. Los Españoles penetraron libremente hasta Miranda, ciudad de la frontera, que cayó inmediatamente en su poder; de aquí se avanzaron á la provincia de Tras os-Montes, cuyos naturales, habiéndose sujetado primero, y sublevándose despues, fuéron tratados con el mayor rigor; pero quando á vista del odio inveterado de los Portugueses á los Castellanos debia esperarse alguna accion ruidosa, se reduxo casi toda la campaña á pequeñas escaramuzas con suceso vario. No obstante, la Corte de Lisboa, persuadida de su inferioridad, pidió auxilio á la Inglaterra, que inmediatamente la proporcionó diez mil hombres al mando del Conde de la Lippa Buklemburgo, guerrero formado en la escuela del Gran Federico II. Este experimentado General, que era sin duda muy

capaz para reparar las quiebras padecidas, y volver por el honor de las armas portuguesas, pretendió interceptar los víveres al ejército español, y lo consiguió en parte; pero no pudo impedir que el Marques de Sarria, General de las tropas, derrotase completamente un destacamento de cinco mil hombres, apostados ventajosamente en Villafflor, haciéndose despues dueño de la ciudad de Mancorvo, y luego de la importante plaza de Almeyda, que franqueaba el camino á lo interior del reyno, y hasta la misma capital.

Pero como los sucesos de una guerra participan necesariamente de la inconstancia de la suerte que los preside, en medio del júbilo de la Corte de Madrid por tan singulares ventajas, se recibió la infausta noticia de que los Ingleses con una poderosa armada, baxo la direccion del Almirante Pokok, habian invadido la isla de Cuba, y ocupado á viva fuerza su capital la Havana, considerada como la llave de las Indias españolas. Quando se declaró el rompimiento entre Lóndres y Madrid, los Ingleses que le habian provocado, se encontraban ya apercebidos para obrar desde luego con toda actividad; y por el contrario las providencias de Don Carlos, ó por la distancia,

llegaban tarde á los países de la América, ó se executaban con lentitud, quizá por no considerarse tan próximo el peligro. El Gobernador de aquella plaza Don Juan de Prado se defendió, no obstante, con singular intrepidez por espacio de veinte y nueve dias; pero al cabo se vió precisado á capitular, cediendo al Almirante enemigo, además de los ricos tesoros que se conservaban en ella, esperando una ocasion favorable de remitirlos á España, nueve baxeles de línea de setenta cañones, y tres fragatas: pérdida inmensa é irreparable en tan críticas circunstancias. A esta desgracia se siguió pocos meses despues la conquista por los mismos Ingleses de la riquísima ciudad de Manila, del fuerte de Cavite, y seguidamente de todas las islas Filipinas; y además cayó en su poder un galeon que habia salido de Acapulco cargado de efectos y dinero, cuyo valor ascendia á tres millones de pesos fuertes. En medio de la afliccion, que no podian ménos de causarle estos desastres, descubrió el Monarca español toda la grandeza de su alma: pues léjos de suspender los designios que habia formado, se dispuso á proseguir con mas vigor la guerra, para resarcir por tierra las pérdidas dolorosas acaecidas en

el mar; y el amor que en tan apuradas circunstancias le manifestáron sus vasallos, le infundió nuevos alientos, y dulcificó en gran parte las amarguras que padecía su corazon.

Si los atrevidos Comandantes británicos amenazaban desembarcar en las costas de la península y dexarlas arrasadas, tambien la Nobleza de Granada, las de Murcia, Valencia, Cataluña y la isla de Mallorca, inflamadas del mas vivo entusiasmo, dirigiéron al trono representaciones enérgicas, en que brillaba el fuego de la nacion española, pidiendo á su Soberano las confiase la defensa de sus respectivos paises, y tomando á su cargo acreditar á los Ingleses, que aun no se habia extinguido en los pechos de sus naturales aquel espíritu que les habia sido tan fatal en otros tiempos. Aceptó el Rey con singular complacencia este rasgo de patriotismo y de lealtad; pero por fortuna no se vió en la necesidad de aprovecharse de él, habiéndose concluido improvisamente la paz entre las Cortes Borbónicas y la Gran Bretaña á fines de 1762. El Duque de Choiseul y el de Bedford se habian unido para convencer á los Gabinetes respectivos de Versalles y Saint James, de que la guerra entre las Potencias mas poderosas solo servia para enrique-

cer á las pequeñas, miéntras aquellas se arruinaban mutuamente. Convino gustoso Don Carlos en las proposiciones hechas, pues como escribia á su Plenipotenciario el Marques de Grimaldi, *mas queria ceder de su decoro, que ver padecer á sus pueblos; y no seria ménos honrado, siendo padre tierno de sus hijos.* En fuerza de este tratado la Francia y la Gran Bretaña se restituyéron recíprocamente gran parte de sus conquistas, y España recobró quanto habia perdido en la isla de Cuba, con la plaza de la Havana en el mismo estado en que se hallaba; pero hubo de ceder la Florida á la Gran Bretaña baxo ciertas y determinadas condiciones, y restituir al Rey de Portugal todas las plazas y demas ocupado en esta guerra.

Constantemente desvelado Don Carlos por la prosperidad de sus vasallos, creyó no poder jamas hacer mejor uso de la paz, que convirtiendo exclusivamente su atencion hácia los planes que tenia ideados, para propagar en sus reynos la agricultura, la industria y el comercio. No dexó de ocasionarle amargura la mala inteligencia de algunas gentes mal aconsejadas, que quando su Soberano se ocupaba solo en hacer sus delicias, y procurarles una dicha permanente, intentáron perturbar el sosiego pú-

blico; pero conociendo Cárlos III que en un padre de sus pueblos la dulzura sola basta para reducir los ánimos á su deber, y siguiendo su carácter naturalmente manso y apacible, se mostró á sus vasallos, y quedó restablecido el orden y la tranquilidad. Sin embargo, este acontecimiento pudo influir no poco en la expulsion de todos los Religiosos de la Compañía llamada de Jesus, que se verificó en el año siguiente de 1767.

La actividad, el zelo y sabias disposiciones de tan digno Monarca no podian ménos de tener una ventajosa trascendencia en las clases subalternas del Estado: todas se disputaban el honor y la gloria de coadyuvar á sus benéficas intenciones; se erigieron varios establecimientos públicos, que harán perpetuamente honor á su reinado, y entre ellos se distinguió la Real Sociedad Vascongada, cuyos individuos quisieron decorarse con el apreciable título de *Amigos del pais*, y cuyo instituto tiene por objeto el fomento de la economía rural, de la industria, de las artes y de la poblacion; sirviendo de exemplo y modelo este Cuerpo patriótico á la ereccion de otros muchos, algunos de los cuales sobresalen en la utilidad pública de sus tareas. Un vastísimo es-

pacio de terreno fértil, situado cerca de las montañas llamadas *Sierra Morena*, despoblado, casi inculto desde el tiempo de los Reyes Austriacos, y que solo servia de abrigo á foragidos y animales feroces, se vió muy en breve transformado en apacible morada de hombres honrados y laboriosos, atraídos de países extranjeros por la munificencia del Rey, para que poblándole de nuevo, le hiciesen al mismo tiempo fecundo con ventaja comun; extendiendo su generosidad hasta proveer á estas gentes de habitaciones, ganados, capitales, víveres y otros auxilios, que jamas les faltaron hasta que pudieron vivir cómodamente con el fruto de su aplicacion y trabajo.

Otro de los cuidados que ocupáron la atencion de este infatigable Monarca fue el arreglo de la moneda, que tanto influye en el comercio, y en el mayor ó menor precio de las mercaderías. Las monedas tanto de oro como de plata, que circulaban por los dominios de España, se hallaban sumamente desgastadas con el uso de un crecido número de años, y por conseqüencia disminuido su justo peso y valor intrínseco. En tiempo de Carlos II se habia introducido otra moneda de inferior calidad, de cuyas resultas, escarmentados los pueblos, mi-

raban con desconfianza qualquiera novedad en esta materia, y esto ocasionaba todos los dias graves inconvenientes; pero sin embargo, conociendo Cárlos III la importancia de mantener el crédito público, dispuso que toda la moneda antigua se llevase al erario Real, y se cambiase por la nueva acuñada para este efecto de mas ley, hermosura y comodidad. Esto no podia hacerse sin que el Príncipe perdiese de sus intereses; pero léjos de detenerse por esta consideracion, quiso con liberalidad propriamente Real, que todos los gastos del cuño cediesen en perjuicio de sus mismas casas de moneda.

No por dedicarse con tanta intension Cárlos III á promover las artes de la paz, dexó de extender su vigilancia al fomento de las de la guerra, como tan importantes para asegurar á la monarquía su independencía y seguridad. Mejoró la milicia, acostumbrándola á la nueva táctica, adoptada en sus tropas por las Potencias europeas sobre el pie de las de Prusia, que pasaban por las mejores de todas. Aumentó sus fuerzas navales, haciendo construir en los arsenales de América un gran número de navios de línea, y logro la satisfaccion de ver su marina en el pie mas floreciente que jamas

habia tenido hasta entónces, ya por el número de buques, ya por lo bien equipados. Se pusieron tambien las plazas en el mejor estado de defensa, tanto con respecto á las fortificaciones, como á las guarniciones, artillería y demas aprestos militares; y en una palabra, Carlos III, sin abandonar su sistema de economizar quanto fuese posible la sangre y las facultades de sus vasallos, procuró ponerles á cubierto de qualquiera agresion imprevista.

Tuvo la felicidad de conservarse en paz hasta el año de 1773, en que el Emperador de Marruecos, violando pérfidamente los tratados que tenia concertados con España, embistió con un poderoso ejército la importante plaza de Melilla, situada en las costas africanas. Los conocimientos que en esta expugnacion manifestáron los Marroquies, persuadiéron á que algun europeo dirigia sus operaciones, y aun se esparciéron rumores de que los Ingleses habian soplado el fuego de esta guerra, con el fin de que precisado Don Carlos á atender á los negocios del Africa, no pudiese convertir su atencion á los de América, ni diese auxilio á las colonias británicas de la parte septentrional de aquel nuevo mundo, que habian tomado las armas por sacudir el yugo de

su metrópoli. Sin embargo, el Comandante de la plaza Don Juan Sherloch, se defendió con singular denuedo, y rechazó varonilmente los asaltos de los Africanos. Igual suerte experimentaron en el sitio de la célebre fortaleza marítima llamada el *Peñon de los Velez*, defendida por Don Florencio Moreno. Después de quatro meses empleados inútilmente, y con gran pérdida de gente y artillería, desesperados y confusos los Moros, hubieron de desistir del empeño, y retirarse á sus hogares con mucha gloria para las armas españolas.

Con este motivo pensó entónces el Gabinete español en abatir la insolencia de los Argelinos, que orgullosos infestaban con sus piraterías el Mediterráneo, y en especial las costas de Andalucía, Valencia y Cataluña. La empresa era de las mas arriesgadas, y en vano habia sido intentada varias veces, porque Argel, situada en la costa de un mar casi siempre borrascoso, y resguardada de este modo por la naturaleza misma, ofrece por esta parte dificultades casi insuperables; y por la de tierra, ademas de ser arriesgadísimo el desembarco, es casi inevitable el peligro de ver perecer de sed á las tropas por la suma escasez de agua. Ademas, los comerciantes Marselleses,

Holandeses é Ingleses surtian continuamente á los Argelinos de armas y de municiones, con el objeto de hacerlos cada vez mas temibles, y obligar á los comerciantes de las demas Potencias á valerse de sus bastimentos exclusivamente para el transporte de sus géneros y mercaderías. Sin embargo, resuelta la jornada, empezaron á verse en las provincias y puertos de la península desusados aprestos militares; se reclutaron, se alistaron, y se pusieron en movimiento las mas floridas tropas; se equiparon perfectamente de quanto era necesario naves de guerra, fragatas y otros buques menores; y con extraordinaria celeridad quedó preparada una escuadra de casi quatrocientas velas, sin contar un crecido número de naves auxiliares toscanas, maltesas y napolitanas, que se incorporaron posteriormente. Presentóse este formidable armamento á la vista de Argel, despues de haber luchado largo tiempo contra las tempestades, contra los vientos y contra las corrientes; pero mal podian esperarse resultados favorables de una expedicion, en que los Generales encargados de ella se hallaban discordes sobre el modo de ejecutarla. Los enemigos de la España, por otra parte, habiendo penetrado muy desde luego el objeto, suminis-

tráron previamente á los Argelinos quanto necesitaban para fortalecerse, y hacer una defensa vigorosa; y así, aunque las tropas intentáron el desembarco sobre la playa, apénas pusieron el pie en tierra, se viéron precisadas á retroceder con bastante confusion. Ocho horas duró, sin embargo, el sangriento combate, sin que los Españoles, expuestos al terrible y bien dirigido fuego de los Moros, pudiesen adelantar un palmo de terreno, hasta que por fin el General, no queriendo ver sacrificado inútilmente aquel ejército valeroso, dispuso su reembarco, que se executó con bastante riesgo y pérdida; pues toda retirada hecha con precipitacion, y en presencia de un enemigo vencedor, ha de costar precisamente mucha sangre. Quedáron en el campo cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos: la esquadra dió vuelta á España con tan infausta nueva; y fue preciso reservar la execucion de la empresa para ocasion mas oportuna; pero entre tanto Cárlos III, superior á este contratiempo, dispuso que una fuerte armada de navíos de línea, fragatas y xabeques continuasen cruzando á lo largo de las costas de Berbería para impedir la salida de aquellos puertos á sus corsarios, y atacar y echar á pique á quantos

quisiesen entrar en ellos, persiguiéndoles con ardor por todas partes si tenían la osadía de presentarse.

Pocos años despues se encendió la famosa guerra entre la Inglaterra y la Francia, con motivo de la propension que el Rey Cristianísimo Luis XVI habia manifestado á favorecer la insurreccion de las Colonias americanas; y el Gabinete de Versalles apuró todos los recursos de su política para inducir á Cárlos III á que tomase parte en ella en virtud del pacto de familia, persuadiéndole á que habia llegado el momento de humillar el orgullo de aquella nacion altiva, que se habia abrogado el dominio de los mares. No era el Monarca español el ménos interesado en que esto se verificase, y por otra parte deseaba con ansia una ocasion de arrancar del poder de aquellos fieros insulares los puertos de Gibraltar y Mahon, perdidos desgraciadamente en la guerra de sucesion de Felipe V; pero temia comprometer su reputacion, uniéndose con Francia, que aunque Potencia poderosa, no se hallaba en disposicion de sostener á un mismo tiempo, y con igual actividad y vigor la guerra marítima y la continental que agitaba á la Alemania, y en que habia tomado partido. Sin em-

bargo, la conducta de la Gran Bretaña acabó de decidirle. Los Ingleses, prevaliéndose de la superioridad que ejercian sobre los mares, y á pretexto de que en los puertos españoles se habia dado acogida á los buques mercantiles y de guerra, que navegaban con la nunca vista bandera americana, se atrevieron á insultar al pabellon español, ya visitando y saqueando las naves de esta Potencia, ya atacándolas en plena paz, y ya interceptando la correspondencia ultramarina. Sus esquadras amenazaban insolentemente á los dominios de la corona en América; en algunos puntos habian llegado á las vias de hecho; y la pérfida política del Gabinete de Saint James habia tenido la poca delicadeza de sublevar algunas naciones indias, pacíficas habitadoras de la Luisiana. Tantos, tan repetidos agravios, y de tal entidad, exìgian una satisfaccion; y Don Carlos se vió en la precision de abandonar sus disposiciones pacíficas por vindicar el honor de su corona, el decoro de su propia dignidad personal, y dispensar á sus vasallos la proteccion que reclamaban justamente.

Por desgracia las primeras operaciones de esta guerra no fuéron muy lisonjeras para España, pues los Ingleses, con fuerzas inferiores,

y sin entrar en accion, no solo burláron los esfuerzos de toda una esquadra de mas de cincuenta y dos navios franceses y españoles, que pretendia enseñorearse del Canal de la Mancha, é interceptar su comercio; sino que aprovechando los vientos, que suelen reynar en aquellas aguas procelosas, introduxéron á su vista, y sin poderlo impedir, dos ricos y numerosos comboyes procedentes de las Antillas. En América hubo bastante variedad en los sucesos, aunque por lo general fuéron mas felices. Don Bernardo de Galvez, Gobernador de la Luisiana, á la frente de dos mil valientes guerre-ros, cuerpo respetable en aquella parte del mundo, señaló las armas de su Soberano, tomando á los Ingleses los fuertes de Misilimakinak, Panmure y el de Baton-rouge, de suma importancia y difícil acceso por su situacion; reuniendo por este medio á los dominios españoles un pais de quatrocientas y treinta leguas sobre el Misisipí, muy fértil y rico por su gran comercio de peletería. El éxito feliz de esta primera tentativa le animó para nuevas empresas, y pensó en despojar á los Ingleses de los dos fuertes de Mobilla y Panzacola. El primero hizo poquísima resistencia, y capituló muy desde luego; y aunque el segundo se de-

fendió por algun tiempo, al cabo la guarnicion no tuvo otro recurso que entregarse prisionera de guerra. Desde el principio de esta hasta el dia de la rendicion habian gastado los Ingleses mas de diez mil libras esterlinas en las fortificaciones de esta plaza; se valuaron en mas de un millon y medio de pesos fuertes las obras construidas desde que la tenian en su poder; y se encontraron ademas en ella ciento ochenta y nueve piezas de artillería, con muchas municiones y víveres. De este modo volvió Panzacola á poder de la España, como habia estado antes de cederse á la Inglaterra por el tratado de 1762, y con ella todo el vasto continente de la Florida occidental, que está al levante del rio Misisipí; pero como en la guerra se ve muy pocas veces un bien que no venga seguido de una desventura, los Ingleses lograron por su parte apoderarse del fuerte de San Juan, que les abria el camino para la nueva Granada, aunque por su distancia de los establecimientos británicos les era mas embarazoso que útil.

Al mismo tiempo Don Roberto de Rivas, Gobernador interino de la provincia de Yucatan, atacó los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras, en donde se les habia con-

cedido por un artículo del último tratado la libertad de cortar palo de tinte , edificando para abrigo de los que se empleasen en esta fatiga solamente chozas, pero de ningún modo fortines; bien que los Ingleses , saliendo de la Jamayca , á las órdenes de los Comandantes Dalrrimple y Lutrel , marcháron apresuradamente contra los Españoles ; y miéntras se ocupaban estos en aquellas conquistas , se apoderáron de la plaza de San Fernando de Omoa , que es la llave de la bahía de Honduras , y cuyo puerto sirve de escala en tiempo de guerra á las naves de registro, que conducen desde Guatemala los tesoros de la América española. Esta pérdida fue de mucha consecuencia por las circunstancias que la acompañaron ; pues ademas de que el punto era muy importante , sus fortificaciones habian costado sumas inmensas al erario ; y aunque los Ingleses solamente halláron ocho mil pesos fuertes en la caja militar , se reguláron en tres millones los que contendrian las naves de registro que apresáron en el puerto , sin contar el valor de las producciones de la América , ni doscientos y cincuenta quintales de plata labrada que habia sido conducida de Europa. Por fortuna Rivas , apénas supo tan infausta nueva , partió á marchas forzadas á arrancar de las manos de

aquellos orgullosos enemigos tan interesante presa; y se pasaron pocos meses, hasta que los Ingleses, viéndose sin arbitrios para prolongar la resistencia, hubieron de evacuar el fuerte, que los Españoles ocuparon inmediatamente.

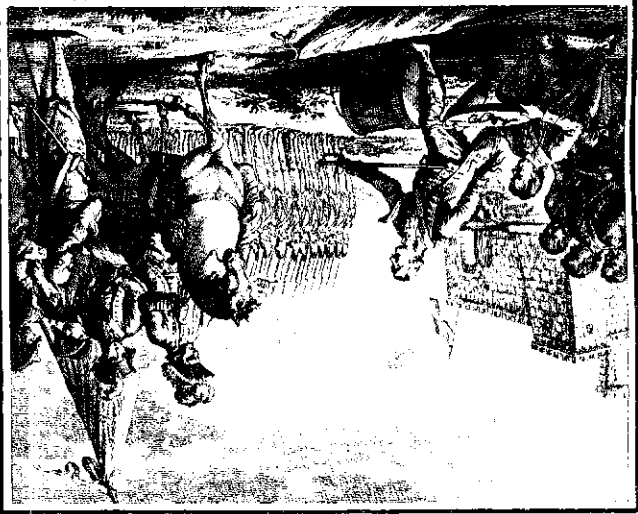
Bien conocian las dos Cortes aliadas que era de suma importancia hacer la guerra con el mayor vigor en América, donde era posible extender sus conquistas, y arrojar finalmente á los Ingleses del golfo mexicano, en que se habian mantenido tantos años; pero Cárlos III no podia tampoco perder de vista el recobro de unas plazas tan importantes como Gibraltar y Mahon. La expedicion destinada contra esta última, á las órdenes del Duque de Crillon, ocupó desde luego toda la isla de Menorca, á excepcion del fuerte de San Felipe, al qual se puso inmediatamente sitio, cuidando de asegurar todas las calas ó senos del mar, por donde su Gobernador Murray hubiera podido recibir refuerzos. Seria molesto describir menudamente todos los acontecimientos de este asedio, la intrepidez de los agresores y defensores, la pericia de los ingenieros, y sobre todo la direccion de los Xefes principales. Baste decir que despues de una porfiada y vigorosa resistencia de mas de ocho meses, en que

sitiadores y sitiados diéron señaladas pruebas de su valor, se vió la plaza en la necesidad de rendirse, como lo executó en 4 de Febrero de 1782, quedando el General enemigo prisionero de guerra con toda la guarnicion. De este modo volvió Menorca al dominio español reynando Cárlos III, despues de haber estado separada de él por espacio de setenta y quatro años. Los isleños conserváron sus propiedades y privilegios; y fuéron convidados á disfrutar de la bondad del Soberano hasta aquellos que estaban armados con bandera enemiga para hacer el corso.

Conquistado Puerto-Mahon, pasáron las fuerzas combinadas españolas y francesas á estrechar mas á Gibraltar, bloqueada hacia casi dos años. El valeroso Comandante Don Antonio Barceló se habia dedicado desde luego á impedir la entrada á los socorros que por el mar podian recibir los sitiados, apresando é interceptando todos sus convoyes; pero los que conozcan la situacion de Gibraltar, de su bahía y de las corrientes de aquel estrecho, sujeto á tanta variedad de vientos, no se admirarán de que los sitiados recibiesen de tiempo en tiempo auxílios, ya de los Argelinos, ya de otras naciones neutrales. Todo esto ocasionaba

*... que los rescatan.  
 ... y la constancia no cesaron fortificándose  
 ... guerra con su gobernador. La primera  
 ... se hizo por su quedando prisionera la  
 ... que les han intentado siempre ambos  
 ... que los españoles murieron de nuevo la  
 ... de S. Felipe sufrió más de ocho meses un  
 ... la isla por todo mes y aunque el ar-  
 ... de Carlos III a Mallorca, y*

Recobro de Mallorca.





frecuentes y singulares encuentros, en los quales mostraron los Españoles su acostumbrada bizarría; pero aunque apresaban algunas naves pequeñas, que entraban y salian del puerto, no alcanzaba toda su vigilancia á estorbar que se introduxesen algunos refrescos. El Gabinete ingles habia formado empeño en la conservacion de Gibraltar; y conociendo que necesariamente padecería suma escasez de municiones y de víveres, confió al Almirante Rodney la atrevida y peligrosa empresa de socorrer la plaza á todo trance. Los Españoles, para cerrar la entrada á los socorros, habian formado un campamento en San Roque, que la cercaba por la parte de tierra, y la abrasaba con el fuego de sus baterías; y por la parte del mar, Don Antonio Barceló en el Mediterráneo, y Don Juan de Lángara en el Océano, interceptaban todos los bastimentos que se presentaban; pero, á pesar de todo, el intrépido ingles, arrollando la esquadra de Lángara, que á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, se batió con singular denuedo, penetró en Gibraltar con ciento y ocho transportes cargados de tropas, víveres y municiones, de los quales gran parte pertenecian á un convoy español que habia apresado en el camino.

Desconcertados por este medio los planes de los sitiadores, y reanimados los brios de la guarnicion, las Potencias aliadas se hallaron cada vez mas distantes de su objeto. Redoblaron sus esfuerzos, los sitiados redoblaron igualmente su constancia; y el sitio de esta plaza se hizo uno de los mas memorables que nos describen las historias antiguas y modernas. En efecto, quizá ninguna de las muchas célebres fortalezas, rendidas al valor de diferentes naciones, presentó jamas á sus sitiadores tantas dificultades. Al cabo de un gran número de meses de fuego continuo, habian sufrido algun daño uno ú otro edificio de la poblacion; pero las fortificaciones, invencibles por la naturaleza, é insuperables por su dificil acceso, no habian padecido la mas mínima lesion. La esquadrilla ligera, mandada por Barceló, hizo todo lo posible para bloquear la plaza por la parte del mar; pero á pesar de su diligencia, jamas pudo conseguir cerrar perfectamente todas las entradas á los refuerzos y auxilios procedentes del Africa y de las costas de Italia. Por otra parte el Gobernador Eliot era un Oficial muy activo, infatigable, lleno de sangre fria, y al mismo tiempo de un valor heroyco, admirable ecónomo, excelente ingeniero, fecundo en

expedientes, y poseía además el arte de hacerse amar de todos sus subalternos. Un hombre de estas qualidades casi siempre es invencible. Creyeron los Españoles mudar de fortuna, mudando de director en la empresa, no porque su xefe Don Martin Alvarez dexase de ser un militar de mucho mérito, y no hubiese hecho hasta entónces su deber en el mando, sino porque se pensó que el conquistador de Menorca infundiría mayor confianza en las tropas.

Pasó con efecto el Duque de Crillon al campo de San Roque con un crecido número de tropas, y empezó desde luego á tomar las medidas mas vigorosas para estrechar el bloqueo. Las baterías reforzadas con numerosa artillería vomitáron un fuego tan infernal, que parecia imposible pudiesen resistirle mucho tiempo los sitiados; pero en realidad la plaza sufría muy poco daño, porque puntualmente en la parte por donde la batian era mayor la elevacion del peñon sobre que está situada. Un Oficial frances, llamado Mr. d'Arson, concibió el proyecto de construir unas baterías flotantes para combatir diametralmente el nuevo muelle, que está de la parte del mar, y que á pesar de sus obras parecia uno de los parapets mas débiles; y abierta brecha, dar entón-

ces el asalto mas sangriento. Agradó la idea, fue abrazada casi generalmente por todos, y con infinitos y exórbitanes gastos, y un trabajo continuo de muchos millares de brazos, se construyéron estas máquinas destructoras, que con efecto se halláron ágiles, prontas y con resistencia al cañon como una nave de setenta. En toda Europa no se hablaba de otra cosa que del terrible asalto que amenazaba á la plaza; se hacian considerables apuestas sobre la posibilidad de su expugnacion; y era ciertamente admirable ver á los hombres disputar sobre este objeto, y llegar hasta á tratarse indecentemente, segun las pasiones ridiculas, y el fanatismo de que estaban agitados.

El dia 13 de Setiembre de 1782 fue el escogido para la atrevida empresa. Al tiempo que la artilleria de la linea hacia sobre la plaza un fuego de los mas terribles, saliéron las baterias con un viento fuerte, y con heroyca intrepidez se situáron algunas á trescientas toesas de las fortificaciones enemigas. Su vivo y bien ordenado fuego empezó desde luego á anunciar un éxito feliz; y de un instante á otro se esperaba ya ver abierta una espaciosa brecha, quando las baterias de la plaza, fulminando contra ellas una multitud de balas roxas

de grueso calibre , dexáron en breve tiempo reducido á cenizas todo aquel armamento , que habia absorbido sumas tan inmensas. Para colmo de los infortunios , desde aquel dia aciago reynáron unos temporales tan borrascosos , que en la noche del 10 de Octubre quedó destruido todo el campamento á la violencia de una horrible tempestad , que se llevó la mayor parte de las tiendas , y puso á la esquadra combinada en el conflicto de estrellarse contra la costa , ó de chocar los navíos unos con otros. Precisamente fue esta la ocasion que eligió el Almirante ingles Howe para socorrer á la plaza de hombres y de viveres , y aprovechándose despues de un viento fuerte de Levante , volvió á pasar el Estrecho á los tres dias con igual felicidad , sin que pudiesen empeñarle en una accion decisiva las esquadras combinadas , que á favor del mismo viento le fuéron dando caza con treinta y dos baxeles de los mas veleros. Parecia la Gran Bretaña un plantel inagotable de grandes marinos , todos valientes , todos consumados en el arte de la guerra , y capaces todos de desempeñar las comisiones mas árduas. Socorridos los sitiados tan oportunamente se consideráron ya superiores á todos los esfuerzos del ejército combinado ; y este , finalmente,

convencido despues de tantas fatigas y trabajos del ningun fruto de sus tentativas, levantó el sitio, que fue el decimotercero que habia sufrido esta plaza construida en tiempo de los Moros.

A pesar de todas estas ventajas, la nacion inglesa estaba muy distante de poder considerarse vencedora. Sus Almirantes habian reportado algunos triunfos; pero su comercio se hallaba entorpecido, su deuda habia crecido horriblemente, y recargados los pueblos con enormes impuestos clamaban por la paz. Mudóse en tales circunstancias su Ministerio; el impetuoso y sanguinario Lord Pitt fue reemplazado por el sabio y moderado Marques de Ronchingham; se cambió por consiguiente todo el sistema del Gabinete británico; y las Potencias aliadas, que igualmente deseaban poner fin á una contienda tan porfiada y ruidosa, no pudiéron ménos de ver con complacencia las pacíficas disposiciones del nuevo Ministro, ni de dar oídos á sus proposiciones amistosas. Al fin, se firmó la paz en 20 de Enero de 1783, recobrando por ella España la isla de Menorca y la Florida, y restituyéndose mutuamente las Potencias beligerantes las demas conquistas hechas durante la guerra.

Concluida la paz con los Ingleses , quiso Cárlos III proporcionar á sus vasallos el mismo beneficio con respecto á los Argelinos, que continuaban infestando con sus piraterías las costas meridionales , apresando toda especie de embarcaciones menores. A este efecto habia anticipado ya algunos oficios con la sublime Puerta , que le dio buenas esperanzas ; pero habia pasado ya el tiempo en que aquella Regencia africana respetaba las órdenes de Constantinopla ; y las negociaciones fuéron tan infructuosas , como era consiguiente. Por tanto, viéndose el Rey con una marina respetable , y con valientes y experimentados Comandantes, resolvió bombardear aquella ciudad, asilo infame de tantos viles y perniciosos piratas, haciendo en ella un escarmiento memorable. Don Antonio Barceló , que tanto se habia distinguido en el bloqueo de Gibraltar , se presentó delante de aquel puerto con un poderoso armamento , que sin duda hubiera reducido á cenizas toda la poblacion , á no hallarse la estacion tan adelantada , y á haber sido posible permanecer mas tiempo en aquellas aguas. Volvió sin embargo al año siguiente de 1784 con fuerzas superiores , habiéndose reunido á las naves españolas algunas portuguesas y malte-

sas en qualidad de auxiliares; pero por desgracia, el éxito fue el mismo que el de las anteriores tentativas, pues aunque los Argelinos padecieron algun daño, su resistencia fue igualmente vigorosa, y aun mas obstinada, habiendo echado al mar una multitud de lanchas, que incomodaron notablemente á los Españoles. Díxose generalmente que se habian reconocido muchos Oficiales provenzales, disfrazados con el trage africano, y mezclados con los Argelinos, cuidar de la defensa; pero lo que no tiene duda es, que así los Ingleses como los Holandeses habian cuidado de abastecer copiosamente á los Moros de armas, de municiones y de quanto consideráron oportuno para malograr el proyecto de la España. ¡Tanto pueden la envidia y la emulacion, sostenidas por la codicia de un sórdido interes! En fin, no hubo otro arbitrio que el de renunciar á la empresa; pero como quiera, visitas tan incómodas y peligrosas estrechaban á los Argelinos á tomar un partido, y muchos de ellos se manifestaban ya propensos á convenirse con un Monarca, que si no habia sido feliz en dos ó tres expediciones, podia serlo á la quarta, á la quinta ó á la sexta, y entónces era inevitable su ruina. La Puerta Otomana insistia en su me-

diacion; medió tambien el Rey de Marruecos; y por último, despues de varias altercaciones, se firmó la paz con aquella Regencia en el año de 1786.

En medio de estas agitaciones, capaces sin duda de paralizar todo el sistema de administracion pública, recibió la España nuevas pruebas del infatigable zelo de su Soberano, por restituir la monarquía á aquel grado de esplendor con que habia sido admirada en otros tiempos. Su vigilancia se extendia á todos los ramos; los mas pequeños desórdenes llamaban su atencion; todo lo reparaba, todo lo prevenia, y ayudado de su sabio y circunspecto Ministro el Conde de Floridablanca, emanaban diariamente las providencias mas saludables y oportunas para hacer la felicidad de sus pueblos. A su beneficencia se debió el ventajoso proyecto de construir un canal en el reyno de Murcia, para facilitar el riego y cultivo de las incultas campiñas de Lorca, convidando á las naciones extrangeras á concurrir á los gastos con sus fondos, baxo las seguridades y correspondencia inalterable de frutos, que en ninguna otra parte hallarian tan fácilmente. Suya es tambien aquella obra admirable, y que hace gloriosa la época de su reynado, la cons-

truccion del canal Real de Aragon , que ademas de haber ocupado á millares los brazos de los indigentes , fertiliza los campos desde las inmediaciones de Zaragoza hasta el puerto de Miraflores en el monte Torrero , entra en el Ebro , y facilita por este medio la navegacion al Mediterráneo. La ereccion del Banco Nacional de San Cárlos , la de la Compañía de Filipinas , el tratado de comercio con la Puerta Otomana para facilitar á sus vasallos el tráfico de Levante , todo es obra de su desvelo paternal. La legislacion muy proporcionada sin duda á las costumbres y espíritu de los tiempos en que tuvo origen , se resentia notablemente de la diversidad de las circunstancias. Era absolutamente necesaria una reforma. El célebre Conde de Campománes , Fiscal entónces del Consejo de Castilla , y bien conocido por sus escritos , propuso la redaccion de un nuevo Código que formase un todo uniforme , compilando las leyes españolas mas análogas al estado actual del reyno ; y Cárlos III , convencido de la utilidad de la empresa , cometió á varios jurisconsultos célebres el importante y delicado encargo de realizarla.

Un Monarca tan digno de ocupar el solio de los Alfonsos y de las Isabeles , debiera ha-

ber vivido eternamente; pero se cumplieron sus días, y los fervientes votos de sus vasallos, no pudieron libertarle de la forzosa pensión impuesta por la naturaleza á todos los mortales. La dolorosa pérdida de un hijo, á quien amaba con singular ternura, del Infante Don Gabriel, que no pudo sobrevivir á su esposa Doña María Victoria de Portugal, fue el golpe precursor del que amenazaba á la preciosa vida de su padre, y que habia de cubrir en breves días á la España de luto y de tristeza. A una serie tan lúgubre de desastres, acaecidos en ménos de un mes, se conmovió extraordinariamente la sensibilidad de Cárlos III, cuyo corazon no pudo ménos de sufrir todos los rigores de la mas cruel amargura. Hasta entónces habia gozado de una salud robusta, mediante el ejercicio de la caza, al qual, acostumbrado desde la adolescencia, debia sin duda la salud constante que habia disfrutado. Pero á principios de Diciembre de 1788 le sorprendió una fiebre inflamatoria, que degenerando en pulmonía, le arrebató á sus pueblos al amanecer del dia catorce del mismo mes á los setenta y tres años de su edad. Era de un carácter, que parecia serio y grave á primera vista, á manera de la nacion de quien habia recibido la pri-

meras semillas de su educacion; pero dulce al mismo tiempo, sensible y compasivo sin perjuicio de la justicia. Generoso y amante de las letras, animó y protegió á los literatos con premios extraordinarios; y escrupuloso observador de su palabra, reglaba sus acciones por la máxîma de que *si la buena fe estuviese desterrada del mundo, deberia hallarse en los palacios de los Soberanos*. Su muerte fue llorada como merecian sus virtudes; y su pérdida hubiera sido irreparable, á no haber dexado un digno imitador de ellas en su augusto hijo y sucesor Don Cárlos IV, que felizmente reyna con su amada esposa y prima Doña María Luisa de Borbon, y cuya historia debemos reservar al tiempo, en que sin riesgo de que puedan imputarse á la adulacion los tributos de gratitud que la nacion les debe, otra mas digna pluma merezca presentarla á la admiracion de la Europa.

## PORTUGAL (\*).

El reino de Portugal, desmembracion del de España, es una parte de esta península; y como los demas Reynos en que estuvo antiguamente dividida, se fue extendiendo y aumentando á costa de los Moros, que la habian invadido y ocupaban. Portugal ha tenido Reyes prudentes, guerreros, deseosos de gloria, que siempre han trabajado con la mayor aplicacion por hacer poderoso un reino tan pequeño, y lo han conseguido. Se erigió Portugal en monarquía en 1139, pues antes era solo un Condado. Alfonso VI, Rey de Castilla y de Leon, viendo sus fronteras infestadas por los Moros, pidió socorros á Felipe I, Rey de Francia, por los años de 1087; y entraron en España muchos Caballeros Franceses. Rechazados los Moros, concedió Alfonso dominios de vasta extension á la parte del mediodía de Galicia á Henrique, uno de estos aventureros, permitiendo que restableciese las ciudades antiguas, fundase otras nuevas, y extendiese sus límites, á costa de los Moros,

(\*) Desde aquí continúa la traduccion hecha por el Padre Don Francisco Vazquez.

siempre que se le presentase la ocasion. Selló estas conquistas con el casamiento de Doña Teresa, su hija natural, dándola por esposa al nuevo Conde. Ganó Henrique diez y siete batallas á los Moros, y gobernó con tanta felicidad como prudencia. De su viuda empezó á decirse que tenia cierta amistad sospechosa con un Señor de su Corte, y los demas, por el honor de la corona, empeñáron á Alfonso Henriquez, su hijo, para que se apoderase de la autoridad. Sobre esto hubo una batalla entre madre é hijo; la ganó Alfonso, y puso á su madre en un castillo. En 1139 consiguió él mismo una victoria señalada contra los Moros, y proclamándole sus vasallos Rey en el mismo campo de batalla, desde aquel dia se cuenta la fundacion del reyno de Portugal, por este suceso memorable.

Alfonso I, que se vió proclamado en un momento de entusiasmo y alegría, quiso que le reconociesen con mas reflexión. Para esto convocó los Estados generales. Llegó á ser costumbre, que en estas juntas propusiese el Rey, deliberasen los Prelados y los Grandes, y el pueblo aprobase. Se presentó, pues, Alfonso, sentado en un trono, pero sin insignias de Rey; y levantándose un Diputado, preguntó: „¿Si



Primer Rey de Portugal.

*Derrotados en 1139 los moros por el Conde de Portugal D. Alfonso Enriquez, quedó tan gozoso y prendido su ejército del valor y pericia de este caudillo, que en el primer entusiasmo de la victoria, y en aquel mismo campo de batalla le proclamaron Rey los soldados, dando principio así á la monarquía portuguesa. Cuanto sin intriga dan las coronas los hombres, solo es al que arrebatan sus ventenas.*



en virtud de la proclamacion del ejército y de la bula del Papa que la confirmaba, querian los Estados por su Rey á Alfonso Henriquez?" y todos consintieron con aclamacion. Preguntó mas: „¿Si el derecho de reynar se declaraba solo para su persona, ó si le habian de suceder sus hijos?" y admitieron los hijos á suceder. Alfonso entónces, dando en una ó dos proposiciones las gracias, dixo: „Pues soy Rey, hagamos leyes que establezcan la tranquilidad en el reyno." A la verdad esta es la primera obligacion de un Rey, y desde luego la cumplió Don Alfonso. Se determinó: „Que si el Rey no tuviese hijos varones, le sucediese el hermano solamente por su vida; pero que los hijos de este necesitasen de nueva eleccion. Que las Infantas, en defecto de varon, tuviesen derecho al trono, pero con la obligacion de casarse con Señor portugues, el qual no llevaria corona, y daría la derecha á la Reyna." No se habló de bastardos; pero estos han heredado despues.

„Que serian reconocidos por nobles los hijos de aquellos, que cayendo por desgracia en las cadenas de los infieles no hubiesen renunciado á la fe; y aquellos á quienes quitase la vida ó hiciese prisioneros un Rey enemigo, ó

un hijo suyo, como tambien los que ganasen algun estandarte Real. Que por el contrario fuesen degradados los cobardes, traydores, perjuros, ladrones, los que desertasen á los Moros y los blasfemos, los que hiriesen con lanza ó espada á una muger, ú ocultasen al Rey la verdad. Que fuesen condenados al fuego los dos cómplices adúlteros; pero que si el marido perdonase á su muger, tambien quedase perdonado el cómplice. Que el homicidio se castigase con la muerte del mismo modo que la violacion de una doncella noble, la qual ademas haria suyos todos los bienes del culpado. Si la agraviada no fuese noble, tendria el violador obligacion á casarse con ella, sin atencion á su calidad." Estas son las principales leyes de Alfonso, que nos dan alguna idea de las costumbres de aquel tiempo.

El reynado de Alfonso I fue largo y glorioso, y su hijo Don Sancho I no degeneró de las virtudes de su padre. Sucediéron en tiempo de estos dos Príncipes felices casualidades en las guerras contra los Moros; por exemplo los Cruzados, arrojados á sus costas por un mal temporal, les ayudáron á ganar contra los infieles, victorias de que no se hubieran lisonjeado sin este socorro, que envió la providen-

cia. Tuvo Alfonso II, hijo de Don Sancho, ciertas desavenencias con sus hermanos. Su padre, desconfiando del amor fraternal, había señalado á sus hijas mayorazgos, que al nuevo Rey parecieron excesivos, y quiso despojarlas de ellos ó disminuírseles. Reclamáron las Princesas al Papa, y este interpuso su autoridad. Siempre se observará que en Portugal se respetaba mucho la autoridad de los Pontífices, y así bastaba un entredicho para poner al reyno en desolacion. Con el motivo de haber caido este anatema sobre Alfonso II por quejas entre él y el Clero, dexó en 1225 el trono mal asegurado á Don Sancho II su hijo.

En los veinte y tres años que este Monarca reynó estuvo luchando, con fuerzas desiguales, contra el Clero, porque le faltaba la destreza y valor, con que los Príncipes deben manejarse en medio de las facciones. Tenia un hermano que poseia estos talentos, y que por desgracia los empleó contra él. Sublevó á los Grandes, y los persuadió á que su hermano era incapaz de gobernar; pero los historiadores dicen, que lo cierto era que los Grandes, llenos de soberbia y orgullo, necesitaban de un gobierno severo y fuerte. A la verdad, Don Sancho, moderado y benigno, no era á propósito para

domar el espíritu de independencia, que desplegaban con audacia. Es cierto que uno de sus predecesores habia hecho el reyno de Portugal tributario de la Santa Sede; y aunque este tributo jamas se pagó con la mayor exâctitud, al fin daba algun derecho á los Pontífices. Inocencio IV, viendo que Don Sancho no se reducía con docilidad, no le depuso; pero dió la administracion del reyno á su hermano Alfonso.

Se retiró Don Sancho II á la Corte del Rey de Castilla, y despues de algunas tentativas inútiles para recobrar su autoridad, murió en Toledo año de 1248. Le han representado en un sepulcro con una paloma en una mano y en la otra un libro, símbolos de su candor y de su aficion á las letras. No abandonaron todos á este desgraciado Príncipe, pues un Gobernador de Coimbra, llamado Freyras, permaneció tan constantemente fiel á Don Sancho, que jamas quiso entregar la ciudad á Alfonso, como este lo exígia, en calidad de Regente del reyno, que fue el título que tomó miéntras vivió su hermano. Así que llegó la noticia de la muerte de Don Sancho la hizo pasar Alfonso á Freyras, mandando que abriese las puertas. No quiso el Gobernador,

rezelando que le armaban algun lazo; y el nuevo Rey le ofreció el permiso para que fuese á Toledo á asegurarse por sí mismo del hecho. Partió pues, hizo que abriesen el sepulcro de su Señor, depositó en él las llaves, y de vuelta reconoció por Soberano suyo al Regente.

Una de las primeras acciones de Alfonso III fue premiar la fidelidad de Freyras. Quando se vió Rey miró con desden á los que le habian servido contra su hermano. Fue su reynado una perpetua alternativa de paz y de guerra con la Corte de Roma. Se vió en los grillos del entredicho por causa del matrimonio que celebró con una Princesa, parienta suya en grado prohibido. Aunque le amenazáron con absolver á sus vasallos del juramento de fidelidad, léjos de intimidarse, apartó de sí este rayo. De su conducta pudiera formarse una instruccion de política para aquellos tiempos delicados, en que los Soberanos hacian mérito de su destreza en librarse de la excomunion eclesiástica. El arte de este Rey consistia en prometer mucho, cumplir poco, y recibir y tratar á los Legados del Papa con magnificencia, sin ceder en cosa que fuese de importancia. Era Alfonso un Monarca activo, vigilante y justo; y ya que no podia

extender su reyno, porque la naturaleza parece haberle señalado los límites con el mar y las montañas, le enriqueció, le hermoseó y le fortificó. Tuvo este Príncipe Consejeros y nunca privados.

Dionis, hijo de Alfonso, por cuya muerte entró á reynar en 1270, fue el padre de los labradores y el protector del comercio, y para merecer este segundo título, cuidó mucho de mantener su marina en buen estado. Era su madre imperiosa, pero él mas quiso romper que dexarse dominar. Tuvo algunas diferencias con su hermano y con el Clero, pero todo se arregló por esta parte. No sucedió lo mismo respecto de la Reyna Madre, la qual conservó siempre su resentimiento, y sublevó contra el Rey al Príncipe Alfonso su nieto. Hasta tres veces tuvo Dionis la paciencia de hacer las paces con este imprudente jóven; y por último con su mansedumbre y condescendencia le ganó en tanto grado la voluntad, que Alfonso en los últimos años de su abuelo le consoló de sus extravíos y falta de sumision. Todavía dura en Portugal el comun proverbio, que dice: *Generoso como el Rey Dionis.*

Alfonso IV, que por muerte de Don Dionis entró á reynar en 1324, manifestaba mu-

cho respeto á la memoria y á las instituciones de su abuelo; pero estaba muy léjos de sujetarse en su conducta á la misma exâctitud y severidad. Procedia muy á la ligera en las obligaciones de Monarca. Volviendo un dia de caza con la cabeza llena de aventuras venatorias, entró en el Consejo, y engolfado con mucho calor en estos objetos, empezó á divertir á los Consejeros; pero levantándose, uno de ellos dixo: „No nos hemos congregado aquí para oír á V. M. hablar de esas hazañas. Si quiere tratar de las necesidades de sus pueblos, encontrará en nosotros unos vasallos sumisos y obedientes; sino, Señor.....”. Salió el Rey muy encendido el rostro con la cólera; pero entró de allí á poco mas sosegado, y dixo al Consejero: „Conozco la justicia con que me has reconvenido; espero que en adelante no tratarás con Alfonso el Cazador, sino con Don Alfonso el Rey de Portugal.” Así lo prometió y cumplió su palabra.

Perdiéron su gracia todos los que le habian ayudado en la sublevacion contra su abuelo; pero acostumbrado á dexarse engañar por malos Consejeros quando era Príncipe, no pudo guardarse de ellos siendo Rey. Tenia un hijo llamado Don Pedro, que ya se habia distinguido

con pruebas muy señaladas de valor, y Doña Constanza su esposa, de quien tenia muchos hijos, habia hallado en él un marido amable, y deseoso de agradarla. No obstante, sospechaba esta Señora que tenia afecto á Doña Ines de Castro, hija de un Caballero Castellano refugiado en la Corte de Portugal. Murió Constanza; y como sin embargo de su sospecha habia hecho mucho bien á Ines, lloró esta con sinceridad su muerte. Las demostraciones de su dolor conmovieron el corazon del Príncipe, y diéron nueva fuerza á su inclinacion, la qual se explicó muy presto con todos los extremos de una pasion violenta. No se sabe que Doña Ines condescendiese antes del matrimonio, pues Don Pedro, siempre aseguró, que se habia casado secretamente con ella; y á la buena memoria de Doña Ines se debe la justicia de creer que habia precedido el matrimonio á todo comercio con el Príncipe, aunque Don Pedro no le publicase, tanto por respeto á su padre, que no hubiera llevado á bien esta alianza, como por otras razones políticas.

Los cortesanos envidiosos del favor que Don Pedro dispensaba á los Castellanos, compatriotas de Doña Ines y de la fortuna de sus hermanos, á quienes colmaba de gracias, hi-

ciéron presente al Rey, que convenia volviese á casar su hijo con alguna Princesa vecina, que pudiese traer al reyno utilidad; pero que no se podria verificar este himeneo miéntras el Príncipe conservase su afecto á Doña Ines; y que segun la conducta del Príncipe, solamente la muerte del objeto de su pasion romperia sus cadenas.

Bien conocian los pérfidos que el Monarca era ardiente, precipitado, pronto para tomar una resolucion, y ejecutarla. No pudo verificarse esta intriga sin que el Príncipe llegase á sospecharla; y temblando por el objeto de su amor, le habia llevado al convento de Santa Clara de Coimbra, como á un asilo seguro. Alfonso, á quien siempre tenian inquieto con el temor de que el ascendiente de Doña Ines, ya muchas veces madre, seria funesto para Don Fernando, hijo de la primera muger de Don Pedro, fue á Coimbra escoltado de sus pérfidos Consejeros. Doña Ines, que supo la repentina llegada del Rey, se presentó á sus órdenes; y viendo cierta tristeza en los ojos del Rey, se arrojó á sus pies con sus hijos. Se enterneció el abuelo, suspendió su intencion, y se retiró; pero reconviniéndole sus crueles cortesanos con la falta de valor, y porque preferia

la vida de una muger á sus vasallos y al Estado. „Ea pues, les dixo, id vosotros á la execucion.” Fuéron volando, y matáron á puñaladas á la infeliz Doña Ines.

Es imposible pintar el furor y desesperacion de Don Pedro. Juntó soldados, y comunicándoles su misma rabia, se arrojaba como un loco sobre todo quanto encontraba, llevando á fuego y sangre las mas bellas provincias. La Reyna Madre y el Arzobispo de Braga, le representáron la inhumanidad con que hacia que los pueblos, que presto serian sus vasallos, pagasen la pena de la injusticia de su padre, con lo qual Don Pedro se sosegó, dexó las armas, y volvió á la casa de su padre. Hizo Alfonso quanto pudo por sanar aquel corazon herido, pero no consiguió mas que un disimulo, que le duró toda la vida.

Bien rezelaba Don Alfonso este disimulo; y así á los asesinos de Doña Ines les dió grandes sumas de dinero, y el consejo de que fueran á vivir en otra parte, por lo qual se retiráron á Castilla. Don Pedro, fiel á su dolor, habiendo subido al trono en 1357, tuvo el consuelo de hacer á Doña Ines las exêquias Reales. Juntó los Estados, juró que se habia casado con ella, alegó testigos, é hizo declarar



### Muerte de D.<sup>a</sup> Inés de Castro.

*Viendo remiso al Rey D. Alfonso IV de Portugal en quitar la vida á D.<sup>a</sup> Inés de Castro, los pórpidos que le habian sugetado tan sangrienta revolución como único recurso contra el amor del Príncipe D. Pedro, nada omitieron hasta arrancarle permiso de ejecutarla ellos; y mataron á puñaladas á la infeliz amante. Cuando el odio es autor de los consejos conviene fácilmente al consejo en venturoso.*



solemnemente los hijos por legítimos. Obtuvo del Rey de Castilla, que era entónces Don Pedro el Cruel, que le entregase dos de los culpados, pues se huyó el tercero. Don Pedro se vengó, mas como amante, que como Rey, y así tuvo el cruel placer de asistir al suplicio de aquellos reos, y de insultarlos en los últimos momentos de su vida.

Llamáron á este Príncipe *el Justiciero* porque era severo é inflexible. No conocia mas que el derecho, y siempre tuvo los ojos y los oídos cerrados para las mediaciones. En una palabra, era de aquel carácter que se teme, y cuyo rigor se censura; pero que al fin se respeta, y es el mas propio para gobernar, especialmente si le acompañan la afabilidad, el discernimiento y la exáctitud en la aplicacion de las leyes.

Un eclesiástico, en un movimiento de cólera, habia quitado la vida á un albañil; y el Rey dexó que le hiciesen el proceso sin mezclarse en cosa alguna. Los Jueces, en consecuencia de los privilegios del Clero, se contentáron con suspenderlo por un año de las funciones de su estado. Hizo Don Pedro que secretamente insinuasen al hijo del albañil que quitase la vida al matador de su padre; así lo

hizo; le prendiéron, y le condenáron á muerte; pero como era preciso que el Rey firmase la sentencia, preguntó quando se la presentáron, cuál era la profesion del reo, y respondiéndole que era albañil. „Está muy bien, replicó: Yo le condeno á que no trabaje por un año en su oficio.” Un noble maltrató gravemente en el rostro á un Alguacil, que le llevaba una órden, y le mesó la barba. „Corregidor, dixo el Rey al Juez, á mí me han dado una bofetada, y me han arrancado la barba.” Este apóstrofe fue la sentencia de muerte de aquel noble. No guardaba atenciones particulares, ni hacia excepcion de personas, y decia: „Hagamos la justicia como nos la han de hacer quando han de revelarse y descubrirse los secretos de los corazones.” Se presentaba muchas veces en este terrible tribunal quando iba con frecuencia al Monasterio de Alcobaza, en donde habia hecho construir su sepulcro; y puesto delante de aquel fúnebre monumento se ocupaba con religioso recogimiento en profundas reflexiones sobre la cuenta que habia de dar al supremo Juez; y así le aplicáron lo que los Romanos dixéron de Tito, esto es, *que ó nunca habia de haber nacido, ó nunca debiera morir.*

Fernando su hijo, que le sucedió en 1367,

era el mas propio para que siempre se sintiese la muerte de su padre. Tenia de inconstante é inconsiguiente , quanto su padre habia tenido de prudente y mesurado. Se abandonaba á las primeras inspiraciones , y no premeditaba accion alguna , ni preveia las conseqüencias. Imaginaba que no podian acabarse los tesoros que le habia dexado Don Pedro , y derramando pródigamente las riquezas , halló muy presto el fin con grande admiracion suya. Debia casarse con Doña Leonor , Princesa de Aragon , y por motivos bien improprios , volvió su corazon hácia Doña Leonor , Infanta de Castilla. Ya estaban arregladas las capitulaciones , quando vió á Doña Leonor Tellez , muger de Don Juan de Acuña ; y esta tercera Leonor le hizo olvidar las otras dos.

Quiso servirse de Doña María Tellez para seducir á Doña Leonor su hermana ; pero ella despreció comision tan indecorosa. La propuso el Rey que se casaria con Doña Leonor ; pero la hermana le hizo presente que Leonor tenia ya esposo , y que él estaba prometido á otra. Léjos de contenerse por estas dificultades , retiró la palabra dada á Doña Leonor de Castilla , pagando una fuerte recompensa ; y emprendió la disolucion del matrimonio de Don

Juan de Acuña, con el pretexto de que estaba contraído sin dispensacion de cierto parentesco. El marido, viendo que era inútil la resistencia, se prestó á todo; la esposa lo deseaba; y declarado nulo el matrimonio, colocó Fernando á su dama en el trono.

No podia haber tenido peor eleccion, porque Doña Leonor Tellez era cruel, envidiosa, intrigante, y el primer ensayo de estos vicios fue contra Doña María su hermana. Habiendo enviudado esta Señora, inspiró una viva pasion á Don Juan, hijo de Doña Ines de Castro, y hermano del Rey. La Reyna no tenia mas que una hija llamada Doña Beatriz, y viendo á los Portugueses inclinados á Don Juan, temia que muerto su marido, que era enfermizo, diesen la corona al Príncipe en perjuicio de su hija. Ver á su hermana en el trono que ocupaba, era para ella una idea de desesperacion; y así habló á Don Juan, dándole á entender que si no estuviera casado, destinaba para él su hija con el cetro de Portugal. „¿Y por quién, añadió, os privais de esta corona? por una infiel que os hace traycion.” En un caso como este, ¿cómo es posible no creer á una hermana? Salió furioso Don Juan del aposento; y sin mas informacion

quitó la vida á su esposa, y se retiró á Castilla. La Reyna aparentó alguna pesadumbre; pero consolándose muy presto, pidió ella misma á su marido, y consiguió que volviese su cuñado. Entre tanto, ya Don Juan conoció que le habian engañado, así en la supuesta infidelidad de su esposa, como en la esperanza del trono, que su cuñada le habia ofrecido. Advirtió la Reyna que su delito estaba conocido, y temiendo la venganza del Príncipe, pretendió hacerle asesinar; pero descubriendo él la trama, se retiró de nuevo á Castilla.

Conservaba la Reyna grande imperio sobre su esposo, le gobernaba á su voluntad, y en quanto á su propia conducta le tenia tan ciego, que solo él no veia claro. Toda la Corte y aun el pueblo sabian la violenta pasion de la Reyna á Don Juan Fernandez de Andeyro, jóven Caballero Castellano. No ocultaba ella sus sentimientos, ó á su pesar se descubrian las pruebas; y las que públicamente mostró, ofendiéron tanto el pundonor de los Portugueses, que miéntras la Reyna pasó á Castilla para casar á su hija Doña Beatriz con aquel Monarca, reveláron á Don Fernando lo que el marido sabe ordinariamente el último. Sin duda temia á su muger, pues llevó al se-

pulcro sus sospechas ó la evidencia, sin castigarla, y aun la nombró Regente, entre tanto que su hija Doña Beatriz volvía de Castilla. De Don Fernando se dixo, que era un hombre mediano con entendimiento, y un Rey débil con valor.

Fue Beatriz generalmente reconocida; pero durante la proclamacion se levantáron algunas voces en favor de Don Juan de Castro, á quien su cuñada habia hecho arrestar en Castilla luego que murió su esposo, temiendo que se opusiese á los derechos de su hija. Otras voces, en menor número y no tan fuertes, pronunciáron el nombre de Don Juan, Gran Maestro de Avis, hermano natural del Rey difunto. La Reyna, rezelosa de este principio de favor, pretendió alejarle de la capital, dándole empleo en la frontera. Partió, pues; pero volvió quando ménos le esperaban. Estaba la Reyna á la mesa con Andeyro su favorito; le hizo Don Juan desde la puerta la seña de que queria hablarle, y al punto que entró en otra pieza le pasáron con un puñal. Envió la Reyna á preguntar si tambien ella debia prepararse á la muerte, y la respondiéron que no tenia que temer.

Fingió el Gran Maestro deseos de reconci-

liarse con ella; dió por mal hecho quanto se habia executado por la necesidad de sosegar al pueblo irritado contra el favorito; alegó sus excusas, pero la Reyna las recibió con frialdad, y dexó á Lisboa.

Apénas la Reyna abandonó el timon, quando el Gran Maestre, viéndolo todo en confusion por falta de gobierno, hizo el papel ordinario de aparentar que queria retirarse con el fin de que le detuviesen. Aun no estaba muy distante la Reyna, y se trató de casarla con el Maestre, para que como esposos tomasen el gobierno en comun; pero no habiendo agradado este arbitrio á uno ni á otro, el pueblo de Lisboa cortó la diferencia, proclamando Protector y Regente del reyno al Gran Maestre.

El Rey de Castilla ayudó á Don Juan de Avis, mas de lo que hubiera querido con la imprudencia de titularse Rey de Portugal, título que debiera haber dexado para sola su esposa. Este paso intempestivo desagradó á los Portugueses. Levantó el Castellano al mismo tiempo un ejército, y con esto tuvo el Regente bastante razon para levantar otro. Se halló el dinero en los cofres de los partidarios de la Reyna Madre y de su hija, cuyos bienes fueron confiscados. Tomó el Regente la plata de la

Iglesia, prometiendo restituirla, y generalmente se condujo con mucha habilidad para con todos. *Soberbio con sus enemigos, modesto con sus amigos.* Tenia por Consejero á Paez su Canciller, hombre astuto, y envejecido en los asuntos. De este aprendió aquella máxíma, propia para tales casos, que puso en práctica. *Da lo que no es tuyo, y promete lo que no tienes.* Era el ejército de Castilla tan considerable, que lo mas que hizo el Regente fue inquietarle en su marcha, y así avanzó hasta Lisboa, como que todo pendia de la suerte de la capital. Sufrió esta ciudad el hambre y las demas calamidades de la guerra sin tratar de rendirse; y quando se hallaba ya en el mayor extremo, entró en el campo de los Castellanos una enfermedad epidémica, que los obligó á retirarse. No sin dolor se viéron precisados á alejarse la Reyna, su hija y su yerno, y así se dice que exclamó la Reyna arrebatada de la cólera: ciudad ingrata, ciudad pérfida, oxalá te vea yo algun dia arruinada y devorada de las llamas.

Este regreso puso á Don Juan de Avis en el estado que deseaba. Juntó los Estados del reyno en Coimbra; se decidió en ellos por primer punto que Portugal no podia estar sin un Rey; por segundo, que Beatriz y su esposo el

Rey de Castilla, por haber intentado apoderarse de la corona con mano armada, se habian hecho indignos del trono; se deliberó en tercer lugar, si convenia reservar el cetro para Don Juan de Castro, que se hallaba arrestado en Castilla; y el Gran Maestre manifestó, que aunque eran tan penosas las funciones de la Regencia, si los Estados conviniesen, estaba pronto á esperar hasta que el Rey se viese en libertad, y que él seria el primero que gritaria *viva Don Juan*. Bien se conoció que todo esto era un modo de hacerse rogar, pues desde luego se dió por sentado que el reyno, en aquellas circunstancias, no podia continuar sin Rey. Eligiéron, pues, todos á una voz Rey al Gran Maestre de Avis, hijo natural de Don Pedro el Justiciero, en perjuicio, no solo de Don Juan de Castro, hijo tambien de Don Pedro, habido en Doña Ines de Castro, cuyo matrimonio no carecia de dificultades; sino de la Reyna de Castilla, hija y sucesora legítima del Rey Don Fernando.

Impusiéron al nuevo Monarca, entre otras condiciones una, que tal vez sugeriria él mismo, ó que á lo ménos no le desagradaria, y fue: „Que no admitiese en su Consejo á los

que fuesen hechuras de la Reyna Doña Leonor, ni los emplease en los cargos de la corona, ni en las plazas administrativas de Lisboa." Tambien se hicieron en estos Estados algunas leyes de policia.

A pesar de la exclusion formal de los dos esposos Reyes de Castilla, no se consideraban estos sin recurso. La misma Doña Leonor excitó á su yerno á que hiciese un nuevo esfuerzo; pero fue perfectamente rebatido, y desde aquel punto empezó Don Juan á reynar sin contradiccion. Tuvo la fortuna de poseer por largo tiempo el trono, y de este modo le dexó bien asegurado en su familia. Tenian los Portugueses antiguas alianzas con los Ingleses, y las confirmó Don Juan casándose con la hija del Duque de Alencastre. Con sus honrados procederes mitigó el odio, habitual hasta entónces, entre Portugueses y Castellanos; y de este modo tuvo tiempo para trabajar en hacer felices á sus vasallos. Como habia sido hombre particular, conservo siempre la familiaridad y cortesania. Halló Don Juan el reyno muy empeñado, y practicó constantemente esta máxima. *Un Principe sin dinero debe pagar con atenciones.* No interrumpió la paz sino con una expedicion al Africa, en don-

de tomó á Ceuta, fortaleza que tuvo por necesaria para poner freno á los Moros, y dificultarles el embarco; y falleció en 1433.

Queriendo imitarle Don Duarte, su hijo y sucesor, puso sitio á Tanger, dando la comision á su hermano Don Fernando; pero esta expedicion fue desgraciada, porque el Rey de Fez embistió á los Portugueses en su campo, y los reduxo á obtener como gracia el permiso para embarcarse, prometiendo la restitucion de Ceuta; y como esta no podia verificarse sin el consentimiento del Rey, se ofreció Don Fernando á quedarse en rehenes miéntras el ejército Portugues llegaba á su pais.

Hubo grandes debates en el Consejo para resolver sobre si se habia de sacrificar á Ceuta, que era el mas ilustre monumento del Rey difunto, ó á Don Fernando, hijo de aquel Monarca. Aun quando hubiera sido otro inferior personage, parece que no habia razon para detenerse en ratificar su tratado, y romper sus cadenas; pero no pensó así el Consejo, y permaneció Don Fernando en Africa hasta que murió cautivo, porque los Moros se obstinaron en negarse á cangearle con otro objeto. A Don Duarte le arrebató en 1453 una peste, que asoló á Portugal. Era aficionado á las

ciencias; compuso un libro intitulado *el Buen Consejero*, y otro sobre *el Arte de domar y manejar caballos*, que dedicó á su muger.

A esta Princesa dió la Regencia del reyno, y la tutela de su hijo Alfonso V; pero no habiendo sido esta disposicion á gusto de los Grandes, solamente dexáron á la madre la educacion de su hijo, y confiáron el gobierno del reyno á Don Pedro, tio del Rey. La Reyna cometió el error de retirarse á Castilla, creyendo que la seguirian muchas gentes; pero como la abandonáron, estuvo gastando en vanos esfuerzos, para suscitar enemigos al Regente, el dinero que habia llevado consigo. Quando este se acabó, suplicó humildemente á Don Pedro la permitiera volver á Portugal con la condicion de vivir allí como él quisiese; pero murió antes de recibir la respuesta, y tal vez se sirvió la envidia de esto mismo para agriar el corazon del jóven Monarca Alfonso V contra su tio.

El Regente no omitió cuidado alguno para que su pupilo se hiciese digno del trono. Le inculcaba las reglas de un excelente gobierno, y se las demostraba con su exemplo, hasta que por último creyó poner el sello á sus servicios, dando á su sobrino la mano de

Doña Isabel su hija, que era hermosa, de talento y virtud. Mucho tuvo que sufrir esta Princesa por las desavenencias entre su padre y su esposo, quando este tomó á su cargo los negocios. Los envidiosos de Don Pedro adquirieron tal ascendiente sobre el corazon del Rey, y este hizo á su tio tales desayres, que pidió el retiro; y habiéndosele concedido, todavía no contentos con esto sus enemigos, le representaron como un rebelde, y empeñaron al Rey en atormentarle. Se prohibió todo trato con él, y se le mandó rendir las armas; y pasando á la Corte para justificarse, hizo su yerno que le acometiesen, y en la misma defensa le alcanzó una flecha, y murió. Todas las diligencias en el registro de sus papeles, para hallar contra él algunos cargos, pararon en descubrir varios proyectos para el servicio del Rey y bien del Estado; por lo que se le reintegró en su buena fama, despues de haberle muerto y deshonrado su memoria.

A lo que parece era Alfonso V de espíritu ligero y caballeresco; y así formó varias empresas contra el Africa, que le salieron bien, y consiguió el nombre de *Africano*; aunque es preciso confesar que estas expediciones tenían mas de brillantes que de útiles. Su misma li-

gereza le empeñó en una guerra ruínosa con Castilla; y la mala disposicion de sus proyectos le llevó á Francia con quinientos Caballeros y dos mil lanzas, para pedir á Luis XI que le ayudase en esta guerra de Castilla; pero el reflexívo Luis hizo el aprecio que debia de un Rey, que dexaba como un aventurero su reyno para ir á buscar tan léjos el socorro, teniendo en su casa tantos negocios que manejar, y le tuvo entretenido con buenas palabras.

Avergonzado de haber dado un paso tan mal combinado, y picado de ver que se hacia de él tan poco caso, abandonó á los nobles y soldados, y tomando consigo dos pages, dos criados y un Capellan, partió á Jerusalem. Escribió á Portugal que no le verian mas; mandó que su hijo Don Juan se ciñese la corona; y el Príncipe, sin esperar á que le repitiese el precepto, se decoró con el título de Rey. Paseándose este algunos dias despues en la ribera del mar, vió que se acercaba un navío, del qual desembarcaba un hombre muy apresurado, y que era su padre. El hijo se sorprendió por un instante; pero recobrado, se arrojó con amor y respeto á los brazos de su padre. Siguióse entre los dos una contienda de recíproca deferencia; y queriendo contentarse el padre con





### Regreso de Alfonso V.

*Partió Alfonso V dexando prevenido que no le  
verían mas, y se cingió la corona su hijo D. Juan.  
Lo hizo etc; pero pasándose un día vió con gran  
sorpresa desembarcar á su padre. Se abrazaron; y  
habiéndole querido reducirse Alfonso á solo ser  
Rey de los Algarves, le dixo D. Juan: No puede  
haber dos reyes en Portugal, y estando vos aquí no  
es razon que haya otro. Veniéndose al padre se  
honra á buen hijo.*

el título de Rey de los Algarbes, respondió Don Juan: „No, Señor: no puede haber dos Reyes en Portugal; y pues vos estais aquí, no es razon que haya otro;” y así se dexó Alfonso persuadir. Debió á Luis XI la interrupcion del viage á Jerusalem, porque pasmado este Príncipe de semejante desacierto, le hizo buscar, y le aconsejó amigablemente que abreviase esta locura lo mas que fuese posible. Volvió Alfonso á renunciar la corona; y murió en 1481 quando iba á encerrarse en un convento.

Subió Don Juan II al trono con cierta madurez en sus reflexiones, y un plan bien formado. Fue muy severo con los Grandes, demasiado acostumbrados á la independenciam. Mandó degollar al Duque de Braganza, marido de la hermana de la Reyna, que segun un abuso que habia pasado á costumbre, se puso baxo la proteccion de los Reyes de Aragon y de Castilla. Ya el Rey le tenia avisado, pero no hizo caso; y el exemplar de su castigo sirvió de freno á los otros. Sin embargo el jóven Duque de Viseo, hermano de la Reyna, se puso á la cabeza de una conspiracion; y habiéndole hecho venir el Rey á su presencia, le preguntó; „¿Qué harias tú con un hombre que te quisiese quitar la vida?”

Respondió Viseo: „Le mataria con mi propia mano.” „Muere, pues, le dixo el Rey, dándole una puñalada, pues te has dado la sentencia.” A los cómplices los ahorcáron, ó los arrojáron en los pozos. ¿Qué habia que hacer contra un Monarca de esta resolucion? Todos se sometieron, y su reynado fue muy tranquilo.

Los historiadores han recogido algunas acciones y palabras suyas, que no merecen sepultarse en el olvido. Habia un Juez, que solo era accesible á los que le regalaban, y por otra parte era hombre de capacidad; y á este le dixo el Rey con tono severo: „Cuidado, porque sé que teneis las manos abiertas, y las puertas cerradas.” Estas pocas palabras bastáron para corregirle. Un hombre que le habia servido á su gusto en los fervores de su juventud, le llevó un papel firmado de su mano, en que le habia prometido hacerle Duque. El Monarca le leyó con gravedad, le rasgó, y dixo al portador: „Yo me olvidaré de que firmé tal papel;” y volviéndose á los asistentes, dixo: „Los que corrompen á los Príncipes jóvenes, y por servirles de instrumento á sus placeres les sacan promesas que no deben cumplirse, han de estimar como favor el no ser castigados.”

En su tiempo fue descubierto el reyno de

Congo; y quejándose los navegantes de que los naturales no habían querido enseñarles las minas, respondió Don Juan: „No os informéis ya mas sobre ese punto; tratadlos bien, comerciad con equidad, llevadles lo que ellos deseen, y lograreis el producto de las minas sin el trabajo de cavarlas.” Conocia este Príncipe cuánto importaba la exáctitud de los Soberanos en la conservacion de las costumbres. Era en esto muy escrupuloso; y diciéndole un dia, que cierta formalidad á que se sujetaba, era una bagatela, respondió: „Sea enhorabuena bagatela; pero mi exemplo siempre es de mucha conseqüencia.” Viéndose sin hijos legítimos quiso dexar la corona á un hijo natural llamado Jorge, que habia criado con esta intencion; pero habiéndole advertido que aquella eleccion podria causar alborotos en el reyno, murió en 1495, habiendo sacrificado sus deseos á la tranquilidad de sus vasallos.

A Don Manuel, que le sucedió, le llamáron el *Afortunado* por tres razones. La primera, porque llegó al trono desde léjos, pues era un biznieto de Alfonso V. La segunda, porque le salia bien casi todo quanto emprendia. La tercera felicidad y la mayor era verse tan amado y estimado de todos, y que tuviesen tal

idea de su capacidad, que quando se le desgraciaba alguna empresa, la calificaban de imposible. Don Juan habia abatido á la nobleza, y Don Manuel volvió á elevarla. Por su bondad protegió á los Judíos, maltratados de sus vasallos; pero no pudiendo estos hacer nuevas vexaciones á aquella infeliz nacion, pidiéron al Rey que los extrañase de Portugal. En esto solo experimentó Don Manuel contradiccion de parte de su pueblo.

No tuvo mas guerras que las que quiso, y fuéron las de Africa. En estas sus aciertos habituales, compensáron con ventajas algunos ligeros reveses que sufrió. Vivió muy bien con sus vecinos, presidiendo la buena fe en sus tratados, y la fortaleza en la execucion. Ningun Rey desplegó tanta magnificencia, y la debió á los descubrimientos que se habian hecho en tiempo de sus predecesores, y que aumentándose con su proteccion, hiciéron su reyno el centro del comercio del universo. Gustaba de dar á los extrangeros grande idea de su poder con soberbias embaxadas. Bastaba contemplar la suntuosidad de los edificios públicos, de Colegios, Iglesias, palacios y hospitales que se construian, y ver las armadas numerosas que salian de sus puertos, la opulencia de los Grandes,

el bien estar del pueblo, la satisfaccion pintada en sus rostros, la alegría esparcida en las ciudades y por las campiñas, para que sus vasallos concibiesen la mas alta opinion del Monarca, autor de todos estos bienes. En su reynado y en los de sus predecesores hubo pestes, y no se sabe por que era tan freqüente entónces esta plaga, que ya no se conoce en Portugal. No se acercó á sus costas el hambre, aunque asolaba á los Africanos, á quienes el compasivo Manuel extendió sus manos benéficas. Por una manía, que se ha notado en otros Reyes de Portugal, pensó este Príncipe en baxar de la cumbre de la Grandeza, y renunciar; pero advirtió que solo la sospecha de este proyecto hacia tomar á su hijo modales imperiosos, y que la tropa de cortesanos se volvia hácia el sol naciente; por lo qual mantuvo prudente, y apretó en su mano el cetro que estaba pronto á dexar. Por una rara fortuna abjuró el hijo sin repugnancia las esperanzas que le habian hecho concebir, y continuó como antes en causar la felicidad de su Padre. Respecto de los demas hijos, pudo llamarse igualmente dichoso; por lo qual nada omitia para complacerles, poniendo su satisfaccion en prevenir sus deseos. Era padre tierno

y esposo agradable, pasaba con dulce franqueza en lo interior de su familia todo el tiempo que podia robar á los negocios. Siempre se vió Don Manuel bien servido de sus Ministros, y ademas de la duracion de los Consejos, á los que no faltaba; todo tiempo le parecia bueno para conversar con ellos. Algunas veces le sucedia encontrarlos en el palacio, tomarlos de la mano, y llevarlos á su gabinete, diciendo: „Venid, que estamos solos, ¿no teneis algo que decirme?“ Se divertia con ellos en la caza, y jugaba á la pelota, y despues les decia: „Ya estamos cansados de jugar; descansemos con los negocios.“

Todos dicen que si tuvo algunos defectos, consistieron en el exceso de algunas virtudes; por exemplo: la demasiada confianza, que le expuso á ser engañado, porque lleno de candor, pensaba que todos eran como él; y la demasiada familiaridad con sus criados, aunque no se ve que por esto le faltasen al respeto. Se vestia de luto por los hombres de mérito que morian en su servicio; gustaba de música, de jardines y de sabios; él mismo cultivaba las ciencias, y pasa por el mas hábil Geógrafo de su tiempo. Desde que empuñó el cetro hasta su muerte, siempre fue Don Manuel padre de

su pueblo, justo sin severidad, compasivo sin flaqueza, y pio sin afectacion. Por último rasgo de su retrato, dicen que desterró de su reyno la pobreza y la tristeza. Una fiebre epidémica, que degeneró en una enfermedad mortal, le arrebató á los cincuenta y tres años, en el de 1521, quando de su temperamento, buena constitucion y vida muy arreglada, podian sus vasallos prometerse todavía una larga felicidad.

Pero no la perdiéron en el reynado de su hijo Don Juan III, porque este Príncipe copió gran parte de las bellas prendas de su padre, y sobre todo, su discernimiento en la eleccion de Ministros, entre los quales parece haber gozado de su confianza con preferencia cierto Don Antonio, de quien por el pasage siguiente se juzgará si la merecia. El Señor de Asambuja, de una de las mas antiguas casas del reyno, por los contratiempos y los gastos que habia hecho en el Real servicio, se hallaba reducido á poner en venta sus tierras. „Estas, dixo el Rey á Don Antonio, estan cerca de las tuyas, y las pudieras comprar.” „Mejor haria V. M., respondió el Ministro, en poner al dueño en estado de conservarlas, pues él y sus mayores se han arruinado por los servicios que

han hecho á la corona." Siguió el Rey el consejo, y evitó con su generosidad la ruina de aquella ilustre familia. Tuvo este Príncipe el dolor de ver que la muerte extendió su guadaña sobre su familia, segando indistintamente los jóvenes y los viejos de ambos sexós. El fue casi el último á quien derribó; y falleciendo en 1557, no dexó mas que un hijo de tres años, llamado Don Sebastian, destinado á ser por su imprudencia causa de las desgracias de sus pueblos.

Muy tempestuosa fue la Regencia hasta que llegó Don Sebastian á la edad competente. Pasó por un abandono forzado la entrega que hizo de este niño su abuela á su tío el Cardenal Henrique. Los ayos que este le dió le propusieron como virtudes regias la religion y el valor; pero no el valor prudente y reflexivo, sino aquel que consiste en la temeridad de correr en busca de los mayores riesgos. Lo mismo sucedió en punto de religion; no le inspiraron lo que penetra el ánimo del discípulo con las verdades del christianismo, y sobre tan sólidos principios forma las costumbres, sino un fogoso fanatismo, que precipita á destruir ó arruinar todo lo que no sea conforme á sus opiniones. Desde la infancia dió pruebas Don Se-

bastian de que le abrasaba el deseo de manifestar su intrepidez y el odio implacable al mahometismo. Por este fatal entusiasmo pasó al Africa contra los Moros, á pesar de las mas eficaces súplicas de todas las personas prudentes de la Corte, y de las persuasiones de los Príncipes extranjeros que se interesaban en su suerte.

Jamas hubo Príncipe en el mundo á quien mas advirtiesen de los peligros de su empresa; pero tampoco hubo hombre que hiciese ménos caso de los consejos. Hasta la Reyna y Don Henrique unieron sus esfuerzos, auxiliando los ruegos de los particulares para separarle de un proyecto tan contrario á sus verdaderos intereses, y nada conveniente en el estado en que se hallaba el reyno. La Reyna murió de pena viendo la obstinacion de su nieto, y Don Henrique se retiró á su Obispado. Los señores de juicio ya maduro por la edad y la experiencia, no fueron mas al Consejo. Le escribieron sus Embaxadores de parte de los Príncipes de sus respectivas Cortes: Felipe II, Rey de España, su pariente muy cercano, le pidió encarecidamente que no expusiera su persona; pero nada bastó para contenerle. El Duque de Mascareñas, tan célebre por sus hazañas en la India, le suplicó lo mismo que todos; y el

Rey, para debilitar el efecto que en el público pudiera hacer el parecer de un hombre tan estimado, convocó varios á una junta para que con motivo del consejo de Mascareñas, dixesen que con los años se disminuye el valor, y que es muy regular que un hombre valiente se haga temido en sus últimos años. De este modo juntó la decision y el insulto.

El mismo Rey de Fez, contra quien dirigia sus armas el Rey Don Sebastian, le hizo tales representaciones, que mas bien que temor ó política, manifestaban una especie de compasion de ver un jóven tan precipitado; y como el Rey de Portugal tomaba por pretexto de la guerra poner en el trono de Fez y de Marruecos á Muley Mahamet, á quien Muley Moluh, su tio, habia despojado de sus Estados, le escribió el tio, y probó que su sobrino era un hombre perdido y cruel tirano, que no merecia su proteccion. Mas hizo el Africano, suplicó al Rey Católico, con quien tenia buena correspondencia, que apoyase sus reflexiones; y para que estas fuesen mas eficaces añadia diez mil fanegas de tierra de labor sobre el territorio que los Portugueses tenian al rededor de sus fortalezas; „y no porque yo tema, decia, el fin de esta guer-

ra, sino por evitar la efusion de sangre ”

Con un ejército de cien mil hombres poco debía temer Moluh, anciano guerrero, á un ejército de quince mil hombres, que se dirigia á sus costas, aunque llevaba doce piezas de cañon, artillería formidable en aquellos tiempos. Así que llegaron los Portugueses, conoció por la experiencia el Africano, á vista de las erradas maniobras de los Gefes, quan poco temibles eran aquellos soldados, aunque valientes. Lo que él sentia era el parecerle que no tendria suficiente tiempo para derrotarlos, porque le acometió una violenta calentura, y se sentia morir. Con todo, desde que los dos ejércitos se formáron en batalla, uno en frente del otro, estuvo dando sus órdenes llevado en una litera.

Quando ya iban á llegar á las manos hizo que le pusiesen en un caballo para ver por sí mismo si estaban bien executadas sus disposiciones, y se volvió á su litera. Al primer choque llevó la infantería portuguesa alguna ventaja. Moluh, olvidado por un momento de su debilidad, salió de la litera, montó en un caballo, y quiso dar sobre el enemigo con sable en mano. Le contuviéron sus guardias; pero este fue su último esfuerzo, pues con él se le acabó el

aliento, y cayó desmayado en sus brazos. Volviéron á ponerle en la litera, y espiró, poniendo el dedo en la boca, para encargár que no se publicase su muerte. Se mantuvo de pie á un lado de la litera un renegado llamado Hamet Tabá, y de quando en quando abría un poco la cortina como para recibir las órdenes del Rey. Continuó en darlas su hermano Muley Hamet, y consiguió una completa victoria. Había recibido Don Sebastian un balazo en el hombro; pero no siendo muy peligrosa la herida, prosiguió peleando, y le matáron dos caballos. A su lado pereciéron muchos Señores.

De la suerte de este Monarca no se habla de un solo modo. La primera relacion dice que, rodeándole los Moros, le quitáron la espada y las demas armas, y se aseguráron de su persona; pero que suscitándose contienda entre los que le habian preso, se abrió camino uno de sus Generales por entre la tropa, que iba á llegar á las manos, y para quitar disputas le dio un golpe con el sable, que baxándole hasta la ceja del ojo derecho, le echó á tierra, y que los otros acabáron con él. Que al dia siguiente conoció un ayuda de Cámara el cuerpo de su Rey, por orden del Rey Moro, que le envió adonde habia pasado la escena, y que

asimismo le conociéron otros Portugueses por indicios verosímiles, pues todos conviniéron en que tenia la cabeza muy desfigurada. Pasáron aquel cadáver de Ceuta á Portugal, y le enterráron. Otra relacion, que es de Luis Brito, Señor Portugues, dice, que retirándose este de la pelea con su estandarte arrollado al cuerpo, y encontrándole el Rey, le dixo: *Ten firme ese estandarte, y muramos sobre él*; que dió el Príncipe sobre los Moros, y le prendiéron; que Brito se le quitó de las manos; pero que á él tambien lo hiciéron prisionero con su estandarte; y que quando le llevaban alcanzó á ver al Rey, á quien ya no perseguian. Don Luis de Limia depuso haber visto al Rey, que iba caminando hácia el rio, y que aquella fue la última vez que se le vió.

Todas estas circunstancias son bien particulares; porque á cosa de veinte años despues, se presentó en Venecia un hombre que decia ser el Rey Don Sebastian, y daba noticia de lo que le habia sucedido, de como habia salido de entre los que estaban muertos; y que despues de haber andado errante en Africa por algun tiempo, habia vuelto á Portugal y aun á su propio palacio, en el qual de vergüenza no se habia atrevido á declararse y darse á conocer.

Tenia aquel hombre el porte, estatura, gesto y voz de Don Sebastian; mostraba las cicatrices de las heridas, cuyo número decia ser veinte y cinco, y entre otras la del hombro y la ceja. Hubo muchos Portugueses que le reconocieron. Nombró el Senado sus Comisionados para que le exáminasen, y se quedaron admirados de oír lo que les contó de negociaciones secretas que habia habido entre él y la República, y no se atrevieron á declararle por impostor, movidos de su satisfaccion, de la invariable firmeza en sus respuestas, de su modestia, piedad, y de la paciencia que manifestaba en su desgracia. Pidió el Embaxador de España su expulsion, y el Senado no tuvo valor para negarse.

Se retiró aquel hombre á Florencia. Le mandó el Gran Duque prender, y se le entregó al Conde de Lemos, Virey de Nápoles, para que le enviase al Rey de España, que ya estaba en posesion del reyno de Portugal. A la pregunta que le hizo el Virey ¿quién eres tú? respondió: bien pudieras conocerme, pues te encargáron por dos veces la embaxada á mi Corte: y le contó circunstancias, que solo pudiera saberlas el que en aquel tiempo hubiese sido Rey. Dexó tambien admiradas á dos

Princesas, parientas de Don Sebastian, que tuvieron la curiosidad de preguntarle.

Despues de la muerte del Conde de Lemos le diéron tormento, y siempre se mantuvo firme. Para sosegar la opinion pública, que se iba declarando en su favor, le paseáron sobre un asno por las calles de Nápoles, precedido de un pregonero, el qual iba diciendo: que era un impostor aquel que se decia el Rey Don Sebastian de Portugal, y siempre que el pregonero añadía *que era un Calabres*, gritaba él en voz mas alta, *eso es falso*. Le restituyéron á la cárcel, en donde estuvo por algun tiempo en el reyno de Nápoles; le trasladáron á Castilla, le encerráron en un castillo retirado; y despues no se ha hablado mas de él.

En Portugal se consideró á Don Sebastian como muerto; y su tio el Cardenal Henrique tomó la corona, á la edad de sesenta y siete años, en el de 1578. El primer deseo de los Portugueses fue que se casase, con el fin de dexar herederos directos, y prevenir las guerras civiles que les amenazaban. Por razones poderosas se negó en Roma esta pretension; pero desde el punto en que el infeliz Henrique subió al trono, no oyó hablar de otra cosa sino de quien debia sucederle. Los dos preten-

dientes que se declaráron fuéron Felipe II, Rey de España, y la Duquesa de Braganza. A esta deseaba Henrique, y temia al Rey de España. No podia ver al Prior de Ocrato, su sobrino, cuyo derecho seria el mas seguro si hubiera podido probar que era legítimo. Entre tanto, Don Henrique murió indeciso, y sin haber nombrado sucesor en 1580. Creyó que habia proveido suficientemente á la tranquilidad del reyno, nombrando cinco personages, que fuesen depositarios de la suprema autoridad despues de su muerte, y durante el interregno. Ante estos habia de litigarse el grande asunto de la sucesion; pero estaba decidido antes que él muriese.

Tres de los cinco Regentes se hallaban interesados por Felipe II, Rey de España, que tenia á su favor otro voto mas decisivo, y era un ejército considerable, mandado por el Duque de Alba, que se juntó á la frontera de Portugal; y le faltaba mucho á este reyno para oponerle suficiente resistencia. Avanzó, pues, con buen orden y disciplina, y no halló en el camino mas que al Prior de Ocrato, que se habia hecho nombrar Rey por el populacho de Lisboa. Sus tropas compuestas de gente colecticia, mal armada, y mal mandada se disper-

sáron al primer choque. El Príncipe anduvo errante por el reyno por el espacio de un año, aunque se habia puesto precio á su cabeza; y por último se huyó, y murió en Francia. Felipe II no quiso ir á Portugal hasta que todo estuvo sosegado, para que no pareciese que tomaba la corona por derecho de conquista. De los cinco Regentes le habian proclamado por decision comun tres, que estaban interesados, y los otros dos por fuerza ó por persuasion: de suerte, que no faltó ninguna de las formalidades legales antes de tomar posesion, ni al tiempo de tomarla. Solo faltó la circunstancia que mas lisonjea á un buen Rey, esto es, los deseos y la alegría de los pueblos.

Mucho tardáron los Portugueses en acomodarse al dominio de los Castellanos, ó por mejor decir, siempre le repugnáron. Al principio procuró Felipe II amansarlos con caricias, despues los trató con severidad. Sus Gobernadores mortificáron á los pueblos con la sobrecarga de los impuestos, y con el modo de cobrarlos. No se conserváron ni se reparáron las fortalezas; y las tropas portuguesas estaban mal pagadas. La marina no se ocupaba en la defensa de las costas, ni en la proteccion de las posesiones africanas y asiáticas, que era su

destino natural, sino que la unieron á la famosa armada, llamada la invencible, y así pereció casi toda en la desastrada expedicion de Felipe II contra Inglaterra. De resultas invadiéron los Holandeses las mas bellas colonias portuguesas en la dilatada guerra que sostuvieron por substraerse del dominio español; por lo que todo el reyno se vió en la mas horrible miseria. Los políticos ménos advertidos suponian que los Españoles aspiraban á hacer provincia de España aquel reyno, y que querian valerse para esto de la pobreza y desnudez.

Al fin se explicó la soberbia portuguesa creyéndose oprimida; pero despues de sesenta años de sufrimiento en los reynados de los Felipes II, III y IV, necesitaba algun lazo que reuniese á los Señores malcontentos. Leyendo estaban los unos en los ojos de los otros sus secretos deseos, pero no se atrevian á comunicarse sus ideas. Ya un hombre, en el reynado de Felipe IV, concibió el proyecto de romper el hielo, y acabar con aquella incertidumbre y falta de resolucion. Este fue Juan Pinto Riveyro, Mayordomo del Duque de Braganza, el qual, por descendiente de la familia Real, aunque bastardo, tenia derecho á

la corona, y por esto le observaban los Españoles mas que á otro alguno. Supo Pinto engañar á las espías, y abocar juntos á los Señores mas útiles para su proyecto, sin comprometer ni exponer á su amo, que parecia ignorar, y acaso realmente ignoró lo que se tramaba.

El carácter del Duque de Braganza era el mas acomodado á las circunstancias. Era dulce, modesto, sin exterioridades de ambicion; y así los Españoles no tuvieron motivo para sospechar, aunque sabian que era de la sangre Real. Gozaba tal reputacion de hombre moderado, que los Señores coligados dudaban si querria sacrificar su tranquilidad al resplandor de la corona; y aunque consultáron á Pinto, este no se atrevió, ó aparentó que no se atrevia á afirmarlo; pero presentó á su amo el Diputado de aquellos Señores, para que ellos juzgasen por sí mismos del concepto que deberian formar sobre este punto. Por aquel mismo tiempo estaba llamado á Madrid el Duque de Braganza, por razones tan frívolas, que no podia dudarse que en ellas se ocultaba el designio de retenerle. Consultó en esta perplexidad á la Duquesa su esposa, y esta le respondió: „En Madrid os está esperando la mucr-

te. Puede ser que tambien la halleis en Lisboa; pero allá morireis como un miserable encarcelado, y aquí, si os vencen, caereis cubierto de gloria y como Rey. Esto es lo peor que puede sucederos; pero contemos con el favor del pueblo y con la proteccion divina." Ya estaban tomadas todas las medidas, y solo se esperaba el consentimiento del Príncipe para obrar. Lo mismo fue darle, que ponerse todo en movimiento. Muchos de los principales habitantes de Lisboa estaban ganados, ó se habian ofrecido á la seduccion; y con el pretexto de que habia cesado el comercio, despidiéron los fabricantes á sus oficiales, para que con el hambre y la miseria se determinasen mas fácilmente á sublevarse. Se juntáron los conjurados; ya estaban señalados los ataques, y determinados los puestos. Unos á pie, otros á caballo, y otros en litera fuéron por diferentes caminos, para no dar que sospechar en el palacio que habitaban la Vireyna y el Secretario de Estado Vasconcelos, que tenia toda la autoridad. Viendo Pinto que, poco mas ó ménos, ya estaban juntos todos los conjurados, dió la señal con un pistoletazo. Acometiéron todos por diferentes puertas; arrolláron la guardia; subiéron á la habitacion de Vasconcelos; le matáron, y ar-

rojaron su cadáver por la ventana; hicieron firmar á la Vireyna la orden dirigida al Gobernador de que rindiese la ciudadela ó castillo; y él obedeció. Estaba el Duque de Braganza en la ribera opuesta del Tajo esperando el suceso; y así que recibió las buenas noticias, se entró en una barca, atravesó el rio, y fue recibido con muchas aclamaciones del pueblo, que de todos los quarteles de la ciudad habia acudido en tropel á la ribera. A las ocho de la mañana habia dado Pinto la señal del rompimiento, y al medio dia ya las tiendas estaban abiertas, y todo corriente y sosegado.

Hizo el Ministro español, Conde-Duque de Olivares, todos sus esfuerzos con las intrigas y las armas para reconquistar su poder en Portugal. Muchas veces el Duque de Braganza, ya nuevo Rey con el nombre de Don Juan IV, se vió acometido de conjurados; y se libró de aquellas sordas tentativas, ya por su prudencia, y ya por felices casualidades. Tramó el Conde-Duque de Olivares con tal destreza sus intrigas, que los mejores Ministros de Don Juan IV se hicieron sospechosos, y pagaron con su cabeza las sospechas inspiradas á su Soberano. Se reconoció despues la inocencia; pero los motivos de desconfianza, que sin cesar

renovaban con habilidad los emisarios españoles, tuvieron por largo tiempo al Rey en una enfadosa perplexidad en medio de su Corte.

Los Portugueses, aunque casi del todo desnudos por las precauciones que de antemano había tomado el Consejo de España, resistieron á los primeros esfuerzos. Iban los paisanos alternativamente al campo, y se volvian á sus chozas, peleaban un dia, y al siguiente trabajaban. Los fue disciplinando, y haciendo á la guerra Don Juan, con el auxilio de Oficiales extranjeros, que llamó de todas partes. Los animó con pequeñas acciones, cuyo buen éxito ya estaba preparado; les infundió valor; y aun llegaron á batallas decisivas, que el Rey ganó. Sus Embaxadores, que antes solamente eran tolerados en las Cortes extrangeras, se presentáron entónces en ellas con esplendor, á pesar de los sordos ataques, las amenazas públicas, y el dinero pródigamente repartido, con otros medios de que se valian los Ministros españoles para retirar á los Portugueses de las Cortes de su residencia. De esta suerte, quando murió Don Juan IV en 1656, ya era reconocido Rey de Portugal universalmente.

No mudó de costumbres con la elevacion, antes bien desplegó virtudes, que se hubieran

quedado ocultas en un particular. Le llamaron el *Afortunado*, y pudieran haberle dado el nombre de bueno y benéfico. Como perdiese en la caza algun tiempo de mas, un dia que salia de Lisboa á este exercicio, se le presentó el Magistrado civil, le hizo una profunda reverencia, y tomando el caballo por la brida, le volvió al palacio sin hablar palabra. Entró el Rey en él sin despegar sus labios; y esta muda reconvencion tuvo su efecto, porque el Rey se contuvo mas en su pasion por la caza.

Pasó el cetro de las manos de Don Juan á las de Don Alfonso VI su hijo, baxo la tutela de la Reyna su madre. Con el motivo de las enfermedades de su juventud, le toleráron defectos, que degeneráron en vicios. Tenia un hermano llamado Don Pedro, cuya educacion, mas bien atendida, tuvo efecto mas feliz; y aun dicen que la madre tenia mas afecto á este hijo menor. Los que esperaban aprovecharse de la desavenencia que pensaban establecer entre los dos hermanos, no dexáron de advertir al mayor esta preferencia, de que concibió envidia, y por ella se apartó de su madre. Habia esta Señora gobernado con aplauso general, durante la menor edad de Alfonso; y

juzgando por sus extravíos, que indicaban un espíritu herido, que no se hallaba en estado de gobernar el timon de los negocios, quiso ella continuar; pero la separáron los favoritos. Se ignora si inspiró al hijo menor el deseo de destronar al mayor; si lo indicó, por qué medios, ó si le trazó el camino por donde habia de llegar á sus fines. Lo cierto es que murió antes del suceso; y aunque á la hora de la muerte exhortó á los hijos á la concordia, los dexó en la misma desavenencia.

Acababa de concluirse el matrimonio del Rey con una Francesa, Madama de Aumales, Princesa de Nemurs, que se aventuró al casamiento, aunque corrian voces de que Alfonso era impotente. Escriben que la primera mirada de la Reyna, quando llegó, fue ménos favorable al Rey que á su hermano, y que este la entendió. Lo cierto es que siempre estuvieron perfectamente acordes en todo quanto pasó acerca del Monarca.

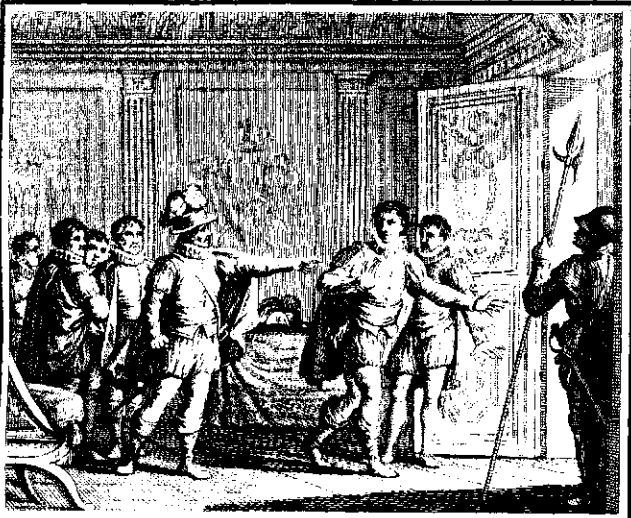
Ya la Reyna Madre habia ensayado lo que podia hacerse contra este, separando de su vista dos favoritos de los mas queridos, que fuéron enviados á vivir en el Brasil sin autoridad alguna. Por mas que nos representen los historiadores á este Rey como un hombre bru-

tal, precipitado, y aun feroz, se contentó entonces con quejarse, y no se ve que se vengase de semejante insulto. Ya, pues, se advirtió que para con él bastaba el atreverse, y se le atrevieron. Procuró Don Pedro ganar al pueblo de Lisboa, y sobre todo al Clero, con una grande afectacion de piedad; y al mismo tiempo mostraba mucha atencion con su hermano, y una aparente lástima de sus extravagancias é inconstancias, que en voz baxa se graduaban de locura.

Este estado supuesto de demencia servia de pretexto para quitarle unas veces con gusto, otras por fuerza, ya un Ministro, ya otro, segun los observaban mas ó ménos capaces de sostenerle: de suerte, que este Príncipe desgraciado se hallaba sin consejo, y colocado expresamente en las circunstancias mas difíciles y espinosas. Muchas veces se le vió suspirar por este desamparo; y quando estaba mas abandonado, consumó la Reyna la desesperacion del infeliz Alfonso, retirándose á un convento, y escribiéndole una carta llena de reconvenciones sobre la conducta insoportable que habia observado con ella; diciéndole por último, que bien sabia que ella no era su muger. No esperáron á que se resfriase este primer ata-

que. Se juntó el Consejo, y decidió que por el bien del reyno debía Alfonso renunciar la corona, y resignarla en Don Pedro. Tomada esta resolución, se reuniéron los Consejeros del Estado, y la presentáron al Rey. No queria este conformarse; pero Don Pedro fue á palacio, é hizo arrestar á su hermano en su quarto. Un hombre prevenido para esto le persuadió que se resignase, y le pondrian en libertad. Dió, pues, su consentimiento; pero queriendo hacerle firmar tambien la nulidad de su matrimonio, pidió que se consultase con Doctores; y el resultado de su consulta fue que tambien firmase este artículo. Al punto declaráron á Don Pedro, no por Rey, porque esta proclamacion parecia demasiado precipitada, sino por Regente del reyno.

No tenia Don Pedro mas que veinte y un años quando le diéron la Regencia, y por ser tan jóven, no se creyó que hubiese imaginado ni dirigido la revolucion. Aunque la Reyna apénas tenia mas edad, el talento temprano ó precoz, que se conoce en las mugeres para la intriga, hace probable la opinion que por entónces se esparció de que era el alma de esta. No pareció que Don Alfonso sintió estas catástrofes, hasta que á la noche se vió solo; y



### Prision de Alfonso VI.

*A fuerza de intrigas logró el Infante D. Pedro de Portugal desacreditar á su hermano el Rey D. Alfonso VI. suplenéndole de mente, hasta facilitar que el Consejo decidiese que debía renunciar la corona en D. Pedro, quien para frustrar la resistencia del Rey á esta renuncia le arrestó en su quarto, y se abrogó la reynica del reyno. ¿Quándo el que aspira á un trono reconocerá digno al que le ocupa?*



entónces suplicó á su hermano que le enviase á Juan, el guarda de sus perros para que le hiciese compañía. Bien fuese que la amargura del dolor ó el delirio de la desesperacion le dictase esta humilde súplica, conmovió tanto á Don Pedro, que le hizo derramar muchas lágrimas, sin duda por la reflexi6n sobre la infeliz suerte de su hermano. Esta sensibilidad acredita su buen corazon; pero á la Reyna no la mereció un suspiro.

Confirmáron los Estados en Don Pedro la Regencia, y fue uno de sus primeros cuidados restablecer desde luego la policia, que Alfonso habia absolutamente destruido con su mal exemplo: pues iba de noche por las calles golpeando á los que pasaban, y aun dicen que hiirió á algunos de ellos, por lo que no debe extrañarse que desagradase á una Francesa galante y delicada. Esta, viéndose libre de su rústico esposo, se aplicó á procurar el sugeto que habia sido blanco de sus deseos para no descender del trono, y ocuparle con marido de su gusto.

La dificultad consistia en salvar las apariencias, y persuadir al público que el casamiento con Don Pedro era negocio de la razon de estado, y no del amor. ¡Qué de ojos

piensan engañar los amantes! ¿Pero á quién engañan? La Princesa de Nemurs solamente hablaba en su convento de que se anulase el matrimonio, para que pagándosela su dote, pudiese retirarse á Francia. Se declaró nulo el casamiento, y concurrió para ello Alfonso, reconociendo por verdad lo que la Reyna habia dicho. Puesta en libertad, podia desde luego partir; pero los Estados la suplicáron que se quedase, declarando que ni querian, ni podian pagarla el dote, y que el medio único de sosegarlos seria que tuviese á bien casarse con Don Pedro. Al oír esta proposicion, supondria un novelista en la Princesa cierto ayre de empacho y de reserva, coloreando sus mexillas con el carmin del pudor; pero solo se sabe que guardó un modesto silencio.

Fuéron los Diputados de los Estados á ver al Príncipe, y le representáron este casamiento como necesario para la tranquilidad del reyno. El Regente, desde luego que oyó proponer lo que tanto deseaba, no se detuvo, y dió su consentimiento, con la condicion de que lograsen *el sí* de la Princesa. Volviéron los Diputados, y la Señora condescendió. Pocos matrimonios se han tratado tan diplomáticamente;

y este se celebró con grande pompa. Tuvo Don Alfonso la noticia en su prision por el ruido de la artillería; y aunque al principio se alteró algun tanto, recobrando al punto sus espíritus, dixo que tenia lástima á su hermano, y que bien presto se veria tan cansado de la Francesa como él se habia visto. Por odioso que hubiese sido para la Princesa aquel marido, debe creerse que si ella supo su reflexi6n, no la seria indiferente.

Don Pedro, por no tener siempre á la vista un objeto que debia serle inc6modo, envi6 á su hermano á las islas Terceras, como un pais agradable, en donde estaria asegurado, y podria satisfacer su afici6n á la caza. Se esparci6 la noticia de que trataban de deshacerse de él en llegando allá, y á fuerza de murmuraciones le hici6ron sacar de aquellas islas. Sus amigos, pensando favorablemente, le hici6ron muy mal servicio, porque le quitáron el gusto de gozar de la grande extension del pais que le habian concedido; y se vi6 despues encerrado en el castillo de Cintra cerca de Lisboa, en donde muri6 á los quince años de prision. Quando le atac6 la última enfermedad, dixo: „Yo voy á morir; pero la Reyna muy presto se seguirá, para dar cuenta

en el terrible tribunal de los males que me ha hecho.”

Con efecto le sobrevivió poco; y solo por algunos meses vió gozar á su segundo esposo del título de Rey, porque á ella siempre la diéron el de Reyna, aunque le tuvo por el primer matrimonio, y anulado este, debiera haberse quedado sin aquellos honores que por él tenía. Siempre conservó Don Pedro mucha estimacion á esta Reyna, y grande confianza en el trato de los negocios. Volvió á casarse, y tambien hizo feliz á la segunda muger, porque sus amores ocultos fuéron de una clase tan obscura, que no pudiéron dar zelos. Este Príncipe pasa, con razon, en la historia por un profundo político, y solo se le nota, como defecto, que no decidiese por sí mismo con satisfaccion. Eran sus Ministros mas Señores que él, por lo que un Embaxador de Inglaterra escribió chistosamente á la Reyna Ana: „En el Consejo no tenemos mas que un amigo, que es el Rey, y aun este no es de los que mas suponen.”

Don Juan V, que le sucedió en 1706, no tuvo que hacer mas que seguir el plan de política, que su padre Don Pedro le dexó trazado para mantener una justa balanza entre la

Casa de Francia y la de Austria, que se disputaban la corona de España, y hacerse buscar de una y otra, apoyándose en la Inglaterra, aunque sin ser esclavo de los Ingleses. Esto lo consiguió perfectamente, como tambien hacer papel entre las Potencias mas respetables de la Europa: distincion de que cuidó siempre con el mayor zelo. Fué dichoso en su familia, y habiendo fallecido en 1750, dexó una numerosa posteridad.

Le sucedio su hijo Don Josef; y en 1755 tuvo la grande pesadumbre de ver arruinada en gran parte su capital por un horrible temblor de tierra, en el qual perecieron como treinta mil almas en Lisboa. A esta desgracia sucedió inmediatamente una terrible conspiracion, en que estuvo para perder la vida. Le hiriéron con armas de fuego en su misma carroza, y fue una especie de milagro que se libraba de las manos de los asesinos. Fuéron castigados los reos, que eran de lo principal de la nobleza; y en este suceso tuvo principio en Portugal el descrédito de los Jesuitas, y su extrañamiento de aquel reyno. Parece que en esta conspiracion, que puso la vida del Rey Josef en el mayor peligro, concurriéron motivos politicos, religiosos, y de galanteria;

pero dexemos á la posteridad que aclare este punto. Una historia como la de Portugal, tan fecunda en sucesos extraordinarios, que han hecho pasar el cetro tantas veces de una familia á otra, merece finalizarse por una conspiracion. Don Josef no dexó mas que hijas; pero María Francisca, la mayor, habiendo casado con su tio, hermano del Rey, subió por muerte de su padre al trono con su marido en 1777. Todavía le ocupa, aunque despues de haber enviudado, y por los achaques que la sobreviniéron, y todavía la afligen, confió la Regencia del reyno á su hijo Don Juan, Príncipe del Brasil, casado con la Infanta de España Doña Carlota, los quales tienen numerosa sucesion, en que se continúe la de aquella corona.

#### AMÉRICA.

En 1492 Cristóbal Colon, Genovés, que estaba sirviendo á los Reyes de Castilla y Aragon Isabel y Fernando, descubrió el hemisferio occidental del globo, que se llama Indias Occidentales, porque se creyó que fuese parte de la region de Asia, conocida con el nombre general de Indias. Americo Vespucio, Florentin, visitó estos paises despues de Colon, y

fue el primero que dió una relacion pública de ellos; y como la dió en su nombre, se acostumbraron á decir la relacion, el viage, las tierras de Americo, y por último llamaron á todo el pais América. Tambien le llaman el Nuevo Mundo, porque á la verdad quanto allí se ve es nuevo para el que va de las otras tres partes del mundo. Los habitantes, por la mayor parte, no tienen barbas; los quadrúpedos de la misma especie que los nuestros son mas pequeños, y allí degeneran los que se llevan de acá; hasta los animales feroces, y aun los leones no son allí tan atrevidos. Lo contrario sucede en los insectos y reptiles venenosos que allí son muy grandes.

Desde el *Condor*, que es el ave de mayor tamaño, la mas fuerte y la mas atrevida, hasta el páxaro mosca, que es la mas pequeña, todos brillan con la mas rica variedad de colores: las mismas conchas, pintadas por la naturaleza, despiden un resplandor, que no se cansa el hombre de admirar. Aquella vasta extension contiene en sí todos los climas: sus montañas son las mas altas del mundo: sus rios los mas grandes, y se navegan agua arriba, por centenares de leguas. Por último, parece que la naturaleza se compiació en esconder sus tesoros

en el centro de aquel vasto continente, segun las minas de oro y plata, y las piedras preciosas que se encuentran; y en derramar por su superficie el azúcar, el cacao, la cochinilla, el índigo, el tabaco, las plantas saludables, y las mas deliciosas frutas.

Es mas que verosímil que los antiguos tuvieron conocimiento del Nuevo Mundo, y por lo ménos es cierto que sospecharon su existencia. Se convenció de ella Colon, con la fuerza de su ingenio, con las noticias que fue recogiendo, y con sus profundas reflexiones sobre que la tierra debia ser de figura redonda; pero el persuadir esto á los demas le costó mucho trabajo, y tuvo mil contradicciones para conseguir que los Reyes Católicos Isabel y Fernando le diesen los auxilios necesarios para ir á hacer los descubrimientos que meditaba. En su navegacion experimentó las desazones, y los peligros que debia esperar un hombre que iba á ciegas, por decirlo así, y llevaba consigo una gente, á la qual solo con vagas esperanzas podia inspirar confianza en su conducta; y así, los que componian la tripulacion y aun la tropa de sus navíos, unas veces obedientes, y otras indómitos, eran para él un motivo perpetuo de inquietudes, porque un error de

ruta los desesperaba, y despues los alentaba de nuevo la vista de alguna tierra. Ya entre estas agitaciones abordó á la primera de las islas Lucayas, y la llamó San Salvador, dando á entender con este nombre, que la miraba como á un Salvador, de que ya tenia grande necesidad. Allí tomaron refrescos, visitáron algunas islas adyacentes, y en la que Colon llamó *Española*, edificó un fuerte, dexó guarnicion en él, y se volvió á España con oro y con algunos naturales del pais, irrecusables testigos de la exístencia de aquel Nuevo Mundo, y de las ventajas que de él podian sacarse.

Estas esperanzas lisonjeáron á la Corte; diéron á Colon el título de Almirante, y una esquadra, cuya fuerza daba á entender la confianza que empezaba á nacer en los corazones. Pero quando llegó á la colonia en 1493, la halló destruida, porque los Indios habian acabado con los Españoles, oprimiéndolos la multitud. Las circunstancias y los motivos los supo Colon por un Cacique ó Régulo, cuya amistad se habia granjeado en su primer viage. Restableció el fuerte, puso en él otra guarnicion mas numerosa al mando de su hermano Bartolomé, y despues de haber reconocido muchas islas, y haberse asegurado con bien

fundadas conjeturas, de que mas allá habia un continente ó tierra firme, volvió á llevar nuevas esperanzas á España, en donde le tuvieron entretenido hasta el año 1498. Quando llegó de nuevo á la Isla Española, halló la colonia en malísimo estado, porque se habia introducido en ella la disension, y habian precisado á Bartolomé á que hiciese la guerra á los naturales. Colon reconcilió á los Españoles entre sí y con los antiguos habitantes, y puso los fundamentos de una ciudad, que se llamó Santo Domingo, por haber sentado en Domingo la primera piedra; pero con el tiempo toda la isla se ha levantado con este nombre. Despues que Colon lo puso todo en paz, ó por lo ménos se persuadió á que todo estaba sosegado, se preparó al descubrimiento del continente, que era el objeto principal de sus deseos.

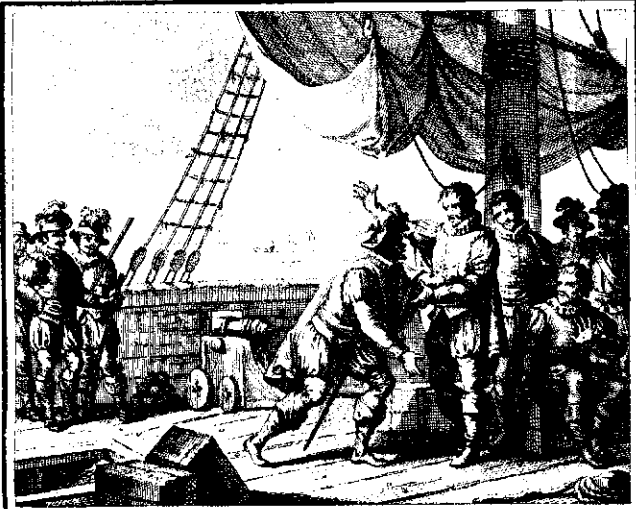
En los cinco años que le tuvieron en España detenido, y ocupado en solicitar los medios de continuar su empresa, habian tomado ya el mismo empeño otros navegantes, tentados por el buen éxito de los pensamientos de Colon. El comercio de Sevilla habia enviado á Alonso de Ojeda, y este llevaba por compañeros á Juan de Cosa, Vizcaino, y á Ame-

rico Vespucio, Florentin, dos sugetos instruidos en la Cosmografía, y aun el último habia navegado con Colon. Baxo la direccion de estos dos hombres descubrió Ojeda el continente, en donde desembarcáron en 1499; pero ya Colon le habia costeado. Empezó Alonso Nuño, uno de sus Oficiales, á comerciar allí con un navío particular por su cuenta y la de un compañero en 1500, y en el mismo año Pinzon, Oficial suyo tambien, pasó la línea, y descubrió el Brasil; bien que los Portugueses dicen que ellos abordáron allí al mismo tiempo, siendo su Gefe Alvarez Cabral.

Miéntras los otros se aprovechaban para sus descubrimientos de las luces de Colon, no se atrevia este á abandonar la ciudad de Santo Domingo, en donde la poca subordinacion de los principales Españoles, y aun los que mas le debian, le causaban innumerables mortificaciones. Hizo pasar sus quejas á España, pero los regalos que habia enviado á la Corte, le habian producido mas envidiosos que amigos, porque los que no habian recibido presente alguno, llevaban á mal su olvido ó su negligencia, y aquellos á quienes habia gratificado, creian haber recibido muy corta expresion. Publicaban por todas partes que ya habia juntado

riquezas inmensas, que así él como sus hermanos defraudaban los derechos del Rey, y se portaban como tiranos con los Españoles de la colonia; y esparcidas generalmente estas noticias, se envió á Santo Domingo un comisionado llamado Francisco Bobadilla con órdenes soberanas.

Llegó Bobadilla á Santo Domingo, y habiendo manifestado la autoridad de Gobernador general, de que se hallaba revestido por la Corte, hizo que todos dexasen las armas; que pudiesen en sus manos las provisiones y municiones de los almacenes Reales: oyó con parcialidad las quejas contra el Almirante; le tomó sus efectos; cargó de prisiones á él y á sus hermanos, y los envió á España; pero el Comandante del navío procedió de muy distinto modo que el Gobernador general, pues trató á sus prisioneros con mucha benignidad, y ofreció á Colon quitarle los grillos, á lo que él replicó con generosa indignacion: „No: que pues llevo estos grillos por orden de los Reyes, yo obedeceré á este mandato como á todos los que he recibido de ellos. Su voluntad me tiene despojado de mi libertad, y solo su voluntad me la puede restituir.” Quando el Rey y la Reyna supieron su llegada, se in-



### Obediencia de Colon.

*Pruebo Colon por el Comisionado Real Francisco de Bobadilla, y remitido á España con grillos, como tambien sus hermanos: el Comandante del navie que los conducia ofreció á Colon quitarle los grillos: pero lejos él de permitirlo le dice: No: la voluntad de mis Reyes me tiene sin libertad; y así solo su voluntad puede restituirme la. El buen vasallo ni en la opresion descubre su obediencia y respeto.*



dignáron mucho, porque le habian tratado tan mal, mandáron ponerle en libertad inmediatamente, le admitiéron en su presencia, le escucháron con toda bondad, y le consoláron. En quanto á la súplica que hacia de que, no obstante su mucha edad, se le confiase todavía otra expedicion, le prometiéron complacerle luego que volviese á dar cuenta del estado de las cosas el nuevo comisionado que enviaban á Santo Domingo.

Viendo que las noticias todas eran favorables al Almirante, le diéron una esquadra; y volviendo á Santo Domingo, en 1502, tuvo el consuelo de ver que embarcáron, y traxéron á España á Bobadilla, y á los otros enemigos suyos. Se puso despues á recorrer y reconocer las costas de Tierra-firme; puso en ella los cimientos de un fuerte; y aunque á la verdad le abandonó, este ensayo asegura á Colon la gloria de haber sido el primero que descubrió el continente, y su superioridad sobre los otros navegantes que no hiciéron mas que imitarle. No hubo contratiempo que no experimentase el Almirante en este último viaje, porque sus navíos diéron al traves en la costa de la Jamayca; se subleváron las tripulaciones, y él se vió muy á riesgo de acabar sus

días entre los salvages; pero con su prudencia, valor y constancia triunfó de todas las dificultades. De vuelta á Santo Domingo no halló mas que indiferencia en los colonos, que le debian todo quanto eran; y queriendo quejarse al Rey Fernando, fuéron escuchadas con grande frialdad las quejas de un anciano, cuyos servicios podian ser útiles sin su persona. Cansado, pues, de la ingratitude de los hombres, se retiró á Valladolid, en donde murió año de 1506; pero despues de su muerte se le dispensáron todos los honores que le habian negado durante su vida.

Lo primero que advirtiéron los navegantes, y mas que todos Colon, fue que los habitadores de sus descubrimientos no tenian la menor idea de los mismos objetos que se presentaban á su vista, pues creian que los navios eran monstruos marinos, y que los soldados de á caballo eran una especie de centauros, y una misma pieza con su caballo. Miraban con sorpresa la barba de los Españoles, sus armas y sus vestidos, como sucede á los niños; recibian con mucha alegría los presentes de poco valor, como cuentas de vidrio, cadenitas, espejitos, y daban por esto los pendientes y sortijas de oro, las perlas y la pedrería que

tenian. Iban siguiendo hasta el mar á los generosos repartidores de aquellas bagatelas, y se echaban á nado para que les dieran mas; pero si para librarse de su importunidad, ó por otro motivo, disparaban un fusil, huian espantados como una bandada de pájaros. Su mayor miedo era quando oian el estampido del cañon; se echaban á tierra, y si alguno herido de la bala se arrastraba ensangrentado ó caía inmoble, les parecian dioses unos hombres tan poderosos, que manejaban el rayo, y despedian la muerte.

Sus usos y costumbres eran materia digna de observacion. Halló Colon en la isla de Santo Domingo gobierno establecido, en el que habia un Rey ó Cacique muy respetado de sus vasallos. Estos eran blancos, civilizados, de mediana talla y de fuerte constitucion; tenian la nariz ancha, la frente lisa y levantada. Colon creyó con fundamento que el Cacique, que fue el primero á quien vió, tenia otros que dependian de él. Segun la relacion que hizo á los Reyes Isabel y Fernando, tenian habitaciones de piedra, ó de madera pintada; imágenes que llamaban Cemís, á las quales miraban como dioses tutelares, y las hacian sacrificios, siendo el Rey el Sacerdote principal. Quando este moria hacian secar su cadáver al fuego

para preservarle de la corrupcion, y en la caverna en donde le depositaban, enterraban con él sus armas, sus víveres, y la muger que mas habia querido; pues todas se disputaban este honor. Ahogaban con un cordel á los enfermos que no acertaban á curar.

Quando un Médico estaba curando á un Cacique, tenia obligacion de observar en sí mismo el régimen que prescribia al enfermo. Quando este moria iban los parientes á preguntar al cadáver la causa de su muerte; y aun dicen que por medio de ciertas fórmulas de conjuro respondia el muerto, y que si habia sido por culpa del médico, le mutilaban y le mataban. Mal pais para médicos, en donde tenian que vivir como enfermos, y en donde los muertos hablaban. Generalmente halláron por todas partes los descubridores de aquellas islas y costas salvages excelentes nadadores, y hábiles en manejar el remo. Sus canoas ordinariamente eran de una sola pieza, ó un grande tronco ahuecado; sus mugeres hilaban, y texian el algodón; los hombres todos tenian mazas, sables de madera muy dura, con que majaban y rompian los huesos, y hacian algunas veces heridas mas peligrosas que las de una espada cortante. Eran muy diestros en ser-

virse del arco, y muy certeros. Entre ellos era muy comun la exécrable costumbre de envenenar las flechas, y se preciaban de saber graduar tan á su arbitrio el veneno, que podian hacer que el herido muriese en el dia, ó despues de muchos.

La América está dividida en dos grandes continentes, que se comunican por una lengua de tierra bastante estrecha, llamada el itsmo de Panamá, que es el que separa el mar del Sur, del mar del Norte. Por este itsmo abor-dáron Colon y los que le siguiéron, y despues de haber recorrido las costas, se entráron tierra adentro atraidos del cebo del oro, que hallaban mas abundante quanto mas se adelantaban. Iban estos aventureros revolviendo la tierra, por decirlo así, en muchas divisiones; y así se separaban, volvian á juntarse, y algunas veces se suplantaban unos á otros en sus respectivos establecimientos. El motivo de su desunion era algunas veces el deseo del oro, y el modo de repartirle. En una de aquellas disensiones, que pasaba en presencia de los Indios, se llegó un Cacique jóven á Balbca, que era uno de los Gefes de aquellos aventureros, y le dixo: „No me parece que el oro es de tanta importancia, que deba enemistar en-

tre sí á los Christianos; pero si vosotros le apreciáis tanto, yo os mostraré una provincia en donde halleis tanto como queráis, y no dista de aquí mas que siete dias de camino, que hay hasta el Océano del Sur: allí tienen los habitantes vasos casi tan grandes como los vuestros, beben y comen en oro.”

Un mar en donde se podia abrir nuevo comercio, unas gentes que bebían y comían en oro, ¡qué motivos tan fuertes para la emulacion de Balboa! Inspiró, pues, á sus compañeros el nuevo ardor que se iba apagando con motivo de algunas pérdidas. Se pusieron en marcha por entre mil especies de dificultades; montañas que trepar, frio glacial en las cumbres, calor sofocante en las llanuras, rios y torrentes que atravesar, incertidumbre del camino, ignorancia absoluta de tantas naciones desconocidas: nada les acobardó, y dóciles á las ordenes de su Gefe, que en esta empresa mostró la mayor prudencia y fortaleza, llegaron por último á la ribera del mar del Sur, en donde Balboa plantó una cruz, y tomó posesion en nombre de Fernando, Rey de España. Miéntras las tropas descansaban de sus fatigas, destacó á su Teniente Francisco Pizarro para que fuese á visitar la costa y los países

vecinos; pero antes entró él en una canoa que halló en la orilla, y tomó á sus compañeros por testigos de que él era el primer europeo que habia bogado en el mar del Sur.

Con efecto se le debe tener por fundador de la colonia del Darien, en la qual hasta las mismas desgracias han sido útiles para adelantar los descubrimientos. Con la fama de que aquellas gentes comian y bebian en oro, acudiéron allí los Españoles. Las intrigas hicieron quitar el mando á Balboa, y el Gobernador que enviaron de España, envidioso de su mérito, despues de muchas vexaciones, mandó cortarle la cabeza. Lo que faltaba era que fuesen allí abundantes las riquezas que se habian prometido, y así la mayor parte de los Españoles se dispersáron á buscarlas. Algunos fuéron á llevar á Diego Velazquez, Gobernador de la isla de Cuba, sus conjeturas sobre un país en que no habian hecho mas que recorrer las costas, volviendo al mar del Norte; pero dixéron que habian visto lo suficiente para poder asegurar que era una tierra habitada por un pueblo civilizado, muy rico en oro, y con el que seria posible hacer un comercio ventajoso.

Diego Velazquez se abrasaba en deseos de salir de la dependencia del Almirante Die-

go Colon, Gobernador General, y que como tal dominaba al Gobernador de Cuba. Este se lisonjaba con que formando un establecimiento en Tierra-firme, adquiriria un derecho libre de la sujecion del Comandante de las islas, y aun por esto favoreció las correrías sobre el continente. Quando por las relaciones que le traxéron, juzgó que seguramente era practicable la empresa, buscó un hombre de intrepidez y prudencia; pero sobre todo de grande su-mision á sus órdenes, y con disposicion para ser reconocido á su bienhechor. Creyó Diego Velazquez que todas estas prendas las habia hallado en Hernan Cortés. Hizo en él el nombramiento; y en pocos dias dispuso el nuevo Comandante todos sus preparativos, y partió.

#### MÉXICO.

Era Hernan Cortés natural de Medellin, pueblo de la Extremadura; y aunque su padre le destinó á la Jurisprudencia, y le dio la educacion para esta carrera, el gusto del hijo le llamaba á las armas. Estando para partir á aprender la milicia en Italia baxo el mando del celebre Gonzalo de Cordoba, no pudo embarcarse por haber dado una caida queriendo

subir á una ventana. Le curáron, y tomó partido para la Isla española, adonde iban muchos Caballeros como él á buscar fortuna. No pasaba de diez y nueve años; era de hermoso talle, de agradable figura, de genio amable, y tenia mucho talento y discrecion. Entró á ser Secretario de Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, y se hizo estimar generalmente por sus buenas prendas. Se quiso casar con él una Señora de distincion; pero oponiéndose Diego Velazquez, le tuvo por algun tiempo preso, aunque al fin consintió en el matrimonio, le llenó de beneficios, le hizo Alcalde de Santiago, empleo en que le sirviéron sus primeros estudios, y que desempeñaba con aplauso universal quando fue nombrado Comandante de la expedicion al continente á la edad de treinta y tres años, en Noviembre de 1518.

No bien habia partido quando Diego Velazquez se arrepintió de su eleccion, porque los envidiosos hiciéron creer al Gobernador que nunca le perdonaria su Secretario haberlo tenido preso; que era hombre ambicioso, amigo de la independencia, y que ya se le habian oido algunas palabras, que daban á entender sus proyectos de insubordinacion. Diego Velazquez con estas sospechas envió por dos

después orden de arrestarle, primero en la isla de la Trinidad, y después en la Havana, en donde juntaba sus tropas; pero en una y otra se libró Cortés de la mala voluntad de Diego Velazquez, por el afecto y estimacion del ejército, que se declaró altamente á su favor. Sus fuerzas, quando pasó revista en la costa de Cozumel, que era el punto de reunion, consistian en quinientos y ocho soldados, ciento y nueve entre marineros y artesanos, y diez y seis Caballeros, en todo seiscientos treinta y tres hombres.

Con esta tropa, que mas merecia el nombre de escolta que de ejército, avanzó Cortés contra un Imperio poderoso, cabeza de otros muchos, y en el qual, por las primeras muestras que vió, reconoció que reynaban las artes, la policia, un gobierno arreglado, y que podia levantar innumerables ejércitos. Decir que Cortés tuvo desde luego la intencion de arruinar aquel Imperio, ó de apoderarse de él, seria atribuirle ideas gigantescas.

Lo cierto es que viéndose á la frente de una tropa aguerrida y determinada, tan arrasada del deseo de gloria, como del de adquirir riquezas; asegurado de la estimacion de sus soldados, y de su amistad y confianza, se re-

solvió á entregarse á la fortuna, sin limitar sus favores con excesiva circunspeccion, ni abusar de ellos con demasiada audacia. Este conjunto de prudencia y de valor es el que se hace mas notable en el carácter de tan grande hombre.

La primera ocasion de importancia que se le ofreció de medirse con los Indios fue en la isla de Tabasco, en la qual halló contra sí un ejército de mas de quarenta mil hombres; y aunque pudiera haber despreciado aquella isla tan bien defendida, y pasar al continente, quiso que sus soldados advirtiesen que el buen éxito debia ser fruto de la reputacion; que sin duda los habitantes de Tierra firme esperaban con inquietud ver lo que sucedia con los isleños; y que si los Españoles evitaban pelear con ellos, se alentarían los del continente á defender sus costas con tenacidad; quando por el contrario si hacian frente y vencian, y entre los gritos de la victoria, avanzaban cubiertos de la sangre, aun caliente, de sus enemigos, el terror que les precederia, podria abrirles camino fácil á brillantes y útiles conquistas. Oido este razonamiento, resolvieron dar la batalla. Se precipitaban los Indios con la seguridad que inspira el grande número, y hubo lances en que solo el peso de la masa de enemigos podia oprimir á los

Españoles, que se hallaban imposibilitados de poder cargar sus armas, y de usar de sus espadas; pero la artillería, colocada ventajosamente, y la repentina irrupcion de los caballos por aquellos batallones de gente desnuda, y aturdida con esta novedad, muy presto introduxéron el desórden.

Fue horrible la carnicería; todo el que resistió perdió la vida; pero despues de la victoria trató Cortés á los prisioneros con humanidad, y envió á presentar al Cacique proposiciones de paz, que fuéron recibidas con mucho placer. Se hicieron recíprocos presentes, y entre otros envió el Cacique al General veinte esclavas, diestras en hacer el pan de maiz, lo qual fue muy útil para el ejército. Una de ellas se aficionó á los Españoles, aprendió fácilmente su idioma, y les sirvió de mucho en calidad de intérprete; recibió el bautismo, y la pusieron por nombre Marina. Siempre Cortés proponia como objeto de su empresa la propagacion de la fe Católica, y como era tan exácto en cumplir las obligaciones de cristiano, inspiraba el mismo deseo á sus soldados. Se celebraba el oficio divino en el campo con toda pompa, y admitia de buena gana á los Indios para que, viendo la

magestad de las ceremonias, recibiesen las semillas de la conversion.

Sucedió como lo habia previsto quando entró á pelear con los de Tabasco, porque en lugar de tropas, dispuestas á rechazarle del continente, solo halló negociadores de paz, helados de terror. Pilpatoc y Teutile, el primero de los quales era Gobernador, y el segundo Comandante general de la provincia adonde se dirigia, enviáron á preguntarle ¿con qué intencion se acercaba su armada á la costa? y le ofrecian de parte de Motezuma, Emperador de México, los auxilios necesarios para continuar su viage; pero no hiciéron movimiento alguno para impedir el desembarco. Saltó, pues, en tierra con mucha tranquilidad, se fortificó, dixo que venia con intenciones pacíficas; y pidió una conferencia con los Gobernadores. Se presentáron estos con una comitiva muy brillante; los recibió Cortés rodeado de sus Oficiales y soldados; y despues de las primeras cortesías, les manifestó, por medio del intérprete, que antes de exponer el motivo de su viage, queria cumplir con las obligaciones de su religion, y encomendar al gran Dios de los Dioses el buen éxito de su empresa. Colocáron en la capilla á los

dos Señores, que todo lo devoraban con la vista, llenos de admiracion.

Despues de este preliminar se siguió la comida, sazónada con todo el gusto imaginable. Quando se trató de dar respuesta, se revistió Cortés de un ayre serio, y tomando un tono firme, dixo: „Yo he venido en nombre de Don Carlos de Austria (pues reynaba ya Carlos V), Monarca del Oriente, á tratar con el grande Emperador Motezuma sobre asuntos que esencialmente interesan, no solamente á su persona y su imperio, sino tambien al bien estar de sus vasallos. Para cumplir con las órdenes de mi Señor, es preciso absolutamente que me admita el Emperador á su presencia; y espero que en esta audiencia se guarden conmigo las atenciones y respeto que son debidos á la grandeza del Rey mi Señor.” Al oír estas palabras mudáron de color los Gobernadores, y apareciéron muy contristados. Pidiéron que antes de dar respuesta se traxese el regalo destinado para el General, esperando sin duda que su hermosura y grandeza les permitiria una réplica mas satisfactoria. La que hicieron no podia ser mas discreta, pues dixéron: „Que tenian orden de tratar con toda atencion á los extrangeros que se presentaban en las

costas : que ellos se conformaban gustosos en cumplir con él esta voluntad de su Soberano; pero que le exhortaban á que continuase su viage despues de haber descansado;" y añadieron: „No os disimularemos, que siendo muy difícil hablar al Emperador, esperamos que estimareis nuestra franqueza. Nosotros no os queremos engañar, y por eso os hacemos esta advertencia antes que hayais perdido el tiempo, y visto por experiencia la dificultad de vuestro designio."

„Los Soberanos , replicó Cortés , jamas niegan la audiencia á los Embaxadores de otros Príncipes, ni sus Ministros pueden, sin expresa órden , oponerse á la que es tan razonable. Vuestra obligacion es hacer saber á Motezuma mi llegada." Les dixo que le enviasen un correo, y que él esperaria la respuesta. „Mas yo insisto , añadió , en que informeis al Emperador, que estoy determinado á que me admita en su presencia, y á no salir del pais con el desayre de una negativa." Advirtiéron los Españoles que, durante la audiencia, estaban algunos artistas Indios pintando los navíos, el campo, los trages y los caballos. Cortés, para que animasen sus pinturas, hizo desplegar las velas, puso en forma de batalla sus soldados,

montó á caballo con sus Oficiales, hizo jugar los arcabuces y los cañones, y dió el espectáculo de un combate fingido, que pasmó mucho á los Gobernadores. Sumamente apurados los pintores para representar tantas cosas nuevas, se observó, que para suplir por la expresion, escribian ciertos caractéres debaxo de las figuras, y despues de haber pintado el fuego saliendo de los cañones, para dar á entender el efecto de la explosion, pintaban como temblando los objetos que habia al rededor. Llevadas á la Corte de Motezuma estas pinturas, que eran la escritura de los Mexicanos, inspiráron mas deseos de retirar los extrangeros que de recibirlos.

Entre tanto que los Españoles esperaban la respuesta, les proveyeron los Gobernadores con abundancia y generosidad de víveres y refrescos. Ya llegó la respuesta con un magnífico regalo, para que la oyesen favorablemente. Quando los Gobernadores le manifestáron á los Españoles, pasmados de ver tanta riqueza, dixéron al General: „Que le suplicaban aceptase aquellas bagatelas en prueba de la amistad que queria conservar su Emperador con el Rey de España; pero que no le parecia conveniente, ni aun posible por las circunstancias, con-

cederle la gracia de ir á México." Para esto alegaron las dificultades de los caminos, los peligros por parte de las naciones salvages, y todas quantas razones pudieron imaginar. Los oyó Cortés con frialdad, y les dixo: „No es mi intencion faltar al respeto que debo á Moctezuma, antes bien desearia poder obedecerle; pero no me es posible partir sin deshonar á mi Señor. No debe llevar á mal vuestro Emperador que yo insista en mi súplica con la fortaleza que merece la reputacion de una corona honrada y respetada de los mayores Soveranos del mundo." Como vió el Gobernador que se acaloraba sobre este artículo, temiendo que llegase el rompimiento, prometió enviar un nuevo correo. Con esto se retiró, y los Españoles se pusieron á exâminar mas despacio el presente del Emperador. No solamente admiraron las piezas maestras del arte, sino mucho mas la materia, el oro, la plata, las perlas, la pedrería de toda especie, y en pasmosa cantidad. ¡Qué de riquezas! exclamaban todos á una voz, ¡qué de tesoros debe haber en una capital, que da de sí tantas maravillas! ¡qué botin tan rico se pudiera sacar de ella!

Miéntas estaban como estáticos y admi-

rados, y se abrasaban en deseos que Cortés no procuraba reprimir, estaba Motezuma deliberando tristemente sobre el apuro en que le ponía la obstinacion de aquel extranjero. No estaba bien querido este Príncipe: pues aunque era de la familia Real, habia conseguido el Imperio por astucia; circunstancia que precisándole á usar de severidad, habia llenado de descontentos la Corte y las provincias. No le intimidaba la guerra, pues desde que habia subido al trono, siempre la habia hecho con felicidad; pero el tener que pelear con hombres cargados de hierro, á quienes consideraba invulnerables, con unos monstruos medio hombres y medio caballos, y contra los truenos, que vomitaban la muerte, le parecia una empresa muy aventurada y temeraria. No obstante, habiendo pesado todas las circunstancias, envió el último regalo á Cortés, con órden de que saliese de sus Estados.

Respondió el General á Teutile, que era el que le comunicaba la órden: „Uno de los principales objetos de mi embaxada es establecer aquí la religion Cristiana, extirpando la idolatría, y extender la verdadera fe, como el único camino de la eterna felicidad; y habiendo venido de un pais tan distante por asuntos

en que interesan mi religion y mi conciencia, no puedo ménos de continuar mis esfuerzos para que se me oyga. „Al oír estas palabras temblaba de cólera el Mexicano, y en tono valiente dixo: „Hasta ahora os ha tratado el grande Motezuma con dulzura, y ha cumplido con todas las leyes sagradas de la hospitalidad; pero si le obligáis á emplear su poder, os vereis arrepentidos de esa porfía;” y se retiró sin despedirse. Cortés, viendo que se marchaba, dixo en tono burlesco á sus soldados: *Pues amenazan, sin duda tienen miedo.* Desde este momento cesáron de llegar al campo los víveres y otros regalos, y esta privacion causó varias murmuraciones.

Un Oficial, llamado Diego de Ordaz, protegido de Diego Velazquez, y á quien este Gobernador quiso emplear en lugar de Cortés, fomentó el descontento. Hablaba mal de la inflexibilidad del General, y decia: „Que hubiera sido mas conveniente acomodarse á lo que queria Motezuma, y conseguir una buena composicion; que era contra toda regla de prudencia y de juicio, que tan pocas tropas como ellos eran, desafiásen á un grande Imperio; y que si no querian desistir de la empresa, era lo mas acertado regresar á Cuba, y volver segunda vez con

fuerzas mas proporcionadas." Se ofreció á ir á hacer la propuesta al General; todos los malcontentos le diéron la comision; y él la desempeñó con una libertad y aun grosería, capaz de irritar, asegurando: *que él expresaba los deseos de todo el ejército.* Le escuchó Cortés sin hacer el menor movimiento, y ordenó sin replicar una palabra, que estuviese el ejército pronto á embarcarse el día siguiente para Cuba.

Divulgada esta resolucion se amotináron los aventureros, viéndose en vísperas de frustrarse sus esperanzas. Eran muchos los Caballeros pobres que se habian alistado en sus banderas para buscar fortuna; los emisarios que esparció Cortés entre ellos durante la noche, agriáron mas su descontento; y así decidieron: „Que no se reembarcarian; y que si el General no tenia valor para executar los planes que habia formado, ellos nombrarian otro.”

Fuéron al amanecer con gran tumulto á exponer esta resolucion; y Cortés, aparentando mucha sorpresa, dixo: „Que si él habia tomado aquel partido, era por haberle asegurado que así lo deseaba todo el ejército; que le habian engañado; que los veia con gran satisfaccion tan llenos del deseo de gloria, que

debe animar á todo español; que asegurado de su valor iba á continuar su primer plan con nuevo ardor; y que tenia por cierto que los llevaria por el camino de la victoria y de la fortuna, que merecia su esfuerzo. Esta declaracion fue recibida con aclamaciones y gritos de contento.

Por fortuna llegaron al mismo tiempo Embaxadores del Cacique de Cempoala, enemigo declarado de Motezuma, cuyo dominio no queria reconocer. Dixéron estos que iban á conocer y admirar á los valientes, cuyas hazañas contra los de Tabasco habian esparcido su fama por todo el pais; pero el objeto principal de su embaxada era empeñar á Cortés en una liga contra el Emperador. Si el Español hubiera dudado del buen éxito de su empresa debiera persuadirle la posibilidad de la victoria el conocer que habia division y disensiones; pero le pareció que, antes de pasar adelante, era buena política dar á su autoridad formalidades respetables, conciliándose por este medio una fuerza inexpugnable á todos los esfuerzos de la malevolencia.

Durante las dilaciones de las respuestas de Motezuma, se ocupó en asegurar abrigo á sus naves, y fundar una colonia; precaucion

necesaria en caso de algun reves de la fortuna. Dicen que eligió mal sitio; pero ya se hallaba allí, y hubiera sido preciso pasar muchos trabajos para trasladarse á otra parte. A la ciudad que fundó la llamó Veracruz, porque abordó á aquella costa un viérnes santo. Así que la colonia tomó consistencia, estableció en ella una especie de Concejo, compuesto de Alcaldes, Regidores, Procuradores y Oficiales que juzgó necesarios; y los recibió juramento de que harian justicia con imparcialidad. Se presentó Cortés á este Concejo con respetuoso continente, propio para dar realce á la autoridad del tribunal, é hizo presente á los Magistrados la necesidad de nombrar un General, confesando la ilegalidad de su empleo, por quanto Diego Velazquez habia revocado su comision; y que así les tocaba á ellos providenciar, pues representaban al Rey. „Desde este punto, añadió, resigño en vuestras manos la autoridad que he tenido, y os entrego el título, en virtud del qual la he exercido, para que nomeis al que os parezca mas digno. Yo por mi parte tomaré sin violencia una lanza en la misma mano que tenia el baston de Comandante, y obraré como soldado con el mismo gusto que lo he hecho en el puesto importante de Ge-





### Política de Cortés.

*Después de haber fundado Cortés la ciudad de Veracruz, y establecido en ella concejo, propuso á sus magistrados que pues representaban al Rey, nombrasen General; y entrepúndoles sus baston, y la patente que tenía por Diego Velazquez, se retiró; pero bien pronto digieron unánimes á nombre del Rey al mismo Cortés, y le volvieron el baston. Lo primero á mandó es asegurar la elección.*

neral. Porque si en el exercicio de las armas se aprende á mandar obedeciendo, se ofrecen muchas ocasiones en que es preciso haber mandado para conocer la necesidad de obedecer." Dicho esto puso su despacho sobre la mesa, entregó á los Alcaldes su baston de Comandante, y se retiró.

No tardaron mucho en llamarle: pues como le eran adictos los miembros de aquel Concejo, todos á una voz le eligieron, y le despacharon una comision en nombre del Rey. Se comunicó despues el acto de eleccion á los soldados para saber si les agradaba, y todos se conformaron. No se atrevieron los partidarios de Diego Velazquez á declararse públicamente, contentándose con acusarle en secreto; pero no puede negarse que la accion fue de un político diestro. Desde entónces ya no anduvo con disimulo ni atenciones como antes con los murmuradores; y mandó poner presos á Diego de Ordaz, Pedro Escudero, y un jóven llamado Juan Velazquez de Leon; bien que despues los restituyó la libertad por recomendacion de sus amigos. Con solo este acto de severidad estorbó Cortés toda rebelion para en adelante, y ganó con su clemencia el corazon de los amotinados, los quales jamas le

abandonáron, y antes bien se mostráron los mas valientes del ejército, y sus mas fieles amigos.

Lo que nos resta que contar solo es, por decirlo así, la historia de dos hombres, Cortés y Motezuma. Este, Soberano de un imperio vasto y opulento, en el qual se cultivaban las artes, gobernado por leyes fixas, y defendido con tan numerosos ejércitos, que aunque perecieran cien mil hombres, no padeceria alteracion en sus fuerzas. Cortés, Gefe de quinientos ó seiscientos aventureros, que no podia perder un solo hombre de sus escasas tropas sin que fuese un golpe mortal para todo el cuerpo, rodeado de trayciones, y perpetuamente expuesto á verse oprimido por naciones bárbaras, cuya aparente benevolencia, como hija del miedo, debia serle siempre sospechosa.

¿Y qué es lo que tenian estos dos hombres que tratar entre sí? Nada, ó por lo ménos tan poco, que el uno se veia precisado á tomar por pretexto el deseo de ver al otro; y este no acertaba á evitar la visita sino con el débil efugio de que no lo permitian las circunstancias. Si Motezuma hubiera manifestado la verdad, habria dicho: „Yo me hallo en la mayor perplexidad, porque vuestra venida tiene sobresaltados todos los espíritus; nos ha traído

á la memoria antiguas profecías, que tienen sobresaltados á mi y á mis pueblos; parece que veo en vosotros los conquistadores, que segun una antigua prediccion, habian de venir del Oriente, y destruir el Imperio de México; yo no puedo abandonar mi religion; los Ministros de ella son poderosos; y si no os contentais con las riquezas que os he enviado, me veré precisado á defenderme, con la triste perspectiva de defenderme tal vez en vano.”

Esta era la disposicion de Motezuma quando Cortés, dueño absoluto de sus operaciones por su nuevo nombramiento de General, y por el afecto de sus tropas, se hallaba en medio de provincias ménos fieles que atemorizadas, baxo el yugo del Emperador de México. Se quejaban de los impuestos enormes con que los oprimian, y de que Motezuma les arrebatava sus mugeres y sus hijas para sus placeres, y sus jóvenes para sacrificarlos á sus dioses. Estando Cortés en una de las ciudades descontentas, vió llegar seis exáctores en soberbios palanquines, llevados en hombros de Indios. Iban ricamente vestidos, cargados de joyas de oro y de preciosa pedrería; y los acompañaba gran número de Oficiales y criados, que refrescaban el ayre al rededor de sus personas con abani-

cos de pluma. Desde lo alto de aquella especie de trono volvian desdeñosas miradas hácia la multitud servil, cuya substancia iban á devorar. Temblaban todos los habitantes; pero Cortés les inspiró valor, y prometió sostenerlos. Arrestáron, pues, á los comisarios; y el pueblo, que en todo es extremado, queria quitarles la vida con una muerte ignominiosa; pero los tomó baxo su proteccion el General español, pudo libertar dos de ellos en secreto, y enviándolos á Motezuma, les dixo: „Asegurad al Emperador que haré lo posible para librar á los otros, y para convencer á los revoltosos de que han caido en una grande culpa, negando la obediencia á las sagradas disposiciones de su Señor; que yo por mi parte no deseo mas que la paz, y poder dar pruebas de mi respeto al Emperador, á sus Ministros y á sus Oficiales.” Despues de esta protestacion empeñó al pueblo á que se adelantase á dar pasos de sumision y obediencia; hizo que los quatro prisioneros prometiesen que se abstendrian por lo ménos de recoger victimas humanas para los sacrificios. Los comisionados, que se viéron libres, fuéron á ser al pie del trono los intercesores del pueblo; todo se arregló por la discrecion de Cortés; y todos le quedáron obli-

gados. Este arte de conciliar las voluntades era su principal talento; y no solo lo empleaba útilmente con los particulares, sino con las naciones enteras; pues si las hallaba enemigas, las reconciliaba, y se grangeaba la amistad de los dos pueblos. Quando hallaba gentes capaces de magnanimidad ó de entusiasmo, contaba por seguro el ganarlas con procedimientos francos y generosos, por mas preocupadas que antes estuviesen contra él.

Tales fuéron los pueblos de Tlascalá. Esta soberbia República, siempre en guerra con Motezuma, por mas esfuerzos que este hacia para sujetarla, aunque gustaba de ver al español marchar contra su enemigo, no pudo advertir sin repugnancia, que el General español, pidiendo paso por su territorio, se preparaba á abrirle por fuerza si se le negaban. Le opusieron los Tlascaltecas fuertes exércitos; y vencidos en tres consecutivas batallas, y todavía mas vencidos de la moderacion del vencedor, despues de haberlos derrotado, se hicieron sus inviolables amigos, y le mostraron un zelo y un afecto que le fue muy útil, y no desmintieron jamas. Veian con admiracion y pasmo, que en aquellas batallas, por grande que fuese la superioridad del enemigo, para millares de muertos

de parte de los Indios, era mucho si los Españoles perdian uno ó dos hombres, y tenian diez ó doce heridos. Pues ¿en dónde caian todas aquellas flechas? En el primer encuentro contra los Tlascaltecas matáron estos una yegua, la cortáron la cabeza, y la lleváron en triunfo. Este trofeo sirvió para alentarlos á aventurarse á nuevos combates, y mucho mas luego que la muerte de un soldado les dió tambien á conocer que los Españoles no eran invulnerables ni inmortales, segun la opinion que se habia esparcido entre ellos. .

Dexando Cortés á Tlascala, recibió en las fronteras una nueva embaxada de Motezuma, cargada tambien de oro y de pedrería, que le dixo en términos muy comedidos: *Tomad, y retiraos*. Lo tomó, y pasó adelante. Como tenian previsto que acaso lo haria así, llevaban los embaxadores orden de decirle, que si, á pesar de todo, estaba resuelto á ir á México, tambien el Emperador estaba dispuesto á recibirle. Habia para ir allá dos caminos; el uno mas largo, pero hermoso y fácil; el otro mas corto, pero atravesado de rios, erizado de rocas, y muy á proposito para armarle emboscadas. Los Mexicanos pusieron mil estorbos en la entrada del primer camino para que Cortés no

le eligiese, y limpiáron bien la entrada del segundo, que iba á parar á unas horribles gargantas, en donde tenian escondidas tropas, de que Cortés seguramente no se hubiera desembarazado, pero le advirtiéron del lazo que le armaban, y llegando á la entrada de los dos caminos, preguntó á los embaxadores cuál de ellos debía tomar: le respondiéron que aquel que habian allanado para no fatigar tanto sus tropas. „Poco conoceis á mis Españoles, dixo el diestro General: por lo mismo que es mas difícil el camino que habeis cerrado, ese elegirán precisamente, porque siempre corren con preferencia adonde saben que puede haber peligro.” Pasmados los embaxadores, partiéron convencidos de que alguna divinidad inspiraba á Cortés, y fuéron á llevar á Motezuma la noticia de su próxíma llegada.

Habia aumentado este Príncipe todos los sacrificios, redoblado los conjuros, y consultado á todos los adivinos. Estos, arreglándose por las victorias de los Españoles, de que eran testigos, respondiéron que se les habia aparecido el demonio, y les habia asegurado que no habia resistencia contra aquellos extrangeros, porque los dioses habian abandonado á los Mexicanos. „Y bien ¿qué haremos, exclamó el in-

feliz Monarca, si nos abandonan nuestros dioses? ¡Vengan esos extranjeros! ¡Caygan sobre nosotros los cielos! pues lo mismo nos serviría defendernos que huir.”

¡Quanto puede el desaliento en un espíritu intimidado! No era Motezuma medroso de suyo, ni fácil de aturdirse; pues mas de una vez habia dado á la frente de sus ejércitos pruebas de un valor sosegado ó ardiente, segun pedian las ocasiones. Su Consejo admiraba su penetracion y su prudencia; se hallaba en su capital en medio de un pueblo acostumbrado á obedecerle, y no habia cosa mas fácil que impedir la entrada á un puñado de extranjeros. La ciudad estaba situada entre dos lagos, y para llegar á ella no habia mas que dos calzadas estrechas; aquella por donde habian de llegar los Españoles tenia dos leguas de largo, y estaba cortada con aberturas, que daban comunicacion de un lago á otro, y así era fácil, miéntras aquellos extranjeros se hallaban detenidos por las cortaduras, atravesarlos con las flechas arrojadas de las canoas que surcaban ambos lagos. Si á pesar de esto avanzasen, se hallarian al fin de la calzada con unas puertas bien cerradas, y con buenos terraplenes. Si penetraban, sin embargo, en la ciudad, la en-

contrarian toda atravesada de canales, y haciendo salir las aguas del lago por las esclusas, podian inundarla. Las piedras arrojadas desde los tejados, y los muebles de las casas por las ventanas, serian suficientes para oprimirlos. La menor resistencia hubiera hecho imposible que llegase un solo Español al palacio. No parece sino que habia tomado Motezuma el partido de pasar por todo, ó de procurar ganarlos con la benignidad, las atenciones y las condescendencias, reservando para despues el medio de salir de ellos. Si Cortés no supo esta resolucion, no cabe en la admiracion su intrepidez.

En todo fue feliz: salió el Emperador al encuentro á los Españoles con la afabilidad de un amigo; tomó para su seguridad todas las precauciones necesarias; los alojó en un quarter, fácil de fortificar, en donde habia un palacio para Cortés y sus Oficiales. Se les permitió que fuesen por todas partes y á todas horas; y se dió orden á los habitantes de que nada hiciesen que pudiese desagradarles. Desde este momento manifestó Motezuma á Cortés una suma confianza, y tal, que puede decirse que descendió del trono en que estaba sentado con altivez en presencia de sus vasallos, y que con gran asombro de estos se abatió

hasta igualarse con el Gefe de los extrangeros.

En la primera conversacion franqueó su corazon familiarmente á Cortés sobre sus opiniones, tanto respecto de los extrangeros, como respecto á sí mismo, y sobre el fin que habia de tener aquella especie de drama que ambos representaban. „Desde luego, le dixo, conocí que los Españoles no son mas inmortales que mis vasallos; y que el rayo de que se sirven es un descubrimiento de las ciencias. Lo mismo sucede respecto de lo que os habrán dicho de mí, esto es, que soy inmortal, igual á los dioses; que la fortuna me colma de sus favores; que las paredes y techos de mi palacio son de oro; y que la tierra se hunde con el peso de mis tesoros. Tambien os habrán dicho que soy cruel, tirano, opresor, injusto, é incapaz de perdonar. Todo esto es falso;” y descubriendo la cicatriz de una herida que habia recibido en el brazo, dixo: „Esta es buena prueba de que soy mortal. Mis riquezas, á la verdad, son grandes; pero las han exâgerado la fama y la adulacion. Lo mismo sucede con mis defectos. Suspended el juicio, y vereis que la opresion y la crueldad son muchas veces medios necesarios para gobernar. De vosotros me han dicho que erais malos, vengativos, codi-

ciosos, soberbios, y esclavos de vuestras pasiones. Lo que yo creo es que sois de la misma especie que los demas hombres, aunque os distinguen algunas diferencias, que provienen de la del clima. Sois corteses y afables, alentados y religiosos; y como verdaderos soldados arrostrais las dificultades. Vuestra generosidad, que tengo experimentada, me prueba que no sois codiciosos. En una palabra: sois hombres como nosotros, aunque con prendas superiores." Se explicó en los mismos términos, respecto de los caballos, de los cuales el susto y el terror le habian hecho un elogio exâgerado. „Yo pienso, dixo, que son una especie de ciervos dóciles, con el grado de inteligencia á que pueden llegar las bestias."

Llegando al objeto y fin del viage de Cortés, y en lo que habia de terminar, habló así: „No ignorais que el Gran Príncipe á quien obedecis descende de nuestro antiguo Quetzalcoal, Señor de las siete cavernas de los Nabalces, y legítimo Soberano de aquellas siete naciones que fundaron el imperio de México. Por una antigua tradicion, que miramos como infalible, sabemos que partió de este pais para ir á sujetar las regiones del Oriente, prometiendo que con el tiempo vendrian sus des-

cendientes á darnos leyes, y reformar nuestro gobierno. Todas vuestras acciones vienen bien con esta profecía; el Príncipe del Oriente, que os ha enviado, manifiesta por vuestras hazañas la grandeza de su agente ilustre; y así estoy determinado á someterme á él, y os lo advierto para que me digáis francamente si teneis alguna otra cosa que ordenarme.”

Esto era poner en el mayor apuro á Cortés, el qual, sin duda, no sabia de sí mismo adonde queria llegar. Respondió, sin embargo, con gran destreza á cada artículo, pagando con otros cumplimientos el del Emperador sobre el carácter de los Españoles; confesando que las armas de fuego que los Indios tenian por rayos, eran una invencion del arte; y probando por lo mismo la superioridad del ingenio de sus compatriotas. En quanto á los caballos: „No son, dixo, una especie de ciervos, sino animales de naturaleza mas generosa, que gustan de la guerra, que en ella se enfurecen, y que parece ambicionan entrar con el gineete á la parte de la gloria.” Despues se valió políticamente de la tradicion absurda, que tan creida tenia el Emperador; se detuvo poco acerca del homenaje; pero hablando de la cruel y bárbara religion de los Mexicanos, dixo:

„Que el principal objeto de la comision que le habia dado su Rey era la destruccion de aquella impiedad, y el establecimiento de la religion christiana, de la que hizo una breve descripcion; y concluyó ofreciendo una alianza inalterable con su Monarca.”

Moteczuma respondió: „Acepto muy reconocido la amistad que me proponeis del descendiente del Gran Quezalcoal; pero todos los dioses son buenos; los vuestros estan bien en vuestra tierra, y los nuestros en la mia; dexémoslos gozar de lo que les pertenece sin inquietarlos. Por ahora, prosiguió, mirando afable á todos los Españoles, descansad, pues estais en vuestra propia casa, y sereis servidos con todas las atenciones debidas á vuestro valor, y al Gran Príncipe que os envia.”

Se veia Cortés en México, segun todos creian, en el complemento de sus deseos; pero bien puede discurrirse que se hallaba sin saber que hacer. ¿Qué resolucion podria tomar con un Monarca afable, cortés y generoso? ¿Le habia de destronar, tasar su rescate, y robar al pueblo? Pero ni el Rey ni el pueblo daban motivo para la menor queja. Estaba reducido Cortés á ir á visitar al Emperador en su palacio, á recibirle en su casa, á hacer

con sus Oficiales el simple papel de cortesano, y á asistir á las fiestas, pues Motezuma no le permitia faltar á ellas. Miéntras vivian en esta inaccion, recibió Cortés cartas de la Veracruz, en que le participaban que Qualpopoca, General mexicano, habia acometido á la colonia, y esta habia perdido ocho hombres. Este atrevimiento pasmó al General español: se informó, y le aseguraron que habian enviado al Emperador una cabeza, y que la habia exáminado con ayre de satisfaccion. Aquella cabeza, segun la descripcion que hacian, le pareció que seria de uno de los ocho que habian echado de ménos en el ataque de la Veracruz. Parecia, pues, que el Emperador estaba de acuerdo con Qualpopoca, y que este habia obrado con órden suya. A cada instante podian repetir ataques contra los Españoles; y lo que en semejantes circunstancias debia hacerse, fue la materia que se trató en un Consejo secreto entre el General y sus Oficiales.

Es preciso, decia uno, que nos retiremos secretamente; otro queria que se pidiese pasaporte para poder llevar sus riquezas; otro que no se moviesen hasta la segura ocasion de retirarse; pero que entre tanto se guardase el mayor secreto sobre la noticia de la Veracruz.

„Nada de eso, dixo Cortés: ¿Cómo nos hemos de retirar secretamente quando nos vemos acometidos? ¿Cómo hemos de pedir pasaporte los que con las armas en la mano nos hemos abierto camino hasta la capital? ¿Qué pensarian los Indios de esta flaqueza? ¿No darian sobre nosotros por todos lados, al salir, y en el camino? Mi parecer es, que debemos permanecer aquí; pero no paliando ni disimulando, sino executando alguna grande accion, que pasando á los Indios, nos restituya la estimacion y veneracion que hemos perdido con este último suceso. El único medio que me ocurre es asegurarnos de la persona del Emperador, y traerle prisionero á nuestro quartel.” Esta proposicion dexó al Consejo como petrificado. ¡Un puñado de hombres arrestar á un poderoso Monarca, y hacerle prisionero en medio de su Corte y su capital! ¡qué proyecto! ¡qué resolucion! No obstante, despues de reflexionada con madurez, no pareció tan extraña, y encargaron á Cortés la execucion.

Entró, pues, como solia, en el palacio del Emperador con sus Capitanes; se estaban paseando en patrullas treinta soldados escogidos; llegó al Emperador, y se quejó de la traycion de Qualpopoca. Mudó el Príncipe de

color; y dixo el General: „Yo no creo que V. M. tenga parte en esta horrible conjuración; pero es preciso que me dé una prueba de su inocencia para borrar la impresion, que no puede ménos de hacer semejante calumnia; y esta prueba ha de ser venir voluntariamente sin ruido ni escándalo á vivir en nuestro quartel, permaneciendo en él hasta que se vea claramente que V. M. no ha intervenido en tan horrible perfidia.” Un rayo no hubiera dexado mas sorprendido al Monarca. Con mucho trabajo oyó hasta el fin lo que Cortés añadió para suavizar y justificar su proceder. „No, dixo el Emperador, no estan acostumbrados los Príncipes de mi sangre á entregarse ellos mismos prisioneros; y quando yo tuviera la flaqueza de consentir en eso, olvidado de lo que me debo á mí mismo, no sufririan mis vasallos que semejante afrenta se hiciese á su Soberano.” „¡Vuestros vasallos! replicó Cortés: No obligue V. M. á los Españoles á que se olviden del respeto que le deben, pues á nosotros no nos detienen los obstáculos que vuestros vasallos pudieran oponernos.”

Propuso el Emperador todos los expedientes que le pareció debian satisfacer á los Españoles, como entregarles á Qualpopoca y sus

Oficiales para que los castigasen, y dar sus propios hijos en prenda de su palabra; pero Cortés permaneció inflexible. Iba tomando ya calor la disputa, y empezaban los Oficiales españoles á temer que la tardanza les fuese funesta, quando acercándose Juan Velazquez de Leon, jóven valiente é impetuoso, dixo: „¿Para qué son tantas palabras? Que se dexé llevar, ó le paso el corazon.” Estaba presente la intérprete Doña Marina, y la preguntó Motezuma con inquietud, qué era lo que acababa de decir aquel arrebatado jóven. Esta, instruida de antemano, respondió como en confianza: „Que sabia muy bien las intenciones de los Españoles, que conocia su carácter, y que si el Emperador se iba con ellos, le tratarian con todo el respeto debido á un grande Príncipe; pero que si resistia, resultarian funestas consequencias.” Esta artificiosa confianza de Doña Marina le determinó. Mandó, pues, preparar sus equipages, llamó á sus Ministros, y les dixo: „Voy á pasar algunos dias en el quartel de los Españoles; publicad que lo hago voluntariamente por el interes de mi corona, y para beneficio del imperio.” Dicho esto se puso en medio de los Españoles. La pesadumbre y el dolor se veian pintados en los rostros de todos; se vió á algu-

nos particulares derramar lágrimas; á otros exhalar grandes suspiros; pero ninguno hizo el menor esfuerzo para librar á su Príncipe. Decía este con ayre de alegría, que iba á divertirse con sus amigos los extrangeros. Había concurrido la multitud á la entrada del quartel; pero mandó á sus guardias que la dispersasen, y publicó que qualquiera que ocasionase alboroto, sería castigado con la muerte. Búscuese un suceso semejante en toda la historia.

Pero no acaban todavía los motivos de asombro. Llegó el desgraciado Qualpopoca, le hicieron su proceso, y le condenaron á ser quemado vivo. En el mismo instante del suplicio entró Cortés en el quarto del Emperador con un soldado, que llevaba unos grillos, y acercándose al Monarca con ayre severo, le dixo: „Sois acusado de ser el primer autor del delito, y expiareis vuestra culpa con una mortificacion personal.” Y sin esperar respuesta, mandó ponerle los grillos, y salió de la estancia. Los cortesanos de Motezuma, mas aturdidos y sobrecogidos de horror que él mismo, se arrojaban á sus pies, los bañaban con sus lágrimas, y sosteniendo los grillos, procuraban con respetuosa ternura aliviarle el peso. El Emperador, pasado el primer momento de sorpresa,



### El castigo sin exemplo.

*Para castigar Cortés a Motezuma por su disimulo, á lo menos en la tragecion de Quaspopoca, no solo se atrevió á llevarle y tenerlo preso entre los Españoles, sino que hizo ponerle grillos mientras se executaba el suplicio del reo; y acabo solo así hubiera podido salvar Cortés su exercito en aquellas circunstancias, pues algunas que parecen temeridades, suelen ser el único recurso de la prudencia.*



volvió de nuevo á su ordinaria magnanimidad, y se resolvió á morir como héroe. Hecha la execucion del castigo de Qualpopoca entró Cortés, y dixo: „Ya estan castigados los traydores. V. M. queda justificado con su condescendencia, y se halla libre.” Dicho esto, él mismo le quitó los grillos, y se postró á sus rodillas. Le abrazó el Emperador, y pareció que el gozo que mostraba ofendia al honor que se habia adquirido con la entereza que habia manifestado. Le propuso Cortés que se volviese á su palacio, pues habia cesado la causa de su detencion; pero ya de antemano Doña Marina, como mas inclinada al Español que al Mexicano, le habia sugerido la respuesta; y contestó, que mas queria permanecer en el quartel, porque padeceria su reputacion si llegaba á saberse que habia estado prisionero.

Fuese resignacion ó disimulo, parecia que acostumbrado á su prision, se hallaba en ella contento. Procedieron los Españoles con tal destreza en su conducta, que no solo á sus vasallos, pero aun á él mismo hacian creer que gozaba de entera libertad. No se hacia novedad en su método de vida; iban los Ministros á celebrar Consejo, segun la costumbre, y los cortesanos tenian la misma entrada. De él di-

manaban las órdenes y las gracias; salía, se paseaba por la ciudad, iba al templo, ya solo, ó ya acompañado de Cortés, quien, sin embargo, tenía buen cuidado de exígirle la palabra de volver fielmente al cuartel; pero todos dirían que volvía por inclinacion, segun el gusto que recibía con la compañía y conversacion de sus carceleros. El político Cortés se aprovechaba con habilidad de su confianza, y así consiguió que fuesen algunos de sus Oficiales á visitar las minas. Mandó Motezuma hacer un mapa de su reyno, y se le dió al General; nada le ocultó acerca de sus rentas, fuerzas, policía, gobierno, y todo aquello cuya noticia podia serle útil.

Por modo de curiosidad ó de diversion iba siempre Cortés á su fin. Habia advertido lo difícil que le hubiera sido penetrar en la ciudad, si miéntras un cuerpo de tropas le hubiese detenido en la calzada, le hubieran acometido los Indios por el flanco desde el lago en sus canoas; y así le importaba hacerse dueño del lago. Se aprovechó, pues, de un juego, que se celebró á su vista, en que se disputáron la velocidad las canoas; y haciendo justicia á la de aquellos pequeños barcos, dixo: que los suyos, si los tuviera, los excederian

sin remos. *¡Sin remos!* Esta especie de desafío le pareció admirable á Motezuma, y quiso ver la experiencia. Cortés, siguiendo el exemplo de otros conquistadores arrojados, y no queriendo dexar á sus soldados mas recurso que la victoria, habia con su consentimiento hecho taladrar sus naves, pero habiendo conservado las velas, xarcias y otros pertrechos, pidió licencia para hacerlos venir.

Entre tanto se cortáron árboles, se labráron, y el mismo Motezuma mandó que sus vasallos ayudasen á los Españoles, para disfrutar quanto antes de un desafío tan desigual, como era el de unos barcos sin remos, contra otros llenos de remeros. Llegáron los pertrechos, y á poco tiempo se viéron magestuosamente en aquel lago dos bergantines bien equipados. ¿Y qué es lo que pueden hacer estas enormes masas, decian los Indios unos á otros, respecto de nuestras ligeras canoas? Sin embargo, dobláron los remeros. Dada la señal, se desplegaron las velas, hinchándolas un viento fresco; y á la manera de las alas de los grandes páxaros, voláron con tal rapidez, que no pudiéron igualarles todos los esfuerzos de los remeros. El pueblo ignorante decia á gritos que era un prodigio; pero los mas inteligentes

miraban áquellas naves como una invencion soberbia, que acreditaba el ingenio de los Españoles, de quienes por ella concibiéron todavía mayor estimacion.

Un paso, que aventuró Cortés, estuvo para privarle en un instante de todo el fruto de su habilidad. Habia conseguido de Motezuma que no se volviese á servir en su mesa carne humana; pero pretendió que hiciese cesar los sacrificios, y esta pretension hizo temblar al Emperador. Advirtió al General que podrian seguirse funestas conseqüencias; y con efecto murmuraban los Sacerdotes, que eran muy poderosos, y ya el pueblo empezaba á conmoverse. Reprimió Cortés su zelo á tiempo, para que no se declarase una rebelion; pero como quedáron las preocupaciones, estas diéron muchos partidarios á Guatimocin, sobrino del Emperador. Este emprendió librar á su tio de las manos de los extrangeros; y tal vez lo hubiera conseguido, si el mismo Motezuma no se hubiera opuesto á sus esfuerzos. Fue llamado á la Corte, y depuesto este Príncipe jóven, que era Cacique de una ciudad importante: y habiéndose dado á otro la investidura de sus Estados, se cuidó de hacerle entender que debia su elevacion á la recomendacion de Cortés.

No obstante, hizo el tio serias reflexiones sobre esta empresa del sobrino. En el fondo no podia desaprobala, y no dudaba que aunque errado este golpe, presto se seguirian otros muchos; pues conocia que miéntras estuviese él á disposicion de los extrangeros, debia prepararse á nuevas rebeliones. Por otra parte, ¿qué intencion era la de los Españoles? ¿por qué se estaban allí? ¿qué es lo que tenian que pedirle? Resolvió, pues, que se acabase la vergonzosa comedia de un Monarca prisionero en manos del Embaxador de un Príncipe extraño, y obligado aun á manifestarse contento. Llamó á Cortés, y le dixo que habia resuelto declararse públicamente vasallo del Rey de España, como sucesor de Quezalcoal, y por esta circunstancia, Señor propietario de México; que juntaria los Caciques y la nobleza del imperio para que fuesen testigos de su declaracion; que este reconocimiento seria apoyado de una contribucion voluntaria de cada Cacique en testimonio de su consentimiento; y que él por su parte habia juntado joyas y pedrería de valor inestimable para cumplir con su obligacion.

Fuéron convocados los Caciques y los Grandes; y presentándose Motezuma en la asamblea con aquel ayre de magestad, que por mu-

cho tiempo habia olvidado, dió á la consideracion de vasallo que se imponia, y con la que cargaba á su imperio, un motivo que disminuia la vergüenza, diciendo: „Que no era mas que una restitution que se hacia al Gran Quezalcoal en la persona de sus descendientes, y un acto justo y religioso, que le habian ordenado los mismos dioses.” Hubo en la junta algun murmullo, y un movimiento de trepidacion; por lo que creyó Cortés que debia tomar la palabra, y asegurar que el ánimo del Rey de España no era quitar la corona al Emperador, ni hacer mutacion en el gobierno; sino solamente reclamar su derecho de sucesion para en el caso de que aquel falleciese. Con esta condicion hiciéron el juramento, y dispusieron una acta, que pusieron en manos de Cortés, con el presente ó tributo del Emperador y los de los Caciques, uno y otro de precio inestimable.

¿Quién sabe si Cortés esperaba la resolucion que resultó de la junta? Aceptados los regalos se revistió Motezuma de fortaleza, y dixo á los Españoles: „Ahora ya podeis disponer á partir, pues nada teneis aquí que os detenga. Habeis cumplido con el objeto de vuestra embaxada; los Mexicanos llevan á mal tan larga estancia, sospechan que teneis pro-

yectos mas peligrosos que los que habeis declarado; y mi autoridad no seria capaz de teneros por largo tiempo al abrigo de su resentimiento, si llegaran á realizarse sus sospechas. Los dioses, añadió oportunamente, estan irritados de ver que yo favorezco á sus enemigos; ya me han negado la lluvia, y me amenazan con destruir mis cosechas, y aniquilar mi pueblo con la peste. Pedidme quanto querais, que yo os lo concederé, porque os estimo; pero partid. Este sacrificio exígen de mí los dioses y mi pueblo.”

Dicen que Cortés, admirado de la resolucion con que el Monarca le despedia, estuvo tentado á responderle en el mismo tono; pero se contuvo, y dixo: „Sí; ya he cumplido con mi comision, y voy con la diligencia posible á prepararme para volver á España; y aun venia á pedir os permiso para construir embarcaciones en que llevar mis soldados, porque estan destruidas aquellas en que vinimos, y no se pueden reparar para un viage tan largo.” Alegre Motezuma de no oír la negativa que estaba temiendo, dixo: que podian tomar el tiempo que les pareciese, pues su intencion no era apresurarlos; y al mismo tiempo dió las órdenes para cortar prontamente los árboles, y hacer quanto fuese necesario.

Cortés, aunque en el exterior apresuraba mucho la obra, tenia dada al constructor la órden de fabricar con la lentitud posible. No se percibe las ventajas que Cortés se propondria en esta tardanza, pero sin duda contaba con gobernarse segun los acaecimientos. Miétras vivia en esta expectativa, le enviáron á decir de Veracruz, que á lo léjos se veian diez y ocho velas. „Ahora, dixo Motezuma, instruido de la aparicion de aquella armada: ya no necesitais de preparativos, pues teneis los navíos que llegan á mis costas, y en ellos os podreis embarcar.” La segunda carta de la Veracruz anunciaba que aquellos navíos traian ochocientos Españoles enviados por Diego Velazquez, Gobernador de Cuba, para quitar el mando á Cortés. En la tercera carta le escribian que habia habido una accion baxo las murallas de Veracruz, de que habian querido apoderarse los recién desembarcados; y aun le enviaban ocho prisioneros hechos en la refriega.

Juzgue cada uno en qué perplexídad se hallaria Cortés. Le era preciso ocultar sus inquietudes, y disimular con los Mexicanos y con los Españoles. A Motezuma le dixo: „Ha llegado segundo Embaxador del Rey de España para apoyar mis negociaciones, y viene acom-

pañado, segun costumbre, de un ejército; pero pienso reducirle á que se vuelva, y para esto iré yo en persona." A sus tropas las decia: „A la verdad debo estar agradecido á Diego Velazquez, por haberme enviado tan á tiempo un refuerzo tan considerable, pues no dudo que haré otros tantos compañeros quantos son los que han venido á acometernos." Quando supo que llegaban los prisioneros, salió á recibirlos, les hizo quitar las prisiones, los abrazó amigablemente, en particular al Licenciado Juan Ruiz de Guevara, que era el mas distinguido, diciendo: „Que le era muy sensible que el Gobernador de Veracruz hubiese tratado así á un hombre de su calidad y de su mérito, y que le daría sobre esto una reprehension. En quanto á lo demas se alegraba mucho de que hubiesen confiado la expedicion á Panfilo de Narvaez, su antiguo é íntimo amigo, á quien esperaba hallar bien dispuesto, y que fácilmente se compondrian entre sí." Cuidó de que los prisioneros recibiesen de los soldados buena acogida, y les dió parte de los regalos de Motezuma. Quantos llegaban á hablarles, no tenian otra conversacion sino la de los aciertos de Cortés, de su capacidad, del gran crédito que tenia entre los Mexicanos, y de sus

amorosas atenciones con los Españoles.

Instruidos así los prisioneros, sin darles á entender la intencion del General, creyó este que no podia valerse de mejores negociadores que ellos, y principalmente el Licenciado Guevara; pero era Narvaez de genio tenaz y altivo, pensaba que no podria Cortés resistir á las tropas que él tenia, como que eran dobles de las suyas, y así no quiso tratar de negociacion. Le envió Cortés, aunque inútilmente, á Fr. Bartolomé de Olmedo, su Capellan, hombre de mucho mérito; pero fue mal recibido de Narvaez, el qual encarceló al Licenciado Guevara, porque en sus proposiciones siempre añadía elogios de Cortés, y esto atormentaba los oidos del envidioso rival.

El General, al mismo tiempo que negociaba, no se descuidaba en tomar sus precauciones; y conociendo la imprudencia que seria esperar á Panfilo de Narvaez en la capital, y que viesen los Mexicanos un combate entre los Españoles, fue á ver al Emperador, y le dixo: „Que podia temerse que el nuevo Embaxador español causase alborotos, porque viniendo como Teniente de un Gobernador distante, no podia saber las últimas instrucciones de la Corte de España;” y añadió: „Bastará

que yo le muestre mis patentes; y así voy á llevárselas en persona con una parte de mis tropas, porque rezelo que el nuevo ejército, mal disciplinado, haga algun daño á vuestros vasallos, y cause alguna pesadumbre á V. M."

La parte de las tropas que decia era quasi todo su ejército, porque no dexó mas que ochenta hombres al mando de Pedro de Alvarado, Oficial muy querido de Motezuma. Tuvo la advertencia de pedir para reforzarle dos mil hombres de Tlascala, soldados indios, pero que hacian alarde de que los llamasen en socorro de los Españoles, y de que, por decirlo así, los adoptasen de este modo. Durante la marcha se renováron las instancias con Narvaez, pero siempre inútilmente; porque este General estaba continuamente enfurecido, así contra los enviados de Cortés, á quienes trataba de espías y seductores, como contra sus soldados, que se dexaban engañar, y contra sus Oficiales, que abiertamente abrazaban el partido de Cortés. Ayllon, miembro del Consejo supremo de Santo Domingo, que habia ido en la expedicion en calidad de mediador, llegó á prohibir á Narvaez, pena de la vida, que avanzase contra Cortés; y Narvaez, poniéndose mas furioso, hizo aprisionar al mediador. Le

despachó Cortés á Juan Velazquez de Leon, pariente cercano del Gobernador de Cuba, y no le recibió mejor que á los otros. Pero esta conducta impetuosa y mal reflexionada le perjudicaba mucho en su ejército. Además se las habia con un General experimentado é infatigable, que dobló sus marchas, le sorprendió en medio de una tempestad, le derrotó completamente, y le hizo prisionero. Los soldados vencidos, como se hallaban tan bien dispuestos, no necesitaron de ser vivamente solicitados para incorporarse con los vencedores; y así por un incidente, que debia perder á Cortés, se halló este con una armada de once navíos y siete bergantines, y un ejército de mil hombres de infantería y ciento de caballería, sin contar la guarnicion de Veracruz.

Esta expedicion fue obra de pocos dias; pero fue suficiente tiempo para que se verificasen algunas novedades en México, á pesar de Motezuma, que constantemente habia permanecido, segun su promesa, en el cuartel de los Españoles. Los Indios, queriendo sin duda aprovecharse del corto número de los extrangeros para librar á su Emperador, habian tomado las armas, y dado muchos asaltos. Otros señalan otro principio á esta novedad; pero sea

el motivo el que quisiere, ella se hizo muy seria. Fue incendiado uno de los bergantines del lago, se rompiéron los puentes, y dexáron desiertas las calles. Reynaba un silencio, que no fue interrumpido hasta que Motezuma fue hasta las puertas de la ciudad á dar la enhorabuena al vencedor. Este, viéndose con tanta fuerza y agraviado, olvidó sus atenciones ordinarias con el Emperador; y aun dicen que le volvió la espalda, siendo así que no tenia culpa en lo que habia pasado; que antes bien habia expuesto su persona en defensa de sus huéspedes; y que la sombra de autoridad Real que conservaba, fue la que contuvo á los Indios para no sacrificar á su furor á los Españoles.

Si los Indios se hubieran unido, irritados como estaban, pudieran haber impedido á Cortés la entrada en la ciudad; pero meditaban el gran golpe de esperar á que estuviesen reunidos los Españoles para destruirlos á todos de una vez. Dicen que Cortés, aunque reprehendió á Pedro de Alvarado porque no habia sabido mantener la paz con los Indios, no sintió mucho la sublevacion, porque esta le proporcionaba la ocasion tan apetecida de emplear las armas en apoyo de sus miras, para llegar á un suceso decisivo. Bien presto se le ofreció

un lance que no esperaba. Los Mexicanos, que habian tomado secretamente sus medidas, diéron con furor sobre el quartel de los Españoles; y aunque rechazados muchas veces, volvian de nuevo á la carga, y siempre con un ímpetu que parecia desesperacion. Quiso Moctezuma interponer su mediacion y su autoridad, y para ello se presentó en una ventana; pero una piedra, no se sabe si dirigida contra él, ó arrojada sin objeto determinado, le hirió en la cabeza, y murió á los dos dias.

Si no habian respetado á los Españoles quando vivia este Príncipe, perdida esta salvaguardia, anduviéron los Indios con ménos contemplaciones; y así los estrechaban de noche y de dia, y en sus mismas derrotas aprendiéron á dar con mas prudencia sus ataques. Los Españoles, embestidos por todos lados, y amenazados de morir de hambre, se viéron en la precision de abandonar tan bella conquista. Las joyas, las riquezas, los tesoros, siendo ya un peso peligroso, hacian penosa y arriesgada la retirada, porque se arrojaban á los Españoles millares de Indios; y al paso que estos perecian al filo de la espada, ó precipitados en el lago, se presentaban otros. Nunca se habia hallado Cortés en peligro mas urgente; y muchas veces se vió





### Batalla de Otumba.

*Salió difícilmente de las calzadas Cortés, y encontró reunidas en el valle de Otumba todas las fuerzas de México para destruirle; pero aconteciéndose oportunamente de lo que acaso cayó antes sin cuidado, penetró hasta el estandarte imperial, mató al que le llevaba, se le quitó; y entonces consternado el ejército mexicano se entregó á la fuga. Victorias hay que se deben más que al valor al entendimiento.*

precisado á cumplir con las obligaciones de soldado y de General á un mismo tiempo; pero las desempeñó con un valor, que animaba al de sus tropas.

Le esperaba la última prueba, quando salió de las calzadas al valle de Otumba, en donde se habian juntado para acabar con su ejército todas las fuerzas de México. Al ver aquella multitud, exclamó Cortés: „¡Compañeros, aquí es preciso morir ó vencer! No temais, que Dios peleará por nosotros.” Viendo que balanceaba la victoria, se puso á la frente de su caballería, acometió á galope al centro del enemigo, y se abrió camino hasta el estandarte Real, cuya suerte, segun la opinion de los Mexicanos, debia decidir de la de todo el ejército. Penetró hasta donde estaba el que le llevaba, le derribó de una lanzada, y le quitó el estandarte. Inmediatamente cayeron de ánimo los Indios, arrojaron las armas, y se entregaron á la fuga. Fue horrible la carnicería, pues de doscientos mil hombres, quedaron mas de veinte mil muertos en el campo de batalla. Los Españoles no eran mas que seiscientos y cincuenta, y solamente perdiéron diez y seis.

Despues de la batalla entraron en la tier-

ra de Tlascala á descansar de sus fatigas; y quando llegaron estaba la República armando para enviarle socorro, porque fieles á su alianza, se habian negado á la de Quitlabaca, sucesor de Motezuma, que ponía por condicion que se separasen de los Españoles. No hubo honras que no hiciesen á Cortés: cayó este General enfermo en su ciudad, y manifestáron que sentian tanto como sus soldados el riesgo en que le veian, y se alegráron como ellos de su convalecencia. Aunque Cortés tuvo precision de dexar á México, no renunció á su conquista; pero las circunstancias le obligáron á mudar el plan de la guerra. Ya no tenia en su poder al débil Motezuma, que por temor á las turbulencias, y con la esperanza de salir de su apuro sin efusion de sangre, cedia á quanto el Español le inspiraba; pero como sus mismos vasallos habian castigado al desgraciado Emperador por sus condescendencias, tomó Cortés por pretexto de la empresa que meditaba la obligacion de vengar la muerte de su amigo Motezuma, vasallo del Rey de España. Mientras descansaba en Tlascala se ocupó en los preparativos del sitio; y para no verse destruido, aunque vencedor, á fuerza de pequeñas pérdidas, le pareció que contra

una multitud debia oponer otra multitud.

El gobierno tiránico de Motezuma y el orgullo de los Mexicanos, que viéndose sujetos al yugo, se complacian en imponérsele á otros, habia irritado contra ellos á la mayor parte de sus vecinos. Juntó Cortés todos estos odios, y les dió como una vida y una alma comun que los animase; y todas aquellas Naciones se apresuraron á ofrecerle su contingente contra aquella ciudad soberbia. Nada le costaba vestir estas tropas, porque este gasto entre los Indios le hace la naturaleza: nada le costaba el sustento, porque cada soldado le llevaba consigo. Dicen que llegaba á cien mil hombres el ejército que llevó contra México; los de Tlascala eran los mejores, pero los otros no carecian de mérito; y á todos los tenia agueridos mas ó ménos, segun su disposicion para la disciplina militar. Los peligros que habia experimentado, volviendo por las calzadas del lago, le suscitaron la idea de abrir camino por el lago mismo, y con esta intencion mandó construir piraguas, ó canoas grandes, superiores á las de los Mexicanos, y treinta bergantines que las auxiliasen, para lo qual le suministró todo lo necesario la esquadra de Narvaez.

Todos estos preparativos necesitaba contra

el enemigo, á quien se proponia combatir. A Quitlabaca, que no hizo mas que aparecer sobre el trono, habia sucedido Guatimocin, aquel mismo Cacique, sobrino de Motezuma, á quien Cortés hizo privar de su dignidad por haber emprendido libertar á su tio de la prision. Aunque jóven era célebre ya por su mérito militar; y por otra parte se reconocian en él muchas prendas, sin la mezcla de los vicios, compañeros ordinarios del poder absoluto. Subiendo en tan críticas circunstancias á un trono mal asegurado, creyó deber apoyarle en el afecto del pueblo, que sus predecesores habian despreciado demasiadamente. Disminuyó los impuestos; administraba por sí mismo la justicia; los Grandes, libres ya de los serviles homenajes que rendian á su Señor, y admitidos á su trato familiar, no pensaban ya en desquitarse de sus humillaciones con los pequeños. Animaba Guatimocin á los soldados con las honras y los premios; y empleaba todo su tiempo en los negocios del imperio.

Al sistema de Cortés, que era sublevar contra México las naciones vecinas, opuso Guatimocin el de armar á sus tributarios y aliados para tener al enemigo distante de su capital; pero siempre fuéron derrotados estos

auxiliares, sin poder impedir que avanzase Cortés, quien se apoderó de todas las ciudades que habia al rededor del lago, y á las quales iban á terminar las calzadas, se hizo dueño de las calzadas mismas; y con las grandes canoas y bergantines empezó á dominar, como absoluto dueño, en aquel pequeño mar. De este modo, México, en donde todos los hombres eran ya soldados, y todas las mugeres guerreras, y que por esta cuenta contenia mas de trescientos mil combatientes, se vio bloqueado por ochocientos y setenta hombres, que no tenian mas que ocho cañones: pues los Indios, mas que para pelear, sirviéron para guardar las ciudades y las calzadas.

Las circunstancias de este sitio dan la mas grande idea de la habilidad de Cortés, de su facilidad en hallar recursos, de su serenidad en los peligros, y del valor de sus tropas. Tambien merece apreciarse la intrepidez de los Mexicanos, su paciencia en los trabajos y entre los horrores del hambre, y su tierno amor al Soberano; pero ni la mas porfiada defensa pudo impedir que penetrase Cortés hasta el centro de la ciudad. Miéntras duráron los ataques se habian hecho proposiciones de paz, y el Emperador no estaba distante de admitirla; pero

los sacerdotes de los ídolos las inutilizaron, porque veían que si se verificaba la composición, resultaría seguramente el trastorno de su religión y su autoridad; y esto era suficiente motivo para que se opusiesen á todo acomodamiento. Inspiraron, pues, su obstinación al pueblo, y aun al Consejo; cedió el Emperador á la pluralidad de votos, y á las seguridades que le daban los supersticiosos sacerdotes, de que con el sacrificio de algunos Españoles prisioneros se aplacarían sus dioses, y la victoria seguiría las banderas de los Indios. Sin embargo, los cortesanos y los Ministros del Emperador, confiando poco en tan bellas promesas, le instaban á que se pusiese en seguridad; pero él respondió, que nunca abandonaría á su pueblo.

No obstante, quando los Españoles se hicieron dueños de una parte de la ciudad, y estaban ya en la plaza mayor, tomó Guatimocin el partido de huirse, con ánimo de ponerse fuera de la ciudad á la frente de un ejército, y volver á defender ó conquistar su capital. Para proporcionarle la ejecución de este proyecto, y cubrir su retirada, formaron los Mexicanos una grande armada de todas las canoas que les habían quedado, y fueron á atacar á los Españoles. En lo





### Prision de Guatimocin.

*Encargado García de Helguín de perseguir las diez pirajuas mexicanas que huían á todo remo, las alcanzó; y saltando desde su berqantín en la principal, halló á Guatimocin, que descubriéndose, se rindió prisionero sin manifestar inquietud ni pesadumbre sino por la Emperatriz, su esposa, que le acompañaba. Nada conmueve tanto al buen esposo como las justas aflicciones de una digna consorte.*

mas fuerte del combate advirtió un Capitan, llamado Gonzalo de Sandoval, que diez piraguas destacadas del cuerpo de la esquadra huian á fuerza de remo, y enviando á García de Holguin para que con su bergantin las persiguiese; este las alcanzó, y saltó á la principal. Se descubrió el Emperador, y se rindió prisionero, sin manifestar inquietud ni pesadumbre, sino por la Emperatriz su esposa, que le acompañaba.

Hizo el Príncipe cautivo una seña, y toda su armada se detuvo, cayéndoseles á los combatientes las armas de las manos, y aun muchos las arrojaron al agua en señal de sumision. Los nobles, hechos prisioneros en las otras barcas, pedian de un modo que causaba compasion, que los llevasen adonde estaba el Emperador para morir á sus pies. En la ciudad fue igual la consternacion; todos se sometieron; y pudo Cortés en un instante considerarse como Emperador de México. Guatimocin fue presentado al vencedor, y llegó á hablarle con una nobleza, y con un ayre mas firme que lo que parece podia permitir su desgracia.

Se sentó delante de Cortés, estando este de pie; y levantándose de repente, puso su mano sobre el puño de la espada del General, y le dixo: „¿Qué te detiene para quitarme la

vida? Los prisioneros de mi clase siempre causan al vencedor inquietudes; y así, pues no he tenido la fortuna de sacrificar mi vida defendiendo á mi pueblo, dame la satisfaccion de recibir la muerte por tu mano." Sosegó Cortés su conmocion, le prometió tratarle favorablemente, y le dexó ver, aunque distante, la posibilidad de ser restablecido en su trono.

Despues de los primeros cuidados para asegurar la conquista, pensó el General en apoderarse de los tesoros del imperio. Preguntó al Emperador en dónde estaban estos tesoros que se suponian sepultados por Motezuma; y sin embargo de no haberse hallado ninguno oculto, ni tener Guatimocin noticia de semejante depósito, como se habia esparcido generalmente la opinion de que le habia, despues de haber preguntado Cortés al Emperador, preguntó á su Ministro principal; y no confesando este, le hizo dar tormento en presencia de su Señor, al qual miraba el infeliz tristemente, y parecia jurarle una fidelidad y afecto inviolable. Lo mismo se executó con Guatimocin á presencia de la Emperatriz, jóven y de amable figura, en quien se admiraban las gracias, la afabilidad y dulzura. Las lágrimas y sollozos, que la arrancó este espectáculo, entorne-

ciéron á Cortés, y así mandó retirar los instrumentos del suplicio. Despues llevó Cortés consigo á este Príncipe á diferentes expediciones militares; hizo Guatimocin varios esfuerzos por salir del cautiverio; tuvo Cortés por traycion una de estas tentativas, y mandó quitarle la vida.

Despues de asear la ciudad convirtiendo los templos en iglesias, y de establecer Magistrados, disponiendo todo con el órden posible, fue el General volando á nuevas conquistas. En diferentes expediciones, no solo sujetó todo lo que componia el imperio de México, sino que la fama de sus hazañas le hizo tributarias y aliadas otras provincias. Apénas puede dudarse que, con la reputacion que se habia adquirido, pudiera haber ceñido su frente con la diadema imperial, procurando ganar á los Indios con gracias, y repartiendo entre los principales Españoles las dignidades y la autoridad; pero siempre miró como justa obligacion depender de la corona de Castilla. Cárlos V, que la ceñia á la sazón, le dió el título de Capitan general y Gobernador de Nueva-España; pero quando ménos lo esperaba, vió llegar Tesoreros, Inspectores, Contralores, y un tropel de Oficiales y Jueces, que iban á reempla-

zar á los que Cortés habia nombrado.

Miéntas estaba Cortés en una expedicion distante, se esparció una falsa noticia de su muerte, ó por casualidad ó de propósito; y los tales Oficiales le vendieron todos sus bienes, y los repartieron entre sí como si fueran sus herederos. Volvió él, los castigó, y les hizo restituir quanto le habian tomado. Las quejas que dirigió a España sobre su poca subordinacion, y las reclamaciones de los acusados, diéron motivo á que se nombrase un Virey que no fuese Cortés, á quien no dexáron mas que el mando de las tropas; pero como el nuevo Virey no queria igual, y Cortés no podia sufrir superior, volvió á España, adonde ya habia hecho un viage para que se le hiciese justicia. Siempre le recibian con atenciones y distincion particular; pero reconoció, no obstante, que no pensaban en darle una autoridad de que temian abusase. Hizo quanto pudo por desterrar estas sospechas; siguió como buen cortesano al Emperador en su expedicion de Argel, en la qual se distinguió como solia; le matáron el caballo que montaba, y en una batalla que se dió en Africa perdió dos esmeraldas, inestimables despojos de América. Persuadido á que todas sus condescendencias

no le servirían para que se le confiase el poder y el lugar que merecía, se retiró á un pueblo inmediato á Sevilla, y allí murió en el año de 1554, á los sesenta y tres de su edad.

Los Mexicanos no tienen sobre su origen mas que tradiciones orales, que iban pasando de boca en boca. Su principio, segun estas tradiciones, se halla en lo que para nosotros es el principio del siglo décimo. Dicen que partiéron siete tribus, una despues de otra, de siete cavernas, cuya situacion no fixan; que fuéron arrojando de aquella tierra á unos salvages desnudos, por la mayor parte gigantes, y muy crueles, que poblaban las llanuras, y se mantenian de frutas y raices; que los rechazáron á las montañas, en donde todavía viven sus descendientes; que llegando aquellas tribus á las riberas del lago, edificáron en ellas sus poblaciones; y que la última de las siete tribus, que las cavernas vomitáron, fue la de los Mexicanos, que anduvo por ochenta años errante antes de hallar en donde establecerse; que la habia prometido su dios Vitziliputzli un pais abundante en alimentos, oro, plata y pedrería, y que reynaria sobre todas las otras tribus. En la seguridad de ver cumplida esta profecía, se

puso en marcha este pueblo, llevando la imagen de su dios en una caja cerrada y en hombros de sacerdotes; los movimientos de la multitud se arreglaban siempre por los oráculos de los que tenían por ministros de la divinidad, y estos les señalaban el camino que se debía tomar, no atreviéndose el pueblo á sentar ni levantar el campo sin su licencia; y si desobedecía, recibía el castigo de una mano invisible. En donde los sacerdotes se detenían levantaban un altar, colocaban el ídolo en él, y allí daba sus oráculos y respuestas, que los sacerdotes interpretaban á su modo; y durante esta larga peregrinacion fuéron dando forma al culto religioso, y arreglo á la sociedad civil. Quando llegaron los Mexicanos al lago, ya las otras tribus ocupaban las orillas; pero les cediéron por gracia una isla pequeña con la carga de un tributo. Edificáron allí una ciudad, y la llamáron de su propio nombre *México*: colocáron en el medio el ídolo, y le erigieron un templo. Fue insensiblemente creciendo esta poblacion por las isletas adyacentes, que fuéron agregando, por medio de calzadas; y así se formó una ciudad, que atravesada de infinitos canales, era tan singular como magnífica.

Reducida la nacion á tan pequeño espa-

cio, y multiplicándose cada día, se vió precisada á enviar fuera colonias; y de aquí nació las guerras por sostener á sus emigrantes contra aquellos que los hacian resistencia. Empezaron tambien las disensiones en la ciudad, y estas diferentes causas determinaron á los Mexicanos á abjurar el gobierno sacerdotal, y sujetarse á un Rey. Los ricos y los gefes todos aspiraban á esta dignidad; pero para quitar toda envidia, conviniéron en tomarle de una nacion vecina, y encargaron su colocacion en el trono á un anciano. Este, al ponerle en posesion, le hizo un discurso patético é instructivo sobre las obligaciones de un Rey: costumbre que se conservó siempre, y no consistia en una simple fórmula.

Este primer Rey no fue conquistador, y se contentó con defender á los Mexicanos contra los de las riberas, envidiosos de su prosperidad. En quarenta años que reynó hermosteó la ciudad, y perfeccionó las leyes. Dexó este buen Príncipe numerosa familia, y no quiso elegir sucesor; pero los Mexicanos reconocidos, colocaron en el trono á uno de sus hijos, Príncipe, que con la mas diestra política, tomó por esposa á la hija de un Rey vecino, el mas implacable y peligroso enemigo de los Mexica-

nos, esperando, como realmente sucedió, que así daría la paz á sus vasallos.

El tercer Rey fue tambien pacífico; el cuarto guerrero y conquistador. Este subyugó las naciones vecinas; hizo ver á la suya los inconvenientes de la eleccion popular; persuadió á los Mexicanos que pusiesen el derecho de elegir Soberano en seis Electores, dos de ellos Reyes vecinos tributarios, y quatro Príncipes de la sangre. Su sucesor, Motezuma I, extendió la costumbre bárbara de sacrificar los prisioneros que hacian en la guerra; pero ya existía esta costumbre, pues se ve que en la fundacion de México sacrificáron al hijo de una maga; y ya entónces frotaban tambien su ídolo con sangre humana. Este quinto Rey tenia una Corte magnífica, se aplicó al gobierno, estableció tribunales de Justicia, creó Censores, cuyo cargo era velar sobre las costumbres de sus vasallos; y tambien hizo construir á su dios Vitziliputzli un templo, que admiró á los Españoles.

El octavo Rey, llamado Antzal, es famoso por su clemencia, sus beneficios y su humanidad. Renunció á la gloria de las conquistas tan apetecida de sus predecesores; y empleó sus tesoros en aumentar y hermoscar la capi-

tal, en hacer que floreciese la industria, y en que fuesen felices sus pueblos. Por estar los Mexicanos entre dos lagos, uno salado, otro cenagoso y salobre, reducidos á beber agua de pozos, impregnada de sus malas qualidades, tenían que ir á buscar agua potable mas allá de los lagos; y Antzal llevó por conductos el agua de las fuentes distantes. Barrenó montañas, terraplenó valles, ocultó aqüeductos en los lados de las calzadas, y consiguió que los habitantes viesan correr dentro de la ciudad, con grande admiracion suya, rios de aguas saludables. Este Rey fue el antecesor de Motezuma II, nono y último Emperador de México, no contando á Guatimocin, que no hizo mas que ceñir una diadema sangrienta, y pasar desde el trono á las cadenas, y de estas á la muerte.

El año de los Mexicanos constaba como el nuestro de meses y de semanas, y al fin sobraban quatro dias, que podemos llamar intercalares, y debian emplearse únicamente en regocijos. Cesaban todos los trabajos, habia interrupcion en el comercio, estaban suspensos los tribunales de Justicia, parecia que olvidaban hasta la religion, y no pensaban mas que en los placeres. El principio de su año era el primer dia de la primavera; pero mejor tal vez hu-

biera empezado el año en otoño, que es la estación de la cosecha y de los frutos; pues empezar á gozar es principiar á vivir.

Tenian los Mexicanos por tradicion que al fin de cada cincuenta y dos años de su era corria peligro el mundo de ser destruido, y al anochecer del último dia de cada cincuenta y un años se despedian del sol con lágrimas y sollozos, se abrazaban como que ya no habian de verse mas, y se encerraban tristemente en sus casas hasta el siguiente dia en que, pasmados de verse vivos, y de que nada se habia mudado, explicaban los transportes de su contento cantando himnos, dándose la enhorabuena de haber empezado un nuevo período, y de que todavía podrian vivir sin miedo cincuenta y dos años.

En la religion y ritos mexicanos entraban muchos exercicios laudables, y al mismo tiempo crueldades absurdas é indecencias, que no dexan de pasmar en un pueblo civilizado. Reconocian un Dios criador, conservador y bienhechor; pero no tenia la lengua mexicana términos para expresar aquel gran dueño de todas las cosas, aunque levantando los ojos al cielo con grande veneracion, daban á entender que creian en la exístencia de esta Divinidad. Sin embargo de que reconocian la omnipoten-

cia de este Dios, no acababan de formar idea de que estuviese en todas partes, y así creían que para gobernar el universo, tenía á su disposición divinidades subalternas encargadas de este cuidado. Despues de este Dios supremo y de sus adjuntos, honraban particularmente al sol, á la luna, á la estrella de la mañana y al mar. El ídolo de Vitziliputzli era el mayor dios visible, y este tenía á su cargo la prosperidad del imperio. Despues de él seguía Tescatilputza, que presidía á las expiaciones; y le representaban con dardos en la mano para significar que castigaba á los malos. Su trono estaba incrustado de cráneos y huesos humanos, emblema de su autoridad sobre el hambre y la peste.

En algunos parages tenían un ídolo vivo, el qual era un prisionero, á quien ponían el nombre del dios, á cuyo culto habían de sacrificarle. Por un año entero era adorado, le adornaban con preciosas joyas, y le sustentaban con las ofrendas mas regaladas. Le hacían echar su bendición á los niños y á los enfermos; pero pasado el término le sacrificaban. Clavar el que llamaban cuchillo sagrado en el corazon de la víctima, arrancar este de entre las entrañas palpitantes, ofrecerle humeando la sangre, y ex-

primirla sobre el infeliz, era privilegio honorífico del gran sacerdote, ó del que le substituia. El colegio de los sacerdotes tenia grande influencia en los asuntos políticos, como que dirigia á los pueblos y á los Soberanos: estimacion que compraban á costa de una vida austera, y de muchas privaciones. El cargo de sacerdotes de Vitziliputzli era hereditario en ciertas familias; pero en los templos de otros dioses se llegaba al sacerdocio por eleccion ó por la educacion, destinando á algunos desde la infancia.

Para el matrimonio habia un rito ó ceremonia pública. Preguntaba el Sacerdote á los futuros esposos sobre su inclinacion; y haciéndoles una exhortacion, anudaba una punta del velo de la muger con el vestido del hombre. Atados así con este emblema de union, iban seguidos del sacerdote á visitar el fuego doméstico, y le adoraban postrados, como que habia de ser testigo de su felicidad; y despues se sentaban para recibir igual porcion de alimento. Habia depósitos públicos para recibir y conservar las estipulaciones ó condiciones del casamiento. El divorcio pendia de la voluntad de los dos esposos; pero una vez divorciados, no podian volver á unirse, pena de la vida; y así,

por poco afecto que conservasen á una persona á quien habian querido bien, el verse imposibilitados para volver á encender el fuego del amor una vez apagado, no les dexaba precipitarse al ímpetu de la cólera, ni á los antojos del capricho. Sin embargo, quando esto sucedia, se llevaba el padre los hijos, y la madre las hijas. La mala conducta de la muger imprimia una vergonzosa mancha en el marido.

Llevaban á los recién nacidos al templo, y con gran solemnidad los ponian sobre el altar; hacia el sacerdote un discurso sobre las miserias de la vida, y sacaba unas gotas de sangre de la parte mas secreta del niño, y luego le sumergia en el agua, diciendo algunas palabras. En la mano del varon ponian una espada ó algun instrumento mecánico segun la profesion del padre. Con las niñas no habia distincion alguna, porque á todas, de qualquier calidad que fuesen, las daban una rueca y un huso.

En ciertas épocas los sacerdotes hacian figuritas de una especie de pasta, y daban á comer pedacitos de ellas. Los sacrificios humanos llegaron á un exceso increíble. ¿Quién podrá creer que en solo un dia se rociaron los altares con la sangre de veinte mil víctimas? Los funerales de un Rey ofrecian el mas ter-

rible espectáculo, porque todos los de su casa debian morir con él, so pena de ingratitud, que entre los Mexicanos era el mayor delito. Entre los Grandes se enterraba la muger con su esposo: construian magníficos mausoleos, y ponian en las sepulturas oro, plata, joyas y provisiones para el otro mundo, lo qual es una prueba de que tenian por lo ménos alguna idea de la inmortalidad del alma.

Al Emperador no le coronaban hasta haber hecho alguna hazaña militar. Le ungia el gran sacerdote con una especie de bálsamo compuesto de varias drogas, que tenian por preservativas contra los sortilegios y las enfermedades. Le rociaban con la que llamaban agua sagrada; y el primer sacerdote le ponía en los hombros un manto pintado de huesos y calaveras, para traerle á la memoria que habia de morir algun dia. Juraba mantener la religion y las leyes de sus mayores, y conservar al pueblo sus derechos y privilegios. Prometia que todos los dias saldria el sol, que caeria la lluvia quando fuese necesaria, y que durante su reynado no habria pestes, hambres ni inundaciones; queriendo decir en esto, que se portaria de modo que no atraeria jamas sobre sus vasallos inocentes estas venganzas del cielo.

Los honores que tributaban al Rey eran una especie de adoracion. Tenia el Monarca, entre un gran número de concubinas, dos singularmente distinguidas, á quienes daban el nombre de Reynas. Sus rentas eran inmensas, porque cada uno tenia que darle la tercera parte de sus bienes ó de su industria, y esto se cobraba con rigor. Los soldados eran mas favorecidos que los otros vasallos, y llevaban divisas de honor y distinciones militares. Habia un órden de Caballería, en el qual solo eran admitidos los Grandes, y esto despues de haberlo merecido con acciones brillantes. La divisa era una cinta encarnada con que se ataban el cabello, y de esta pendian bellotas, cuyo número se iba aumentando con cada hazaña que lo mereciese. Éste era el remedio mas seguro de avivar continuamente la emulacion.

El modo de administrar justicia era sumario; y como no sabian escribir duraban poco los pleytos, y los castigos eran severos, para proporcionar el escarmiento. El Consejo del Príncipe velaba con la mayor atencion sobre los Magistrados, y no omitia medios algunos de procurar la buena educacion de los niños. Para los plebeyos habia escuelas públicas, para los jóvenes nobles Colegios ó Seminarios.

Los maestros eran muy respetados, y algunas veces los llamaban al Ministerio, como hombres que tenían mas luces que otros.

Los discípulos eran instruidos en la primera clase acerca de las reglas del kalendario, y les enseñaban los cánticos en honor de los hombres grandes, y los que servian para las alabanzas de sus dioses. En la segunda clase se les enseñaba la moral; y entónces, estudiando los maestros el carácter de los niños, les inculcaban la necesidad de ser dóciles, humildes y modestos, y la de portarse bien. Hasta haberles formado el espíritu y el corazon no pasaban á la tercera clase, en la qual se aplicaban á los ejercicios del cuerpo, como correr, luchar y nadar. Los exercitaban en el manejo de la espada, en disparar las flechas, en saltar grandes espacios, en dar carreras largas, en llevar pesadas cargas, sufrir el hambre, la sed, y hacerse fuertes contra el rigor de las estaciones.

Los jóvenes nobles, educados ya en estos ejercicios, eran enviados al ejército á ensayarse durante una campaña, y les hacian llevar su equipage como á los soldados, no solo para endurecerlos con el trabajo, sino tambien para mortificar su vanidad, y acostumarlos á la subordinacion y obediencia. Pero concluida

esta campaña podían libremente retirarse, y tomar otro medio de vivir que fuese mas de su gusto. A pesar de tan bellas instituciones, el imperio de México quedó arruinado en quatro años, y al presente le gobierna un Virey español.

Este pais es el verdadero tesoro de los Españoles, que le llaman la Nueva España, y su cofre fuerte, porque allí encuentran lana, algodón, azúcar, seda, cochinilla, cacao, plumas, miel, bálsamos, palo de tintes, sal, sebo, tabaco, gengibre, plantas odoríferas y medicinales, ambar, perlas, piedras preciosas, oro y plata.

Al presente se ve la Nueva España habitada de un pueblo mixto, compuesto de Indios, Españoles, otros europeos, y aun de negros. Los descendientes de Españoles sin mezcla se llaman criollos; los de conjuncion española y americana mestizos; á la segunda generacion tercerones; á la tercera quarterones; los descendientes de europea y negro son mulatos; y la última de estas clases es la que resulta de india y negro. Los verdaderos Mexicanos son altos, bien formados, activos, dóciles y vivos; su tez de color bazo, sus ojos grandes y centelleantes, el

rostro redondo, y las facciones regulares. Las mugeres participan de todos estos dotes, con ventaja en las calidades agradables. Los dos sexôs cuidan mucho de su cabellera, dexándola colgar á discrecion del viento. En pais tan dilatado no pueden faltar extravagancias; y así hay pueblos que tienen por mucha gracia una nariz aplastada, y hacen quanto pueden por dársela á sus niños; otros les oprimen la cabeza para que se les forme la frente en figura piramidal; otros, como sus mayores, todavía se desfiguran con pinturas el rostro, pero en el resto del cuerpo van perdiendo esta manía á proporcion que se van habituando á los vestidos.

En ninguna parte varían tanto los trages, aunque generalmente conservan hombres y mugeres el gusto por sortijas y joyas. El carácter primitivo de los Mexicanos, su genio y su natural inclinacion, se hallan en aquellos Indios, que han conservado en los montes la libertad. Allí se encuentran hombres valientes, generosos, humanos, y de arregladas costumbres. Sus ocupaciones son la caza, la pesca y la agricultura; pero no siembran ni plantan mas que las cosas necesarias para la vida. Parece que atormentados y afligidos con la me-

moria de lo que fuéron, se desdeñan de cuidar de lo agradable y regalado, por contenerse en lo que puramente es preciso.

El país de México le tienen repartido los Españoles en tres Audiencias ó tribunales bajo la autoridad del Virey, que habita en la capital, ciudad la mas regular del universo, cuyas calles son derechas y en tal disposicion, que se dilata por toda ella la vista. No tiene castillos ni murallas, porque de uno y otro sirve el lago. Se va á la ciudad por cinco hermosas calzadas, y cada una de estas sale de un pueblo construido en la ribera. Ademas de esto, está rodeado el lago de lugares, que desde el centro de la ciudad ofrecen una perspectiva que encanta; y cubierto de canoas y góndolas en todos tiempos, es como un verdadero y hermoso quadro movible. Nada falta para la utilidad y decoracion de esta capital, en la qual hay grandes hospitales, soberbios palacios, magníficas iglesias. El espectáculo de las tiendas, ricamente provistas, ofrece á la vista una especie de feria continua.

#### *EL PERÚ.*

Si en algun tiempo se ha burlado la for-

tuna de los designios de los hombres, fue en las catástrofes de los primeros conquistadores del Perú. Francisco Pizarro, Oficial subalterno que habia sido del célebre Vasco Nuñez de Balboa, fundador de la colonia del Darien, Diego de Almagro y Fernando de Luque, resolvieron emprender tan árdua conquista; y asociándose para ello, quedó á cargo de Luque, poseedor que era ya de la isla de Tabago, la suministracion de fondos; al de Pizarro la direccion de la conquista, y al de Almagro la provision de víveres y pertrechos. Obtuvieron los correspondientes despachos del Gobernador del Darien Pedro Arias de Avila; y equipando un navío con ciento y catorce hombres, se hizo á la vela de Panamá Francisco Pizarro con rumbo al Sur en 14 de Noviembre de 1525. Habia de seguirle luego, y le siguió con efecto Diego de Almagro; pero tardó mucho en hallarle; y despues de varios trabajos que padecieron, y superáron juntos con un valor y constancia que admiran, se separáron con el objeto de descubrir mas países á un mismo tiempo. No se alejáron sin embargo mucho, porque la necesidad de socorrerse los volvia á juntar de quando en quando; aunque ya se descubria en ellos como vicio dominante el deseo de man-

dar. De Fernando de Luque apenas se habla en adelante : suerte comun de los ricos capitalistas, que ponen su dinero á intereses en las empresas árduas.

En tres años no hicieron Pizarro ni Almagro establecimiento alguno; pero lograron asegurarse de que era posible el buen éxito de sus proyectos. Por ver sus fondos casi del todo consumidos, resolvió Pizarro ir á presentar su plan á la Corte de España para que le dieran socorros; y aunque fue bien recibido, no volvió mas que con el título de Marques, y el de Capitan y Gobernador general de todos los países que los Españoles llegasen á sujetar en aquellas tierras. Reclutó algunos aventureros, y entre estos á sus quatro hermanos Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, y Francisco Martin de Alcántara, que lo era uterino, todos tan emprendedores y valientes como él. Almagro, que entre tanto hacía sus reclutas en Panamá, sintió mucho que Pizarro hubiese conseguido toda la autoridad; pero este le tranquilizó nombrándole Teniente suyo. Partieron, pues, con tres navíos, en que iban doscientos hombres, y como sesenta caballos. A esto se reducía todo el ejército.

Se quedó Almagro con la pequeña arma-

da, y se avanzó Pizarro tierra adentro. La primera operacion de sus soldados, ó aventureros que habia recogido, de los quales, á la verdad, no era enteramente dueño, fue el saqueo de una ciudad, cuyo Cacique se ocultó; pero le descubrieron, le llevaron al Comandante, y este, aunque en vano, procuró persuadirle que los Españoles no habian faltado á las leyes del buen hospedage. En una ocasion los soldados hicieron pedazos por sola diversion algunas esmeraldas, cuyo precio no conocian. Envió Pizarro muestras del botin que habia conseguido á Diego de Almagro, el qual fue con este cebo á reclutar en Panamá y en sus cercanías, porque el pequeño ejército debia precisamente aumentarse; pues Pizarro en sus correrías se habia informado bien, y sabia quanta resistencia le esperaba.

A la sazón se hallaba el imperio del Perú en una guerra civil, y los dos Príncipes rivales, que aspiraban al trono, no pensaron en ocupar su gente contra un puñado de extranjeros, que habian llegado á sus costas. Los Gefes de esta guerra eran Huascar y Atahualpa: el primero hijo legítimo del difunto Emperador, estaba en posesion de la corona; y el segundo que era un bastardo, aspiraba

á quitársela. Tres victorias decidieron á favor de Atahualpa, quien hizo prisionero á Huascar; y con estas ventajas se halló el vencedor en estado de ocupar su atención contra los extranjeros. Al principio no diéron gran cuidado á aquel Emperador, porque ¿qué podían hacer doscientos hombres? Pero ya aquellos pocos extranjeros habian derrotado un grande ejército, que los Caciques tributarios les habian opuesto.

Tengamos presente que Cortés debió en parte sus victorias á la opinion en que estaban los Mexicanos de que Quezalcoal, fundador de su imperio, habia ido á sujetar muchas regiones hácia el oriente; de que sus sucesores habian de enviar con el tiempo á México unos guerreros encargados de dar allí leyes, y reformar el gobierno; de que tuvieron á Cortés por un enviado del Príncipe del oriente; y de que creyeron seria inútil querer resistirle. ¡Notable singularidad! Reynaba en el Perú otra opinion casi semejante; á saber, que los Españoles, á quienes por las armas que llevaban, reconocieron por dueños de los truenos y los rayos, venian á ser hermanos de los Peruanos, descendientes como ellos del sol; y que Pizarro, su gefe, descendia mas particularmente de aquel astro; que era Inca, hijo del

supremo Virachoca, y por lo mismo pariente cercano del Inca Atahualpa; y tenían por castigos enviados por el gran Virachoca las violencias de los Españoles, diciendo que era preciso someterse á su autoridad, y baxar la cabeza al cetro de Pachacamac, esto es, del Emperador supremo que enviaba á Pizarro.

No se sabe si Pizarro tenía ya noticia de esta preocupacion, que le era tan favorable, quando envió la primera embaxada á Atahualpa, pues siendo Comandante de solos sesenta hombres, envió á decir al General de cien mil soldados: „Yo soy vasallo del mayor Monarca del mundo; este me envia á sacaros á vos y á vuestro pueblo de la práctica de una religion impía y abominable. Espero que me recibireis con toda bondad, y en tal caso podreis contar con mi fidelidad en serviros; pero si pretendiéreis hacerme daño, prefiriendo la guerra á la paz, presto vereis que los Españoles son tan terribles para sus enemigos, como útiles para sus aliados.”

La respuesta del Inca fue muy sumisa y correspondiente á los principios de su preocupacion. Fernando de Soto, Oficial jóven y de agradable figura, fue acompañando al enviado que llevó al Emperador esta especie de





### Sumision de Atahualpa.

*Tal era el crédito que Atahualpa daba á la tradición de que los Españoles eran descendientes del Sol, y dueños de los truenos y los rayos, que al presentarle con arrogancia y amenazas el embajador de Pizarro su amistad, contestó muy sumiso, y manifestó á su corte que en aquellos hombres reconocía todas las señas de su dios Virachoca; Haviendo que punto ochavizaban las preocupaciones á los sentidos!*

desafío general; y Atahualpa exclamó al verle: „¡Aquí teneis la verdadera figura, porte y vestido de nuestro dios Virachoca, como la describió exáctamente nuestro antepasado el Inca Virachoca!” Dixo despues que por estar persuadido de que todo lo que habia de suceder lo habia ordenado de antemano el gran Virachoca, aunque habia sabido las victorias de los Españoles, no habia tomado medidas algunas contra ellos, y se sujetaria á hacer quanto le pidiesen; pero que imploraba su clemencia para con sus vasallos, sus mugeres y sus amigos. Extraño parece este language en un hombre, que en el momento mismo tenia á sus órdenes cien mil combatientes. Estos estaban colocados en escalones retrógrados hácia el centro de su reyno: disposicion que hace creible que el Inca habia permitido que avanzasen los Españoles tan adentro en sus Estados, con el fin de rodearlos por todas partes y destruirlos. Los autores convienen en que no se puede dar mucho crédito á estos recíprocos discursos por razon de que, así los Peruanos, como los Españoles, tenian malos intérpretes, que con dificultad se entendian, aun para las necesidades de la vida.

Se cuenta entre las cosas, á cuya execucion se aventuráron los Españoles, el dis-

curso, que supongo falso, y se imputa á un Religioso llamado Fr. Vicente de Valverde. Dicen, pues, que avanzó hasta donde estaba el Emperador, y que le habló del Emperador Cárlos V, del Papa, de la Santísima Trinidad, de la divinidad de Jesuchristo, y de su admirable vida y muerte; y que respondió Atahualpa: ¿y quién es el que enseña todo esto? Este libro, respondió Fr. Vicente, presentándole el Evangelio. Le tomó el Emperador, le aplicó al oído, y como nada oía decir, le arrojó al suelo. Tambien cuentan que dixo: „Vosotros creéis que Jesuchristo es Dios, y que murió; pues yo adoro al sol y á la luna, que son inmortales. No debo tributo á Príncipe alguno, ni quiero ser vasallo sino de los dioses; y seria locura dexar la doctrina de mis antepasados miéntras no me demostréis que es falsa.” Volvióse el Religioso á sus filas: tocáron á cargar sobre el enemigo; y Pizarro, persuadido á que todo pendia de la suerte del Inca, acometió á la frente de quince coraceros á las tropas que rodeaban el palanquin de Atahualpa; y no halló mas resistencia que la que podian hacer cuerpos desnudos á cuerpos armados de hierro. El primero que penetró fue un soldado llamado Miguel Astete, á quien siguiéron

los otros; y echando por tierra á los que llevaban el palanquin, hicieron prisionero al Emperador. Apenas se divulgó esta desgracia en el ejército peruano, se dispersó todo; los Españoles no tuvieron que hacer sino matar; y en un instante se hallaron ellos únicos vivientes en aquel campo de batalla.

Lograron un botin inmenso, porque confiados los Peruanos en su grande número, habian ido á la batalla adornados como para una grande fiesta. Ofreció el Emperador por su rescate tanto oro como podia contener la pieza en que le habian encerrado, hasta la altura adonde llegó con su brazo. Aceptaron la proposicion, y recogieron sus órdenes para ir á todos los templos del imperio, y juntar suma tan considerable; y no fiándose los Españoles de otros en este punto, lograron la ocasion de conocer el pais. Supo Atahualpa en su prision que su hermano Huascar, á quien él tenia preso, hacia ofertas á Pizarro para que le pusiese en libertad, y envió orden de quitarle la vida, como se executó; pero no tardó él mucho en experimentar la misma desgracia.

Aunque el oro llegaba á montones, no parecia suficiente. Los vencedores no pudieron ménos de dar á Diego de Almagro su parte,

aunque llegó despues de la victoria con ciento y cincuenta hombres y cincuenta caballos. Hubo entre los soldados antiguos y los recién llegados diferencias sobre la reparticion, y entre los Gefes disputas bastante acaloradas; pero el interes comun los reduxo á la composicion, y conviniéron en que para librar á sus soldados de los males inseparables de la ociosidad, esto es, de los vicios, y especialmente de la passion al juego, á que se entregaban con furor, convenia continuar quanto antes sus conquistas. El Emperador prisionero era, sin embargo, un obstáculo, pues como recibido ya el rescate, debian ponerle en libertad, ningun derecho les quedaba entónces al imperio. Dicen que pedia el infeliz con instancias que cumpliesen sus promesas; que él por su parte no se opondria á los intereses de los Españoles, se reconoceria vasallo de Cárlos V, y le pagaria tributo anual.

Pizarro y Almagro estableciéron un tribunal, en el qual presentáron seis capítulos de acusacion contra el Inca. Estos fuéron, que siendo bastardo se habia apoderado de la corona, quitando la vida á su hermano y Soberano; que habia dado sus órdenes para su suplicio estando prisionero; que habia autorizado

y mandado sacrificios humanos; que habia suscitado injustas guerras, y sido causa de la muerte de muchos hombres; y por último, que estando ya los Españoles en el Perú, habia procurado sublevar á los Indios. Le condenáron á muerte, y á ser quemado vivo, aunque por haber querido recibir el bautismo, no le diéron este castigo, sino el de ahogarle con un cordel. Todos estos excesos los desaprobáron los demas Españoles en términos que faltó muy poco para que hubiese un tumulto en que hubiesen muerto á los perpetradores; pero estos, que tenian mas poder, los aplacáron, dexándoles multiplicar protestas y reclamaciones con que acudir á la humanidad y justificacion del Emperador Carlos V. Apénas supiéron los Peruanos la muerte de Atahualpa, proclamáron á Manco-Capac, hermano de Huascar.

La fama, que todo lo exágera con sus cien bocas, publicó en Europa que en Quito, en el Cuzco y en Lima, ciudades principales de Chile y del Perú, habia imponderable cantidad de oro; y esta opinion llevó allá muchos aventureros, unos que querian hacer la guerra por su cuenta, otros que se juntáron con los primeros conquistadores, ó vendiéron muy caras las tropas que llevaban á Pizarro y Alma-

gro, que las incorporáron con las suyas. Estos dos hombres eran siempre los Gefes de la empresa, y por sus órdenes iban los destacamentos españoles saqueando las provincias.

Concibió Manco-Capac el proyecto de verse con los Españoles, y pedirles la paz con las condiciones que quisiesen. „Si verdaderamente son hijos del sol, dixo á su Consejo, como lo fuéron nuestros mayores, cuyo principio siempre fue la verdad, corresponderán sus acciones á sus palabras, y cumplirán las que me dieren. No puedo persuadirme á que quieran quitarme mi legítimo derecho. Iré á buscarlos con aparato de paz; en lugar de armas llevémosles regalos, y estos servirán, ó para ganar el afecto de esos hombres, ó para aplacar la ira de los dioses irritados. Si dado este paso no me vuelven los Españoles el imperio, conoceremos que se ha cumplido la profecía de mi padre el Inca, que nuestro Imperio ha pasado á los extranjeros, que se ha aniquilado nuestro gobierno político, y que se ha abolido nuestra religion. Si el gran Pacachamac lo quiere así; ¿qué nos queda que hacer sino someternos?

Se conformó el Consejo con los deseos del buen Emperador; y fue Manco-Capac á ver á Pizarro, el qual hizo con él un tratado aco-

modado á las circunstancias: es decir, que le concedió condiciones ventajosas, porque supo que muchos Generales indios levantaban tropas que pudieran oprimirle; pero quando ya los hubo desarmado con esta negociacion, volvió al primer plan de su conducta, que consistia en construir fortalezas, tomar ciudades, y formar colonias de europeos, para apoderarse insensiblemente del imperio; y así se vió precisado el Monarca, aunque contra su voluntad, á recurrir á las armas. La suerte, siempre contraria, le hizo tomar una resolucion definitiva. Juntó sus vasallos, y en un discurso lleno de ternura paternal, les dió las gracias por el zelo que habian mostrado, y les dixo que no queria mantenerse en el trono á costa de su sangre y felicidad.

A esto añadió: „La profecía del Inca, mi padre, se ve cumplida. Una nacion extranquera me ha precipitado de mi trono, ha abolido nuestras leyes, y profanado nuestra religion. Si yo me hubiera convencido de esto antes de tomar las armas, me habria sometido al decreto del cielo, porque es preciso confesar que, dexando aparte la justicia, todas las circunstancias de la profecía convienen á los Españoles: pues traen estos en sus manos el rayo de los dioses, y

de este modo prueban que los protege el Todopoderoso. Ellos, con un puñado de hombres, destruyen ejércitos innumerables; viven sin alimentos, y se presentan en los combates con un vigor siempre nuevo, de lo qual es preciso inferir que la mano de Pacachamac los sostiene, y que al mismo tiempo que á ellos les da fuerzas, derrama en nuestros espíritus el abatimiento y el temor.

„Sujetémonos, pues. Este es el único medio de evitar otras mayores calamidades. Me retiraré á las montañas de los Andes, y mi mayor consuelo será saber, que baxo de esos nuevos dueños gozais del sosiego y de la felicidad. En mi triste soledad, la dicha de mis vasallos será mi única ocupacion. Os suplico que os sujeteis á los Españoles, obedeciéndolos en el modo posible, para que os traten bien; y espero de vosotros un suspiro y una lágrima quando os acordeis del desgraciado Príncipe, que siempre quiso y amó á su pueblo.” Este discurso prueba de nuevo la opinion general, esparcida entre los del Perú, de que habia llegado el momento de la destruccion de su imperio. Tambien parece haber sido una maldicion ó una imprecacion contra los que iban á oprimir su pueblo; y el primero que expe-

rimentó los efectos de la maldicion fue Diego de Almagro.

Siempre habia estado este con los Pizarros en competencia abierta, ú observando disimuladamente mala correspondencia con ellos. Gonzalo y Fernando Pizarro, hermanos del Gobernador Francisco, se hallaban en el Cuzco sitiados de los Indios, quando acudió Almagro como para socorrerlos; pero todos suponen que su intencion era quitar á los Pizarros la posesion de la ciudad, y tomarla para sí; y aun añaden que ofreció á Manco-Capac, que estaba á la frente del ejército sitiador, hacer con él alianza contra los Pizarros, y ayudarle á sostenerse en el trono, si este Príncipe ponía el Cuzco en sus manos. Respondió el Emperador: „Yo he tomado las armas para recobrar mis derechos, y dar á mi pueblo la libertad; no para proteger las intenciones de un enemigo contra otro.” Por mas que le representó su Consejo, que el mejor medio para restablecer su autoridad seria ir debilitando á los Españoles, suscitando entre ellos la discordia, se mantuvo en sus principios de buena fe, que apénas conocen algunos políticos, y replicó: „El honor no permite que un Inca finja ó disimule; mas quiero perder mi imperio, y pasar el resto de mi

vida en el destierro y la obscuridad, que mantener la dignidad de Emperador por medio de la falacia y la traycion." El efecto de esta resolución fue que los Indios, cansados y desalentados con las continuas ventajas de los sitiados sobre ellos, tuvieron que retirarse, y Manco-Capac renunció, como hemos visto.

Entró Almágro en lugar de los Peruanos á seguir las operaciones del sitio; juntó la mañana con la fuerza; ganó á los soldados de Pizarro, los quales le recibieron en la ciudad, é hizo á sus rivales prisioneros. Tambien venció á un destacamento que Francisco Pizarro enviaba en socorro de sus hermanos, y puso preso á Alonso de Alvarado, su Capitan. Soberbio con estas felicidades, no quiso al principio admitir las proposiciones bastante justas, que le hizo el Marques Francisco Pizarro; bien que despues consintió en la suspension de hostilidades, y en que enviasen unos y otros en un mismo navío sus Diputados á España, para que allí se arreglasen sus pretensiones. La principal era la posesion de la capital, que cada uno decia ser de su departamento. En virtud de este tratado se restituyó á Fernando Pizarro la libertad, porque Gonzalo ya se habia puesto en salvo.

Apénas se vió libre Fernando, que en

lugar de esperar los efectos de la Diputación enviada á España , volvió con nuevas tropas contra Diego de Almagro; y este, en vez de salirle al encuentro , y acometerle antes que sus tropas estuviesen reunidas, lo que le hubiera sido fácil y ventajoso, se mantuvo solamente á la defensiva, para que no se dixese que prevenia al juicio que debía ser pronunciado en España. Con estas dilaciones dió tiempo á Fernando para aumentar su ejército, y quando ya Almagro no podia evitar la batalla, halló á su enemigo mas fuerte que lo que esperaba. Estaba ademas de esto enfermo , y sus soldados cansados con el largo camino. Rodrigo Orgoñoz y Pedro de Lerma, sus dos primeros Oficiales, aunque hábiles, executáron mal sus órdenes, y se arrojáron imprudentemente contra el principal batallon enemigo. Cayó Orgoñoz herido, y se empezó la derrota. En vano quiso Almagro, llevado en una especie de angarillas, oponerse á los que huian, pues estos le arrastráron consigo. Entráron las tropas de Pizarro en el Cuzco persiguiéndole, y le hicieron prisionero.

Teniéndole Fernando en sus manos , creyó que debía cortar sin piedad todas las cabezas de aquella hidra de disensiones, que rena-

cian á cada paso, y á ninguno perdonó. Fuéron asesinados Orgoñoz y Lerma, soldados viejos, que habian servido desde el principio de la expedicion contra el Perú, y quantos fuéron creidos confidentes, ó simplemente afectos de Almagro. Al Gefe juzgó Fernando que era muy del caso hacerle el proceso con toda formalidad. Le acusáron de haberse apoderado del Cuzco con la fuerza, por lo que habia sido causa de que se derramase sangre española; de haber querido hacer liga secreta con Manco-Capac; de haberse introducido en la jurisdiccion de Pizarro, y presentado dos batallas á sus compatriotas.

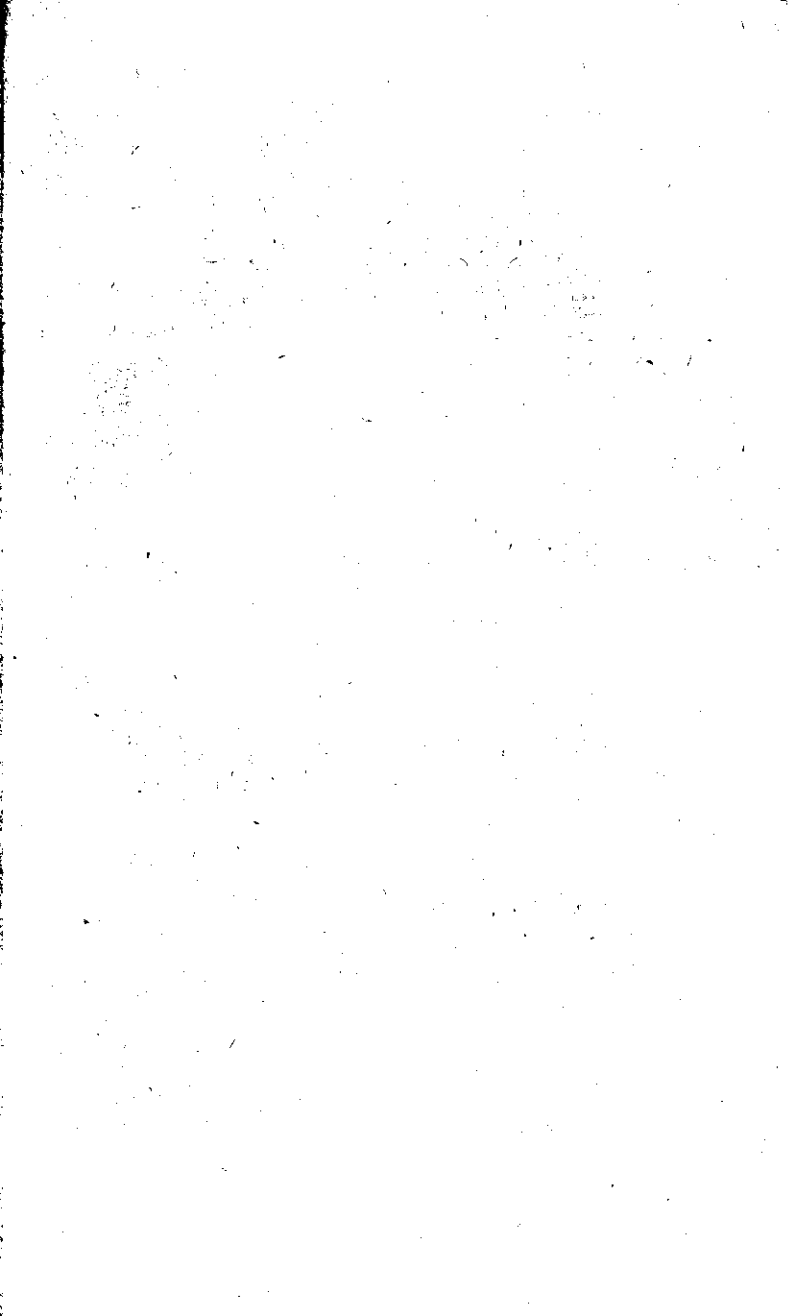
Por estas maldades fue condenado á muerte el anciano General. Apeló al Emperador; imploró del modo mas penetrante la clemencia de Fernando; le hizo presente que siendo él su prisionero, le habia salvado la vida; que él habia sido el primer asociado de Francisco Pizarro en la expedicion del Perú, y causa de su buen éxito; que estaba ya viejo y enfermo; y que así le dexase vivir con sosiego como un particular el resto de una vida pasada en una larga serie de trabajos, penas y desgracias. Fue Fernando inflexible; y dicen que tenia órden del Marques Francisco, su hermano, para

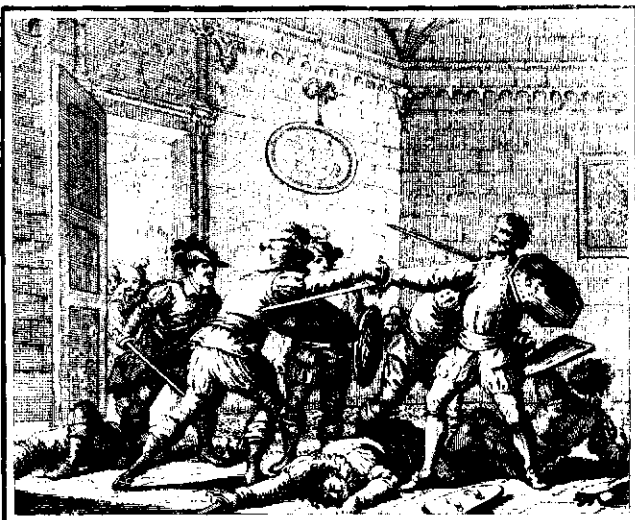
deshacerse de Almagro, por ser el único que les podia estorbar para mandar absolutamente en el Perú. A Diego de Almagro le diéron garrote en la cárcel, y despues le cortáron públicamente la cabeza en un cadahalso. Así pereció por órden de su compañero uno de los dos primeros conquistadores del Perú, á los setenta y cinco años de su edad. Los Indios sintiéron su pérdida, como que era el único recurso que les quedaba contra los Pizarros.

Por mas que estos pasáron la segur de la venganza por las cabezas de quantos partidarios de Almagro pudiéron descubrir, quedáron todavía muchos que habian jurado un odio implacable á los verdugos de su amigo. Creyó el Marques Pizarro que la muerte de su rival era una accion tan ruidosa que tenia necesidad de ser justificada en España; y envió á su hermano Fernando executor de esta atrocidad. Se cree que cometió el nuevo delito de procurar dar veneno á Diego de Alvarado, tutor del hijo de Almagro, que partió igualmente para defender la causa de su pupilo. A este jóven le tenia el Marques encarcelado, y le habia confiscado los bienes. No obstante que Fernando distribuyó en Es-

pañá muchos regalos, le pusieron en el castillo de la Mota de Medina, donde estuvo veinte y tres años.

Acerca del Marques Pizarro, dicen unos, que tentó todos los medios de la suavidad para disolver la faccion de Almagro; que ofreció á las principales cabezas los empleos de mas lucro y las plazas de mas honor, si querian hacerle el sacrificio del odio con que le miraban; y que viendo que inútilmente los llenaba de esperanzas, resolvió destruir á los que querian vengar la muerte de Almagro. Otros dicen, que desde luego se declaró enemigo irreconciliable de aquellos en quienes sospechaba su inclinacion á su rival; que procuró reducirlos á la mayor miseria, y que no contento con verlos en estado tan deplorable, tomó todas sus medidas para que no viniesen á representar sus quejas á España; pero la necesidad, madre de la desesperacion, puso á algunos el puñal en la mano contra su perseguidor, y á pesar de las precauciones que tomó, le sorprendieron en la ciudad de Lima, fundacion suya, y silla de su prosperidad. En su mismo palacio le acometieron los conjurados: se defendió con vigor; á quatro de ellos les quitó las vidas, é





### Pizarro asesinado.

*La injusticia, dureza y opresion con que el Marques D. Francisco Pizarro trataba á muchos de sus compañeros de conquista dió motivo á que algunos resolviesen su muerte; y sorprendiéndole en su quarto, por mas que se defendió con valor matando é hiriendo á varios, los restantes lograron acabarle. Si hay ingrato que clava el puñal en su bienhechor, quanto puñales debe el oprimir temer siempre!*

hirió á otros muchos; pero al fin cayó muerto con el hierro de los asesinos, á los sesenta y un años de edad.

Era el Marques Francisco Pizarro afable y generoso, á lo ménos antes que la fortuna le hiciese soberbio. La corona de España le debe sus principales establecimientos en la América meridional. Allí edificó las mas florecientes ciudades, ó construyó al estilo de la Europa las que había. Se aplicó incansablemente á fundar colonias, y á enriquecer el Perú con los efectos de la industria, y manufacturas de Europa. Es reprehensible en haber pensado introducir la servidumbre personal, haciendo infelices á los Indios. Distribuyó á los colonos españoles las tierras de los indígenas, haciéndolos de este modo esclavos de sus propios bienes, y obligándolos á trabajar para utilidad de sus nuevos dueños. Quando Pizarro pidió la confirmacion de esta ley opresiva, le respondió Cárlos V: „Antes de confirmarla quiero informarme en particular de los usos y costumbres del pais; y quiero saber si lo que me pides es conforme á justicia.” La respuesta no puede ser mas prudente al parecer; pero sepan los que gobiernan, que en punto á leyes tiránicas, el no

despreciarlas desde el punto en que llegan á su noticia, es confirmarlas.

Los conjurados, muerto el Marques Pizarro, incurriéron en la misma falta en que este habia caído despues de la muerte de Almagro. No solo se apoderáron de la autoridad y de las riquezas, sino quisieron obligar á todos á que aprobasen su accion, y las medidas que en conseqüencia de ella habian tomado; y los que no se prestáron á sus miras, fuéron maltratados, despojados, desterrados, y algunos perdiéron la vida. A este tiempo llegó el Licenciado Cristóbal Vaca de Castro, enviado en calidad de Gobernador, si ya habia muerto Pizarro, ó como comisionado para tomar conocimiento sobre las diferencias entre el Marques y Almagro, y sobre las circunstancias de la muerte de este último. Quando llegó se intimidáron los partidarios de Almagro el jóven, porque habian nombrado al hijo de su amigo por Gobernador en lugar de Pizarro. Pero ya se habia introducido en ellos la discordia, y se armaban mútuamente asechanzas. El jóven Diego de Almagro con dificultad pudo librarse de una empresa contra su vida intentada por un tal Alvarado, que habia sido su mas afecto partidario; pero este,

cogido en su propio lazo, pasó por la suerte que destinaba á su amigo.

Grandes ventajas sacó Vaca de Castro de esta desunion. Quando el jóven Diego de Almagro supo los poderes que Vaca llevaba, se reduxo á pedir el Gobierno del Cuzco, suponiendo que habia pertenecido á su padre; pero lo que á él le parecia moderacion, no lo miró como tal el Enviado de España, sin embargo de que la peticion se apoyaba con un ejército. Puso Vaca de Castro este punto en negociacion: dilató la respuesta definitiva, se acercó al imprudente jóven, le ganó sus tropas; y en una accion en que Almagro mostró una valentía y habilidad dignas de su padre, advirtió que le hacian traycion, porque la artillería no disparaba mas que con pólvora, y tuvo precision de huir. Bien pudiera haberse puesto en salvo, como lo hizo el Inca Manco-Capac, que por último habia baxado de sus montañas para aprovecharse de las diferencias y disension de los Españoles; pero quiso ir al Cuzco á recoger sus tesoros. Los Magistrados que él habia puesto le prendieron, y le entregáron á Vaca de Castro con la esperanza de merecer su favor; y Vaca de Castro le hizo cortar la cabeza á

la edad de veinte años, quando ya se habia distinguido en la guerra y en el Consejo.

Gonzalo Pizarro acababa de llegar de una expedicion infeliz, que habia durado dos años; y aunque reducido al estado mas triste con las miserables reliquias de las tropas que le habian acompañado, como solo su nombre, y los partidarios de su familia podian dar mucho que hacer al Gobernador, fue este á visitarle, y parte por fuerza, y parte por persuasion, le hizo retirarse á sus tierras sin distincion ni autoridad. Entónces ya pudo Vaca de Castro entregarse á las ocupaciones benéficas que ilustran su administracion. Se aplicó pues á desterrar los desórdenes, á reformar los abusos, y á hacer establecimientos útiles, cuyo beneficio experimentáron los Indios y los Españoles.

En quanto á la policia, la justicia, la distribucion de las tierras, la reparticion de los impuestos, procuró que su Gobierno fuese en lo posible semejante al de los Incas, del qual se informó con gran cuidado. Por su disposicion se erigiéron escuelas públicas en las ciudades, á las que sin violencia eran llamados los Indios para recibir lecciones de moral, é instruirse en el christianismo. La ma-

yor parte de los Caciques volviéron á entrar en la posesion de sus bienes, y aun les concedió una especie de jurisdiccion en utilidad de sus antiguos vasallos. Proveyó á la seguridad y comodidad de los caminos, contuvo la libertad de los soldados, y los alentó á abrazar el matrimonio y el trabajo. Se atrevió tambien á averiguar la conducta de los Oficiales del Rey, que habian hecho fortunas prodigiosas con el robo y la opresion; y digo se atrevió, porque era necesario valor para acometer á semejantes concusionarios. El apoyo que estos diéron á los malcontentos, que nunca faltan, hizo que la Corte de España determinase enviar un Virey llamado Blasco Nuñez Vela. Este fue lleno de preocupaciones contra el Gobernador, y le pareció que habia procedido con demasiada moderacion en sus reformas; y lo que Vaca de Castro habia tolerado sobre costumbres poco favorables á los Peruanos, lo miró el Virey como usurpaciones y vexaciones, que debian destruirse de un golpe. Tal era la servidumbre personal de los pobres Indios, y otros usos tan lucrativos para los conquistadores, como penosos y ruinosos para el pueblo conquistado.

Lo que se consiguió fue que aquellos

Oficiales y Magistrados que habian apoyado las quejas contra Vaca de Castro, interesados en sostener la servidumbre de los Indios, que les era muy ventajosa, se convirtieron en enemigos mortales del Virey. Por mas que el Gobernador le hizo presente el riesgo que corria haciéndose odioso á los Españoles; que era conveniente ir haciendo poco á poco las reformas, y de modo que se fuesen sin sentir acostumbrando á seguirlas, pensó Nuñez Vela que aquellas representaciones de Vaca de Castro eran murmuraciones que anunciaban disposiciones á la rebelion; y así le arrestó, y le envió preso á España en un navío.

Gonzalo Pizarro, á quien Vaca de Castro habia contenido con su prudencia, sabiendo en su retiro la conducta poco acertada del Virey, ofreció baxo mano á los malcontentos sostenerlos contra él. Aunque no ignoraba Nuñez Vela la tempestad que se iba formando, este hombre tenaz siguió con mas ardor el plan de hacer observar su reglamento, cuya parte mas esencial era quitar la servidumbre de los Indios. Los Magistrados se levantaron contra él; y Pizarro que fomentaba á los malcontentos, se armó lo bastante para hacerse temer. Manco-Capac, atento siem-

pre á aprovecharse de las disensiones, ofreció su auxilio al Virey, y este no le rehusó. Su alianza dió ocasion á Gonzalo Pizarro para publicar que peleaba en favor de España contra sus enemigos naturales. Matáron por casualidad á Manco Capac; y Nuñez Vela, privado de este recurso, y abandonado de casi todos los Españoles, irritados de su conducta, fue arrojado por Gonzalo Pizarro á las extremidades del Perú, y muerto en una batalla.

No hay duda que si Pizarro olvidando la fidelidad debida al Monarca hubiera pensado en aprovecharse de esta ocasion, pudiera haberse puesto la corona en la cabeza; porque la mayor parte de los Españoles, ó se habian declarado abiertamente contra el Virey, ó habian procurado malograr sus operaciones haciendo que le faltase el dinero, oponiéndose á las cobranzas de los impuestos, y favoreciendo los proyectos de Pizarro, por lo qual todos debian temer el castigo, y por consiguiente estaban interesados en ponerse á cubierto con la autoridad que le confriesen; pero no pasáron de darle el título de Gobernador general, y él se contentó con esto.

Así se hallaba Gonzalo Pizarro condecorado, quando llegó un hombre sin ruido ni

pretensiones, llamado Pedro de la Gasca, simple Licenciado, y con el título modesto de Presidente de la Audiencia de Lima. No era guerrero, ni tenaz en sus resoluciones; y él mismo decía: „Yo traygo el encargo de hacer saber á Pizarro una orden del Emperador; si no quiere obedecer, me vuelvo á España inmediatamente, porque no tengo intencion ni talento para precisarle con las armas á que obedezca.”

Envió á Pizarro una carta del Emperador Cárlos V, en la que el Monarca español se lastimaba de que se hubiese visto en la necesidad de oponerse al rigor inflexible del Virey; que estaba persuadido á que lo habia hecho por amor al bien público, y le pedia que ayudase al Presidente con sus consejos y su crédito. Gasca acompañó esta carta con otra suya, toda, por decirlo así, confitada con miel y azúcar, sin embargo de que al fin llevaba su puntita de amargura: „No habeis visto, le decia hablando de Cárlos V, su Corte ni sus exércitos, y tal vez habeis formado falsa idea de su poder; pero sabed que el Gran Turco, que venia marchando contra él á la frente de trescientos mil hombres, llegando á la vista del campo imperial, se retiró

precipitadamente sobrecogido de temor, sin atreverse á dar la batalla." Estas palabras llamaron la atencion de Pizarro, y vió en ellas una amenaza implícita, que le hacia sospechosa la dulzura de Gasca. Desde el Cuzco, en donde estaba, envió á Lima órden de preparar un navío, embarcar en él al Presidente, y hacerle repasar á España. Pero el diestro Licenciado Gasca habia trabajado tanto en poco tiempo, que ya estaban ganadas las embarcaciones, sin que lo hubiese trascendido el Gobernador. Quiso hacer que saliese del Cuzco el que habia llevado las cartas de Gasca, porque descubrió que disimuladamente reanimaba las esperanzas de los partidarios del Virey difunto, á quienes llamaban Realistas; pero los Magistrados, á quienes el Presidente habia prometido perdon y premio, le estaban enteramente adictos, y protegieron á Gasca. No vió Pizarro otro partido que tomar sino el dexar por sí mismo la ciudad, y ponerse á la frente de sus tropas.

El humilde Licenciado, que decia no tener intencion ni talento para obligarle con las armas, empezó á perseguirle. Es verdad que no sabia pelear, pero sabia dirigir bien á los que peleaban. Sin embargo, en el primer en-

cuentro ganaron la batalla los de Pizarro contra los Realistas, y no quiso Gasca exponerse á segundo combate; pero sentó su campo delante del de Pizarro, y en pocos días fue atrayendo la gente de su ejército, hasta que viendo Pizarro que se iban pasando todos á las banderas del Presidente, tomó el partido desesperado de presentarse en persona en los puestos avanzados, y rendir la espada.

Prendieron á casi todos sus Oficiales, entre otros á Francisco de Carvajal, Maestro de Campo de Pizarro; y los condenaron á muerte como traydores al Rey y á la patria. Llegó Gonzalo Pizarro al lugar del suplicio, y habló al tropel del pueblo que le rodeaba, diciendo: „No ignorais los servicios que ha hecho mi familia. Mis hermanos y yo somos los conquistadores del Perú; muchos de vosotros no poseen mas bienes que los que el Marques y yo les hemos dado; muchos tambien me deben obligaciones pecuniarias, y otras que no quiero especificar; pero yo muero pobre y desnudo, pues aun el vestido que tengo no es mio sino del executor, como precio del servicio sangriento que va á hacerme.” Se encomendó á las oraciones de los circunstantes, puso su cabeza sobre el tajo, y se la cortaron de

un golpe. La dificultad de Gasca estuvo despues en como premiaria á los que le habian servido, porque ninguno estaba contento. Dispuso pues los negocios en el mejor orden que pudo, pidió sucesor, y salió sin aparato ni ruido, como habia entrado, en el Perú.

Ya llegó un Virey llamado Don Antonio de Mendoza, y por haber muerto de enfermedad á poco tiempo de su arribo, todo cayó en confusion. Se vió el Perú sujeto á una especie de gobierno, que mas bien podia llamarse anarquía militar. Los soldados erigiéron xefes, y los asesinaron unos despues de otros; debiendo advertirse que casi todos ellos eran de los primeros conquistadores. Se apoderó la soldadesca de las minas del Potosí, robó la caxa Real, nombraba jueces, y los destituia á su voluntad. Entre los que hicieron figura en el trono y en el cadahalso se cuentan Pedro de Hinojosa, que aspiraba al poder de los Pizarros: Sebastian de Castilla, que casi á su pesar se vió entronizado por sus asesinos, y degollado en expiacion de su delito contra Hinojosa: Vasco Godinez, vengador del uno y del otro, y condenado por los Magistrados que le habian llamado en su socorro contra los sublevados; y últimamente,

Francisco Hernandez Giron, hábil General, que por largo tiempo sostuvo su rebelion; pero que al fin sufrió la suerte de los otros, castigado con la espada de la justicia. De este, dice el piadoso historiador Garcilaso, que tomó las campanas de los templos para hacer cañones, y que nunca le sirvió aquella artillería; „pues Dios no quiso que sirviese para destruccion del género humano el metal consagrado á las Iglesias.”

A Don Antonio de Mendoza le sucedió en calidad de Virey el Marques de Cañete Don Andres Hurtado de Mendoza, cuyo Gobierno fue constante y feliz, favoreciéndole las circunstancias de estar todos cansados ya de alborotos, y dispuestos á la obediencia. Contribuyéron tambien para restituir la paz, desconcertando á los intrigantes algunas medidas severas, que desde luego tomó el nuevo Virey. Apostó guardia en todos los caminos que iban á las ciudades grandes, con órden de que exâminasen á los pasajeros, y reconociesen sus papeles. Tenian los Españoles que llevar pasaporte si querian ir de una ciudad y de una provincia á otra, con lo que exterminó los vagamundos. Prohibió que llevasen armas, y depositó en los almacenes y





### Sayri Capac.

*Viendo Sayri Capac la imposibilidad de recobrar el trono renunciado por su abuelo, se reduxo á aceptar del Virey una pensión; pero al solemnizar el tratado tomó una punta del tapete con franja de oro que cubría la mesa, y exclamó con dolor: No ha mucho que esta mesa y franja eran mías; pero hoy los Españoles quieren que me contente con un hilo: ¿Cuanto aprecian los hombres la sombra sola de derecho aun trono!*

arsenales los cañones, los mosquetes y la munición; y nadie podía sacarlos sin permiso del Virey. En una palabra, tomó todas las precauciones posibles para extinguir hasta la menor chispa de sublevación, y para impedir que se suscitasen nuevos alborotos.

El Inca Manco-Capac había dexado en los Andes un nieto llamado Sayri-Capac, á quien los Peruanos miraban como su legítimo Soberano; y el Virey, para asegurar de todos modos la paz, determinó sacarle de sus montañas, hacerle aceptar una pensión, y que fuese á vivir entre los Españoles. Mucho trabajo le costó al Virey conseguirlo; y el día en que se solemnizó este tratado, tomó por una punta el tapete de terciopelo que cubria la mesa, guarnecido de una rica franja, y dixo: „No ha mucho tiempo que esta mesa y esta franja eran mias; pero hoy quieren los Españoles que yo me contente con un hilo.” No vivió Sayri-Capac mucho tiempo; pero sospechar del Marques de Cañete que tuviese parte en su muerte, le haria muy poco honor. Habia en las montañas otro hermano de Sayri-Capac, llamado Tupac-Amaru, á quien Don Francisco de Toledo, Virey entónces, quiso atraer; pero él dixo que estaba conten-

to en su asilo. Intentáron que le dexase por fuerza; y el Príncipe no hacia sino irse retirando mas léjos á lo interior de los Andes. Al fin, reflexionando que no podia estar oculto por largo tiempo, se puso en manos de los conquistadores, y le hiciéron causa de haber robado á los mercaderes que pasaban por aquellos desiertos, y de haber tramado una liga con sus Caciques para arruinar el Gobierno español. El apeló de la sentencia al Emperador, y al Gran Pachacamac; pero no obstante le quitáron la vida, por mas que Indios y Españoles intercediéron en su favor.

De este modo se extinguió la familia imperial, y cesáron los alborotos del Perú. El Virey Don Francisco de Toledo fue llamado á España, y reprehendido severamente por el mismo Rey Felipe II. Quiso justificarse, suponiendo que merecia premio por haber librado á su nacion de toda inquietud, exterminando las reliquias de la Casa Imperial. Le mandó el Rey que se retirase, y le dixo: „Yo te elegí para ayudar á los infelices Indios en su desgracia, no para ser el verdugo de los Reyes.” Dicho esto mandó encerrarle en una casa, en la que murió de pesadumbre.

Anteriormente no habia sido el Perú mas

que un bosque, y un vasto desierto: los habitantes una especie de brutos, sin religion ni gobierno, y destituidos de todas las artes necesarias á la sociedad: no sabian sembrar, recoger la cosecha, edificar, ni texer telas. Vivian en las cuevas de las rocas y los montes, manteniéndose de yerbas y raices, ó de la caza, y la carne humana: no tenian mas vestido que las hojas y cortezas de los árboles, ó las pieles de los animales. En una palabra, eran enteramente salvages. Las mugeres todas eran comunes, y á la manera de los brutos daban satisfaccion á sus déseos con el primer objeto que encontraban. Este es el retrato que hace Garcilaso de la Vega, siguiendo la relacion de los antepasados de su muger, que era de la casta de los Incas; y continuándole, segun estos se explicaban, dice: „El sol, que es nuestro padre, se compadeció de la miseria de aquellas gentes, y las envió un hijo suyo y una hija, que instruyeron al pueblo acerca de su divinidad, y del modo de darle la adoracion, y para formarle leyes y preceptos con que en adelante obrasen como criaturas dotadas de razon.”

Despues de este primer milagro acaeciéron otros, como se supone siempre en el origen de

las naciones. Estos dos hijos, hermanos al mismo tiempo y esposos, recorrieron el mundo, instruyéndose cada uno por su parte, y volviéron á reunirse en el Cuzco, haciéndole capital de su imperio; y quando su padre el sol los estableció en él, les dixo: „Ya habeis enseñado á esos bárbaros á fabricar casas, á vivir en sociedad, á sembrar, á plantar árboles, á cultivar las plantas, pastorear ganados, y á servirse de ellos, como personas civilizadas, que deben hacer uso de su razon y de sus facultades. Ahora es de vuestra obligacion hacer que reynen la justicia, la piedad, la benignidad y la clemencia. Portaos con vuestros vasallos como los padres con sus amados hijos. Seguid el exemplo de vuestro padre el sol, que derrama sus beneficios por todo el universo, le da la luz y el calor, hace que prevalezcan los granos y crezcan los árboles, que se multipliquen los ganados, y refresca las tierras con el rocío que levanta y dexa caer luego: que todos los días, siguiendo su carrera, visita el mundo para descubrir lo que en él hay defectuoso, y remediarlo.”

El buen Inca, padre de la muger de Garcilaso, que contaba todo esto á su yerno, hablaba despues como estático de los be-

neficios que sus mayores, descendientes del sol, en número de trece Emperadores, derramaron sin cesar sobre los Peruanos y las naciones comarcanas. „Jamás, añadió, tomaron aquellos Príncipes las armas sino en utilidad de los pueblos; no obstante los subyugaban, los atraían á su reyno, y de este modo se formaron un imperio tan vasto.” Pero únicamente pretendían civilizarlos, instruirlos, é inculcar en ellos los principios de religion y de moral para que gozasen de la felicidad que experimentaban sus vasallos; mas por desgracia aquellas felices conversiones se compraron á costa de mucha sangre, y de la desolacion que la guerra lleva consigo á los pueblos vencidos; y así los habitantes de un pais, á quienes Yuparqui queria instruir, le dixéron: „Nosotros estamos acá contentos con nuestros dioses: estos han concedido á nuestros mayores el goce de la independencian, y no tenemos motivo para mudar de esta especie de religion por otra fantástica, con que el Inca sorprende la simplicidad de sus vecinos, y usurpa sobre ellos una autoridad tiránica.” Otras naciones, situadas en un clima abrasado, queriendo este mismo Príncipe persuadirlas el culto del sol, le dixéron claramen-

te que no querian reconocer al sol por Dios ni por su Rey ; „porque á nosotros, añadiéron, la única divinidad que nos conviene es el mar, cuyas aguas nos refrescan y nos proveen de pescado para nuestro sustento ; y quisiéramos estar mas distantes del sol , cuyos rayos solamente nos sirven para hacernos padecer.” A pesar de quanto dixéron los subyugó , y fue convirtiendo los unos y los otros.

Es preciso confesar que en quanto es posible formar juicio por los pocos conocimientos que conservamos, el paganismo no presenta una religion tan sabia, y con ménos fanatismo, que la de los Peruanos. Su moral era benigna é insinuante: no se ve que tuviesen prácticas violentas: su culto se dirigia al sol ; y sus principales sacerdotisas, como eran doncellas jóvenes que se criaban en los templos, hacian agradables los ritos y ceremonias. Todo en las fiestas respiraba alegría, cánticos, danzas, elegantes adornos, ofrendas de flores y de inciensos en unos soberbios edificios revestidos de oro, y resplandecientes con la pedería.

No tenian los Peruanos mas escritura que los quipos, que eran como unas banderillas de diferentes colores, por lo qual no han

podido dexarnos claras descripciones de sus augustas solemnidades; y lo poco que sabemos se debe á la memoria del buen Inca, suegro de Garcilaso, que no podia acordarse de sus fiestas ni de la gloria de sus mayores, sin experimentar un penetrante sentimiento. „Contengo mi llanto, dixo al concluir; pero si mis ojos no vierten lágrimas, no por eso está ménos enternecido mi corazon con el dolor que le causan las calamidades de nuestro Imperio, y las desgracias de nuestros Incas.” A la verdad, causa pena ver que una nacion tan poderosa no levantase ya mas que una cabeza humillada entre los escombros de su grandeza.

Los dos grandes Imperios de México y del Perú son sin duda las mas bellas joyas de la corona americana del Rey de España; pero no son las únicas que la componen: pues ademas de muchas islas, si no posee toda la California, todo el nuevo México, la Florida, y aun el antiguo México, llamado la Nueva España, estan sujetos á su Imperio inmensos paises de todas estas regiones. La opinion de que las posesiones españolas en la América no son las mas bellas y mejores, es á un mismo tiempo falsa y verdadera, por-

que los territorios son tan varios como los climas. En algunos no se ven sino dilatadas llanuras, campos fértiles, abundantes pastos y praderas regadas de claros arroyuelos. Otros por el contrario no ofrecen á la vista sino áridos desiertos, lagos pantanosos, ásperas y escarpadas montañas, bosques inmensos tan antiguos como el mundo: en una palabra, se ve á la naturaleza en el estado mas rústico y selvático.

Aquí se abrasan con el calor del sol, allí se hielan de frio; hasta los terrenos mas favorecidos estan expuestos á plagas, que debieran alejar de ellos al género humano. Tales son los frecuentes terremotos que afligen al Perú y á Chile, dos provincias limitrofes. Es verdad que hay señales diversas que los anuncian, porque se oye circular un ruido sordo en las concavidades de la tierra, brama el ayre, y parece que vibra; los perros dan lúgubres aullidos, las mulas y los caballos abren las patas, y se quedan inmóviles; las aves vuelan como á pausas, y se las ve dar contra las paredes, y estrellarse contra las rocas y los árboles como aturdidas; y entonces los hombres buscan su seguridad con la fuga; pero tal vez en vano, porque igual-

mente encuentran en el campo como en la ciudad \* su sepulcro.

*CALIFORNIA.*

La California es una grande península, que hácia el Norte se junta con el continente por una tierra poco conocida: la rodea el mar Pacífico, que entre ella y el Nuevo México forma el golfo que se llama el lago de California, ó el mar Bermejo. En el lago hay muchas islas, y lo poco que se sabe de lo interior de la California son noticias que nos diéron los Jesuitas, que formáron en ella habitaciones, y nos dixéron que los que la habitan no son absolutamente salvages, antes bien tienen principios de moral, y algunas opiniones con cierta analogía hácia el christianismo, y una idea vaga de la Trinidad y de la Encarnacion, que no se sabe de donde la tomaron; pero que facilita su conversion á la religion christiana; mas como esta no ha he-

\* No puede ménos de haber aquí ponderacion si se habla de lo que al presente sucede, quando tomadas las providencias pasan infinitos años sin que nos vengan noticias de semejantes estragos sucedidos en Chile ni en el Perú.

cho grandes progresos, puede conjeturarse que los misioneros se lisonjaban con estas ideas como hombres fervorosos, que suelen dar á veces por existente lo que desean.

La lengua es la misma entre los salvages y la gente civilizada de la California. No conocen la escritura, ni cosa que supla por ella, como las pinturas de México, y los Quipos del Perú. Los Californios son bien formados, y apénas se ve uno que sea deforme. Tienen los defectos generales de los Indios, que consisten en la insensibilidad, la indolencia y la pereza. Les parece permitido todo lo que les hace al caso. Allí no hay tributos, pero hay muchos máxicos sagrados, que son un equivalente á los impuestos. No tienen un soberano general; pero cada territorio tiene su xefe, que les dice adonde han de ir á pescar, á arrancar raices, á recoger los frutos; y que en caso de necesidad, se pone á su frente para hacer la guerra. Este xefe se elige á pluralidad de votos. Se distinguen entre ellos unos nobles que llaman Rencherías, los quales todos son entre sí parientes, á quienes tributan algun honor, pero ninguna autoridad.

Las habitaciones de los Californios son tan pequeñas, que no pueden tenderse á la larga

en ellas: los mas esmerados en comodidades las cubren con cañas, pero los demas las dexan descubiertas. Andan desnudos, á no ser que se cuenten por vestido las figuras que se graban sobre la piel; bien que las mugeres se cubren algo mas que los hombres. Las ceremonias de su culto son tan ridículas, que no merecen ser referidas, y consisten en danzas hasta que se caen cansados, en gritos de locos, que para ellos son unos conciertos, en el humo del tabaco que se arrojan á las narices, y en ídolos deformes, representados haciendo gestos, y de figura monstruosa como los de México.

#### NUEVO MÉXICO.

El Nuevo México está entre la Luisiana, el antiguo México, y el lago de California. El terreno es fértil, rico en minas y madera de construccion. Los rios son muchos, pero los navegables no son mas que dos. Los naturales son afables, generosos, pacíficos; pero no se debe irritarlos, porque tienen valor, manejan la lanza, y se sirven del arco con mucha destreza. Van vestidos, edifican casas de piedra, y cultivan sus campos.

Cada tribu tiene su Soberano; y por no juntarse todos en cuerpo de nacion, ha sido

mas fácil subyugarlos. Los Españoles no los halláron distantes de abrazar la religion christiana; pero rezelaban que, con pretexto de religion, los despojasen de la libertad, la qual estiman tanto, que quando les han querido tocar en ella, han manifestado el mayor furor. Por lo demas abandonan sus costas á los extrangeros, los quales edificáron la ciudad de Santa Fe, centro de sus establecimientos. Como el pais es sano y agradable, dexa la España que se pasen á él todos los años cierto número de familias pobres: conducta, á la verdad, muy prudente, porque, sobre ser un recurso para los necesidades de la Europa, es el medio de ir comunicando sin violencia las artes, la religion, las ventajas del gobierno y las de la vida social.

#### FLORIDA.

La Florida está entre el golfo de México, las montañas de los Apalaches, la Luisiana y el rio grande de Misisipí. La diéron este nombre, ó porque la descubriéron el dia de Pascua florida, ó porque ordinariamente alegra á los ojos la variedad de sus flores, que lisonjean el olfato con su perfume: ventajas que anuncian abundante germinacion y grande fe-

cundidad. En este hermoso pais habitan unos hombres y unas mugeres que no le afean, porque los hombres son robustos, bien proporcionados, un poco morenos, atrevidos, y constantes en sus empresas; en las mugeres no es fácil decidir qué es lo que mas admira en ellas, si la hermosura, el valor, ó la fidelidad á sus esposos. Entre ellas no es la desnudez vana ni vergonzosa. Dicen los Españoles que los de la Florida engañan en el comercio, pero los que los acusan saben desquitarse.

Los de la Florida adoran al sol y á la luna como divinidades supremas; y tienen otras subalternas, de las cuales hacen ídolos. No les parece mal la religion christiana, sino los vicios de algunos de los que la profesan. Sus poblaciones estan divididas en tribus, y tienen Gefes llamados *Parausquis*, los cuales son los únicos que pueden casarse con dos mugeres. Tienen allí grande imperio los hechiceros, los médicos y los sacerdotes de sus ídolos, los cuales afectan un ayre muy grave, van vestidos de grandes capas de pieles, son taciturnos, y estan reducidos á una vida austera. Los Españoles tienen á la Florida en una especie de sujecion, con dos fuertes guarnecidos de artillería, y bien guardados.

*OTROS ESTADOS ESPAÑOLES.*

La Nueva Castilla, la Nueva Granada, y otros muchos países, en una inmensa extension de terreno de la América meridional, llevan en estos nombres, por decirlo así, la librea española que les vistiéron sus conquistadores. No se conoce el centro, porque puede decirse que los Jesuitas fuéron los únicos que penetráron mas adelante en ellos, y que sin verter sangre ganáron mas imperio sobre los naturales, que todos los soldados españoles. En el centro de estos países se encuentran bosques habitados de grande número de Indios, que se refugiáron allí huyendo de los europeos. Algunos antiguos Peruanos lleváron allá sus ritos y costumbres. Sus padres salian de los palacios, pero ellos salen ahora de las cavernas quando el sol empieza á iluminar el mundo para saludarle con cánticos, y ofrecerle incienso. Viven como hermanos, acordándose tristemente del estado de sus mayores; respetan á los ancianos; se dan la enhorabuena quando alguno nace; se alegran en los casamientos, y lloran en los funerales.

La Nueva Castilla es como el lazo de las

otras posesiones españolas meridionales, que no corresponden al Perú. En ellas no es el ayre sano ni agradable, porque reyna allí un calor sofocante y una funesta humedad; pero hay mucho oro. Estan los naturales muy distantes de una perfecta sujecion, y tal vez no la tendrán jamas, porque son valerosos y constantes; y quando se ven estrechados, se retiran á las fortalezas inexpugnables que les ha dispuesto la naturaleza. Los puertos de la nueva Castilla estan en el mar del Norte, pero pudieran comunicarse por el Darien con el mar del Sur; y supuesto que las costas de estos mares tienen ciudades españolas, indicaremos las principales.

Portobelo es muy mal sano, y tanto que los animales que transportan allá, se enflaquecen á pesar de los pastos. Es el punto de reunion de los galeones; y de Panamá, ciudad bien fortificada, y residencia de un gobernador, se llevan los tesoros de que han de cargarse. Cartagena, centro de un gran comercio, tiene buenas fortificaciones, y muchos habitantes ricos; en su puerto tocan los galeones. Santa Marta, situada sobre el rio grande, ha caido mucho de su opulencia desde que no entran los galeones en este rio. Hacha, Venezuela, Maracaybo, Cumaná, ciudades de lo

interior, con otras muchas que no nombramos, solo pueden llamarse ciudades respecto de otras poblaciones de aquel país, y por tener algunas fortificaciones, pues las hay tan pequeñas que no pasan de cien casas.

Quito puede ser que sea la ciudad que está en el parage mas alto del mundo: allí se respira el mejor ayre, y envian á ella los enfermos para que recobren su salud. Ademas de esta ventaja tiene la fecundidad, pues se goza en ella de una perpetua primavera, ó de un otoño sin interrupcion, que vale mas. Al lado del boton que va creciendo brilla en el mismo árbol la flor que se va abriendo; y la que ya se marchita, y cae para dexar su lugar al fruto. En la misma llanura empieza el trigo á levantarse, mas adelante ya tiene espigas, mas léjos ya está maduro, y llamando al segador. Cuzco, la antigua capital del Perú, no ha degenerado de su esplendor; pero Lima, que es su émula y la nueva capital, sobre no ser ménos magnífica, la excede en el comercio, que con motivo de la vecindad del mar, es muy activo. En esta ciudad reside el Virey, y las cercanías de Lima son muy deliciosas. Lo contrario sucede en el Potosí; no hay aspecto mas triste, porque es una montaña árida, estéril y áspera,

en donde no se hallan frutas, yerbas ni plantas; pero encierra en su seno las minas mas ricas del universo, y se tienen por inagotables.

#### EL PARAGUAY.

Entre las posesiones españolas y portuguesas está el Paraguay, país inmenso, que antes se hallaba cubierto de bosques, pero que la cultura luego hizo fértil. En aquellas selvas tan antiguas como el mundo, andaban errantes con los tigres, osos y leones, y vivian como bestias, familias que solamente se encontraban para destruirse; pero los Jesuitas se atrevieron á penetrar hasta sus guaridas; y á costa de cuidados, trabajos y peligros de toda especie, reunieron como unas cincuenta familias, á las que, con la religion, comunicaron el gusto de las virtudes sociales. Los miembros de estas familias llegaron á ser una especie de misioneros, que llamaron á otras á experimentar el nuevo género de vida, ponderando sus dulzuras y utilidades: de suerte, que ya en el estado floreciente de esta mision vivian sujetas á aquellos Padres mas de quarenta mil familias.

Se les censuraba aquella dominacion exclusiva; que sus Indios no conocian otra auto-

ridad que la suya; que los tenían seqüestrados de los Españoles y de los Portugueses, con tanto cuidado como guarda un zeloso á su muger, y un avariento su tesoro; y se hacia reparable que les hubiesen enseñado las evoluciones militares, á hacer la pólvora, á fundir cañones, y á ponerse en un estado respetable de defensa. Aquellos Indios eran laboriosos, buenos padres, esposos fieles con hijos dóciles, arreglados en sus costumbres, iguales en la riqueza, sin pobreza ni luxo, socorridos en sus enfermedades, alegres, contentos y felices; pero sobre todo muy afectos al sacerdote, que llamaban el Padre por excelencia, sin conocer otro gefe. A los pueblos los llamaban doctrinas; y un historiador dice, que allí se hacia todo como en una familia, pues se cultivaban los campos en comun, se depositaba el producto en almacenes, y se distribuia á proporcion de las necesidades. Todos los dias por la mañana y al anochecer llamaba el sacerdote á los muchachos á toque de campana á rezar, y ninguno podia faltar á oír misa, por cuyo medio no podia el Padre ménos de saber los enfermos que habia para llevarles socorros y consuelos. Siempre tenia abierta, para los que le iban á consultar, su casa, que era muy gran-

de, porque en ella se tenían todas las juntas. Los matrimonios, dice este autor, se celebran en domingo para autorizarlos mas, y en la exhortacion hace memoria el Padre de quanto ha pasado en la semana; alaba, reprehende, impone tambien penitencias, y reconcilia públicamente á los que por algunos prontos impensados estaban separados entre sí; y de este modo reyna la paz, la pureza de las costumbres, y amor verdaderamente fraternal.

#### BRASIL.

El Brasil, que confina con el Paraguay, aunque es la posesion única que tienen los Portugueses en la América, equivale á otras muchas por su fertilidad, riquezas y extension. Quando llegaron á él los Portugueses estaban los naturales divididos y en guerra declarada; y esto facilitó el buen éxito de su empresa á los extrangeros. Dicen que los del Brasil eran antropófagos, ó que comian carne humana; pero esta horrorosa propiedad no está bien probada, y debe sernos agradable no creerla sino quando es imposible dudarla. El autor que refiere esta atrocidad dice tambien que hay endemoniados que tienen conversacion con el dia-

blo, que él los vió y los oyó, y que aquellos pueblos no tienen gobierno alguno, siendo así que reconoce en ellos Reyes, Generales y Caciques; que no tienen policía alguna, sin embargo, de que tienen leyes, y entre otras la del Talion; que no conocen religion, siendo así que concede sacerdotes, y la creencia de premios y castigos despues de la muerte; que no tienen idea de que el alma sobreviva al cuerpo, y al mismo tiempo dice que en las sepulturas ponen provisiones para el viage. Estas contradicciones me hacen creer que, ó los del Brasil son poco conocidos, ó que han atribuido á lo general de tan dilatada nacion las opiniones, que son particulares de algunos territorios.

Estos pueblos son de hombres de buena talla, con bellas facciones, tienen el cabello largo y negro, y la tez de color de cobre; y siendo así que estan colocados en la misma latitud, que los negros que viven en la otra costa del Océano atlántico, son enteramente diferentes en el color, figura y costumbres. Los Brasilenses son infatigables en la carrera, caminan de dia y de noche sin detenerse para sorprehender al enemigo á doscientas leguas de distancia; pero, á la verdad, debe admirarnos

mucho que puedan aborrecerse desde tan lejos. De este pais sacan los Portugueses el palo de tinte, añil, ambar, resina, bálsamos, indigo, tabaco, jaspe, oro, diamantes, hermosas conchas, cristal, esmeraldas, y azúcar en grande abundancia. No se olvidan los golosos de sus deliciosas confituras, ni las damas de las plumas, porque son las mas hermosas del mundo.

En un parage, rodeado de bosques y montañas inaccesibles, existe una república llamada San Pablo por el nombre de la ciudad, que está en el centro; y se compone de Españoles, Portugueses, criollos y negros que, por la mayor parte, tienen contra sí la presuncion de ser fugitivos del castigo. Despues de haber vivido por largo tiempo sin orden y sin leyes, han conocido ya la necesidad de algun gobierno, y este es puramente democrático. Aunque se tienen por independientes de Portugal, pagan, sin embargo, un ligero tributo. Apenas pasan de quatro mil, y su capital es muy aseada y de buenos edificios; pero no permiten estos republicanos que ninguno entre en su tierra, ni le dexan salir de ella; y así no se sabe lo que allí pasa, sino por los negros que algunas veces se les huyen. Nos quieren persuadir

que cerca del Brasil hay una república de Amazonas, y que el grande rio que la rodea ha tomado de ellas este nombre. De estas guerreras se ha hablado en Asia y en Africa; tambien se habla de ellas en la América; pero tanto se encuentran en una parte del mundo como en otra.

*LA GUAYANA.*

Los Holandeses pensáron en apoderarse del Brasil; y rechazados por los Portugueses, se estableciéron á un lado en la Guayana. A fuerza de trabajo han hecho habitable aquel terreno baxo y pantanoso. Lo mas difícil fue abrir avenidas por entre los bosques para dar paso á las corrientes del ayre. Su capital es Surinam, de que dependen algunas islas fecundizadas con la industria.

Tambien los Franceses han puesto el pie en la Guayana; y han colocado el pueblo principal de sus establecimientos en la Cayena, isla formada por el rio de este nombre en su embocadura, y tiene como doce leguas de baxeo, y muchos lugares bien poblados. Aquí se han dado con buen efecto al cultivo del café y á las cañas de azúcar. Así los Franceses como los Holandeses tienen la perspectiva de un es-

tablecimiento inmenso en Tierra-firme siempre que quieran internarse en aquellas selvas; y avanzando por una y otra parte los colonos de la Guayana y los habitantes del Paraguay, podrian con el tiempo darse la mano.

*POSESIONES INGLESAS Y FRANCESAS.*

Las posesiones inglesas y francesas en la América han pasado tan á menudo de una mano á otra, que deben ser comprendidas bajo una denominacion comun. Se extienden estas posesiones por toda la costa del mar, desde poco mas acá del rio Misisipí, hasta poco mas allá del rio San Lorenzo. En este espacio estan la Virginia, la Nueva Escocia, la Nueva Inglaterra, el Canadá y muchas islas grandes. Entrándose tierra adentro, contienen mas ó ménos á los europeos las naciones salvages; y segun se hallan con mas ó ménos fuerzas, se retiran ó acercan. A diferencia de los bárbaros, de quienes hemos hablado, á estos no es la ganancia ni el deseo de robar lo que los induce á arrojarse sobre los establecimientos europeos, sino casi siempre la venganza, y una especie de rabia contra las nuevas poblaciones, mirándolas

como usurpadoras de sus antiguos dominios. Esta misma rabia ha tomado fuerzas, y ha llegado á ser un medio de destruccion por la mala política de Ingleses y Franceses, los quales, siempre en sus querellas, han buscado la alianza de los salvages unos contra otros, les han provisto de armas, los han enseñado á manejarlas, y algunas veces se han puesto á la frente de sangrientas expediciones, sabiendo que el fin habia de ser la matanza de los prisioneros, despues de muchos tormentos que estremecen á la naturaleza.

Algunos de los aventureros que han ido á las riberas de estos salvages á probar fortuna, como solo buscaban refugio contra la necesidad, y asilo contra las persecuciones y alborotos de su patria, se han dedicado por necesidad al cultivo de las tierras; y así han hecho en poco tiempo florecientes aquellas colonias.

#### VIRGINIA.

La primera parte de la dilatada ribera que los Ingleses ocuparon se llamó Virginia, para lisonjear á la Reyna Isabel, que á fuerza de mostrarse muy zelosa en conservar la reputacion de virginidad, ha conseguido hacer dudosa

la suya. Abordáron allí en 1611, y los habitantes diéron á entender mucha sorpresa, pero ninguna intencion de hostilidad. Los halláron cubiertos de medio cuerpo abaxo con pieles de animales, y armados de flechas, de una especie de picas de madera endurecida al fuego, con su escudo en el brazo, y un género de coraza de mimbres. Reconocen un Rey y castas nobles. Ambos sexôs se pintaban la cara y el cuerpo, se adornaban con collares de conchas, de perlas, de patitas de páxaros, segun los medios y la fantasía de cada uno. Hombres y mugeres eran de hermosa talla, y de facciones regulares, aunque un poco morenos. Las mugeres iban mas cubiertas que los hombres; las doncellas mas adornadas que las casadas, y mas cuidadosas de llevar el cabello graciosamente trenzado. Las casadas se le cortaban por delante, y se ponian una especie de rosario en forma de corona. Los ancianos y los sacerdotes iban vestidos de pieles mas finas, y cuidaban mucho de llevar arrastrando la cola del animal como divisa de distincion.

Ademas de los sacerdotes, cuyas funciones aun no estan bien conocidas, tenian hechiceros y adivinos, que era entre ellos gente de gran crédito. Así los hombres como las mugeres te-

nian grabados en la espalda unos caracteres, que indicaban el tiempo y lugar de su nacimiento, su familia, sus dignidades, y á qué Príncipe pertenecian. La divisa de la soberanía eran quatro flechas. No ha podido saberse la significacion de otros caracteres por haber en ellos mucha variedad. Como no conocian el hierro, suplían la falta de este metal con piedras, que ellos hacían muy cortantes, y por medio de conchas que aguzaban.

Al ver la sencillez de sus instrumentos, admiran las obras que hacían con ellos: derribaban los árboles mas gruesos, se servían del fuego para ahuecarlos, y hacer canoas, y sabían manejarle con tanta destreza, que asaban la carne en parrillas de madera sin echarlas á perder. Tambien entendían de alfarería, y sin torno alguno formaban las mugeres con su mano los jarros con mucha gracia. Sus guisados, en los cuales mezclaban raíces y pescados con la carne, hubieran sabido bien á los europeos, si no estuvieran acostumbrados á la sal y á las especias. Eran hábiles y diestros pescadores con caña, con flecha y cestos; cada uno adelantaba sobre las invenciones de los otros; y en este punto la misma emulacion producía mucha variedad. Los Virginios eran

generalmente sobrios, y por esto vivian largo tiempo.

Hoy practican lo mismo que hacian quando los descubriéron. Su grande diversion es reunirse hombres y mugeres al rededor de una grande hoguera, para aullar canciones, y hacer un ruido espantoso, meneando unas calabazas llenas de guijarritos; y esta fiesta se verifica principalmente á la vuelta de una expedicion feliz. Tambien celebran otra cuyo origen no se sabe. Al tiempo señalado acuden todos de muy léjos: los hombres se colocan al rededor del círculo que forman las mugeres: estas tienen en medio á las tres doncellas mas hermosas agarradas de las manos, en la actitud que los antiguos daban á las Gracias, y marcan con los pies el compas que regla la danza general; pero nunca estas juntas se acaban sin un convite.

Sus casas consisten en estacas clavadas en el suelo, y cubiertas con esteras: detras tienen los huertos, y todo de ordinario está cercado con una empalizada. Este conjunto forma las aldeas y aun lugares, que por lo grandes podian llamarse ciudades. Siempre hay en el medio una cabaña mas alta, y cubierta de estera mas fina, que sirve de templo; pero

la idea que han formado de la divinidad, se limita á la que tienen de sus ídolos, los quales son de madera, y tan horribles, que parece los hacen á propósito para infundir miedo. Solo en los funerales se advierten con distincion los ejercicios de los sacerdotes, porque estos son los que guardan los muertos, y oran continuamente por ellos. Sus habitaciones son los sepulcros, los quales consisten en unos poyos de nueve ó diez pies de alto, y en ellos estan tendidos los cadáveres descargados de la carne, pero tan exâctamente cubiertos con la piel, que apénas se advierte que los han disecado. El cultivo principal es el del tabaco y el maiz, y cada uno tiene su campo separado. Entre ellos no está en uso la poligamia, y el sitio destinado á los matrimonios es lugar sagrado.

Me he dilatado un poco sobre las costumbres de estos salvages, por ser todas las de aquellas naciones septentrionales las mismas poco mas ó ménos; y al paso que hable de ellas notaré la diferencia. Lo que diremos de la Virginia, debe mirarse como una cosa comun á todos los establecimientos ingleses, salva la distincion ocasionada por circunstancias particulares. Los Ingleses llegaron, como hemos di-

cho, á aquellos países distantes, huyendo de los alborotos de las guerras civiles del tiempo de Cárlos I: dexáron su patria para no volver á ella, y con resolucion de buscar otra nueva en que fixarse para siempre. Su primera ocupacion fue la sustentadora agricultura; y por esto les diéron el nombre de plantadores, que hoy tienen, y que indica los primeros propietarios de aquellas Colonias. Los salvages, á quienes fuéron retirando insensiblemente estos nuevos huéspedes, cediéron el lugar, mas no sin defender algunas veces sus antiguas propiedades. No hallando los Colonos auxîlio para sus trabajos en los habitantes que huian, hiciéron llevar negros; y con el subsidio de sus brazos sacáron de su cultivo un sobrante, que enviaban á la metrópoli, con la que por los lazos de parentesco y amistad conserváron correspondencias; y de este modo se estableció un comercio lucrativo, ménos brillante, pero mas seguro, que el del oro, como que la subsistencia importa mas que el luxo. Al principio se formáron sus leyes estos colonos; pero sobreviniendo la disension por la diferencia de sentimientos, fuéron á buscarlos en su asilo los alborotos de que habian huido. Unos se quedáron afectos á la autoridad Real, por

mas que parecia haberse abatido con la cabeza de Cárlos I: otros se declararon por la República, y por Cromwel su protector. Estas disensiones, juntas con los ataques de los naturales que no las ignoraban, y se aprovecharon de ellas, pusieron muchas veces en gran riesgo á la colonia. Peleaban todos con furor: ni los salvages ni los Ingleses daban quartel; y aunque estos eran los mas fuertes por la calidad de las armas y la destreza militar, perdian mucho en la asolacion de sus campos, que eran su mayor riqueza. Pretendiéron pues con las mas vivas diligencias hacer treguas, siendo siempre la principal condicion que los salvages se retirarian mas allá; y de este modo sacaban ventajas de la misma guerra.

Viendo el Rey de Inglaterra que la colonia era ya alhaja importante, la nombró Gobernador; y como era plaza lucrativa, la solicitaron los primeros Señores, y hallaron el medio de sacar su ganancia sin trabajo, quedándose ellos en la Corte, y enviando un Teniente. Se quejaron los colonos, y se les respondió: „Que conociesen su interes, pues era mucho mejor para ellos tener al lado del Rey y de los Ministros un Protector permanente, y mucho mas quando tenian en caso de ur-

gente necesidad un Teniente que le supliese." Tuviéron que pasar por estas razones; pero se advierte que casi desde el origen hubo siempre en Virginia una semilla de descontento contra la Inglaterra, y un motivo de division entre la madre y la hija.

#### NUEVA INGLATERRA.

La Nueva Inglaterra, que está mas al Norte que la Virginia, la freqüentáron los Ingleses antes que á esta. Pintar los progresos de su establecimiento, su aumento, su odio contra los salvages, y las variedades de su gobierno, seria repetir lo que hemos dicho de la Virginia; y así solo advertiremos, que las discusiones en punto de religion han sido mas vivas y animadas que entre los Virginios. Se retiráron allá muchos Puritanos despues de la muerte de Cromwel; y con sus ideas de mayor perfeccion, llegóron á la intolerancia. Empezó entre ellos mismos la division. La eficacia de la gracia, la fuerza de los méritos, punto y materia que quanto mas trataban, ménos sabian conciliar, acaloró los espíritus, y sobre todo las cabezas de las mugeres. Arrastráron estas á sus maridos, y se juntó una es-

pecie de Senado. Los que no se contentáron con su decision, se retiráron á Rhode-Island: la pobláron, la cultiváron, y estableciéron un comercio considerable. De este modo una de las mas bellas partes de las colonias inglesas se hizo floreciente á costa de las disensiones en materia de religion, entre los mismos que estan separados de la Iglesia.

Los Ingleses, que tanto murmuran de la Inquisicion, que en ninguna parte es cruel, atiendan á lo que ha pasado en la Nueva Inglaterra, y verán que entre ellos han sido mas sanguinarios los errores que la defensa de la verdad entre los católicos. No vemos que haya habido razones políticas para proscribir de la nueva Inglaterra á los Quakeros, como pudieran haber sido los intereses de comercio, y el temor de que se les atravesase un negociante mas industrioso, ú otros motivos semejantes. No hubo mas que un odio verdadero de la falsa teología; y así en la ley publicada sobre este punto se verá la causa con que les hicieron padecer la mas sangrienta persecucion. Dice pues: „A todo Quakero, á quien por primera vez, despues de haberle desterrado, se vea en la Nueva Inglaterra, se le condenará á cortarle una oreja, y poner-





### El perro brujo.

*Tanta llegó á ser y tan gruesa la superstición de los puritanos en la Nueva Inglaterra, que acusado un hombre de que había atarado por el aire mentado en su perro, fue condenado á muerte, y aunque le costó mucho trabajo, se executó la pena en su perro. Muchos y grandes necios se conocen entre las gentes sin letras, pero ninguno de estos lo es tanto, tan pernicioso y ridiculo como los falsos teólogos.*

le en la casa de correccion, aplicándole á duros y penosos trabajos, hasta que se le pueda embarcar á su costa. La segunda vez se le cortará la otra oreja, y se le encerrará igualmente. Si es muger será cruelmente azotada y enviada á la casa de correccion. La tercera vez á hombres y á mugeres se les pasará la lengua con un hierro ardiendo, y se les encerrará hasta que se les embarque á su costa.”

No me pasma que los fanáticos sean al mismo tiempo crédulos, lo que admira es que los mismos fanáticos hayan creído en hechiceros. Pero entre los perseguidores vemos un Gobernador, unos Ministros puritanos, y unos Magistrados, á cuya vista se daban los tormentos mas crueles para que las infelices mugeres confesasen que habian hechizado á otras. Sobre la deposicion *de los espíritus* mandáron ahorcar á muchos; y hubo juez que cansado de presidir estas sangrientas execuciones, no queriendo continuar en su ministerio, fue acusado como cómplice, y se vió en la precision de salvarse huyendo. Acusáron á un hermano suyo de que habia atravesado por el ayre á caballo en su perro para ir á la brujería: ya le tenian condenado, y le costó mucho evitar la muerte; pero quitáron la vida á su perro. Pasaríamos en

silencio las noticias de tan bárbara demencia, sino importara que hallen los hombres en la historia exemplares que les inspiren horror á la persecucion. Sepan pues que fuéron acusadas casi doscientas personas; que de estas encarceláron á ciento cincuenta; que condenáron á muerte á veinte y ocho, y que en veinte se verificó la execucion.

*MARILAND &c.*

El pais de Mariland, vecino de la Virginia, siempre ha estado bastante tranquilo. La Colonia de Nueva Yorck, en que se hallan Long-Island y otras muchas islas, ha dado que hacer á la metrópoli para su gobierno, y fue necesario mudar y renovar sus privilegios. La Nueva Jersey fue en su origen el refugio de todos los disidentes, tanto Católicos como Quakeros. En ella está la famosa ciudad de Boston. Por último la Nueva Escocia, ó la Acadia, pasó de los Franceses á los Ingleses, que en el día la poseen, y por ella han avanzado al Canadá. No debe admirarse que esta bella provincia, expuesta á sus invasiones, y sin mas auxílios que los que iban de Francia, haya caído en manos de los Ingleses.

ses, los cuales reparaban fácilmente sus pérdidas, y proveían con abundancia á las necesidades de sus ejércitos, por tener tan cerca el recurso de sus colonias.

#### TERRANOVA.

La isla de Terranova, que por decirlo así domina al rio de San Lorenzo, disputada entre Franceses é Ingleses, pertenece por último á estos. Entra este rio en el mar por una embocadura de treinta leguas, en la que halla otras muchas islas, que tambien han sido disputadas por ambas Naciones europeas; pero las fortalezas que edificáron los Franceses, y entre otras la de Luisburgo, han caido sucesivamente en manos de los Ingleses. Terranova es mas importante por su situacion que por sus producciones. Está cubierta de bosques, y tiene como trescientas leguas de boxeo. Es extremado allí el calor en el verano, é insoportable el frio en el invierno. Sus naturales son pequeños, pero de mucho nervio: la extraordinaria anchura de sus caras sorprende á la primera vista: no se les ve un pelo de barba; son astutos y traydores, y nunca piensan restituir lo que han robado; bien que

esto no es propiedad particular de solos los habitantes de Terranova.

El gran Banco, que se puede llamar el imperio del bacallao, dista poco de la isla; y podrá tener trescientas leguas de largo sobre ciento de ancho. Viene á ser una montaña debaxo del agua, cuyas cimas son desiguales. Es increíble la multitud de bacallaos que allí se pesca. Quando estos pescados se van acercando á esta especie de punto de reunion, se carga el ayre de una niebla tan fria y densa, que apénas la puede penetrar el sol; y al mismo tiempo la isla de Terranova, que está inmediata, goza de un cielo sereno y puro. Este fenómeno es una dificultad para los naturalistas. De esta pesca, beneficio de la Providencia, participan Ingleses, Franceses y Holandeses, aunque á veces procuran prohibirse mútuamente su disfrute.

#### CANADÁ.

El Canadá fue llamado la Nueva Francia; pero ya no pertenece á Francia. Aquí se descubre otro estado de cosas. No formáron esta colonia los plantadores. Los Franceses, subiendo por el rio San Lorenzo, halláron

unos salvages cubiertos de pieles finas, que trocaban gustosos por las bagatelas de los aventureros, y estos avanzando siempre hácia lo interior de las tierras, de donde les traian tan preciosas pieles, procuráron elegir lugares de descanso y de refugio, de los quales partian para ir mas léjos, y adonde se retiraban quando eran perseguidos. A esta precaucion deben su origen las ciudades de Quebec y de Montreal, que estan en la ribera del rio grande, y las poblaciones colocadas en la orilla de otros rios mas pequeños.

La actividad de los Franceses no les permitia esperar siempre en esta ciudad el producto de la caza de los salvages; y así tomaron por diversion ir á las fatigas y peligros de los cazadores, con cuyo motivo hicieron descubrimientos muy distantes. No les fue posible mezclarse en los ejercicios de los naturales del pais sin tomar interes en sus guerras; y los Canadienses deseaban singularmente la alianza de estos extrangeros por sus armas de fuego; pues las naciones que podian llevar en sus filas algunos arcabuceros contaban por segura la victoria.

Los nombres de los principales pueblos conocidos que habitan aquellos vastos paises,

cubiertos de bosques, y cortados por muchos rios, ó inundados de grandes lagos, son estos: *Algonquinos, Iroqueses, Hurones, Natches, Esquimales é Ilíneses*. Todos estos son diligentes, ágiles é infatigables como buenos cazadores. Tienen el oido tan fino, la vista tan perspicaz, y el olfato, segun dicen, tan vivo, que aplicando á las narices la yerba que han pisado, dirán de qué nacion es el que ha pasado por allí. Estas ventajas les sirven de mucho en las guerras de unos contra otros, porque todas las hacen por sorpresa, y su fin principal es hacer prisioneros. La conducta que observan con ellos presenta contrariedades difíciles de conciliar, porque los acarician y los atormentan, los adoptan y los matan. La relacion de esto nos ha venido de un testigo ocular.

A un xefe iroqués le hicieron prisionero los Hurones, y estos en su junta conviniéron en presentársele á un antiguo xefe de su nacion para que reemplazase á un sobrino que habia perdido en la guerra, ó dispusiese de él á su voluntad. Luego que cautiváron al Iroqués le golpeáron, le hiriéron, le quemáron, y le cortáron dos dedos. El xefe de los Hurones viéndole en aquel estado, le dixo:

„Sobrino, no puedes imaginar el gozo que he sentido por saber que quieres reemplazar gustoso al sobrino que he perdido. Ya te tengo dispuesta una estera en mi cabaña; y para mí sería grande satisfaccion vivir contigo en paz el resto de mis dias; pero el estado en que te veo me precisa á mudar de resolucion. Los males que padeces deben hacerte insoportable la vida, y creo que te haré un gran servicio en abreviar su duracion. Valor, querido sobrino, disponte para hacernos ver que eres hombre, y que sabes sufrir toda especie de tormento.” Despues de esta arenga revistiéron al prisionero de los mas bellos vestidos, y le sirviéron los mas delicados manjares: le cuidaba mucho la hermana del sobrino á quien iba á remplazar: le diéron por compañera una doncella jóven y hermosa, y le paseáron con gran pompa por las aldeas. Quando volviéron á traerle, el tio anciano le puso su misma pipa en la boca, y con bondad paternal le enxugaba el sudor que humedecia su rostro.

Llegó el dia de la última ceremonia: dió el tio una gran comida, hizo el sobrino los honores, y al fin se levantó, y dixo á los concurrentes: „Hermanos, aquí estoy pronto á morir, divertios al rededor de mí; pe-

ro creed que yo no temo la muerte ni los tormentos que me quereis dar." Entonó una cancion, y acompañándole todos los guerreros, le llevaron á la *cabaña de la sangre*. Allí volvió á empezar su cancion de muerte. Le ataron á un poste, le cercaron los jóvenes encargados del suplicio, exhortándoles un xefe á portarse bien, y á llevar despacio los tormentos para que fuesen mas largos y mas crueles. A su presencia diéron destino á todos sus miembros: á tal lugar un brazo, á tal otro, y á tal la cabeza. El lo oia con gran frescura. Empezó la execucion, encendiéron hogueras al rededor de su persona, le aplicaron hierros encendidos en los parages mas sensibles, le desgarraron, le hicieron tajadas, y él todo lo sufrió sin mostrar señales de dolor, hablando de los asuntos de su nacion, como lo haria en su casa y en medio de su familia.

Empezaron estas barbaridades al anocheecer, y se prolongaron por toda la noche, pues tienen por cosa importante que el sol ilumine su muerte, y así que se ve el sol le dan el golpe mortal. Le cortaron los miembros para llevarlos á sus destinos, y echaron en una caldera el tronco del cuerpo para hacer un convi-

te. En todas estas naciones es punto de honor y una especie de religion ostentar aquella insensibilidad incomprehensible, y un desdeñoso desprecio, no solo de la muerte, sino tambien de los tormentos mas horribles. Para aquellos salvages nada es la ganancia respecto de la fama. Proponia un Gobernador frances á un xefe de los Hurones el rescate de los prisioneros Iroqueses que habian hecho; y él respondió con altivez: „Yo soy guerrero, y no mercader. No dexé yo mi cabaña para traficar, sino para pelear; si tienes deseo de esos prisioneros, llévatelos, pues yo bien sé en dónde puedo tomar otros, ó morir.” Esta alternativa se funda en que quando salen de sus cabañas para alguna expedicion, no pueden, so pena de pasar por cobardes, volver á ella sin llevar prisioneros.

Aquellos pueblos hacen sus tratados con toda la solemnidad de que son capaces. Esta es la descripcion que nos hacen de las ceremonias de una paz jurada entre los Algonquinos, los Hurones, los Iroqueses y otras naciones á presencia de un Gobernador frances, que hacia de mediador. En medio de la asamblea habia un espacio señalado con una cuerda, el qual era el lugar destinado á la ac-

cion de los oradores. Estaban sentados los diputados de las naciones guardando respetuoso silencio. Entró el orador iroqués cargado de tantos collares como artículos se contenian en el tratado, y dirigiendo sus palabras al Gobernador, á quien por honor, y por una especie de adopcion, dió el nombre de algun hombre insigne de su nacion, le habló en estos términos: „Ovonthio, abre tus oidos á mi voz. Todos los Iroqueses hablan por mi boca; mi corazon no alimenta sentimientos malos, y mis intenciones son puras. Queremos olvidar las canciones de guerra para cantar solamente cánticos de alegría.” Despues de este principio sublime en su simplicidad, entonó una cancion, que continuó el coro de sus compatriotas. Entre tanto se paseaba con viveza el orador en el circo; se paraba de repente, miraba fixamente al sol, daba una patada, se retorcia los brazos, y hacia diferentes contorsiones, que debian ser relativas á los sentimientos que la cancion expresaba.

Entre los prisioneros que los Iroqueses restituian habia un Frances; y el orador, tomando un collar, se le echó al cuello al Gobernador, y le dixo; „Padre mio, este collar da la libertad á tu súbdito.” Despues le hizo



### El Iroqués.

*En el congreso de paz entre varias naciones del Canadá presidia un francés. Le era tambien un prisionero de los que el representante iroqués desvela; y este, poniendo al presidente un collar, le dice: Este da la libertad á tu súbdito; y luego con dub-una le afió el mal trato dado por él á sus Iroqueses. ¡Qué humillacion para el europeo, verse justamente recompensado de dureza por uno de los que llamamos salvajes!*



una reconvencion amistosa sobre que, enviando á su patria ciertos prisioneros iroqueses, no habia cuidado de su seguridad, y habian corrido riesgo en el camino. „Yo, dixo, no me he portado así con este que te entrego, antes bien le dixe: Sobrino, ven conmigo; pues quiero llevarte á tu familia, aun con peligro de la vida.” Habia ido colocando los demas collares en la cuerda que formaba el recinto, como emblemas cada uno de los artículos del tratado. Uno indicaba la libertad de la pesca y caza; otro prescribia las precauciones que habian de tomarse para visitarse sin riesgo; otro anunciaba las fiestas que se celebrarían en regocijo de la alianza; otros anunciaban la voluntad de restituirse recíprocamente todos los prisioneros, el deseo de verlos llegar, y el recibimiento amigable que tendrían. Algunas veces no explicaban los artículos con palabras, sino con unos ademanes muy expresivos.

La caza es la principal ocupacion de los salvages del Canadá. Persiguen á unos animales para sustentarse con su carne; á otros por las pieles finas, y tal vez por ambas utilidades. El elan es una especie de ciervo mucho mas corpulento que los nuestros, de carne muy sana y delicada; su piel es fuerte, ligera y de abrigo.

Este se vuelve contra el cazador que le ha herido, y es un animal de los mas vivos que se conocen. Tiene por enemigo al carcajú, el mas perezoso y lento de los quadrúpedos, que para cogerle le está acechando subido en los árboles de los bosques, y dexándose caer sobre el elan como una pesada mole, le asegura con todas quatro patas montado sobre el espinazo, y por mas esfuerzos que haga el elan, le debora el carcajú. Los ciervos ordinarios y búfalos son muy comunes. Las pieles de lobos, martas, armiños, ratas del bosque, ratas de olor y ardillas son muy estimadas. Tambien hay un animalito que, quando le persiguen, suelta una agua que infesta el ayre por un quarto de legua en circunferencia.

El animal mas curioso de esta parte del mundo es el castor. Es del tamaño de un perro grande; su figura por delante es de quadrúpedo, por detras casi de pescado. Se advierten en él una propension decidida á la sociedad, inclinaciones pacíficas, apetitos moderados, horror á la carne y á la sangre, y el arte de construir obras, cuya hermosura, grandeza y solidez suponen un instinto, que pareciera inteligencia si tuvieran la industria de variar. Los castores, á veces en número de trescientos, sue-

len reunirse para construir sus habitaciones de invierno al fin de Julio. Si hallan aguas mansas como las de un estanque, que siempre conserva su nivel, se establecen en la orilla. Si no encuentran mas que aguas corrientes, construyen una calzada para sostenerlas á la misma altura, con desaguaderos que ellos disponen, y forman un estanque. Se han visto calzadas de cien pies de largo sobre diez ó doce de grueso en la basa.

Hecha esta obra pública, á que todos concurren, se dividen los castores en compañías para edificar las habitaciones particulares, que son unas casitas construidas sobre estacas á la orilla del estanque, algunas veces de dos ó tres altos, desde cinco hasta ocho pies de altura; y tienen dos salidas, una hácia tierra para salir á buscar ramas de árboles, cuya corteza es su alimento, y otra hácia el lago para echarse fuera al menor susto. Tambien tienen mas arriba del agua una ventana para dar luz á lo interior, todo bien revestido, impenetrable al agua, y con el mayor aseo. Los instrumentos con que el castor derriba gruesos árboles, y los dispone para su destino, son dos dientes muy duros con que corta y sierra, y las uñas muy fuertes de sus patas, dispuestas en forma de manos, que le sirven para dirigir aquellos ár-

boles de modo que caygan en el agua. Su cola aplastada, oval, y cubierta de escama, que tendrá un pie de largo, una pulgada de grueso, y cinco ó seis de ancho, le sirve para acarrear sobre el agua la mezcla desleida, y es el único instrumento con que la bate y consolida. Tambien le sirve de timon, y nada vigorosamente con el auxilio de las membranas que tiene en las patas de atras. De la misma agua hace suficiente apoyo para retener contra la corriente los árboles que arroja en ella para sus fábricas.

Concluyen los castores sus trabajos á fines de Setiembre, y pasan el invierno con su familia multiplicándose. Los machos dexan las hembras por la primavera; van de quando en quando á ver lo que pasa en la cabaña; pero no hacen mansion en ella. Ellos son los que hacen y preparan las provisiones de maderos para el invierno, y las madres se quedan dando de mamar y criando sus cachorrillos; y en estando estos ya fuertes, llevan la familia á tomar el ayre, la regalan con peces, cangrejos y cortezas frescas. Vuelve la sociedad á juntarse en otoño, si no hay que hacer en su establecimiento mas que algunos reparos; pero si alguna inundacion, ó qualquiera otra desgracia, ha

hecho considerable daño en el dique y las cabañas, se juntan antes.

Quando los salvages no necesitaban las pieles del castor mas que para sí, se contentaban con los que cogian cazando en el bosque; pero desde que son objeto del comercio y del luxo, acometen á toda la sociedad entera, rompen los diques para llegar mas fácilmente á las cabañas, y destruyen las poblaciones. Estos pacíficos colonos se han retirado mas al norte por librarse de tales violencias, pero aun allí los persiguen los cazadores. Ya viene á ser rara la especie, y es de temer que muy presto falte absolutamente.

Por ciento y cincuenta años se han hecho Franceses é Ingleses funesta guerra en el Canadá; y han tenido la desgracia de hallar allí dos naciones tan enemigas entre sí como ellos. Estas son los Hurones y los Iroqueses, sin contar con otros pueblos ménos numerosos, cuya enemistad han avivado ellos mismos, multiplicando de este modo la matanza.

La importancia de la colonia del Canadá cuenta su data desde 1668. La Francia, que hasta entónces la habia despreciado, pensó en hacerla floreciente, y envió allá nobles de pocos bienes, dándoles tierras con el título de

Señoríos: de suerte que, con mediana industria, llegaron á poder vivir como caballeros. Los soldados se hicieron plantadores y colonos; los Oficiales fuéron grandes propietarios; y desde luego el ardor frances dió nuevo aspecto á la colonia. Se entregáron con emulacion á la industria y al trabajo; pero duró poco esta actividad, porque los Franceses, desde que pudieron subsistir honradamente, no trabajáron mas; y entónces adquiriéron las colonias inglesas una superioridad conocida.

De las dos colonias nos ha dexado un Frances esta comparacion. „En la Nueva Inglaterra y otras posesiones inglesas se ve una opulencia, de que no hacen uso los que las poseen. En la Nueva Francia se percibe una verdadera pobreza, pero oculta con un ayre de grandes conveniencias. El plantador ingles junta riquezas, pero privándose de todo gasto inútil. El Frances del Canadá goza con desahogo de quanto ha adquirido, y tal vez hace ostentacion de lo que no tiene. El primero trabaja para su posteridad; y esta es en la que ménos piensa el segundo, abandonándola á la pobreza y desamparo en que él se ha visto, y dexándola el cuidado de pasar como pueda.” Debe desearse que de la mezcla de la parsi-

monia inglesa y del descuido frances se forme en el Canadá un carácter nacional igualmente distante de ambos extremos. Se cedió el Canadá á la Inglaterra por el tratado de Paris en 1763, habiendo costado á la Francia, en nueve años de guerra, ciento veinte y dos millones quinientas y noventa mil libras.

#### LA LUISIANA.

Si los Franceses pudieran figurarse los trabajos que pasaron sus mayores, y quanta sangre ha costado adquirir algunos rincones de tierra en la Luisiana y mantenerse en ellos, se alegrarian de la resolucion que ha tomado la Francia de abandonar tan desgraciada colonia. Desde 1560 en que entraron, no ha habido dia en que no hayan peleado con los salvages mas crueles, con los Españoles, y los Ingleses envidiosos de esta posesion. Lo mismo ha sucedido con una parte de la Florida, adquirida con no ménos sangre y trabajos; pero ya han abandonado la Florida á los Ingleses, y la Luisiana á los Españoles.

El objeto de los Franceses, quando fortificaron estas colonias, era enclavar las posesiones inglesas entre los grandes lagos, que estan á

la parte opuesta, y los dos rios Misisipí y San Lorenzo. Tambien podian proporcionarse una especie de dominacion sobre el golfo de México por la Luisiana y la Florida; y siendo limitrofes de los Ingleses y los Españoles, tener entre estos la balanza; pero estos motivos políticos, buenos para la América, han tenido que ceder á otros que preponderan en Europa. Han cedido los Franceses estas dos colonias, quando su valor y paciencia tenian ya subyugados á los antiguos habitantes; y quando (pase por elogio ó reprehension) casi los habian destruido á todos, y entre otros á los Natches, que son los mas bárbaros, y por cuyas costumbres puede juzgarse de las de las otras naciones.

Hay apariencias de que los pueblos de aquel vasto pais, que se cree extenderse por el Norte hasta el Asia, si no por tierras contiguas, á lo ménos por islas, todos tienen el mismo origen. Sus idiomas, aunque diferentes, se semejan mucho entre sí; sus costumbres no varían sino en cosas de poca importancia: la crueldad con los prisioneros es la misma, porque á todos los atormentan y los comen. Por lo general son bien formados, y sus mugeres paren con tanta facilidad, que no se meten en

la cama hasta haber ido por sí mismas á lavar sus niños en el rio, aunque muchas veces sea preciso romper el hielo. La almohada en que descansa la cabeza del niño en la cuna no levanta mas que el colchon; y así la cabeza, como que descansa por igual, se queda aplastada, y no redonda. Le atan para que no se cayga, pero siempre le dexan libres el pecho y el vientre. Nacen blancos; pero las frecuentes unturas, en las quales entra mucho el encarnado, los ponen de color de cobre. Tienen por indispensable el untarse para hacerse ágiles, y endurecer la piel contra la picadura de los mosquitos.

Padre y madre cada uno cria su sexó; y es su autoridad tan respetada, que el título mas honorífico que pueden dar es el de padre; mas en esto no son pródigos, y por consiguiente, quando llaman padre á alguno, le conceden en esto la mas segura salvaguardia. Todos los dias se bañan, aun en el tiempo de mayor frio; y las doncellas nadan como los muchachos. El trabajo del gobierno de la casa carga sobre las mugeres, porque los hombres se ocupan en la caza, en la pesca, en cultivar y edificar; para todo esto se unen entre sí, y lo toman por diversion. Los niños de ambos

sexôs se van acostumbrando desde la mas tierna edad á llevar cargas, cuyo peso se les va aumentando á proporcion que van creciendo; y de este modo, en la fuerza de la edad, llevan algunas veces tanto peso que pasma.

Los ancianos son los depositarios de la tradicion; pero no la comunican á los jóvenes; y aun entre los hombres hechos, solo admiten al conocimiento *de las antiguas palabras* á los que se han distinguido por su juicio y prudencia. Ellos tienen idea de un ser supremo, al que llaman *el grande espíritu*, el qual tiene á su disposicion otros espíritus siempre prontos para executar sus órdenes. Dicen que el ayre está lleno de otros espíritus perniciosos, y así los invocan aquellos pueblos para no ser objeto de su malevolencia; les hacen ofrendas, y se imponen en su honor largos ayunos, en cuyo tiempo se retiran de sus mugeres. Muchos de ellos no tienen ídolos en sus templos; pero mantienen vivo el fuego con ciertos ritos y ceremonias, que dan á entender que le miran como sagrado. Allí todo hombre es sacerdote y médico.

No se repara en la familiaridad de los dos sexôs como las solteras no tengan hijos, y así son muy hábiles en procurar el aborto. Ganan

el dote con su galantería; pero una vez casadas, cesan los amores inconstantes, y entra la fidelidad. La poligamia y el divorcio son muy raros. Las cabezas de familia son como los ministros del casamiento, y la ceremonia con que se celebra tiene una sencillez que enternece.

La familia de la futura esposa la lleva con silencio á la cabaña del jóven, y ya encuentra ordenada delante de la puerta á la familia de este, la qual la recibe con aclamaciones, á que ella corresponde. El anciano de la familia de la doncella es introducido á la cabaña, en donde encuentra al anciano de la familia del jóven, el qual dice al que entra: ¿Con que estás acá? y el otro responde: sí: pues siéntate, replica el primero; y luego se quedan en silencio como quien medita lo que va á hacer. Se levantan despues, y dicen á los dos jóvenes: Acercaos acá; y les hacen un discurso sobre las mutuas obligaciones del matrimonio. Traen los regalos, y dice el mozo á la doncella: ¿Quieres recibirme por tu esposo? y ella responde: con todo mi corazon: ámame tanto como yo te amo, que yo no amaré á otro hombre jamas. La hace el mozo su presente, diciendo: Yo te amo, y te tomo por muger, aquí está lo que doy para comprarte. Entónces él se pone so-

bre la oreja izquierda una pluma de ave, y una ramita de encina, para significar que está dispuesto á recorrer los bosques con la rapidez de un páxaro, para proveer de caza á su muger y á sus hijos. En la mano derecha tiene un arco y flechas en señal del empeño en que está de defenderla. La muchacha tiene en una mano una rama de laurel, y en otra una espiga de maiz, que su misma madre la presenta. El laurel significa que será siempre afable y aseada; y el maiz, que tendrá cuidado de preparar la comida para su marido. La presenta el jóven la mano derecha diciendo: Yo soy tu marido; y ella responde, yo soy tu muger. El jóven y los parientes de su nueva esposa se dan la mano, y lo mismo hace la novia con los parientes de su marido en señal de la union de las dos familias. A presencia de todos los concurrentes, cuyo aspecto da un ayre respetable y augusto, muestra á su muger la cama, y la dice: Mira nuestra cama, mantenla en buen estado, y cuidado con no profanarla jamas. El resto de aquel dia se pasa en convites, danzas y regocijos. Allí, por lo general, tratan á las mugeres con amor y atencion, como que tienen voto en la sociedad.

Los salvages estan repartidos en tribus; pe-

to los nombres solo de los que se conocen desde los Estados europeos hasta el Norte, caminando hácia las fuentes de los grandes rios, ocuparian una lista larguísima. No es fácil, ó por mejor decir, es imposible particularizar las costumbres de aquellas gentes, porque en cada una hay de bueno y de malo; hay singularidades y extravagancias. Unas tienen Reyes electivos, otras hereditarios ó simples xefes, que á un mismo tiempo tienen á su cargo la guerra y la policía. Aun las mugeres no estan excluidas en algunas partes de estos empleos. Con poca diferencia se halla esta mezcla entre los Natches, que es una de las naciones mas poderosas entre las de la Luisiana y la Florida.

El xefe principal, dicen los que han vivido con ellos, se llama *Sol*, como entre los Hurones y otros muchos; y no es el hijo del antecesor, sino el de la parienta mas cercana, á la qual llaman *la Muger xefe*; y aunque esta no se mezcla en el gobierno, no dexan de tributarla grandes honores. Esta y el xefe tienen derecho de vida y de muerte; y quando los súbditos se llegan á ellos ó se retiran, tienen que saludarlos por tres veces con una especie de aullido, y no pueden volverles las espaldas. Debe presentárseles lo mejor de la caza,

de la pesca y del botin. Al salir el sol se llega el xefe hasta la puerta de la cabaña, y así que le ve, se postra y aulla respetuosamente tres veces; le presentan una pipa, envia al sol las tres primeras fumadas; y con otras tantas perfuma el Norte, el Poniente y el Mediodia. No conoce mas que al sol, y supone que de él trae su origen.

Quando mueren el principal gefe ó la muger xefe, todos sus criados tienen que seguirlos al sepulcro, y lo miran como grande honor. No queda privado de este mismo el marido de la muger xefe, porque es costumbre que su hijo mayor le ahogue con un cordel. Hacen de quanto hay en la cabaña una especie de trono, sobre el qual ponen los cadáveres de los dos esposos, y la primera ofrenda es la de doce niños, que su padre y su madre deben ahogar por su mano. Se sigue una procesion fúnebre, pero que afecta gozo y alegría. Van en medio catorce personas de ambos sexos, sacrificadas á la muerte, pero deben aparentar contento. Cada una lleva un cordel al cuello, y los dos cabos van en manos de dos hombres cada uno á su lado. Miétras colocan los dos cadáveres en la sepultura se van desnudando las víctimas. Entonan los parientes

una cancion, y á esta señal son ahogadas todas á un mismo tiempo, y echándolas en el hoyo, le llenan al punto de tierra.

Entre los Natches á nadie sino al xefe principal se permite la poligamia. Las doncellas de familias nobles, que se llaman *hijas del Sol*, no se casan sino con hombres del pueblo; pero bien cara pagan estos infelices la honra que les hacen, porque si ellos son infieles pueden quitarles ellas la vida, y contra ellas no hay el mismo derecho, pues toman quantos amantes quieren sin que pueda quejarse el esposo. Este observa en su presencia un respetuoso continente, y jamas come con ella; reduciéndose todo el privilegio, que logra con esta alianza, á estar exênto del trabajo, y tener sobre los criados alguna autoridad.

Se estremece el alma quando piensa en los terribles tormentos que estas naciones, por costumbre general, hacen sufrir á sus prisioneros de guerra. La insensibilidad que muestran las infelices víctimas de esta ferocidad, admira tanto, que algunos han llegado á imaginar que los salvages de estos paises tienen los sentidos mas obtusos, padecen ménos, y en una palabra, que no sienten el dolor que los europeos; pero no se percibe causa para que sus nervios y el prin-

cipio de la sensacion sea en ellos ménos irritable. Lo mas puesto en razon es que la fuerza del exemplo y de la preocupacion no les permite quejarse, porque se deshonorarian si se les escapara un suspiro, y esta deshonra redundaria en la de su nacion. Esto basta para que tengan la fuerza de mandar á sus sentidos exteriores, y de arreglar sus expresiones. Ello es un fanatismo; pero no hay opinion que, en llegando á este punto, no consiga que todo se haga y que todo se sufra.

Quando los Españoles y los Franceses se disputaban en la Florida el derecho del primer ocupante, un Capitan frances, llamado Rivaldo, pidió á los Españoles una conferencia. Se acercó un soldado solo al pequeño destacamento frances, sacó de las filas á Rivaldo, y le dixo con grande gravedad: „¿Obedecen los soldados franceses exâctamente las órdenes de sus Comandantes? Sin duda, respondió Rivaldo; y replicó el Español: pues no te admires de que yo obedezca á la orden de mi General.” Y al mismo tiempo le atraviesa con un puñal el corazon. Al punto se vió rodeada toda la escolta, que se componia de protestantes, ahorcáron los Españoles á todos los soldados, y pusieron esta inscripcion: *No como Franceses, sino como hereges*

*y enemigos de Dios.* No vengó Cárlos XII esta atrocidad; pero sabiendo el suceso un caballero gascon, llamado Degourgués, sin embargo de ser católico, juró vengar á sus compatriotas. Vendió toda su hacienda, hizo un pequeño armamento compuesto de soldados valientes, llegó á la Florida, acometi6 á los Españoles, les tomó el fuerte, y los hizo ahorcar á todos, poniendo este rótulo: *No como Españoles, sino como traydores y homicidas.* Semejante epitafio, proclamado á la frente de los exercitos, valdria para la seguridad de los prisioneros tanto como un cartel de cange.

*CAROLINA, GEORGIA, PENSILVANIA.*

La Carolina y la Georgia tomaron el nombre del Rey Cárlos y del Rey Jorge. La Pensilvania le tomó de Guillermo Pen, su primer propietario. Estas tres provincias, que vienen á ser quatro, porque la Carolina se divide en dos, estan en el clima mas feliz, enriquecidas con todos los bienes de la naturaleza; y aunque son las últimas que han habitado los europeos, se han poblado prodigiosamente en un instante, por la afluencia de los extrangeros de todo culto, secta y religion que en ellas

han sido recibidos, como son Franceses, Alemanes, Holandeses, Suecos, Dinamarqueses, Ingleses é Irlandeses.

Guillermo Pen era de buena familia; fue Almirante de Inglaterra en tiempo de Cromwel; y despues igualmente estimado y empleado reynando Cárlos II. Consiguió de la corona grandes posesiones en los confines de las Carolinas, y todavía las aumentó con las que adquirió de nuevo, pagándolas á los Indios. Allí recibió á quantos le pidieron tierras. Este anciano Almirante era de la secta de los *independientes*, crió á su hijo en los mismos principios, y de este modo le dispuso á adoptar la secta de los Quakeros, que son los hombres mas independientes y mas tolerantes. Viéndose dueño de la herencia de su padre, franqueó como él el pais, á todos los no conformistas. Los Quakeros, que se hacian fastidiosos por su obstinacion en tutear á todo el mundo, en no saludar á nadie, y en no vestir como los otros, acudiéron en tropel, y se hallaron muy gustosos en un pais en donde cada uno podia libremente obrar, hablar y rezar como quisiera. Así ellos como los otros hallaron tan favorable el suelo de aquel pais, y prosperáron tanto, que la colonia, que habia

empezado en 1618 con dos mil personas que llevó Guillermo Pen, tenia ya trescientas mil en 1748. La capital es Filadelfia, una de las ciudades mas regulares del mundo, cortada en ángulos rectos, y colocada en la orilla del rio Delaware, que lleva los navíos de quatrocientas toneladas hasta el pie de una calzada magnífica.

El deseo de libertad llevó tambien á Pensilvania unos sectarios, que se llaman *los Hermanos Morabos*, por haberse formado su secta en la Morabia, y que perseguidos allí, se habian refugiado en grande número á la Inglaterra, en donde no los miraban con mejores ojos que á los Quakeros. Pasáron algunos á la América; y hallando los Pensilvanos en ellos mucha conformidad con sus principios, los recibieron gustosos; por lo que sucesivamente fuéron pasándose como unos mil y quinientos; y algunos de ellos se hacian trizas, por decirlo así, con el fin de hacer una vida mas perfecta.

A diez ó doce leguas de Filadelfia vivia un ermitaño aleman, que habia puesto su ermita en el sitio tal vez mas delicioso de la naturaleza entre dos montañas, una de las quales le abrigaba contra el norte, y en la orilla

de un hermoso río, con dos vistas muy agradables. Descubrieron los Morabos aquel retiro; y encantados de ver la vida sencillá que hacia su compatriota, de su amor al trabajo con que se socorria en todas sus necesidades, y de su devota conversacion, se resolvieron á vivir con él, y á imitarle.

Al rededor de la celda del ermitaño se fué formando una ciudad llamada Efrata. Todos los exercicios, así los del trabajo como de religion, se hacen allí como en un claustro. Los habitantes llevan las utilidades de su industria al tesoro comun, y de este se proveen de lo necesario para el público y para el particular. Las mugeres solamente en la iglesia, y quando se delibera sobre asuntos públicos, se ven con los hombres. Cada uno tiene su casa, su piececita para meditar y recibir lo que ellos llaman inspiraciones del espíritu. A estos ermitaños los llaman Dunkaros, tal vez por el nombre de su fundador. A los jóvenes que se casan les dan ciertas yugadas de tierra con todo lo necesario para ponerse en su casa. Estos neófitos no se apartan de Efrata sino lo ménos que pueden, y envian á esta ciudad los hijos para que allí reciban su educacion.

Su traje consiste en una ropa larga de

sarga blanca para el invierno, de lienzo blanco para el verano, con una capucha pegada á la túnica, la qual llevan ceñida con un cingulo de la misma tela; debaxo llevan una camisa de lienzo grueso. Los hombres se visten calzones largos, las mugeres van con enaguas, y esta es toda la diferencia. Los Dunkaros se mantienen de solos vegetales, porque dicen que el comer carne no conviene á un perfecto christiano. Esta sobriedad los tiene muy flacos. Lo poco que cuidan de sí mismos, y el dexarse crecer los cabellos y la barba sin aseo alguno, les da á primera vista un ayre asqueroso; pero el que conoce su hombría de bien pronto se reconcilia con su figura. Duermen sobre una tarima, y no gastan mas almohada que un saquito de lana.

Este pueblo ascético tiene en su mismo recinto lo que es indispensable para las necesidades de la vida, esto es, molinos de harina y aceyte, fábrica de papel, y aun imprenta; y todo lo hacen por sí mismos. Las mugeres escriben bien, y algunas pintan y decoran agradablemente sus habitaciones. Tienen su iglesia con el mayor aseo; y aun hay entre ellos hombres que no dexan de tener conocimientos en las ciencias. Administran el bautismo

por inmersión, y solamente á los adultos; pero ¿de qué les sirve si no creen que el pecado original ha pasado á la posteridad de Adán, y tratan de absurdo este artículo de nuestra fe? Estos hombres reprehenden la violencia aun quando la dicta la defensa natural. Segun ellos, vale mas dexarse engañar y despojar que tener pleytos, y observan exáctamente los sábados.

Así los hombres como las mugeres predicán en la iglesia sin mas preparacion que levantarse y hablar. El asunto de sus sermones es regularmente la práctica de la caridad, de la humildad, de la templanza y de otras virtudes christianas. Niegan la eternidad de las penas de la otra vida, y dicen: Que las hay sin duda, pero que son de duracion limitada para los que no quieren creer en Jesuchristo; y para que todos puedan participar de la felicidad eterna, dicen tambien que las almas de los christianos muertos estan ocupadas en convertir las almas de los infieles, que no tuviéron proporcion para conocer el Evangelio. Los Dunkaros, dexando aparte la falsedad de sus dogmas, admiran con la vida piadosa, con la paz, concordia y afecto recíproco; y todos pueden fácilmente ser testigos de sus virtudes,

porque ejercen la hospitalidad con una cortesía que no tiene igual, y su regla les prohíbe recibir por ello paga alguna.

*ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.*

Trece países son los que forman los Estados-Unidos. *Nueva-Hamphire, Massachusset's-bay, Rhode-Island, Connecticut, Nueva-Yorck, Nueva-Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina septentrional, Carolina meridional, y Georgia.* Sabemos ya que estas provincias fuéron poblándose de hombres de todos reynos y de toda especie de religion. Tambien debió preverse que no estando unidas á su metrópoli con el lazo del afecto, segun fuesen creciendo en riquezas y habitantes, como que ya entónces no necesitarian de su socorro, habian de venir á parar en estar prontas para separarse, y hacerse independientes.

En la Nueva Inglaterra nada se ha verificado de lo que regularmente ha causado las revoluciones en el mundo antiguo, porque allí nadie ultrajaba la religion ni las leyes. Allí no se vió derramar en los cadahalsos la sangre de los ciudadanos; nadie, como en una corte corrompida, insultaba á las costumbres; ni se ha-

bian ridiculizado los modales, los usos, ni otros objetos favoritos del pueblo. No habia el poder arbitrario arrancado al habitador del seno de su familia ni de la sociedad de sus amigos, para dar con él en el horror de un calabozo. No se habia invertido el orden público, ni cambiado los principios de administracion; y siempre eran los mismos los del gobierno. Todo, en fin, se reducía á saber si la metrópoli tenia ó no derecho para gravar con algun impuesto directo ó indirecto á las colonias.

Esta cuestión, que ya se habia ventilado privadamente, quando en diferentes ocasiones habia usado de este derecho la Inglaterra, se controvertió mas abiertamente y con mas calor en 1764, con la ocasion del acta llamada *del Sello*, que prohibia que se admitiese en los tribunales título que no estuviese escrito en el papel sellado, que se venderia á beneficio del fisco. Apenas se publicó esta acta, quando las provincias inglesas del Norte de las Américas mostraron su indignacion contra esta servidumbre fiscal, y de unánime consentimiento renunciaron al uso de quanto les proveia la metrópoli, mientras esta no retirase el bill opresor. Las mugeres fueron las primeras que se sujetaron á no gastar géneros de Inglaterra,

é hicieron el sacrificio de quanto las servia para sus adornos; y así el lino, la lana y el algodón groseramente trabajado, se compraban al precio que antes costaban las telas y estofas mas finas. Los hombres, por su parte, dexaron el arado, la vara de medir y la pluma para aplicarse en los talleres á aquellos ramos de industria, propios para la guerra, que tenian por inevitable si el bill no se revocase.

En 1767, á los dos años de movimientos y negociaciones, revocó la Inglaterra el acta del papel sellado; pero reemplazándole con impuestos sobre otros diferentes objetos, y principalmente sobre el té, que los Americanos sacaban de solo la metrópoli, sin el qual creia que no podian pasar. A solicitud de los Americanos se consiguió tambien quitar en 1770, las imposiciones, cuyo producto no habia podido la Inglaterra percibir; pero esta se obstinó en dexar el impuesto sobre el té, y continuáron los colonos en eludirle, hasta que en 1773 mandó el Ministerio de Inglaterra que absolutamente se cobrase.

Para no obedecer renunció solemnemente todo el nuevo mundo ingles al uso de esta yerba; no quisieron recibirla los negociantes á quienes iba dirigida; se declaró enemigo de

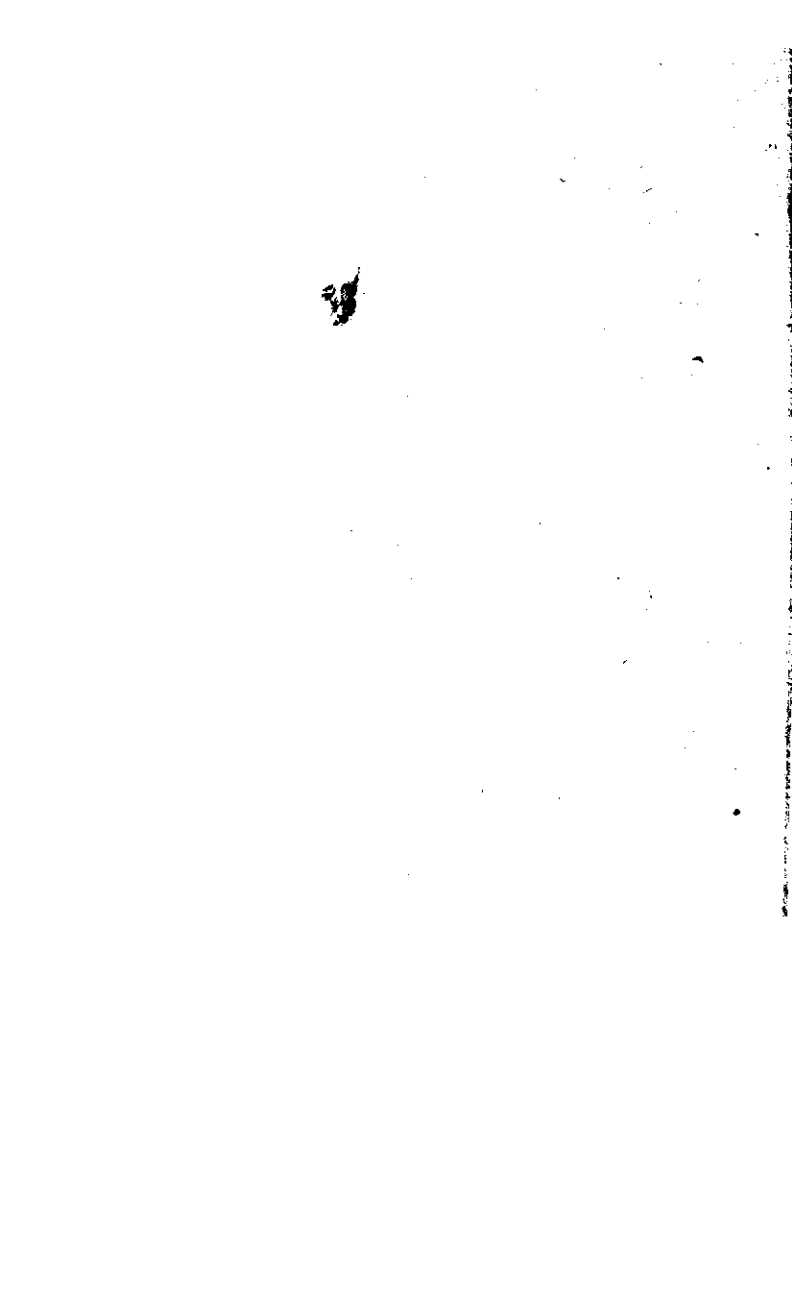
la patria á qualquiera que osase venderla; fuéron notados de malos patriotas los que la conservaban en sus almacenes, y quemáron quanto té les habia quedado, siendo así que hasta entónces habia sido su mayor delicia. El té que habia enviado Inglaterra se valuaba en cinco ó seis millones; pero no desembarcáron una sola caja. *Boston* fue el teatro principal de esta sublevacion, y sus habitantes destruyéron en 1774, en el mismo puerto tres cargamentos de té que llegaban de Europa.

Las primeras descargas de su resentimiento las dirigió el Gabinete de San James contra esta ciudad, y salió del Parlamento un bill prohibiendo que se desembarcase en Boston cosa alguna, ni tampoco se sacase. Habia creído el Ministro que se apresurarian las provincias á aprovecharse de la desgracia de Boston, para establecer su comercio sobre la ruina de esta ciudad, y que de este modo se destruiria por sí misma la coligacion que habian formado entre sí; pero sucedió todo lo contrario. Las otras colonias se declaráron abiertamente por la parte oprimida. Empezó la contienda por un encuentro entre las tropas Reales y algunas Milicias, que se iban juntando cerca de Boston en 1775; y la sangre inglesa, derramada tan-

Chamade et Honneur n'ont en que sus colonies  
 américaines par leur acte impuise sobre et leur  
 mutacion d'us de esta guerra, negandose  
 en Brasil los negantes a recibir, quemando  
 tambien quanto los habia guardado principando  
 así la guerra que para siempre armad el de  
 mone n'allo aquella presencia. No serian  
 más y tiempo susse por medio para portarse  
 l'efe.

Los Anglo-americanos.





tas veces en Europa por mano de los Ingleses, regó tambien los campos de América declarada la guerra civil.

Los Ingleses se descuidáron en dar desde luego un gran golpe con que hubieran disipado la liga. No tenian mas contrarios que labradores, mercaderes y jurisconsultos, exercitados todos en las artes de la paz, y que eran llevados á la guerra por unos gefes tan poco versados como ellos en la ciencia de los combates; pero diéron tiempo á aquellos nuevos soldados para que se hiciesen aguerridos. Tuviéron los Americanos la fortuna de hallar y de poner á su frente un hombre prudente y sagaz, que supo aprovecharse de los recursos de la localidad, un Wasington, que viéndose con tropas, que necesitaba asegurar, mas se atrincheró que peleó; y miéntras presentaba al enemigo fortificaciones respetables, y este creia que iba á defenderlas, él levantaba otras mas atras, á las que se retiraba despues de una ligera defensa, quando veia dudoso el buen éxito. De este modo iba cansando á las tropas inglesas con largas marchas, y gastándolas con pequeños combates, los quales siempre venian á ser ventajosos para él, aun quando perdia, porque él reclutaba fácilmente, al paso que

para el enemigo todo era ruina casi irreparable.

Al mismo tiempo que los Estados-Unidos sostenian con el hierro su independencia, la proclamáron á la faz de todo el universo en 4 de Julio de 1776 con proposiciones muy semejantes á las que parece que luego copiáron los Franceses en los principios de su revolucion, ponderando por menor los agravios del gobierno ingles; el qual pudiera haber conocido que el rompimiento era irremediable, y mucho mas cuándo vió que á los que tenia por rebeldes los ayudaba, y los habia reconocido en 1778 por independientes y Soberanos una nacion tan poderosa como la Francia. Ya entónces se fixó la victoria baxo las banderas republicanas, y hasta dos exércitos ingleses se viéron precisados á rendir las armas.

Se hicieron la guerra con una ferocidad, que infama y deshonor á los que tuviéron la culpa, pues amontonando unos sobre otros á los prisioneros americanos en el navío el Jersey en la rada de Nueva-York, arrojáron al mar hasta once mil en tres años. Los mismos Ingleses, despues de una derrota, dexáron encerrados en un corral á los prisioneros sin alimento alguno, y pereciéron allí muchos de frio y ham-

bre. Tambien se dice que contra las reglas de la guerra, procuráron hacer sus armas mas perniciosas y mortales. Por último, siempre se leerá con indignacion esta cláusula de la carta de un General al Ministro ingles: „Tengo la satisfaccion de participaros que en la ciudad de Esopas no he dexado piedra sobre piedra.”

La venganza que tomáron de los Ingleses los Americanos fue salir con su intento. Ya han consolidado aquellas provincias la recíproca alianza; y formado una República federativa, en la que, conservando cada colonia lo que ha querido de su primer gobierno interior, concurre al bien general, enviando dos Diputados al Consejo soberano, que siempre está junto, y se llama *el Congreso*. Este decide de la paz y de la guerra, arregla la hacienda, y sanciona las leyes de interes general despues que cada provincia ha prestado su consentimiento.

Los Estados-Unidos han abrazado una constitucion, cuyos principios son tomados de las mejores fuentes antiguas y modernas. Algunos publicistas la tienen por un modelo de sabiduría y prudencia, á pesar de que se advierten algunos defectos, que dexan en ella la señal de la flaqueza humana. „De este modo, dice un

autor, aquel mundo, que nuestra imaginacion ni aun buscaba tres siglos hace, que cayó en nuestras manos con todas las señales de una tierna organizacion, y como en la infancia de la especie humana, se enriqueció de repente con la experiencia del antiguo mundo, envejecido en todas las revoluciones de la barbarie y de la civilizacion; y ahora nos ofrece el contraste de una sociedad perfecta en un suelo todavía rústico y selvático." Ya la Inglaterra reconoció la independencia de los Estados-Unidos en 1782, habiéndose concluido la revolucion con una guerra de siete años.

#### *BAHÍA DE HUDSON.*

La bahía de Hudson es un grande golfo del mar del Norte, al septentrion de la América, y hácia el Polo ártico. La recorrió Hudson, piloto inglés, en el año de 1607, buscando por alli paso desde el mar del Norte al mar del Sur. Por qualquiera parte que se extienda la vista por aquellas riberas, no percibe mas que tierras, que se niegan al cultivo, rocas escarpadas, que se levantan hasta las nubes, separadas por despeñaderos profundos, y estériles valles adonde el sol jamas penetra, y

que se hacen inaccesibles por las nieves y los hielos. Allí se hielan los lagos hasta doce pies de profundidad; allí acarrea el mar témpanos de hielo de mil y quinientos y de mil y ochocientos pies de espesor, que del fondo de los golfos arrancan los vientos con su violencia. Las tempestades son frecuentes; y aquellos enormes pedazos de hielo, que andan á discrecion de las olas de aquel Océano, ponen á los navíos en el mayor peligro. Allí no estan las aguas líquidas ni libres, sino desde el mes de Junio hasta fines de Setiembre, porque entónces ya se va aumentando el invierno por grados hasta el mes de Mayo. En Diciembre no se ve el sol sobre el horizonte mas que cinco horas de las veinte y quatro.

Aunque las paredes de las casas, construidas por los europeos para alojamiento de los que se quedan de un año para otro, son muy gruesas, y las ventanas estrechas y guarnecidas de contraventanas; por mas que se encienden grandes hogueras, y se procura calentarlas con calentadores cerrados, para que el calor se reconcentre quando ya no quedan mas que las ascuas encendidas; con todo eso, las paredes, las camas y los muebles se cubren de hielo producido por el vapor del resuello y la trans-

piracion; y algunas veces hay que quitar cada dia hasta tres pulgadas de espesor. Se alumbran en las noches largas con balas de veinte y quatro hechas ascua al fuego, y colgadas, porque todos los licores se hielan. Los que se atreven al ayre exterior, á pesar de que llevan dobles y triples pieles, no solo sobre el cuerpo, sino sobre las manos y la cara, apénas pueden salir sin exponerse á perder los dedos, la punta de la nariz, de las orejas, y aun mas; y quando vuelven al calor de las casas, lo ménos que les sucede es levantárseles la piel del rostro.

Con todo eso se aventuran los Ingleses á tan horrible clima, atraidos por las pieles que allí se hallan muy hermosas, en grande cantidad y al mejor precio posible. Hay una compañía que hace este comercio habitualmente. Esta oculta con mucho cuidado sus ganancias; pero un hombre, enviado por el Gobierno, supone haberlas descubierto, y cuenta los muchos fraudes con que engañan á los infelices salvages, concluyendo con decir: „En varias ocasiones he visto preciarse de equidad á los agentes de la compañía, y llevar la delicadeza de su conciencia hasta el extremo de contentarse con mil por ciento de utilidades.”

Los salvages cazadores de los últimos con-

finés del Canadá y de los Estados-Unidos hacen largos viages para traer las pieles al fuerte de Nelson, situado en la bahia, porque saben que allí siempre se hallarán compradores. Los naturales de aquellos climas helados son de tan pequeña talla, que no pasa su estatura de quatro pies, como si estuvieran arrugados con el frio. Se acuestan todos revueltos para entrar en calor, y se mantienen con pescado ó con la carne de los animales que matan. Van amontonando estos alimentos sin precaucion alguna, porque el mismo frio los conserva. Allí se hace con felicidad la pesca de la ballena y las de otros peces que suministran aceyte.

#### LAS BERMUDAS.

Las islas Bermudas, situadas en frente de la Carolina, pero á doscientas leguas de la costa, forman un archipiélago en la extension de treinta á quarenta leguas. Su clima es benigno. Allí la tierra rinde dos cosechas al año, y produce hasta treinta especies de frutos. La mas grande de estas islas, que será de quatro ó cinco leguas, fue llamada Bermuda por el nombre del Español que la descubrió. En la isla de San Jorge, menor que las Bermudas, es-

tá la hermosa ciudad llamada como la isla. En ella se honran las ciencias, y aun hay una biblioteca pública; y las demas islas se precian en este punto de cierta emulacion.

Los Ingleses llegaron á estas islas con motivo de un naufragio, y reparáron sus navios con los hermosos cedros que allí crecen. Quando partiéron se quedáron tres marineros en la isla de San Jorge; y dos de ellos pretendiéron cada uno ser el soberano de la isla. Sin duda se hubieran degollado, si el otro no les hubiese puesto en paz, y estorbado con su mediacion la guerra civil. Halláron en la costa un pedazo de ambar que pesaba ochenta libras, sin otros menores que fuéron juntando; creyéron que habian hecho su fortuna; y abandonando la soberanía, fuéron á la Virginia á vender su tesoro. La relacion que hicieron de su reyno movió á los Ingleses; estos se establecieron allí, y hoy las habitan como unos diez á doce mil de ellos.

#### *LAS LUCAYAS.*

Las Lucayas, situadas en frente de la punta de la Florida, no estan tan pobladas; y si contáramos todas las rocas é islotes de aquel archipiélago, hallariamos por lo ménos hasta

doscientas. Estas islas fueron el primer descubrimiento de Christóbal Colon; y los Españoles se llevaron consigo á los habitantes para la pesca de las perlas y para las minas de Santo Domingo. Son muy á propósito para retiro de los piratas, y habian llegado á ser la guarida de ciertos Ingleses malvados, que siempre suspiraban por la guerra, para tener ocasion de robar á los amigos y á los enemigos. El Rey Jorge I los desalojó de allí en 1719; y han ocupado su lugar unos habitantes pacíficos, que hacen un pequeño comercio. La principal isla es la Providencia, con una ciudad del mismo nombre; la mas grande es Bahama, cuyo estrecho, sembrado de escollos, es conocido por el riesgo de su navegacion. Los Españoles ocupan parte de estas islas, y las otras han quedado á sus primitivos habitantes.

#### LAS ANTILLAS.

Las Antillas, así llamadas porque se encuentran *antes* de abordar al continente de la América, forman un arco cuya cuerda se extiende desde las bocas del Orinoco hasta la Florida, y se dividen en grandes y pequeñas. Las grandes son Santo Domingo, Cuba, la

Jamayca y Puerto Rico. Las pequeñas son muchas, y el clima es el mismo en todas, húmedo y mal sano, como generalmente lo es de baxo de la zona tórrida. En los primeros años son el sepulcro de la mitad de los europeos que quieren habituarse al clima. Las Antillas producen quanto se quiere, á excepcion del trigo; y en ellas se coge principalmente azúcar, añil, tabaco, cacao, cochinilla, café y maníoco, raíz de que se hace el pan llamado cazabe, que era el antiguo alimento de los naturales. En ellas se halla el oro, la plata, cobre, hierro, cristal de roca, antimonio, azufre y canteras de mármol. Tambien son famosas estas islas por sus licores.

Los primeros que ocupáron las pequeñas Antillas fuéron los Españoles, no tanto por la utilidad que podian sacar de ellas, quanto por impedir las de las demas naciones. Despues los arrojáron de allí los Franceses y los Ingleses, que empezáron á disputárselas mútuamente, hasta que cansados de hacerse daño, las repartiéron en 1660 por un tratado, en virtud del qual se quedó la Francia con la Guadalupe, la Martinica, la Granada, y otras propiedades ménos importantes; y los Ingleses con la Barbada, Nieves, Antigua, Monferrato; pero San Chris-

tóbal pertenencia en comun á las dos Potencias, conviniendo ellas entre sí en encerrar á los Caribes ó naturales en la Dominica ó en San Vicente. Tambien los Holandeses tomaron su parte á costa de los Españoles; y puede decirse generalmente que no ha habido pais que haya pasado tantas veces de una mano á otra como las Antillas, pues son como las ciudades del centro de un reyno quando le han tomado las fronteras. En llegando las armadas enemigas á hacerse dueñas del mar, se ven tarde ó temprano precisadas á rendirse.

#### CARIBES.

Los Caribes son los naturales de las islas Antillas, y suponiendo que estas sean las cumbres de los altos montes, que en otro tiempo estaban contiguos á la Tierra-Firme, y que se desprendiéron de esta sumergiéndose todo el pais llano, no es difícil adivinar el origen de los habitantes, pues debieron venir de la América septentrional ó de la meridional; y es probable que todos descenden de una misma nacion. Generalmente son de mediana talla, pero rehechos y nerviosos. Tienen la pierna gruesa y bien formada, sus cabellos son negros y

lacios, sus ojos grandes y algo prominentes, su mirar estúpido y asustado, sus dientes blancos y bien colocados, la fisonomía triste, el olor fuerte y desagradable. No tienen pelo en todo su cuerpo, ó por naturaleza, ó porque se le arrancan. Aplican á la frente del recién nacido una plancha, y se la atan fuertemente por detras, dexándole así hasta que el cráneo se aplaste de tal modo, que sin levantar la cabeza vean perpendicularmente lo que hay sobre ella. „A hombres y mugeres, dice un autor, se les puede pintar como á los amores; desnudos, con flechas, con una aljaba al hombro y arco en la mano. No habia mas que mudar la venda, poniéndoles sobre los ojos la que llevan en la cintura: con este equipage listo y desembarazado se presentan en nuestras islas. Si llevan cierto velo es por complacer á los europeos; pues ellos entre sí se tienen por suficientemente vestidos con solo el color encarnado ó xugo de rocou, desleido en aceyte de pescado, con que se frotan todo el cuerpo. Las mugeres se presentan sin rubor á la vista de los hombres sin velo alguno; y los hombres desean poco lo que no procuran ocultarles.”

Para ellos el amor es como el hambre y la sed, porque en satisfaciéndose no manifiestan

mas afición que quando dos han comido y bebido juntos; pero aunque no se les advierte el sentimiento que nosotros llamamos amor, cuidan los hombres de sus mugeres, sí bien solamente como nosotros de una propiedad. En la misma familia toman muchas mugeres; y si es posible se casan con las hermanas, las tias, las primas, creyendo que así se acomodarán mejor las unas al genio de las otras. La muger así que ha parido vuelve á su trabajo. El hombre se acuesta en su hamaca, y se está allí un mes recibiendo de amigos y parientes las enhorabuenas de haber procurado al mundo un nuevo ser.

Un Caribe pasa su vida sentado ó echado, durmiendo ó fumando, sin cuidado alguno de lo que ha de suceder en el instante siguiente; es capaz de vender su hamaca quando se levanta, sin pensar en que la necesitará por la noche. La misma indiferencia se le observa en todo lo demas. Bien puede qualquiera ponerse á la mesa á su lado quando come, porque jamas convida ni despide; y él se vale del mismo privilegio con los otros. Es un verdadero niño; con la misma viveza que desea las cosas, se cansa de ellas: pasa los dias enteros en estarse mirando una chuchería, en desmontar un fusil, si le viene á la mano y en volverle

á montar; pero como no tiene habilidad para poner cada pieza en su lugar, se enoja, arroja al suelo el arma, y la rompe.

Estos pueblos envenenan las flechas, pero solo las que emplean contra los hombres. En la moneda no conocen otro valor que el número, quiero decir que dexarán una pieza de oro por diez piezas de cobre puestas á su lado. Es difícil formar idea de su religion ó definirla; pero, á lo que puede juzgarse, reconocen un principio bueno y otro malo; hacen sus ofrendas al dios maléfico porque le tienen miedo, y al benéfico ninguna. Sus sacerdotes, llamados Boyos, son al mismo tiempo médicos. Se convierten muy gustosos, y reciben muchas veces el bautismo porque los regalen. No hay hombre mas vengativo que un Caribe, pues aunque hayan pasado muchos años desde una ofensa, quando ya el ofensor la cree olvidada, si el ofendido sorprende á su enemigo, le hien- de la cabeza de un hachazo, huye, y se oculta, hasta que algun pariente del muerto le halla, y hace con él lo mismo.

La antropofagia ó la costumbre de comer carne humana, aunque no es comun, no está absolutamente desterrada entre ellos. Su lengua natural es un idioma de suave pronunciaci- on;

no es gutural, como lo es por lo comun la de los salvages; y los dos sexôs tienen expresiones diferentes para significar las mismas cosas. Tambien los ancianos tienen palabras que no se usan entre los jóvenes; y aun para los consejos de la nacion hay una lengua particular, de la qual nada entienden las mugeres. No quieren aprender ningun idioma extranjero; y no pueden oir que se les hable en ingles, bien sea que les disguste el silbido, ó bien porque aborrecen á la nacion. Mucho mejor se acomodan al frances. Unos negros que abordáron á San Vicente, por naufragio ó por otro motivo, son en esta isla una segunda nacion, que se conforma poco con la primera. Los llaman Caribes negros; pero quando la isla corre peligro, se reunen por el interes comun.

Es necesario que todos los parientes de un Caribe que acaba de morir, vean al difunto para asegurarse de que su muerte fue natural; y si alguno dexa de ser llamado á esta inspeccion, no bastan para persuadirle los testimonios de todos los otros; y juzgando que ellos han contribuido á quitarle la vida, creerá que tiene obligacion de matar á alguno para vengar al muerto. Los guerreros peynan sus negros vigotes, y cada vez que matan ó dexan inde-

fenso á un enemigo, hacen que el Comandante ponga en su maza una señal que llaman *boukton*; y quando se trata de elegir gefe, sale por lo comun electo aquel cuya maza tiene mas bouktones.

Estas son las costumbres de aquellos pueblos, que en la actualidad se hallan casi todos reunidos en la *Dominica* y *San Vicente*; y hoy se halla reducida á cinco ó seis mil personas la multitud que habia quando los Españoles descubrieron estas islas.

#### ANTILLAS INGLESAS.

La *Jamayca* tiene casi cincuenta leguas de largo y diez de ancho \*. Es prolongada, aunque se recoge por las dos extremidades. En los parages cultivables tiene un terreno excelente; y la atraviesa en su longitud una cadena de montañas irregulares. Está cubierta de hermosos árboles, regados por manantiales limpios, que caen formando cascada; pero las aguas tienen un gusto de cobre, que es desagradable. Tambien hay allí aguas termales ó calientes,

\* Las leguas, como cuenta este autor, son de veinte al grado, siendo así que las españolas son de diez y siete y media en cada grado.





### El terror de los jamaycos

*Asparon volvió á Cólón los jamaycos; y él, que tenía previsto un eclipse de luna, les dijo: Mi Dios va á castigaros; esta noche la luna os negará su luz, y esto será solo preludio de vuestros males si os obstinais en no abastecernos. Se verificó el eclipse, y aterrizados aquellos naturales acudieron con abundantes provisiones. ¿Cuántos temores vanos se ahorran el hombre si ignora su menor!*

y el clima es mal sano. En esta isla se detuvo Colon por el mal tiempo; le faltaron los víveres; le proveyeron de ellos los salvages; pero despues se los negaron temiendo que les entrase á ellos el hambre. Colon habia previsto por sus conocimientos astronómicos un eclipse de luna; y juntado á los Caribes, les dixo en tono de inspiracion: „Para castigaros de la dureza con que nos dexais perecer, va el Dios que adoro á affigiros con los mas terribles azotes. Esta noche vereis ponerse la luna de color de sangre, despues se obscurecerá, y os negará la luz; pero esto será solo preludio de vuestras desgracias si os obstinais en no querernos dar víveres.” Con efecto, se eclipsó la luna; y asustados aquellos bárbaros, acudiéron con provisiones en abundancia. Los Españoles y los Ingleses que les sucedieron han acabado con los antiguos habitantes de la Jamayca. Los Ingleses, llevando á esta pequeña isla el furor de los partidos y facciones que les atormentaban en la Gran Bretaña, han ensangrentado muchas veces esta tierra, de suyo benéfica y de buen hospedage.

La Jamayca debió sus primeras riquezas á su comercio con el continente español; y por su situacion es la primera que se aprovecha

de las ventajas del corso quando los europeos estan en guerra. Allí está floreciente el cultivo de la azúcar. Es una isla bien fortificada y gobernada con buenas leyes. Los habitantes de la Jamayca han probado algunas veces á exterminar los negros fugitivos, que viven retirados en los montes; mas viendo que sus esfuerzos eran inútiles, han tenido que tratar con ellos, y los dexan libres con la condicion de que no admitan otros en sus poblaciones; y para que observen esta condicion han convenido en dar cierta cantidad por cada esclavo que se retire con ellos si vuelven á entregarle. El número de los negros que hay en esta isla excede en la mitad mas al de los blancos, por lo que estan estos como si tuvieran cerca un volcan, que siempre está amenazando explosion, pues solo son contenidos por el rigor de las leyes.

Todavía es peor en la *Barbada*, pues en ella se cuentan cincuenta mil negros para seis mil blancos en el espacio de ménos de veinte leguas de circunferencia. El suelo, por su poca profundidad, parece que ya está gastado, y solo se sostiene con el beneficio de la *alga marina*, que las olas arrojan sobre la costa. El azúcar de esta isla es de aquel que

llaman hueco ó de poca consistencia; pero las maderas son muy buenas y abundantes. Hay en esta isla un rio pequeño, que se cubre de un licor que arde como el aceyte, y en sus rocas hay cavernas, que pueden abrigar hasta trescientos hombres. Por largo tiempo ha sido la Barbada, respecto de las otras Antillas, como el mercado de los negros; pero en el día cada una se provee de ellos. No tiene mas que rada mal seguras, y así no hacen allí mansion las armadas. Es fecunda en ignamas, especie de raices, que suplen por el pan, y son el único alimento de los esclavos. Viven los blancos en continuo rezelo de estos, por lo que siempre mantienen en pie una fuerza armada de infantería y de caballería.

La descripcion que puede dar idea de los huracanes, que son el azote que allige casi todos los años en las Antillas, es la siguiente: „Sopló un terrible viento. No pudieron resistirle puertas ni ventanas; y el hinchado torbellino levantaba los pisos, y se llevaba los techos. Quedaron por tierra las casas, arrasadas las fortificaciones, los plantíos arruinados, desarraigados los árboles; y para complemento de la desgracia, volvió con furor el mar, y llevando á tierra los navíos, quedaron estos tan

derrotados , que quando sobrevino la calma, ofreció un espectáculo de tanta desolacion, como habia sido terrible el miedo.”

De *San Vicente* y la *Dominica* hemos dicho que las abandonáron á los Caribes; pero esto se entiende solo en quanto á la habitacion y al cultivo, porque la Soberanía se la abrogan los Ingleses. Los Caribes negros y los rojos tienen carbetas ó lugares en lo interior, y siempre viven pobremente con el miedo de que les sobrevenga la última opresion. *San Vicente* tiene veinte leguas de boxeo; la *Dominica* casi lo mismo; la *Anguila*, así llamada por su figura, y la *Barbuda*, tendrán como diez leguas.

*San Cristóbal*, que será como de veinte y cinco leguas, tiene de particular en su historia haber sido como la cuna de las colonias inglesas y francesas en aquellos parages. Llegaron en el mismo dia, y firmáron un tratado de perpetua alianza, que despues no observáron. En ninguna parte se gozan las delicias de la vida campestre como en la isla de *San Cristóbal*, en donde la llanura está cubierta de habitaciones aseadas, cómodas, con buenos caminos, y rodeadas de alamedas naturales. Los bosquecillos y fuentes hacen el pais muy pin-

toresco. Los plantadores ingleses, comunicándose poco entre sí, viven cada uno en su habitación como soberanos: „Si los Franceses, dice un autor que no los lisonjea, no hubieran dexado una poblacion en donde se conservan sus costumbres, no se conoceria en San Cristobal aquel espíritu de sociedad, que produce mas inquietudes que placeres, que se alimenta de la galantería, y remata en la licencia; empieza por los placeres de la mesa, y acaba en las quimeras del juego.” Pero si las costumbres de un pueblo se hubieran de pintar por lo que tienen de vicioso, pudiera un escritor frances representar con un colorido poco favorable el ceño reconcentrado de los Ingleses de San Cristobal.

*Nieves* y *Monferrato* no tienen mas que cinco leguas cada una; pero *Antigua* y la *Granada* tendrán mas de veinte, y á esta última la acompañan como una docena de islas pequeñas, llamadas los Granadinos, cuya circunferencia será de quatro á cinco leguas. Quando los Franceses se apoderáron de la Granada, la ocupaban unos Caribes, que se defendiéron con valor; pero al fin los arrinconáron en una roca escarpada; y así hombres como mugeres eligiéron precipitarse antes que rendirse. Los

Franceses llamaron aquella roca *la aspereza de los saltadores*: nombre que todavía conserva.

En la historia de la Granada se halla un rasgo muy notable de justicia popular. Habian enviado de Francia un Gobernador codicioso y violento. Cansados de sus vexaciones los colonos ricos, se retiraron á otras islas. Aquellos que por la imposibilidad de hallar asilos tuvieron precision de quedarse, arrestaron al tirano, y formaron un tribunal para juzgarle. El Presidente, que se llamaba Arcángeli, sabia escribir; un herrador le hizo la sumaria, y en lugar de firmar, ponía por sello una herradura. Al rededor de esta escribía Arcángeli, que hacia tambien oficio de Escribano, *Sello del Señor de la Brie, Consejero Relator*. Juzgáron al Gobernador; le ahorcáron; y hecha la justicia se dispersáron los jueces. Se supo esto en Francia, pero no se habló mas en el asunto.

#### ANTILLAS FRANCESAS.

*Tábago* es de una figura oblonga. La dan diez leguas de largo sobre quatro de ancho. Esta isla no está expuesta á los huracanes desoladores de las otras, y tal vez deberá esta for-



### Justicia popular.

*Insuportables para los colonos de la Granada la codicia y violencia de un Governador que les envió la Francia, se aumentaron los rios: pero los restantes, arrestando al Governador, erigieron de propia autoridad un tribunal: uno de sus ministros, que no sabia escribir, hizo la sumaria, y la selló con una herautura, le sentenciaron y ahorcaron. Donde menos lo teme, halla el malvado juez: y ver-  
dugo.*



tuna á su proximidad al continente. Está muy bien regada; y el cultivo, que antes producía mucha azúcar, se ha convertido en el del algodón.

*Santa Lucía*, tiene veinte y cinco leguas de boxeo, y un puerto excelente. Es muy fértil; pero poco sana. Los Franceses la abandonaron, volviéron á tomarla, la abandonaron de nuevo, y todavía entraron otra vez en ella. Por todas partes la rodea un camino, y por muchas la atraviesan otros. Tiene su defensa en una buena fortaleza. Hay mucha tierra que cultivar con ventajas; pero sin embargo apenas se puebla. La variedad de planes, formados sobre si esta Isla se ha de destinar al cultivo ó á los pastos, ó sobre si ha de hacérsela depósito y escala para ciertas mercaderías, es tal vez la causa de que no se hayan fijado en ella tantos como debieran habitarla.

La *Martinica* podrá tener sesenta leguas de boxeo. Lo interior está lleno de montecillos, cuyos intervalos forman grandes valles repartidos en prados y tierras propias para toda especie de cultivo. Da mucho café, tiene muchos árboles, y la riega una multitud de arroyos y rios. Su clima solamente es nocivo para los Europeos desarreglados. Esta isla, que antes no tenía mas que algunas carbetas ó po-

blaciones de Caribes, se ve en ménos de cien años adornada de muchas villas opulentas. Tiene una buena ciudadela llamada el *Fuerte Real*; y todos los puertos pequeños y las calas que la rodean tienen buenas defensas. Es en las Antillas el centro del comercio frances, y residen en ella la autoridad civil y la militar.

A la *Guadalupe*, que tiene mas de veinte leguas de boxeo, la divide un pequeño brazo de mar, que se llama el rio salado, y que es navegable para canoas y otros barcos. Sobre varias montañas amontonadas se levanta como sobre un trono la *azufrera*, que arroja durante el dia un humo denso, é ilumina la noche con centelleantes llamas. Los primeros colonos se extendiéron por esta isla como en la Martinica á costa de los Caribes, que al fin tuviéron que abandonarla; pero por mucho tiempo estuviéron volviendo á su patria desde las islas vecinas, inquietando á los usurpadores; y hasta que los Europeos los hiciéron dexar la vecindad de la Guadalupe, no pudieron entregarse con tranquilidad á su cultivo y comercio.

Aquellas islas, adonde los Caribes se habian retirado, y de donde despues los arrojá-

ron, se llaman *los Santos*. No son mas que dos; pero estan en tal disposicion, que con un islote que hay entre ellas, forman un puerto muy bueno. La *Deseada*, de quatro leguas de largo y dos de ancho, no tiene agua dulce: da un poco de azúcar y de algodón; pero así como las islas de los Santos es importante en los tiempos de guerra, porque son el refugio de los corsarios que cruzan contra las embarcaciones inglesas. *María Galante* es redonda, y tendrá quince leguas de boxeo, con unas riberas muy escarpadas. *San Martín* no tiene mas que siete leguas; pero la hacen apreciable sus salinas. *San Bartolomé* comprehende once leguas: no tiene puerto ni fuentes, y rara vez llueve en ella. Son sus habitantes reconocidos por tan pobres, que hasta los corsarios enemigos pagan fielmente los víveres que toman allí. Se nota por una grande singularidad que aquí los dueños de la tierra trabajan en ella como sus esclavos.

*Santo Domingo*, que antes estaba repartida entre los Franceses y los Españoles, tendrá seiscientas leguas de circuito, dando la vuelta por todos los cabos. Ya hemos dicho que en esta isla halláron los Españoles á los Caribes; que dexáron en ella una colonia, y que

los habitantes quitáron la vida á todos los Españoles. Quando estos volviéron tomaron la justa venganza de perseguirlos con perros y con fusiles. Eran tan simples que se arrodillaban á los perros, y les suplicaban que no les hiciesen daño.

Quando ya los tesoros de México y del Perú hiciéron que se mirasen con ménos estimacion los que se halláron en Santo Domingo, el deseo de las riquezas mudó de objeto en esta isia; y los *Bucanieres*, cazadores infatigables, hiciéron abordar allí nuevos tesoros con la venta de los cueros de los bueyes silvestres de que proveian á la Europa. Tambien sirvió Santo Domingo de asilo, y casi de cuna á los Flibustieres, que se distinguieron en su piratería con tantas temeridades brillantes. Por último, se estableció en esta isla la cultura; y ocupaba igualmente á las dos naciones, con mas ó ménos utilidad, segun la naturaleza de las tierras y la actividad de los colonos. Antes que los Españoles cediesen esta isla á los Franceses por el último tratado de paz, tenian las dos naciones ciudades, puertos, rios y bosques, y las separaba una cadena de montes cortada con torrentes y pantanos impracticables. Parecia que la natu-

raleza habia dispuesto los límites de modo que fuese imposible traspasarlos.

*ANTILLAS ESPAÑOLAS.*

*Cuba* puede tener trescientas leguas de boxeo, y está á la entrada del golfo de México. En esta Isla se habia retirado un Cacique llamado Hatucy, que huyendo de Santo Domingo se habia refugiado en ella con otros infelices Caribes. Llegó Velazquez, hizo prisionero al Cacique, y exterminó á los habitantes, ó los aplicó á los trabajos de las minas. El Puerto de la Havana está muy bien fortificado, y puede contener mil embarcaciones.

*Puerto-Rico* era una isla cubierta de bosques. En ella se cria el mancenillero, cuyo suco lácteo es un veneno de los mas sutiles, y mata inmediatamente que se hace la herida, si no se la aplica sal en el momento. En Puerto-Rico se desengañáron los Indios de que los Españoles no eran inmortales. Uno de sus Caciques, visitado por Salcedo, Oficial de Colon, le recibió con mucha pompa, dió un gran convite; y quando partió le hizo acompañar para honrarle con una escolta

de veinte salvages, instruidos de sus órdenes.

Llegaron estos á la orilla de un rio, y suplicaron al Español que les concediese la honra de que le pasasen al otro lado en hombros. Salcedo se prestó gustoso á sus deseos; y llegando al parage mas profundo diéron los Indios un tropezon, cayó el Español en el agua, y los que le llevaban, le tuvieron allí el tiempo que les pareció necesario para que se ahogase bien. Le sacaron despues á tierra; y en la incertidumbre de si habia perdido la vida, se estudiéron tres dias al rededor del cadáver sin cesar de pedirle perdón de su poca habilidad. Solamente la putrefaccion persuadió al Cacique y á sus vasallos que los Españoles eran tan mortales como los demas hombres. Con esta noticia se defendiéron con mas esperanza que otros; pero al fin fuéron exterminados. *Las Virgenes, Anegada, Sombrero, Chilóe, la Trinidad, la Margarita Blanca y las dos Tortugas*, todas son islas pequeñas que pertenecen á los Españoles; pero de tan poca importancia, que no merecen nombrarse.

## ANTILLAS HOLANDEAS.

*Curacao* es una roca de diez leguas de largo, y cinco de ancho, en la qual apénas se encuentra tierra; pero tiene un puerto excelente. En ella son los Holandeses, digámoslo así, mercaderes por menor; y han hecho un almacén de toda suerte de géneros, mercería, estofas, especería, y obras de hierro y acero para el uso de la costa. *San Eustaquio*, que no tiene dos leguas de largo ni una de ancho, viene á ser como una tienda, y tiene en el medio una gran profundidad ó boca, resto de algun volcan. Es una especie de sumidero, en donde el agua jamas para, siendo así que viene á caer en él toda la que la lluvia vierte en la isla. No puede saberse cómo pudieron los Holandeses juntar en esta especie de tesorería hasta treinta y siete millones en que se valuó el botín que hizo el Almirante Rodney en la última guerra. El secreto le tienen los Holandeses, porque no dexan á ninguno entrar allí. *Saba*, que tiene quatro leguas de circuito, es una roca solo accesible por un lado, y por este han levantado los Holandeses muchas murallas, cons-

truidas con piedras secas y sin cal, para poder fácilmente dexarlas caer todas ó parte de ellas, sobre los que quieran escalar aquella fortaleza natural. La parte superior de la roca está cultivada, y produce mucho algodón. En esta isla hilan las mugeres, y hacen punto de media muy superior. Se dice que son las mas hermosas y frescas de las Antillas.

*ANTILLAS DINAMARQUESAS.*

*Santa Cruz* tiene diez y ocho leguas de largo y quatro de ancho. La de *Santo Tomas* es una Isla de quatro ó cinco leguas de boxeo. La de los *Craves* ocho ó diez; y la de *San Juan* poco ménos. No vertiéron sangre los Dinamarqueses para poseer estas islas, porque ó las compráron á los Europeos, que las tenian en su poder, ó se establecieron en las que halláron abandonadas. Quando los Franceses abordáron á *Santa Cruz* halláron una isla llana, cubierta de árboles viejos, que no permitian al viento barrer el ayre infestado de las lagunas. Los Franceses con su viveza no se tomáron el trabajo de cortar los árboles, sino que les pusieron fuego, y estuviéron desde el mar observando los progresos del incendio, que

les produjo fecundas cenizas; mas no debió durar mucho esta fertilidad; porque no hallando las cenizas tierras vegetales con que poderse amalgamar, no adquirieron la suficiente consistencia para contener los sucos nutricios. Estas quatro islas, á excepcion de la corta cantidad de azúcar que sacan los Dinamarqueses, no les sirven mas que para desplegar algunas veces su pabellon en estos mares.

#### TIERRAS AUSTRALES.

Hemos hecho la pintura de las quatro partes del mundo. Todavía se busca la quinta, y hay apariencias de que existe entre la punta de la Africa, las Islas cebeles y la América. Hasta ahora no se han hallado mas que islas; pero apenas podemos persuadirnos á que una extension tan vasta de mar esté sin continente. La multitud de islas que allí se han descubierto pueden mirarse como fragmentos de un nuevo mundo, que tal vez sea mas considerable que la mayor de las quatro partes del antiguo. Hay tambien algunas de estas islas, tales como la *Nueva Holanda*, cuyas costas ha sido largo tiempo preciso reconocer para asegurarse de que no son un nuevo

continente; y tambien se ignora si la *Nueva Zelanda* está separada de otras tierras, ó contigua á ellas. Pero aunque no se hiciesen otros descubrimientos que los que ya se han hecho, pudiera decirse que estas islas, por su contigüidad y grande distancia de las quatro partes que conocemos, forman una quinta parte, cuya existencia ya se sabe, y solo se trata de asegurarnos de su extension. Las dan el nombre de *Tierras Australes*.

Las producciones que se han hallado en las costas, los bosques, el verdor de las campiñas, los animales que en ellas retozan, los pescados que pueblan el mar y los rios; y los frutos que sus habitantes llevan á los navíos, nos hacen juzgar que esta parte del mundo no es ménos favorecida de la naturaleza que las otras. Aquí juega como en ellas con los individuos; porque se encuentran castas favorecidas y castas desgraciadas: se ven hombres altos, fuertes, musculosos, de fisonomía agradable, y hermoso cabello; y hay otros pequeños, que tienen lana en vez de cabellos, con cara de negros, y en efecto lo son: otros hay de color de cobre; y una tercera casta, que tiene mas de encarnado que de moreno. Quando se les ve á estos limpios de los co-

lores con que se tiñen, y sin las figuras extravagantes que pintan sobre su piel, puede juzgarse que nacen blancos, y que pierden el color de la naturaleza con el uso ordinario de pintarse. En quanto á los usos y costumbres, lo que hasta ahora ha podido descubrirse no es mas extraordinario que lo que se sabe de los otros salvages, á excepcion de que hasta ahora no se han advertido en ellos aquellas crueldades de que se estremece la naturaleza, y que se ven entre los Africanos, Americanos y algunos Asiáticos. Escogeremos en las relaciones de los viageros algunos rasgos que sean como un tanteo del gran quadro que puedan concluir despues los que logren los futuros descubrimientos.

La incertidumbre de las disposiciones que veian en los extrangeros, y la de las intenciones que podrian tener, han puesto algunas veces en desconfianza á los naturales, y les han hecho agresores; pero con algunos tiros de fusil, y quando mas con algun cañonazo, se veian los Europeos muy presto dueños de la ribera, y con el buen modo amansaban despues á los salvages. Schouten experimentó estas mudanzas en el cabo de Hornos. Despues de haber espantado con sus armas de fuego

aquellos tímidos aduares, vió que se alentaban con sus demostraciones pacíficas, y le llevaron cocos, raíces, cerdos, y que los trocaban con ansia por hierro. Al parecer carecen absolutamente de este metal, y así le buscan con toda diligencia.

Vió sus cabañas bien colocadas en la ribera, cubiertas con hojas, y como de doce pies de alto, sin mas muebles que una cama de yerbas secas, una caña de pescar, y una maza. El aspecto del palacio del Rey no manifiesta mas magnificencia. Mostró S. M. á los Holandeses amistad, y un respeto acompañado de temor. El y sus cortesanos pusieron á los extranjeros en la cabeza sus gorros adornados de magníficas plumas, y deseáron ver descargar un cañon. Le dispusieron para esto una estera á la orilla del mar, en la que se sentó gravemente con sus mugeres y sus cortesanos; pero así que disparáron el cañonazo, el Rey y toda su corte huyéron á los bosques con la mayor ligereza.

Los hombres son altos y fuertes, de un color que tira á pajizo: tienen el cabello negro y largo: unos le encrespan y le rizan, otros con mucho cuidado procuran tenerle lacio y aplastado, y otros por último le levantan



Los salvajes asombrados.

*A instancia del monarca del Cabo de Hornos mandé el helado Scheuten disparar un cañon de artilleria: pero al oír el ray, sus mugidos y certezas el estampido huyeron con la mayor precipitacion á los bosques. Solo el ruido de aquella arma descendida herrerizó á los bárbaros: y presumen de sabios los que á vista de quan funesta ha sido para la humanidad su invencion celebran sus estragos.*



tan, y le llevan como media vara de alto sobre la cabeza, con algunas horquillas á que le atan. A esto se reduce la operacion mas difícil de su tocador, pues van absolutamente desnudos, á excepcion de un ligero ceñidor de hojas. Las mugeres, de las cuales se dice que son muy feas, no van mas bien cubiertas, ni mejor adornadas. Allí no se advierte industria ni religion; todos sus instrumentos son toscos y mal hechos: viven de lo que encuentran como las bestias, sin sementeras ni cosechas; todo está abandonado á la naturaleza y á la casualidad. No conocen absolutamente la modestia, y usan de sus mugeres sin reserva en sus juntas, y aun en presencia del Rey, no obstante que le tienen gran respeto. Schouten los acusa de ladrones, porque si podian arrancaban los clavos del navío, y se arrojaban al mar para llevar la presa, y aun uno de ellos cogió un sable; pero es preciso observar que, supuesto su modo de vivir, no tienen la menor idea de lo que es propiedad, y por consiguiente no debemos formar de su accion el concepto que tenemos del hurto. No obstante, fuese por tener nocion de lo que es justicia, ó fuese por temer á los extrangeros, al que tomó el sable le precisáron sus compa-

triotas á restituírle , y le impusieron un castigo.

El mismo Schouten hace de los habitantes que halló en la *Nueva Guinea* un retrato que no les favorece , ni en lo físico ni en lo moral. Los llama *Papous* , que quiere decir negros: „Su ridículo modo de adornarse , junto con su fealdad natural , los hace objetos desagradables á la vista. Cada uno tiene su ridiculez particular ; y toda su estructura es tan extraña , que solo puede igualarla su raro capricho. En nada se parecen á los demás hombres , ni en sus facciones , ni en sus miembros , ni en su estatura. Llevan por gargantilla una sarta de dientes de cerdo : se barrenán la nariz y las orejas para ponerse anillos , de los cuales van colgando las inestimables joyas de dientes de cerdo. Su cabello es corto y rizado ; su fisonomía insignificante y muerta ; el contorno de sus caras , y la desproporcion de ellas , todo es á propósito para inspirar disgusto. Las mugeres no son mas agradables que los hombres , y las ha tocado por desgracia una figura , que no es ménos chocante. Edifican sus cabañas sobre estacas á ocho ó nueve pies del suelo , lo qual denota que este es húmedo y mal sano.” Esta descripción tiene el defecto de que mas bien nos da

á conocer lo que sintió el viagero, que la cosa en sí misma.

Roggeven, otro Holandés, nos da mejor idea de los habitantes de las islas de *Paques*. A este Holandés se llegó un salvaje, que no tuvo dificultad en pasar de su barco al navío. Le diéron un pedazo de tela, cuentas de vidrio, clavos, y fue un regalo que le encantó. Era el salvaje alto, bien formado, robusto, vivo, activo y de figura alegre. Le repugnaba el olor del vino; pero los guisados le parecieron bien. Le vistiéron; pero no le gustó aquel equipage embarazoso, y le dexó prontamente. Sintió gran placer en oír la música, y tanto, que se retiró del navío con disgusto. Volvió al siguiente dia con muchas barcas de sus compatriotas cargadas de provisiones frescas, y entre otras de truchas. Por la mañana habian visto los Holandeses desde sus navíos esparcirse los naturales por la ribera, y ofrecer incienso á sus ídolos. Advirtiéron que en las canoas venia un hombre blanco, y que llevaba en las orejas unos pendientes de tamaño extraordinario. Su continente era grave, y parecia que estaba en meditacion, por lo que conjeturáron que debia ser uno de sus sacerdotes.

En una ocasion, á tiempo que estaban los salvages y los Europeos en el desahogo de la confianza que entre ellos reynaba, un fusil, que por casualidad se disparó, mató, dice el diario, á uno de aquellos infelices; y para dispersar á los habitantes que se iban juntando en tropas, al primer fusilazo se siguió una descarga, que puso en fuga toda la nacion. Halláron entre los muertos á aquel que fue el primero que recibió á los Holandeses con afecto tan cordial. Se oian en el bosque gritos y aullidos horribles; pero viendo los salvages que no los perseguian, volviéron á su carácter dulce y benéfico. Los hombres y los niños se presentáron con ramos de palma en señal de paz, y ofreciéron varias frutas, sobre todo excelentes higos, raices, patatas, cañas de azúcar y aves vivas, que segun pareció, criaban en sus casas. Ofreciéron hasta sus mugeres, y no omitiéron cosa alguna de quanto pudiera dar á aquellos extrangeros testimonio de su sumision. Movidos los Holandeses de ver aquellas señales de profunda humildad, se dignáron de tratar á aquellos infelices con alguna bondad; y les diéron juguetes de niños, y algunas otras bagatelas como en expiacion de la sangre que habian derramado. La mansion que allí hizo

Roggeven le proporcionó los medios de conocer sus costumbres.

Las islas de Paques, adonde abordó, solo le parecieron provistas de aves que domestican los habitantes; pero por las señas conjeturó que otros criaban cuadrúpedos. Dice que cuecen los alimentos en loza fina muy bien hecha; que cada familia ó cada tribu vive en lugar distinto; que las casas son de cuarenta á sesenta pies de largo y ocho de ancho, bien cubiertas de hojas de palma, con pocos muebles, pero suficientes para que se vea que no les falta industria; que estofas blancas y encarnadas que ellos mismos fabrican les sirven para abrigarse por la noche, y para librarse de día de los ardores del sol; que la estofa es suave y lisa; que cercan sus plantíos con empalizadas; y que están bien cubiertos y repartidos con simetría.

Los hombres son derechos y bien formados, ágiles en extremo, y ligeros en la carrera. Por lo general son morenos; pero hay algunos negros, y hay otros rubios y casi blancos. Hay castas tan encarnadas como si estuvieran tostadas al sol; y otras hay de mezcla de diferentes colores. Su piel está cubierta de figuras de cerdos, cabras y serpientes, que dan

á entender un talento proporcionado para la imitacion. Las mugeres se pintan las mexillas con un bermellon mas hermoso que quantos se conocen en la Europa. Llevan un sombrero de junco muy gracioso, y se ajustan los vestidos con bastante elegancia. A esto se agrega que con los Holandeses eran mas que atractivas, y aun los brindaban con sus favores.

Roggeven no halló entre estos isleños otras armas que unos bastones gruesos y cortos, y aun los tuvo por simples insignias de autoridad. Quando se ven acometidos se refugian á sus dioses, é imploran su proteccion con devocion fervorosa y patética. Las estatuas de sus divinidades son de piedra, y representan figuras humanas con coronas y grandes orejas; pero tan exáctamente proporcionadas, y tan bien acabadas, que se pasmáron los Holandeses de su talento para la escultura. Conjeturáron que algunos de ellos, á quienes veian mas á menudo adorar á los ídolos, que se cortaban el cabello, y llevaban bolas blancas en las orejas, y un gorro guarnecido de plumas blancas y negras, serian sus sacerdotes. Por otra parte no se veia apariencia de gobierno, de Reyes, ni de otros superiores, sino mucho respeto á los ancianos. Estos llevan

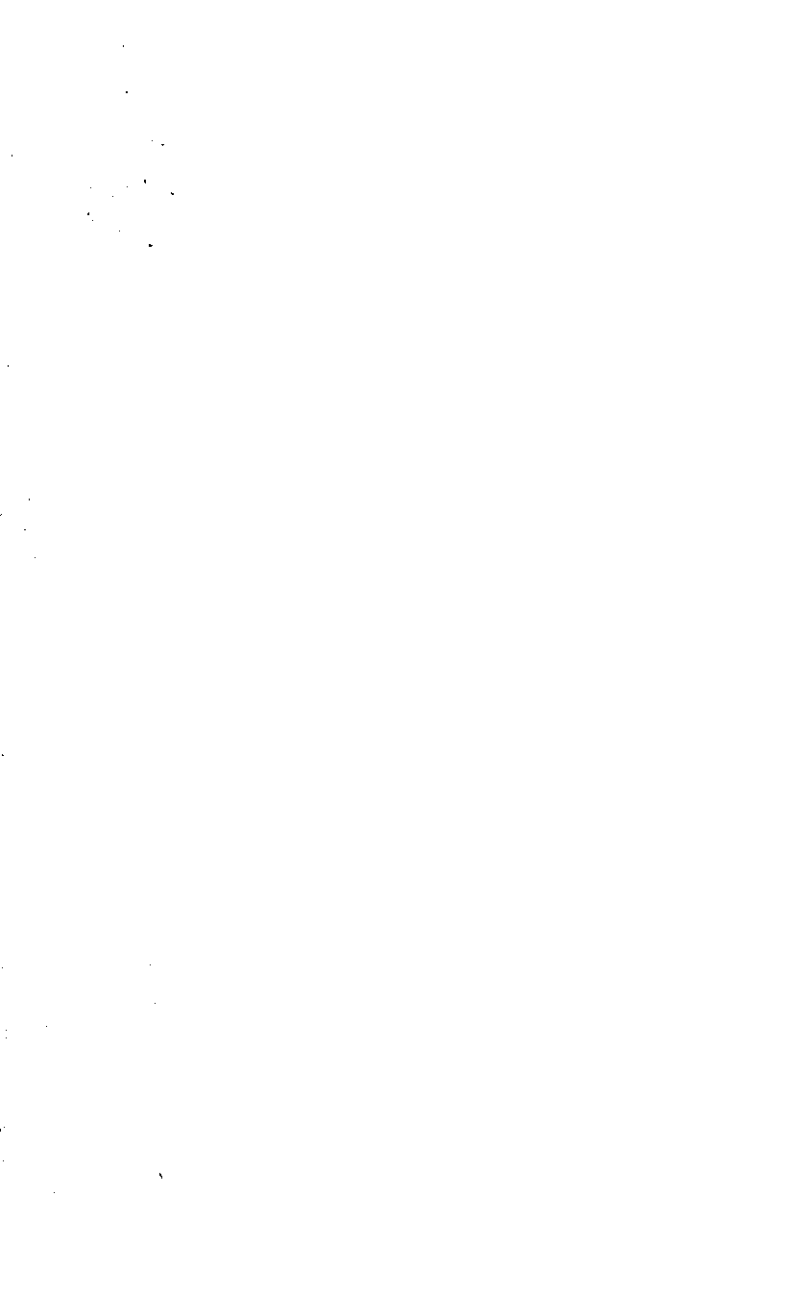
sombreros ó gorros con franja, y aquellos bastones, que los Holandeses tuviéron por insignias de la autoridad.

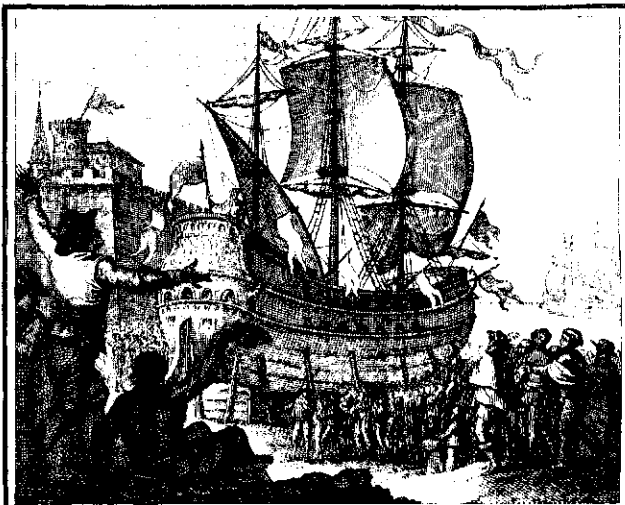
La idea de una divinidad, la bondad, suavidad y afable trato, generosidad y respeto á los padres: esto es lo que han hallado los Europeos en aquellos paises en donde han impreso sus sangrientos vestigios. Pero dexando aparte las funestas conseqüencias que nuestros descubrimientos han acarreado á aquellos pueblos, á los quales hemos llevado mas vicios que virtudes, y mas males verdaderos, frutos de nuestra corrupcion de costumbres, que ventajas les hemos procurado con nuestra industria y nuestras artes; debe la historia tributar homenaje á aquellos ingeniosos hombres que han concebido tan grandes proyectos, y cuya intrépida actividad, venciendo todos los obstáculos, nos han conquistado otro mundo.

#### NAVEGANTES.

El primero de todos va Cristóbal Colon con la gloria que la invencion merece sobre lo que es imitacion. Los envidiosos han procurado despojarle del honor del descubrimiento, diciendo que era una cosa tan fácil que

no habia en ella gran mérito. Bien sabido es que cansado Colon de oir esto, estando en un convite público, hizo que le llevasen un huevo, y dixo á los convidados: „¿Quién de vosotros se atreverá á hacer que este huevo se tenga derecho por la punta?” Confesáron todos que les parecia cosa imposible: y Colon entónces dió en la mesa un golpe con la punta del huevo; y como así se ensanchó la balsa, se tuvo derecho: „Vaya, que la invencion es rara, exclamáron; eso yo tambien lo haria.” „No lo dudo, respondió Colon; pero nadie lo pensó hasta que lo habeis visto. De este modo pues descubrí yo las Indias. Primero fue preciso concebir el proyecto de navegar por aquellos parages, y yo le concebí. Ahora que ya lo puse en execucion, el piloto mas miserable podrá hallar el camino tan bien como yo. Señores, hay millares de cosas, que quando estan hechas, parecen fáciles, pero antes parecian imposibles. Pudiérais tener presentes las burlas que me fue forzoso sufrir antes de poner en execucion mi proyecto. Entónces se me decia que era un sueño, una quimera; y al oiros ahora es una idea que le podia ocurrir á qualquiera.” Hasta la sepultura le estuvo persiguiendo la en-





### El navío La Victoria.

*Descubierta con nombre del mundo por Magallano el paso al mar del Sur por el estrecho que conserva y honra su nombre, al nascó la Victoria en que regresó á España le colocaron por honor en Sevilla fuera del agua, como testimonio de una de las mas atrevidas y útiles expediciones. Todos admiramos en este monumento el mérito que nos recuerdan; pero ¿quán poco nos aprovechamos de ejemplos tan ilustres!*

vidia; pero él quiso enterrar consigo los grillos que le habían puesto, dando á entender con esto, al parecer, que la persecucion que siempre experimentan los hombres grandes, no debe desalentarlos.

Magallanes, Davis, Le Mayre, quando abriéron paso al mar del Sur por los estrechos que conservan sus nombres, enseñáron el camino para los viages, que al rededor del mundo han hecho despues famosos á muchos navegantes. El de Magallanes fue el que se descubrió primero en 1519. Al navío llamado la *Victoria*, que volvió por el Cabo de Buena-Esperanza á España, de donde habia salido, le colocáron en Sevilla fuera del mar como un monumento de la expedicion mas atrevida tal vez, que quantas habian hecho los hombres. Semejante honor, con corta diferencia, se le concedió al navío ingles de Francisco Drake, dexándole envejecer cerca del puerto de Detfork, con una inscripcion honorífica en el árbol mayor.

Drake, que fue el segundo que dió á todo el mundo vuelta, empezó su profesion de marino desde la infancia, como debe el que á ella se destina; y á la edad de diez y ocho años era ya dueño de una pequeña barca, que

movido de su mérito, le dexó al morir el que la poseía, y que le quitáron durante la guerra contra los Españoles. Por esta pérdida nació en su corazon vivos deseos de vengarse. Se alistó en una irrupcion contra México: esta no tuvo buen éxito, pero no le acobardó la desgracia; y en otras dos expediciones, que dirigió por sí mismo, adquirió tanta reputacion, que unos mercaderes le confiáron dos navíos, que él cargó con algunas tropas, y con ellas tomó y saqueó una ciudad opulenta del reyno de México. Repartió fielmente con sus compañeros y tripulacion, y con los que le habian comisionado, el rico botin que allí hizo; y con lo que á él le tocó, contribuyó al armamento de cinco navíos destinados al mar del Sur, adonde todavía no habian penetrado los Ingleses.

Partió Drake en 1577, y no hay exercicio en un navío, hasta el de cirujano, que él no pudiese desempeñar. Se nota que estando para pasar la línea, sangró con su propia mano á todos sus marineros. Su viage al rededor del mundo fue un efecto de las circunstancias. Despues de haber causado á los Españoles infinitas pérdidas en el mar del Sur, adonde habia penetrado por el estrecho de Ma-

gallanes, tuvo aviso de que le esperaban á la vuelta con fuerzas muy superiores á las suyas; pero como hombre, á quien no abandonan los recursos, no se asustó con la idea de tener que atravesar el grande mar pacífico. Reconoció las Indias Orientales, tocó en el Cabo de Buena-Esperanza, y volvió á su patria con los tesoros, que no debía ménos al atrevimiento de su genio que á su valor. Demasiado acostumbrado á que todo le saliese bien, murió en 1595 en el puerto de Portobello de pena de no ser en esta nueva expedición tan feliz como solía.

El viage de Tomas Candish en 1586 fue todo militar. Ya Candish se habia enriquecido con el pillage de las costas del Perú quando apresó en alta mar el galeon de Acapulco, que puso el colmo á su fortuna. Habiendo pasado como Drake el estrecho de Magallanes, tocó como él en las grandes Indias, y llevó tesoros inmensos á Inglaterra. La notable semejanza entre estos dos navegantes consiste en que tambien Candish murió de pesadumbre por los contratiempos que tuvo en un viage al Brasil en 1591.

Con estos dos viages de los Ingleses, principiaron de emulacion los Holandeses, y emprendieron



diéron otro igual en 1598, baxo la direccion de Van-Noot, cuya capacidad se habia dado á conocer en otras ocasiones. Para esta expedicion se fixaron las leyes de la disciplina, que todavia reyna en los navíos Holandeses. Experimentó Van-Noot en el estrecho de Magallanes dificultades que prolongáron su viage; pero suministráron mas conocimientos que los que se tenian de este paso. Sus victorias contra los Españoles cubriéron los gastos de la Compañía, pero á él no le enriqueciéron.

En 1614 empezó Spilberge otro viage mas feliz, pues derrotó la flota Real del Perú. Desde su regreso, que fue en 1617, cuenta la Compañía Holandesa la data de los principios de su riqueza y poder; y uno y otro pudo conocerse en el grande armamento que hizo en 1623 al mando de Pedro el Hermitaño su primer Almirante. Pasó este por el estrecho de Le Mayre, y murió antes que los Holandeses cometiesen en la rada del Callao la barbaridad de ahorcar á los prisioneros españoles porque no tenian con que mantenerlos, habiendo podido ponerlos en tierra. En esta expedicion manifestáron una animosidad y furor atroces.

El Ingles, Guillermo Dampiere, hizo sus





### Recurso de la necesidad.

*Un marinero á quien dexaron olvidado en una isla, despues que en caza para su alimento gastó la pólvora y municiones que le habian quedado, se sirvió de una piedra para serrar en pedazos el cañon de su fusil, y hacer de ellos arpones, ganchos y anzuelos para la caza y pesca. Si quanto útil se ha inventado se debe á las necesidades, ¿por qué se extraña que no sean los mas ingeniosos los que tienen pocas?*

primeros ensayos marítimos á los diez y siete años de edad en el de 1669, y el mar no le fue muy favorable. Por no tener hacienda igual á su nacimiento tomó una ocupacion lucrativa en la Jamayca, pues fue á cortar palo de Campeche; y haciendo conocimiento en aquellos mares con los Flibustieres, se alistó con ellos. En compañía de estos hizo sus expediciones, que empezáron por el estrecho de Le Mayre en 1682, y acabáron en 1691. Dampiere, cuyo viage es muy curioso por las observaciones de toda especie, cuenta la historia de un marinero, á quien habian dexado en la isla de *Juan Fernandez*, el qual habiéndosele acabado la pólvora y las balas, sin mas instrumentos que los que hizo de una piedra dura, serró el cañon de su fusil en pequeñas piezas, y con ellas hizo anzuelos, arpones y garfios. Para este fue la necesidad madre de la industria.

Uno de los viages, tal vez mas famosos por mas cercanos á nuestros tiempos, es el que el Capitan Anson, Ingles, empezó en 1740. Los aciertos militares le diéron mucha fama; pero en quanto á la utilidad de los descubrimientos es muy inferior á los dos siguientes, cuyo objeto y motivo han sido muy distintos.

En 1766 envió Luis XV á Mr. de Bougainville con dos navíos á hacer nuevos descubrimientos, y á enriquecer la geografia con conocimientos útiles á la humanidad. Este navegante, animoso, activo é inteligente, se aplicó con particularidad á fixar exáctamente la posicion de los lugares, á confirmar las observaciones de los antiguos marinos, ó corregir sus errores, á trazar la disposicion de las costas, á descubrir fielmente las señales para su reconocimiento, á indicar las corrientes, los fondos, baxos y escollos, las variaciones de las mareas y de los vientos, y quanto puede ser favorable ó contrario á la navegacion en unos mares hasta entónces casi desconocidos. Duró su viage al rededor del mundo dos años y quatro meses.

El Capitan Cook salió de Plimouth en 1768 con las mismas intenciones; pero con muchos mas auxílios. Hablando Mr. de Bougainville de este viage en su prólogo, parece que se olvida de sí mismo, y dice: „Este viage me parece que entre los modernos de esta especie es en el que mas descubrimientos se han hecho en todos géneros.” Con efecto, se han enriquecido mucho la Historia Natural y la Botánica con las noticias de los

hombres instruidos en estas ciencias, que el Capitan Cook llevaba á bordo, y eran muchos mas que los de Bougainville. Este viage duró tres años.

Estos dos grandes hombres, navegando en los mismos parages y en los mismos tiempos, é igualmente aplicados é infatigables, parece que cada uno era censor del otro: de suerte, que pueden tenerse por indubitables los hechos y las observaciones en que conforman.

Los nuevos navegantes son por otra parte muy diferentes de sus antecesores, porque en vez de subyugar los pueblos que descubren, y de arrancar los tesoros que ocultan sus paises, se aplican por la mayor parte á serles útiles, y procurarles su felicidad con los auxílios que muchas veces van dexando en los lugares adonde abordan. Pueden ver hoy los habitantes en muchos parages los ganados de Europa paciendo en sus prados, las aves domésticas familiarizarse al rededor de sus cabañas, y las ricas cosechas cubrir sus llanuras que antes estaban incultas, reemplazando nuestra industria, ó perfeccionando entre ellos la rústica y salvage naturaleza. Oxalá que estas ventajas no se mezclen con los vicios y

380 COMPENDIO DE LA HISTORIA UNIVERSAL.  
con los males que les hagan suspirar por su  
ignorancia. Nosotros los habitantes del mundo  
civilizado, raza inquieta y turbulenta despues  
de 1806 años, hacemos lo posible, á pesar de  
la santidad de la religion, por realizar la ob-  
servacion de Horacio, y cumplir la profecía  
que le inspiraba el conocimiento de la histo-  
ria, cuyo resúmen está en los quatro versos  
siguientes:

*Damnosa quid non imminuit dies?  
Ætas parentum, peior avis, tulit  
Nos nequiores mox daturos  
Progeniem vitiosiore.*

*Horat. Carm. lib. III Od. VI.*

## TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO DECIMOSEPTIMO.

<i>Doña Isabel Farnesio</i> .....	4
<i>Alberoni</i> .....	5
<i>Sorpresa de Cerdeña</i> .....	6
<i>Expedicion contra Sicilia</i> .....	8
<i>Nueva coalicion</i> .....	<i>id.</i>
<i>Tratado de Lóndres</i> .....	11
<i>Abdica Felipe V la corona en su hijo Luis I.</i> .....	12
<i>Muere este jóven Monarca, y vuelve á tomar el padre las riendas del Go- bierno</i> .....	<i>id.</i>
<i>Congreso de Cambray</i> .....	13
<i>Baron de Riperdá</i> .....	15
<i>Concierto de Viena</i> .. .. .	16
<i>Resentimiento de las demas Potencias be- ligerantes</i> .....	18
<i>Tratado de Sevilla</i> .....	20
<i>Conquista de Oran</i> .....	24
<i>Cae Nápoles en poder del Infante Don Cárlos, Duque de Parma, quien se ci- ñe la corona de este reyno</i> .....	26
<i>Batalla de Bitonto</i> .....	27

<i>Ocupacion de la Sicilia.....</i>	28
<i>Paz del año de 1735.....</i>	30
<i>Nueva guerra con Inglaterra.....</i>	31
<i>Renuévanse las inquietudes de la Europa con motivo de la sucesion en el trono im- perial de Alemania.....</i>	34
<i>Batalla de Campo Santo.....</i>	37
<i>Sorpresa de Veletri.....</i>	39
<i>Progresos del Infante Don Felipe en Italia.</i>	42
<i>Muerte de Felipe V.....</i>	46
<i>Fernando V I.....</i>	47
<i>Paz de Aquisgran.....</i>	50
<i>Cárlos III.....</i>	53
<i>Pacto de familia.....</i>	57
<i>Irrupcion en Portugal.....</i>	58
<i>Pérdida de la Havana.....</i>	59
<i>Ocupacion de las islas Filipinas.....</i>	60
<i>Paz del año de 1762.....</i>	61
<i>Pobiacion de Sierra morena.....</i>	64
<i>Expedicion contra Argel.....</i>	68
<i>Provoca la Inglaterra, nuevamente la guerra.....</i>	71
<i>Conquista de Menorca.....</i>	75
<i>Sitio de Gibraltar.....</i>	76
<i>Paz del año de 1783.....</i>	82
<i>Bombardaeos de Argel.....</i>	85
<i>Beneficencia de Carlos III.....</i>	85

	383
<i>Su muerte</i> .....	87
PORTUGAL. <i>Entre el Océano atlántico,</i> <i>Galicia, Leon y Extremadura</i> .....	89
<i>Orígen de esta monarquía</i> .....	<i>id.</i>
<i>Alfonso I</i> .....	90
<i>Sancho I</i> .....	92
<i>Alfonso II</i> .....	93
<i>Sancho II</i> .....	<i>id.</i>
<i>Lealtad de Freyras, Gobernador de</i> <i>Coimbra</i> .....	94
<i>Alfonso III</i> .....	95
<i>Dionis</i> .....	96
<i>Alfonso IV</i> .....	<i>id.</i>
<i>Amores del Infante Don Pedro con Doña</i> <i>Ines de Castro</i> .....	98
<i>D. Pedro</i> .....	100
<i>Fernando</i> .....	102
<i>Beatriz</i> .....	106
<i>Rebelion de Portugal</i> .....	107
<i>Ciñese la corona el Maestre de Avis con</i> <i>nombre de Juan I</i> .....	109
<i>D. Duarte</i> .....	111
<i>Alfonso V</i> .....	112
<i>Juan II</i> .....	115
<i>D. Manuel, el Afortunado</i> .....	117
<i>Juan III</i> .....	121
<i>D. Sebastian</i> .....	122

<i>Desgraciada expedicion al Africa.....</i>	123
<i>Don Henrique.....</i>	129
<i>Felipe I de Portugal, y II de Castilla....</i>	130
<i>Rebelion de Portugal en el reynado de Felipe IV de Castilla.....</i>	152
<i>El Duque de Braganza se ciñe la corona con el nombre de Juan IV.....</i>	135
<i>Alfonso VI.....</i>	157
<i>Se ve obligado á renunciar la corona; y su hermano Don Pedro es encargado de la Regencia del reyno.....</i>	140
<i>Don Pedro II.....</i>	144
<i>Don Juan V.....</i>	<i>id.</i>
<i>Don Josef.....</i>	145
<i>Conjuracion contra su vida, y expulsion de los Jesuitas.....</i>	<i>id.</i>
<i>Doña María Francisca.....</i>	146
<i>AMERICA. Entre los círculos polares Arctico y Antártico, los mares del Norte y del Sur.....</i>	<i>id.</i>
<i>Breve descripcion de esta parte del globo.</i>	147
<i>Cristóbal Colon.....</i>	148
<i>Descubre las Lucayas..</i>	149
<i>Forma un establecimiento en la isla española.....</i>	<i>id.</i>
<i>Es calumniado y conducido preso á España.....</i>	151

<i>Aclarada su inocencia emprende nuevos descubrimientos en la Tierra firme.....</i>	153
<i>Sencillez de los Americanos.....</i>	154
<i>Sus usos y costumbres.....</i>	155
<i>Descubrimientos de Vasco Nuñez de Balboa.....</i>	158
<i>MÉXICO.....</i>	160
<i>Hernan Cortés.....</i>	id.
<i>Batalla de Tabasco.....</i>	163
<i>Esfuerzos de Motezuma, Emperador de México, por alejar de su Imperio á los Españoles.....</i>	165
<i>Destreza de Hernan Cortés para apaciguar una sublevacion de sus soldados.....</i>	171
<i>Fundacion de Veracruz....</i>	173
<i>Politica de Hernan Cortés para consolidar su autoridad.....</i>	174
<i>Tlascaltecas.....</i>	179
<i>Llegada de Hernan Cortés á México.....</i>	183
<i>Opiniones de los Mexicanos acerca de los Españoles.....</i>	185
<i>Prision de Motezuma.....</i>	190
<i>Carlos V reconocido sucesor de Motezuma.</i>	197
<i>Pánfilo de Narvaez.....</i>	201
<i>Es derrotado y hecho prisionero por Cortés.....</i>	204

<i>Sublevacion de los Mexicanos contra los Españoles.....</i>	<i>id.</i>
<i>Muerte de Motezuma.....</i>	206
<i>Retirada de Cortés.....</i>	<i>id.</i>
<i>Memorable batalla de Otumba.....</i>	207
<i>Quitlabaca sucesor de Motezuma.....</i>	208
<i>Guatimocin.....</i>	210
<i>Bloqueo de México.....</i>	211
<i>Prision de Guatimocin, y rendicion de la ciudad.....</i>	213
<i>Tradiciones de los Mexicanos acerca de su origen.....</i>	217
<i>Año mexicano.....</i>	221
<i>Supersticion de los Mexicanos.....</i>	222
<i>Su religion y ritos.....</i>	<i>id.</i>
<i>Vitziliputzli.....</i>	223
<i>Tescatilputza.....</i>	<i>id.</i>
<i>Matrimonios.....</i>	224
<i>Iniciacion de los recién nacidos.....</i>	225
<i>Sacrificios humanos.....</i>	<i>id.</i>
<i>Coronacion de los Emperadores.....</i>	226
<i>Orden de caballería.....</i>	227
<i>Administracion de justicia.....</i>	<i>id.</i>
<i>Educacion de los Mexicanos.....</i>	228
<b>EL PERÚ.....</b>	<b>231</b>
<i>Francisco Pizarro, Diego de Almagro, y Fernando de Luque se asocian para</i>	

	387
<i>emprender su conquista.....</i>	252
<i>Disensiones intestinas de los Peruanos.....</i>	254
<i>Huascar y Atahualpa.....</i>	<i>id.</i>
<i>Tradicion de los Peruanos.....</i>	255
<i>Prision de Atahualpa.....</i>	258
<i>Muerte de Huascar.....</i>	259
<i>Atahualpa, acusado de varios delitos, es condenado á muerte.....</i>	240
<i>Manco-Capac.....</i>	241
<i>Disensiones entre Pizarro y Almagro: si- tio del Cuzco.....</i>	245
<i>Cae Almagro en poder de Hernando Pi- zarro.....</i>	247
<i>Es condenado á muerte.....</i>	248
<i>Asesinato de Francisco Pizarro.....</i>	250
<i>Cristóbal Vaca de Castro.....</i>	252
<i>Almagro, el Joven.....</i>	253
<i>Su muerte.....</i>	<i>id.</i>
<i>Blasco Nuñez Vela, primer Virey.....</i>	255
<i>Gonzalo Pizarro.....</i>	256
<i>Pedro la Gasca.....</i>	258
<i>Muerte de Gonzalo Pizarro.....</i>	260
<i>Don Antonio de Mendoza, segundo Virey.</i>	261
<i>Pedro de Hinojosa.....</i>	<i>id.</i>
<i>Sebastian de Castilla.....</i>	<i>id.</i>
<i>Vasco Godinez.....</i>	<i>id.</i>
<i>Don Andres Hurtado de Mendoza, Mar-</i>	

<i>ques de Cañete, tercer Virey</i> .....	262
<i>Sayri Capac</i> .....	263
<i>Tupac-Amaru</i> .....	id.
<i>Origen del imperio del Perú, segun el Inca Garcilaso de la Vega</i> .....	265
<i>Quipos, escritura de los Peruanos</i> .....	268
<i>California</i> .....	271
<i>Nuevo México</i> .....	273
<i>Florida</i> .....	274
<i>Otros estados Españoles</i> .....	276
<i>Paraguay</i> .....	279
<i>Brasil</i> .....	281
<i>Guayana</i> .....	284
<i>Posesiones Francesas é Inglesas</i> .....	285
<i>Virginia</i> .....	286
<i>Nueva Inglaterra</i> .....	293
<i>Mariland &amp;c</i> .....	296
<i>Terra-Nova</i> .....	297
<i>Canadá</i> .....	298
<i>Luisiana</i> .....	311
<i>Carolina, Georgia y Pensilvania</i> .....	321
<i>Estados Unidos</i> .....	327
<i>Bahia de Hudson</i> .....	334
<i>Bermudas</i> ... ..	357
<i>Lucayas</i> .....	338
<i>Antillas</i> .....	339
<i>Caribes</i> .....	341

	389
<i>Antillas inglesas</i> .....	346
<i>Antillas francesas</i> .....	352
<i>Antillas españolas</i> .....	357
<i>Antillas holandesas</i> .....	359
<i>Antillas dinamarquesas</i> .....	360
<i>Tierras australes</i> .....	361
<i>Navegantes</i> .....	371

## ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
11	26, 27	toda Europa	toda la Europa
29	15	surtió	partió
53	7	hubieran podido	pudieron
102	23, 24	supreme	supremo
118	13	{ habituales, compen- sáron }	{ habituales compen- sáron }
172	4	capaz	capaces
295	21	mnisterio	ministerio
322	18	el pais, á todos	el pais á todos
358	16	que	de que





